
JACINTA CREMADES
LA MALDICIÓN DE KYLEMORE
Un secreto. Un misterio. El destino de tres amigas marcado por una promesa que están a punto de romper.
LOS IMPERDIBLES
NOVELA

JACINTA CREMADES

LA MALDICIÓN DE KYLEMORE

Duomo ediciones
Barcelona, 2023

© 2023, Jacinta Cremades
© 2023, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20, 3.º B, Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-87-3
Código IBIC: FA
DL B 8.775-2023

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición y conversión a formato digital:
Grafime Digital S. L.

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Imágenes de cubierta:
© Trevillion Images; © Shutterstock

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

A mi prima Lucía
y a todas las Lucías familiares
que abarca su nombre.

Durante un instante no me pareció ni masculino, ni infantil, ni viejo, ni joven, sino milenario, fuera de tiempo, marcado por otras edades diferentes a la que nosotros vivimos. Los animales suelen tener esa expresión, o los árboles, o las estrellas. Yo no lo sabía; aunque entonces no sentía exactamente lo que ahora puedo formular como adulto, sí sentía algo parecido. Quizá era guapo, no sé si me gustaba o me repelía. Tampoco aquello estaba claro. Yo solo veía una cosa; que era diferente a nosotros, como un animal, como un espíritu, o como una pintura. No sé bien cómo era; pero sí que era distinto, inexplicablemente distinto a todos nosotros.

HERMANN HESSE, *Demian*

En la oscuridad de mi cuarto imaginaba que volvía a ver el rostro ceniciento y pesado del paralítico. Me cubrí la cabeza con las mantas e intenté pensar en la Navidad. Pero el rostro grisáceo me perseguía. Murmuraba y yo entendí que quería confesar algo. Sentí que mi alma se internaba en una región agradable y salvaje; y allí, de nuevo, me esperaba el rostro. Empezó a confesarse ante mí en susurros y me pregunté por qué sonreía continuamente y por qué tenía los labios tan humedecidos por la saliva. Pero entonces recordé que había muerto de una parálisis y me di cuenta de que yo también sonreía débilmente, como si quisiera absolver la simonía de su pecado.

JAMES JOYCE, *Dublineses*

Allá en los jardines de Salley mi amor y yo nos encontramos. / Ella caminó por los jardines de Salley con sus pequeños pies de blanca nieve. / Me invitó a que tomara el amor con naturalidad, como las hojas crecen en el árbol. / Pero yo, joven y tonto, no iba a estar de acuerdo con ella. / En el prado cerca del río mi amor y yo nos detuvimos. / Y en mi hombro inclinado ella recostó su mano de blanca nieve. / Me invitó a que tomara la vida con naturalidad, como el pasto crece en los diques. / Pero yo era joven y tonto, y ahora estoy lleno de lágrimas.

WILLIAM BUTLER YEATS,
The Wanderings of Oisin and Other Poems

Prólogo

Hay lugares que marcan, que hacen crecer, que cambian. Hay lugares que tienen su propia energía, su propia historia e invaden al visitante como si ya hubiese estado ahí antes. Antes, pero ¿cuándo?

Hay lugares que recuerdan un tiempo que nunca has vivido.

Para mí, la abadía de Kylemore, en Irlanda, fue uno de ellos, y ahora sé que mi estancia en ese colegio marcó mi forma de ser para el resto de mi vida. Quizá fuera allí donde me convertí en un ser introspectivo, observador, amante de la soledad, sensible a los ruidos de la naturaleza. En pocas palabras, me convertí en escritora.

La vida dio muchas vueltas después, me llevó a vivir en lugares remotos que olvidaría, con gente que luego nunca más vería, pero Kylemore permaneció en mi memoria grabado para siempre. Ese extraño lugar tan alejado de mi existencia hizo de mí lo que soy hoy en día.

Desde entonces, he vuelto a Connemara. Siempre buscando algo. Viví unos años en Irlanda. País atemporal, rodeado de mar, la isla

cubre otras dimensiones, verticales, que la ponen en contacto con esferas, mundos y momentos distintos.

En Irlanda, cerca del calor de una lumbre, donde los años no tienen la menor importancia porque siempre todo sigue igual, entre paredes de barro pintadas de blanco, con música celta y voces en gaélico, allí yo misma me elevo a otra dimensión.

Luego, años más tarde de mi estancia escolar, averigüé que Kylemore era una región por cuyas ondeantes colinas y verdes praderas circulaba, además de su energía particular, una serie de mitos y leyendas sobre gigantes peleones e historias de amor irresueltas.

1

Como un golpe en la cabeza. El sonido del móvil despertó a Adriana tras una noche en duermevela. Había bebido más de la cuenta, tratando de olvidar que, durante la cena, Denis había cortado con ella, siempre por la misma razón que sus anteriores conquistas. «¡Me traes mala suerte! —le había soltado—. Desde que estamos juntos, me ocurren desgracias, una tras otra. Hasta tengo la impresión de que mi vida corre peligro a tu lado». Durante la cena Adriana le había contestado todo tipo de barbaridades: «Estás más loco de lo que pensaba», «cómo te atreves a decir eso», «qué fácil es echar la culpa a los demás»… Pero sabía que, en realidad, había algo de verdad en lo que decía Denis. Ella traía mala suerte… También Gela e Ida, por supuesto.

Luego, al acostarse sola en la cama, un sentimiento de frustración se le clavó en el estómago y le arrancó un llanto ahogado de tristeza. No por Denis en particular. Sino por ella. Pronto cumpliría cuarenta años y seguía igual. Sola y en casa de su padre. Se dio la vuelta en la cama para alcanzar el móvil quizá con un ápice de esperanza de que el mensaje que acababa de entrarle fuera de un Denis arrepentido. Pero no fue así. El mensaje decía: «¡¡¡Me caso, Adri!!! Te espero en Kylemore Abbey School el 13 de diciembre».

¿Gela se casaba? Gela, que había sido la más creyente, la más obediente a los mandatos de aquella noche en la iglesia del colegio y, por ende, la más complaciente con el mundo oculto, ¿se casaba? ¡Imposible! La idea le pareció tan absurda como irreal. No cometería una locura semejante. Y menos en la abadía de Kylemore, donde habían ocurrido esos hechos que atraían la mala suerte, por no decir cosas peores, aquellos hechos que llevaban sufriendo desde entonces. Por un segundo, Adriana se olvidó de Denis. Jamás ninguna de las tres, y menos ella, debían incumplir el mandato. El riesgo era demasiado grande. Tanto Gela como Ida lo sabían de sobra.

«¡Otra que se ha vuelto loca!», pensó Adriana mientras alcanzaba el vaso de agua sobre la mesa y se lo vertía en la cara al tratar de beber. Aunque mojó toda la cama, el agua fría le vino bien. Consiguió despejarse un poco tras esos pensamientos que se agolpaban en su mente. Miró a su alrededor tratando de respirar con calma y, más que nunca, se le hizo patente la soledad de su vida. Primero Denis y ahora Gela. El mundo había perdido definitivamente la cordura…

Volvió a meterse en la cama e intentó dormirse de nuevo. Pero no podía… Una ruedecilla se había puesto en marcha. Como las manecillas de un reloj, su cabeza empezó a recordar a Gela e Ida cuando se conocieron, aquel agosto de 1994, en ese internado de niñas, la Kylemore Abbey School. ¿Cuántos años llevaba sin pronunciar ese nombre?

Tumbada en la cama, las imágenes de Kylemore volvían a su mente. La bruma. El frío. La escarcha matutina. El sonido de los pájaros y el raspeo de los ratones en los cajones comiéndose la ropa de las internas. El lago, un espejo en ese paisaje fuera del tiempo que no solo reflejaba el colegio de piedra blanca y grandes

ventanales, sino que, se decía, era capaz de reflejar los pensamientos… Adriana sintió un escalofrío. ¡Menuda idea la de esos padres de los noventa! «Menos mal que no he tenido hijos», pensó Adriana por un instante. Aunque la idea le volvió a helar el corazón. Pensó en Denis y en cómo su vida amorosa volvía a situarse en el punto de no retorno que le pronosticaron veinte años atrás en ese mismo colegio. Y pensó que Ida sí que había tenido a Ruth, la extraña Ruth. Aunque su amiga había asumido las consecuencias. Pero ¿Gela? También ella tuvo sus desgracias… «No se puede desafiar el mundo de lo inmutable», le dijo su amiga un día, intentando deshacer aquel mandato.

Irlanda había permanecido en sus entrañas, a pesar de no haber vuelto desde su estancia escolar. ¿Acaso era el miedo de revolver las aguas del pasado? Y volvió a visualizar el lago y sus reflejos cristalinos. ¿Qué había pasado? Apenas lo recordaba y, sin embargo, el malestar, el miedo y la «mala suerte» que le había soltado Denis perduraban. Ella sabía que no era solo lo ocurrido aquella noche. Había más, desde un principio. De repente, sintió náuseas. Se levantó de la cama corriendo, fue al baño y vomitó. Alguna vez, la imagen de un bosque de noche y ramas en la oscuridad acudía a su mente de forma inesperada. Sentía pinchazos en los pies, en las piernas, como si le picaran insectos, una sensación que procuraba apartar al instante. Sin querer recordar, algo no resuelto se le clavaba en su interior y, a veces, le costaba respirar. En el baño, Adriana tuvo que sentarse en el suelo. Ese psicólogo que vio una temporada le había dicho cómo calmar la ansiedad. Respira. Respira. Respira. Tres veces. Aparta esa imagen de la cabeza.

«Va siendo hora de que resolvamos el misterio». Un nuevo mensaje de Gela la sacó de sus pensamientos. ¿Misterio? Adriana no quiso contestar. Volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Ida la que llamaba:

—¿Te has enterado?

—Hola, Ida. Despacio, que me acabo de despertar.

—¿Estás en el baño?

—Sí —contestó Adriana, que acababa de tirar de la cadena.

—¿Crees que va en serio?

—Tú también te casaste —le contestó Adriana con voz ronca.

—Yo no me casé. Dimos una fiesta. Pero no me casé.

—Lo sé. Pero Dani murió ahogado y Ruth nació…

Por su silencio repentino, a Ida no le debió de gustar el comentario de Adriana. En todas las familias siempre había alguien más responsable que los demás, alguien que, con sus palabras, era capaz de sacar de quicio e imponer el dichoso sentido común al resto de las personas. Ida desempeñaba esa función a las mil maravillas y Adriana la necesitaba tanto como las locuras místicas de Gela.

—Paralítica —contestó Ida al cabo de unos segundos—. ¿Estás con alguien?

—¿Por qué dices eso?

—Te noto rara.

—Estoy bien. Un poco mareada.

—No te olvides de nuestro lema: «Mejor sola que con la maldad acompañada».

Esa frase la había dicho Gela hacía tiempo.

Tras aquella llamada, Adriana volvió a la cama para seguir descansando un poco más, pero su cabeza repetía la frase de Ida como un mantra. ¿Realmente Ida estaba mejor que ella? Visualizó a su amiga en un piso con muebles prefabricados de madera, educando a una hija enferma. No le conocía ningún amor desde que había fallecido Dani. Contrariamente a ella, que había acumulado relación tras relación sin llegar a nada. ¿No estaban las dos en el mismo lugar? También se preguntaba si, en vez de creer en ese disparate de maldición amorosa, el verdadero problema no radicaría en sus propias elecciones.

Adriana se vio de niña, haciendo y deshaciendo su maletita roja de estrellitas blancas, de casa en casa, de estudio en estudio, ante el desfile de las amantes de su padre. Hasta que apareció Patricia, la única que estuvo unos años viviendo con ellos. De hecho, cuando pensaba en su madre, su madre de verdad, le venía a la mente Patricia. Se sentía culpable por ello. Aunque al final las dos habían terminado por abandonarla.

A su vuelta de Irlanda, Patricia ya no estaba.

Mientras entraban los primeros rayos de sol a través de las cortinas de lino blanco de su cuarto, Adriana se dio media vuelta en la cama pensando en Gela. Su otra amiga no era de las que creían en las casualidades, sino en el destino. Para ella, todo, absolutamente todo, cada encuentro, cada elección, cada paso que uno daba en la vida estaba programado. Tres españolas que se conocieron en un colegio en Irlanda estaban predestinadas. «Somos más que hermanas de sangre». Esa frase, pronunciada por Gela al poco de llegar a Kylemore, las acompañó también el resto de sus vidas. Quizá las grandes amigas son eso, un cúmulo de frases que las unen. «Algún día sabremos por qué tuvimos que conocernos en Irlanda». Un hilo invisible desde mucho tiempo atrás, las atraía hacía Kylemore.

«¡Qué extraño es recordar cuando se piensa que todo está olvidado! En realidad, enterramos el pasado dentro de nosotros mismos —reflexionó— y basta una llave que aparece cuando menos te lo esperas para abrir los recuerdos». Los primeros días en Kylemore acudieron a su memoria como si los hubiera vivido ayer.

Llegó al internado, ese 1994, en el Jaguar setentero de Oliver en el que iban a dos por hora por unas carreteras mal asfaltadas. El trayecto de Dublín a la región de Connemara se le hizo eterno. Suspiraba por no llorar mientras observaba un paisaje que le parecía

de otra época. Adriana se resbalaba en los asientos de cuero negro que su dueño debía de haber pulido con un aceite especial de tapicerías esa misma mañana. Se achicaba en el asiento con la esperanza de desaparecer y de que lo que le estaba pasando fuera tan solo una pesadilla. Su mirada repasaba el interior del coche mientras Oliver le soltaba una perorata que ni siquiera escuchaba. Las puertas estaban forradas de una madera granate agradable. Los asientos de cuero negro ahuecados y llenos de diminutas grietas acusaban una larga historia. Aquellos pliegues imperceptibles por los que metía sus uñas pertenecían a otras generaciones anteriores a Oliver. Todo en él era del siglo pasado. Adriana no dejaba de suspirar. Ese hombre conducía lentísimo, con la ventanilla medio abierta y sin parar de hablar.

Adriana recordó que tan solo hicieron una parada para tomar algo en un *pub* siniestro y luego siguieron trayecto. Se perdieron varias veces, cogieron carreteras secundarias, varias ocasiones vías sin salida, y tuvieron que dar la vuelta. Al final de la tarde y tras horas de conducción, llegaron al colegio. Era uno de los últimos días de agosto, cuando en Irlanda aún no hace ni frío ni calor, pero se empezaban a sentir los primeros aires de otoño. Al abrir la puerta del Jaguar se quedaron boquiabiertos. ¡Qué lugar! Adriana no sabía si su primer aliento fue de belleza o desolación. En ese preciso momento el viento los abrazó y Oliver dejó de hablar. El ruido de la puerta del coche golpeó la extraña quietud del lago. «Venga, al cole», le soltó, pues de repente tenía prisa por marcharse a Clifden, donde le esperaban unos amigos. Adriana se quedó sola ante la escalinata que daba acceso al patio del colegio y Oliver arrancó.

Un silencio absoluto fue lo único que escuchó. Ante la llegada de la oscuridad, tragó saliva y se dio la vuelta hacia un imponente castillo blanco.

2

¿Y si todo no fuese más que un sueño? Un sueño repetido a lo largo de los años. Dos niños jugando al borde de un lago.

—¿Demian? ¿Dónde estás? ¿Demian? No me gusta este juego.

—Estoy aquí, mi pequeña Geraldine. No me voy a ir. Ya sabes que no me puedo ir a ningún lado y que jamás te abandonaré.

—¿Jugamos?

—A lo que quieras. Pero aquí, en la hierba al borde del lago, estamos bien.

El lago. En sus sueños, Adriana seguía viendo el lago…

—¿Quieres que te enseñe cómo bailo?

Geraldine era una niña angelical de rizos castaños que desafiaban el viento mientras daba vueltas a orillas de ese lago. Su voz aguda, de niña de pocos años, traspasaba fronteras y tiempos que nada tenían que ver con la realidad de Adriana. Sin embargo, se dejaba llevar por su voz infantil.

—Ha venido Miss Davis esta mañana y nos ha enseñado unos pasos nuevos para la fiesta de Navidad. Miss Davis dice que soy la mejor, que quizá un día pueda ser una estrella de baile en la ópera. ¡En la Ópera de París! Mis padres han ido cientos de veces. ¿Tú crees que podré ser una estrella de la Ópera de París?

La voz de Demian era pausada, profunda, aguamarina. En ella, Adriana naufragaba. Se aprende a convivir con voces que uno no conoce cuando estas acuden al inconsciente.

—Yo creo que podrás ser lo que tú quieras.

La voz del joven era como un susurro.

—¡A que sí! Demian, cántame una canción. Sigue el ritmo con tus manos en esa silla que tienes. Vamos, que no quiero parar…

—¿Qué haces, Geraldine? ¡Que me caigo! ¡No! Cosquillas no. No me hagas reír.

La niña movió con sus manitas el cuerpo inerte en la silla de ruedas.

Algo en la escena incomodaba a Adriana. Dormida, daba vueltas en la cama. ¿Una silla de ruedas?

—Así te mueves un poquito. ¡Que estás hecho un vago! Como te tire al lago… ¡ya verás!

—No te has dado cuenta de que no sé nadar —contestó Demian, disgustado.

—Yo te enseñaré.

—Me ahogaría. ¿Me quieres ahogar?

Demian la provocaba. Adriana quería avisarla, pero no lo logró.

Geraldine se quedó en silencio. Abrazada a ella misma parecía una muñeca de porcelana.

—Un día nos bañaremos juntos —dijo Demian, más sereno.

—¿El día de nuestra boda?

—Sí. Y bailaremos juntos.

—¿A pesar de tu silla de ruedas?

—La hundiremos en el lago. No te olvides de que me están creciendo alas. ¿Recuerdas?

—No digas tonterías, ya no soy una niña pequeña. Voy a cumplir diez años. Lo que pasa es que estás un poco delgado y se te ven los *amapolos*.

—Omoplatos.

—No me gusta que me corrijas, señor sabelotodo —contestó Geraldine.

—¡Pero es que lo sé todo! Aunque no vaya al colegio ni tenga veinticinco profesores que me enseñen a leer, bailar, matemáticas, tocar el piano, cocinar, coser, francés o montar a caballo…

El joven quiso levantarse.

—Alcánzame ese palo —le pidió a la niña.

—Demian, no te hagas daño. Voy a hablar con mi padre en cuanto vuelva de su viaje por Italia. Seguro que tiene una solución para tu enfer… problema. Papá lo soluciona todo, ¿sabes? Es médico.

—Geraldine, tu padre tiene otros asuntos de los que preocuparse con sus nueve hijos y el suntuoso palacio en el que vivís. Cuando seas un poco mayor…

—¿Cuando tenga catorce años como tú?

—Si vas a Saint Patrick College, esperemos que un poco antes.

Geraldine cambió de expresión ante un destino inamovible.

—Demian, siento frío por dentro. Como el agua de este lago.

—Niña débil, ¡es agosto!

—Ya. Pero siento hielo y me hace daño. ¿Les has dicho a tus padres que quieres ir al colegio?

—Yo nunca iré al colegio, Geraldine. Mis padres nunca fueron al colegio. Los padres de mis padres tampoco fueron al colegio. Los padres de los padres de mis padres…

—¡Para! ¡Ya me lo has dicho!

—¡Pues intenta no hacerme siempre las mismas preguntas!

Demian se enfureció. Como el aullido de un monstruo, su grito barrió la hierba salvaje de Kylemore. Geraldine en cambio, como un ángel, se mantuvo quieta. Su amigo no le daba miedo. Era la única que no temía sus cambios de humor.

—Mamá dice que lo más importante es la educación que recibes en el colegio, y que por eso Margaret, John, Marie, el año que viene yo, Lorenzo, Violet, Florence, Alexander y Forward, todos, tenemos que ir al colegio.

—Mi colegio son los campos de Connemara.

—Tú sabes leer. Esos poemas que recitas, esas canciones que cantas solo para mí…

—Todo es gracias al reverendo Thomas. Mis padres ya no quieren que el reverendo venga por casa, pero ya sé bastante como para continuar aprendiendo solo. Ahora, con los libros de la biblioteca de tu padre, tengo para siglos de aprendizaje.

—Te recuerdo que nadie ha llegado a los cien años.

—Acércate al lago, mi pequeña Geraldine. Deja que vea tu reflejo en estas aguas cristalinas. Acércate más, no te asustes. Estoy aquí. ¿Te he dicho que este lago es mágico y que refleja tus pensamientos?

—Yo no quiero ir al colegio, Demian. Yo no quiero ir al colegio y estar lejos de ti.

—Te esperaré. Siempre te esperaré. Aunque viva más de cien años. Y cambiaré el rumbo de nuestro destino.

—Aunque tus padres te lo prohíban.

—Mis padres no me prohíben nada. Hace tiempo que he dejado de existir. Mi inmovilidad es una maldición para una familia irlandesa

que desde hace generaciones vive en la pobreza. Una maldición que llevo dentro.

3

Cuando Ida llamó a Adriana para hablarle de la boda de Gela, llevaba ya un rato levantada. Ruth también estaba despierta. La niña se regía por la salida del sol y, desde su cama, Ida podía escuchar las ruedas de su sillita deslizándose por el suelo de madera. Conocía el recorrido. Primero iba hacia la cocina y, con todo al alcance de su mano, se preparaba el desayuno. Luego se dirigía hacia el salón y se pasaba la mañana observando por la ventana, escribiendo en un cuaderno en silencio lo que llamaba el «diario de sus sueños». Su hija decía que en su silla de ruedas y en casa no hubiera sabido qué escribir, pero que, en cambio, en sus sueños le pasaban todo tipo de cosas, que conocía a gente que no había visto jamás y que visitaba lugares frondosos, verdes y despejados en los que nunca había estado. Como el mar que llega a la orilla y acaricia una playa del Mediterráneo, los sonidos de Ruth eran imperceptibles pero rutinarios. Ida podía imaginar cada movimiento de su hija, cada gesto, cada mirada, y, salvo sus pensamientos, era capaz de saberlo todo de ella.

—Ruth, ¿vienes a darme un beso y contarme tus sueños?

Postrada desde sus primeros meses de vida, la niña iba creciendo inmóvil, solitaria y poco habladora. No necesitaba descansar en

exceso. Se saltaba el colegio cuando le aburría, para gran felicidad de los profesores, poco acostumbrados a manejar a una niña tan quieta pero a la vez tan inteligente. Ruth no hablaba, pero con su mirada, observadora y autoritaria, hubiera sido capaz de dirigir un ejército entero. Otras veces, sus ojos miraban con insistencia, como si quisieran traspasar el rostro ajeno y colarse en el mundo de la mente. Por culpa de sus músculos anquilosados, el cuerpo de la niña era de una extrema delgadez. Sus bracitos movían las ruedas de su silla con delicadeza. Tenía el pelo fino de su madre y el color negro del de su padre.

Ruth no necesitaba estudiar como los demás. Aunque no tuviera un solo amigo salvo su vecina, se sabía las respuestas de todo. Quizá eso fuera lo peor. Con tan solo doce años, era como si su silencio escondiese una gran sabiduría. «¿De dónde le vendrá?», se preguntaba su madre, que no lograba comprender cómo su hija podía hablar de civilizaciones antiguas, de plantas desaparecidas, de lugares a los que nunca había ido, y utilizar un vocabulario que ni ella comprendía. Ruth aseguraba tener un amigo invisible que se colaba en sus sueños y le revelaba las respuestas.

Cuando no pasaba el tiempo mirando por la ventana, lo que más le gustaba hacer era leer, costumbre que había adquirido en las interminables mañanas en el hospital. Si Ida no hubiera sido ni la mitad de seria de lo que era, no lo hubiese resistido. En el fondo de ella misma, y aunque todos los médicos lo daban por imposible, Ida sabía que, con la voluntad que tenía su hija, Ruth caminaría algún día. Lo explicaba de mil maneras a los médicos, que la miraban con ojos resignados. «Cuando nació, Ruth movía sus piernas», les repetía. ¿Cómo era posible que ya no pudiese? «A veces ocurre, señora. No se deje usted llevar por falsas esperanzas». Ida se agarró a su convicción como a un clavo ardiendo. Sin hacer caso de las habladurías que la tachaban de obsesiva.

Durante los primeros meses de vida, su niña perdió progresivamente esa fuerza primeriza. A lo largo de los años, le hicieron ecografías, escáneres, sesiones de rehabilitación, sin detectar qué le pasaba. Del traumatólogo pasó al neurocirujano al valorarse la posibilidad de que el problema de movilidad de su niña fuese una cuestión mental. Visitó psiquiatras y también psicólogos. Hasta que un día, en un viaje en tren hacia Sevilla, se puso a hablar con un desconocido. Después de un rato charlando sobre sus vidas en la cafetería, este le confesó que era vidente y que podía leer las manos. Con reticencia, pero curiosidad, Ida le abrió las suyas y allí, en el surco de sus líneas, ese hombre vio a Ruth.

—Tu hija es un alma milenaria. ¿No ha tenido algo que ver con la muerte de su padre?

Ida se quedó atónita. Escondió su mano y le contestó que era imposible. Le contó al vidente que Dani, el padre de Ruth, había muerto antes de que su hija naciese. Que lo había conocido en Tarifa, donde regentaba una escuela de surf, y que había sido amor a primera vista. «Tan moreno y aventurero», pensó Ida en ese instante. Además de a Tarifa y Bariloche, Dani se marchaba esporádicamente con compañeros de aventuras. Subidas al Atlas, motos por Marruecos, carreras de coche por los lagos helados de Suecia, descensos por el río africano Chobe y alguno más por las aguas australianas en busca de tiburones. A su regreso, Dani le contaba historias que la hacían soñar. Mientras le ofrecía fantasía, Ida le aportaba seguridad. Los dos estaban solos en este mundo. Con tantas aventuras, pensó en ese instante, lo extraño es que no hubiese tenido antes un accidente.

—¿Cómo falleció? —preguntó el desconocido.

—Se ahogó en las aguas de Australia.

—Su muerte viene de Ruth. Así opera el universo.

Ida pensó entonces que los videntes estaban definitivamente locos.

Tanto Adriana como Gela sabían de sobra que lo que Ida prefería de Dani, además de su dinamismo y su físico surfista, era que, con él, jamás se casaría. No era de ese tipo de hombres que buscan compromisos. Ni mucho menos tener hijos. Pero, como la vida es completamente impredecible, un día el aventurero apareció con un anillo.

—¿No te querrás casar conmigo? –le dijo Ida nada más abrirle la puerta.

Cuando se lo comentó a sus dos amigas estas fueron categóricas.

—Ni se te ocurra, Ida. Ya sabes…

—En realidad, ninguna de las tres sabemos nada —les contestó—. Eso ocurrió, ¿cuándo? Hace más de diez años. Todas éramos muy jóvenes…

Hasta que Gela le dio la solución:

—Harás una fiesta en la que luzcas un precioso vestido blanco, invitarás a todos tus amigos, pero, oficialmente, no te casarás.

Y así fue. Sin confesarle a Dani sus verdaderos motivos, festejaron su amor en un chiringuito de playa. Rodeados de amigos, pero sin testigos, sin sacerdote, sin ceremonia. Se intercambiaron un anillo de oro blanco en el que grabaron «Juntos hasta la eternidad». Fue un amago de boda en el que no se firmó ningún papel. Pero, nueve meses después —o «diez lunas», como señaló Gela—, nació la pequeña Ruth.

Por entonces, Dani ya había desaparecido en las aguas australianas.

4

Adriana seguía sumergida en sus pensamientos. Esa llegada a Kylemore había vuelto a su vida como el inicio de una aventura que, con su visión de adulta, tomaba un rumbo diferente. Mientras se servía un café, se acordó del castillo.

Delante de Kylemore, en el preciso instante en que Oliver arrancó su Jaguar y se esfumó tras una nube de polvo hacia la carretera general, el inmenso portón se abrió emitiendo un ligero gruñido de cerradura oxidada. Detrás de la puerta apareció de la nada una monja joven y alta.

—¡Pensábamos que ya no llegarías! —le dijo con voz cantarina y en perfecto español—. ¿Has venido sola? Me llamo Sister Anne y tú debes de ser Adriana Ibanez. ¡Pero si pareces una aparición!

De repente invadió a la monja un súbito ataque de risa ante la idea de que una niña de la edad de Adriana pudiera estar sola delante de un colegio como Kylemore, a decenas de kilómetros del pueblo más cercano, acompañada por una única maletita roja.

—Me ha traído un amigo de mi padre, pero ya se ha marchado —explicó Adriana a esa mujer que le resultó de lo más excéntrica.

—Tus compañeras llegarán en un día. Te has adelantado. Hoy dormirás en el cubículo a mi lado. Mañana, Dios dirá. Pero antes, ¿te apetece cenar algo? Debes de estar hambrienta. Georges y yo estábamos a punto de empezar.

Dentro, el colegio estaba vacío. Adriana vio ante ella una gran escalinata en espiral, como la de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, que pronto reuniría una marabunta de alumnas vestidas de azul. Pero por el momento parecía más bien un colegio deshabitado.

—Es impresionante, ¿verdad? —dijo Sister Anne al observar sus ojos de admiración—. Dejaremos tu maleta en el cuarto y bajaremos al comedor.

La joven la siguió mientras su alma se llenaba de cierta inquietud ante lo desconocido. Las paredes del edificio, desgastadas, no debían de lucir ni la blancura ni el esplendor de antaño. Adriana había llegado una noche antes por culpa de la pésima organización de su padre y Patricia, dos mentes de artistas. Sin embargo, ese día le sirvió para asentar las bases de lo que iba a vivir después. Subieron a los cuartos y Sister Anne le indicó un cubículo al lado del suyo.

—Como te he dicho, hoy dormirás cerca de mi cuarto. Pero mañana, cuando lleguen las demás, te instalarás con las de tu curso.

Ambas volvieron hacia la escalinata y bajaron al comedor. Varias mesas alineadas anunciaban la organización de un colegio. Todas vacías, tan solo vio de espaldas y sentado a un hombre corpulento. Se acercaron a su mesa, de donde llegaba el olor de una inmensa bandeja llena de sándwiches. Adriana se acercó y se sentó a su lado. El hombre levantó la mirada para saludarla y le acercó la bandeja. Parecía un hombre de pocas palabras, pero de mirada amable, clara y directa. Adriana le saludó. Parecía de campo, con piel de color

cetrino y rasgos agrietados por el viento, tenía aspecto de buena persona.

—Él es Georges, el más antiguo habitante de Kylemore. El alma de esta casa. Cualquier cosa que necesites, Georges es tu aliado —dijo la monja, hablando fuerte.

¿Aliado? Adriana no entendía las palabras de Sister Anne. Habitante, alma, antiguo, jamás había oído una presentación semejante. Disimulaba su poca comprensión mientras se comía unos sándwiches deliciosos que le parecieron el mejor manjar que hubiera comido en años. Esa monja le resultó rara. Volvió a mirar de reojo al personaje que conseguía de un solo bocado meterse un trozo entero de ese delicioso pan con queso y Adriana se imaginó estar viviendo uno de esos sueños de *Alicia en el país de las maravillas*. ¿En qué iba a poder ayudarla aquel personaje que parecía salido de una novela de fantasía? Llevaba puestos una chaqueta y unos pantalones viejos y sucios. Sus manos eran las de una persona que hubiera trabajado el campo toda su vida. Al terminar de comer, Georges volvió a mirar a la niña y esbozó una sonrisa sincera.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿No te gusta la cena o soy yo?

Adriana se sintió tan intimidada que no supo qué contestar. Sister Anne vino a su rescate.

—Georges es a la vez cocinero, jardinero y pintor si es necesario, ¿verdad? Antiguamente, estuvo en el seminario. Aquí donde lo ves, ha estudiado siete años de Teología. ¡Sin él, no hubiera podido sobrevivir en este lugar! Aquí ocurren todo tipo de cosas, pero mientras esté Georges a tu lado puedes dormir tranquila.

Adriana recordaba que fue durante esa primera noche cuando Sister Anne le habló de los antiguos habitantes del colegio, esos personajes de época que aparecían en unas fotos colgadas de la pared del comedor. Las imágenes en blanco y negro tenían una

atmósfera difuminada de tiempo irresuelto, como la bruma dispersa, ese final de verano que pronto invadiría el bosque, la montaña, el lago. Sister Anne habló de los misterios de Kylemore deseando despertar el interés de una niña que solo deseaba no haber puesto nunca los pies en una tierra tan lejana. Aunque expresadas, las historias que la monja contó aquella noche al lado de un Georges distraído no adquirieron significado hasta después, quizá mucho después, cuando ya parecía que era demasiado tarde.

Esa noche, Adriana se acostó en un colegio tan vacío que pensó estar viviendo en una realidad paralela y otro tiempo. Un colegio que había sido y que ya no era. Primer destello de lo que sería su novela… Y soñó que esa irrealidad no era Kylemore, sino su vida anterior. Su padre, sus exposiciones, Patricia, sus veranos en Mallorca, sus estudios en París, todo desapareció en un instante y Adriana sintió que, a su vuelta, ya nada sería igual. La joven cerró unos ojos llenos de lágrimas que mojaron la almohada, deseando no volver a abrirlos hasta que el colegio se hubiera llenado de la energía y la vitalidad, de los gritos de unas alumnas como ella.

Los primeros rayos de luz entraron en la habitación al despuntar el alba. Las ventanas, en esa abadía, no tenían contraventanas, recordó Adriana.

5

Ese día de otoño el cielo gris pesaba como una losa sobre París. La ciudad parecía sumergida en un mar de humo blanco que al respirar llenaba los pulmones de humedad. Cuando Adriana salió a la calle, el frío le abofeteó la cara. Era temprano y apenas había luz. Se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del viento, un viento que, similar al irlandés, despertaba sus recuerdos. La humedad era la misma que la de esos típicos días en el colegio, tan glaciales, y así lo sentía también paseando a orillas del Sena. Recordaba bien a Sister Anne, esa mujer excéntrica y cautivadora que siempre había estado con ellas en Kylemore, acompañándolas, abriéndoles las puertas de un castillo que, tras los muros de piedra blanca, escondía oscuras historias. Se acordaba de Georges y de que, como un perro guardián, la tranquilizaba con una simple mirada. Y Adriana volvía a sentir en su piel esa mano fría de la bruma como si le acariciara el alma.

Ese año en Kylemore Abbey School su vida había tomado un rumbo diferente. Para bien y para mal. Se vio despertándose por las mañanas al alba, bajando a la capilla antes de desayunar y oliendo, de nuevo, ese incienso nauseabundo que las ahogaba recién levantadas, mientras trataban de entonar cánticos en latín.

«Era como estar en otro mundo», pensaba. Ahora le parecía todo tan inverosímil que quizá por eso nunca se lo había contado a nadie. Allí escribió más que nunca, se hizo narradora y, sin embargo, nunca más había vuelto a utilizar la pluma con tanta devoción. «Se necesita tiempo para procesar las vivencias», le explicaba Patricia en aquella época. Pero su bloqueo le había durado demasiados años. ¿Quién tenía la culpa? Ella, Irlanda, Patricia.

Qué fácil era acusar a los demás.

Por primera vez en años, Adriana sentía de nuevo el deseo de escribir, como quien quiere sacarse algo de dentro. El frío en el cuerpo le hacía volcar su mente hacia el interior. Ya no percibía el ruido de la ciudad, sino el murmullo de sus pensamientos. Ese cielo parisino con color de chimenea era como la manta de su hogar, la que necesitaba para aislarse de la realidad. Mirando el curso del Sena, sus aguas plateadas, volvía a ver la claridad del lago de Connemara, aquella que reflejaba con nitidez el paisaje bucólico y a la vez inquietante. «Este lago es mágico —les dijo Sister Anne—. Si te miras en él, verás tus pensamientos reflejados».

Mágico no sabría decir, pero sí emocionante. Como las fauces quietas de un gran felino. Adriana recordó el viento helado silbándole al oído en cuanto ponía un pie fuera del castillo. La brisa que entraba por el borde de la ventana cerrada en guillotina. Los ruidos, los olores a humedad de unas niñas mal aseadas y con los zapatos llenos de barro. Rememoró las tardes en las que lo único que hacía era escribir y el cajón que utilizaba de mesa, debajo de su ventana, donde apoyaba el cuaderno que le había regalado Patricia y en el que escribía, cada noche, con obsesiva fidelidad. «No dejes de escribir tus vivencias en Kylemore, ¿entendido?», le había recomendado Patricia. Ese año sintió que tenía una misión. Quizá por ello, a pesar de que habían pasado más de veinte años, ese curso escolar permanecía intacto en su mente. Grabado en su cuerpo. Las palabras le brotaban desde dentro y pugnaban por salir.

Las frases le llegaban desordenadas. Las escenas, en imágenes. Pero ahí estaban, intactas.

Se dio cuenta de que, a medida que sus pasos la acercaban a casa, su cerebro empezaba a maquinar. Ideas dispersas, exactamente igual que lo habían hecho años atrás, exactamente igual que cuando comenzó a escribir en ese cuartucho de Irlanda. Allí, lejos de su mundo, de su vida, de su realidad, entró en contacto con su esencia. A lo mejor de eso se trataba. Para escuchar la voz interior, lo primero que hay que hacer es olvidarse de uno mismo. Reconocía el cosquilleo en el estómago. No lo provocaba la lluvia, sino un deseo extrañamente dormido desde hacía muchos años. La ilusión de que aquello que tenía por contar por fin germinaba…

Estaba a punto de empezar algo emocionante y, aunque no sabía todavía el qué, aceleró sus pasos. Subiendo la Avenue du Président Wilson estaba convencida, como si hubiera tenido una revelación, de que debía escribir, sacar de sí misma los acontecimientos de ese año escolar en Kylemore y de lo que les pasó a esas tres españolas internas en el colegio.

«¿Por qué escribes?», le había preguntado Adriana un día a Patricia. «Para dar sentido a mi vida», le había contestado. Adriana haría lo mismo.

Aunque sabía que la historia iba a ser solo el marco, acababa de encender la chispa de la inspiración. Debía plasmar rápidamente esas imágenes, esas sensaciones. Recordaba a Patricia diciéndole: «Las ideas desaparecen tan pronto como surgen». Le venían sentimientos apasionados, risas ardientes, sufrimientos profundos. Un verdadero tiovivo de sensaciones.

¿Qué pensó cuando supo que se iba a Irlanda? ¿Qué sintió al llegar? ¿Cómo conoció a Gela? ¿A Ida? ¿Dónde estaba su padre? Y Patricia. Pensó que importante que el relato partiera de ella. Esa mujer había marcado el rumbo de los acontecimientos eligiendo ese lugar…

Adriana tuvo que parar su marcha. O bien iba demasiado rápido o algo en la historia no encajaba. De repente, su respiración se bloqueó. Sus pulmones no aspiraban aire suficiente. Se asustó. ¿Qué le pasaba? Algo le hacía daño. Abajo. Entre las piernas. Su cuerpo le dolía. Al cabo de unos minutos su corazón se calmó. Adriana empezó a caminar despacio. «¿Qué pasó aquel año que ahora se le clavaba en su interior?» Y volvió a visualizar un bosque… siempre el bosque y la sensación de agua entre las piernas.

6

Cuando se encontró delante del armario blanco de su padre, cerrado a cal y canto, Adriana sintió cierto reparo. Andrés era meticuloso, ordenado hasta el extremo y no le gustaba que nadie hurgara en sus pertenencias. Y menos entre su ropa. Pero para llegar hasta el altillo y buscar los documentos que pertenecían a ese año escolar, para localizar ese famoso diario de tapa marrón, o se subía a los estantes o iba a buscar la escalera a la cocina, al piso de abajo. Adriana intentó lo primero. Se quitó los zapatos, apartó unos jerséis e intentó subir. De repente, el tambaleo del armario la hizo cambiar de opinión. «¡Lo que me faltaba! —pensó—. Que ahora tenga un accidente». Fue a buscar la escalera.

Por fin delante del altillo, abrió las puertas del armario y se encontró ante un sinfín de cajas amontonadas. ¡Menudo tesoro! ¿Cuál sería la correcta? Adriana intentó ver el contenido sin sacarlas, pero no lo consiguió. Mejor sería bajarlas todas, llevarlas a la mesa del comedor y, una vez allí, buscar con tranquilidad. Así lo hizo. Poco a poco, Adriana fue depositando las cajas una a una en el suelo y las fue llevando hacia el salón. Al terminar, sacó la escalera del cuarto de su padre con sumo cuidado para que nada delatará su intromisión. Antes de que Andrés regresara de Mallorca, le diría a la

chica que lo limpiara. Apagó la luz, cerró la puerta y fue corriendo a ver el tesoro.

Cinco enormes cajas la esperaban encima de la mesa. Adriana estaba emocionada. Todo lo que había en ellas le pertenecía. Al abrirlas exclamó: «¡Cuánto escribí!». Las cajas estaban cargadas de carpetas, libros escolares de hacía miles de años, papeles, cartas y hasta comienzos de historias, de novelas, empezados antes de irse a Irlanda. ¡Qué maravilla! Adriana se sentía como si hubiera encontrado todo su pasado.

Se puso a mirar con detenimiento, caja por caja. La verdad es que había de todo. Las notas del colegio, por ejemplo, indicaban que había sido una alumna regular. Buena en idiomas, pésima en ciencias. Leía por encima las apreciaciones absurdas de unos profesores que ni recordaba. Siguió mirando. Había guardado sus apuntes de Literatura Francesa, sus libros de texto y hasta el libro de Filosofía. También había diarios escritos de pequeña. Ahora no los iba a leer. Los dejó a un lado en busca de lo referente a 1994, su año en Kylemore. Había más cosas, además de su diario, recordaba cartas, papelitos que en el estudio se mandaban unas a otras y que Adriana había guardado. Al poco tiempo, dio con un sobre que contenía las postales que le mandaba Patricia siempre que viajaba con su padre. Las había de Australia, Escocia, varios lugares de Francia, muchísimas de Italia, Florencia, Milán, Roma, Nápoles… Adriana las pasó rápidamente dominando sus ansias por leerlas. Hasta que vio que una de ellas, fechada en 1992, ¡era del castillo de Kylemore! ¡Qué extraño! ¿Por qué había vuelto Patricia? ¿Por qué con su padre? No lo recordaba. Miró de nuevo la postal. Era la típica foto del reflejo del colegio en el lago durante un día soleado. La representación no le decía nada. Aunque si uno se fijaba, la imagen no era de un castillo, sino de un lago. «Extraño», pensó. La abadía

de Kylemore estaba en segundo plano. El lago era el protagonista. Intentó focalizar su mirada en las aguas, como si allí estuviese la respuesta. Entornó los ojos queriendo descubrir algo. Pero no lo conseguía. Aún no era capaz de percibir nada. Cansada, dejó la postal de lado y abrió una tercera caja, llena de cartas sin ordenar. Entre ellas sobresalía una en un sobre rosa. Adriana la reconoció al instante. Era la carta de despedida de Patricia. La había leído una y mil veces a su vuelta de Irlanda, sintiendo siempre la misma melancolía.

Querida Adriana:

Como ya sabes, las cosas entre tu padre y yo no han ido bien este año. No es fácil la convivencia entre dos artistas que quieren realizarse y priorizar el arte, su arte, como si hubieran sido elegidos por Dios. Somos así de egocéntricos y nos creemos autosuficientes cuando, en realidad, dependemos absolutamente de los demás. Descubrí mi vocación durante esos meses que, como tú, pasé en Kylemore. Por eso quizá me empeñé en que tú fueras allí. Ese sitio tiene un aura especial, contiene el influjo de unas ánimas que te dirigen hacia tu realización personal.

Siempre he creído en el destino. Hasta que Andrés y tú os cruzasteis en mi camino. Poco a poco fui perdiendo mi objetivo, y me desdibujé ante el esplendor y la fuerza de tu padre. Supe que me estaba apartando de mi misión, de mi escritura. El amor ciega, aparta a la mujer de ese sentido que damos a la vida. Y estabas tú, Adriana. Creo que por ti me quedé más tiempo del que me correspondía.

Y supe lo que significaba ser madre.

Antes de marcharme, quise despedirme de esa niña que conocí con ocho años y que acababa de cumplir los quince en Irlanda. Ya sé que me guardas rencor, que te fuiste enfadada por haberte mandado lejos, por haberte apartado de nosotros, como me dijiste, y que tu venganza ha sido no escribirme ni una carta, ni una sola línea, ni querer hablar conmigo por teléfono. Querida lagartija, me duele, pero te comprendo, fuiste la hija que nunca tuve. Aunque jamás haya querido ocupar el lugar de tu madre en tu corazón, tú ocupaste el lugar de una hija en el mío. No sé si te descubro algo cuando te digo que quien realmente

invadió mi corazón fuiste tú.

No dejes que los recuerdos se escapen de tu memoria. Deseo que el tiempo que hemos pasado juntas sea siempre historias felices que te reconforten en los momentos de soledad, en los que nos damos cuenta de que, para seguir adelante, no hay que depender de nadie. El sufrimiento nos enseña a crecer. Cuando el dolor es tan profundo como el que yo siento ahora, se abren las puertas del inconsciente.

Que los recuerdos de Kylemore sean los que te marquen tu vocación.

Patricia

Dobló la carta, una vez más con lágrimas en los ojos. Seguía sintiendo tristeza por el final de unos años a su lado que recordaba de inmensa felicidad. Había sido peor que un divorcio. Patricia no había regresado jamás. Tanto su madre como ella, las dos mujeres de su vida, la habían abandonado… Cerró su carta con delicadeza. También sentía esperanza y deseos de volver a verla. Aunque hubiese leído esa carta muchas veces a su vuelta del internado irlandés, por primera vez escuchó palabras que no recordaba. ¿A qué se refería con el «influjo de unas ánimas»? ¿Cómo descubrió en ese colegio su vocación? ¿Y si ella también hubiese vivido algo similar?

Siguió mirando el resto de las cartas. Reconocía la escritura de su padre, de algunas amigas de la época, pero no las abrió. Siguió buscando el cuaderno entre papeles y recuerdos. Siguió metiendo la mano, tocando, sintiendo lo que sus dedos encontraban hasta que, por fin, cuando la noche había caído ya sobre los tejados de París, reconoció la calidez del tacto del cuero. Allí, en lo más profundo de la última caja, su diario de piel marrón la esperaba.

7

Domingo, 28 de agosto de 1994

«Toma este cuaderno. Sobre todo, en Kylemore Abbey School, ¡escribe un diario! Cualquier momento que vivas, anótalo, ¿entendido?». Menuda manera tiene Patricia de despedirse de mí, justo al salir de casa y meterme en el taxi. «Así no te olvidarás de nada, pequeña lagartija». Siempre «lagartija». ¡Mira que le he dicho que no me llame así! ¡Qué vergüenza! Dice que soy larga y seca como una de ellas. Luego, al fin se ha dignado a abrazarme. También Patricia es más seca que un estropajo sin mojar… Yo veía a papá decirme adiós desde la ventana de su estudio, con su mano enguantada en esa manopla de obrero que utiliza para no hacerse daño con los metales de su nueva instalación. Con sus gafas protectoras parecía un robot. Ni para despedirse de su hija deja de trabajar. A mí se me ha helado el corazón, pero en estos casos hay que subirse al coche y no mirar atrás… ¡Mejor que no haya bajado! ¡Menuda familia!

Dos días más tarde, aquí estoy yo, en Kylemore, el lugar más remoto del mundo, después de pasar una noche en casa de Oliver en Dublín. El viaje ha sido largo, pesado, aburrido, ha llovido sin

parar, nos hemos equivocado infinidad de veces o, mejor dicho, Oliver se ha equivocado infinidad de veces. Una sola parada en un *pub* de Galway mugriento para tomar un bocadillo repugnante y, después, otras mil horas de conducción en un Jaguar de mírame y no me toques. Me resbalaba de los asientos y he llegado mareada.

El viaje ha sido una pesadilla y eso que Oliver, francamente, ha tratado de ser amable. Oliver, además de galerista irlandés, es también coleccionista de las obras de mi padre y cuando le compró una de sus esculturas, se hicieron amigos. Debe de ser bastante rico, porque las obras de mi padre, inmensas, son carísimas. Imposible meterlas en un apartamento normal. Oliver tiene una casa en Dublín y ha colocado la pieza de mi padre, dos cubos superpuestos, en su jardín. Se llama *Tiempo III*. Me la enseñó como si yo no me pasase el día viendo obras de mi padre…

En el coche apenas he hablado, aunque Oliver no paraba de contarme anécdotas sobre él y mi padre. Yo intentaba no pensar en lo que me estaba sucediendo. Este irlandés no es ni el conductor más rápido del mundo mundial ni el más atento. Las carreteras aquí son muy estrechas y en este país solo se ve verde. Muchas piedras negras, pocas casas, pequeñas construcciones con apenas un par de diminutas ventanas y una puerta de madera pintada de color rojo. ¿Todo el mundo es pobre en Irlanda? Lo más llamativo es que por estos caminos sin señalización se han cruzado, a paso de tortuga, decenas de ovejas blancas y negras. ¡Si el amigo de mi padre no hubiera dado algún volantazo, habríamos matado a unas cuantas!

Al cabo de unas horas, por fin hemos llegado al famoso colegio. «Con razón lo llamaban el Finisterre», ha dicho Oliver. Yo he suspirado profundamente a pesar de que el lugar me ha parecido más bonito de lo que me esperaba. «¿A quién demonios se le ha ocurrido la idea de mandarte aquí, *dear* Adriana?». A continuación, Oliver se ha detenido en el aparcamiento, ha salido del coche, ha sacado mi maleta roja y, lanzándome un beso, se ha vuelto a meter

deprisa y corriendo. No me ha dado tiempo ni a despedirme. No me lo podía creer. Cuando he mirado a mi alrededor ya era de noche. Me sentía completamente abandonada en medio de la nada. He avanzado un poco hasta encontrarme al pie de este colegio que me ha parecido un castillo blanco como los de Walt Disney. Este sitio es tan húmedo que desde el primer instante he tenido un escalofrío. Quizá sea por la presencia del lago, pero el lugar me resulta extrañamente inquietante, como si se hubiera detenido el tiempo allí.

Por otro error de mi padre y Patricia he llegado un día antes.

¡A nadie se le ocurre mandar a su hija sola con un excéntrico coleccionista a un colegio que nadie conoce, y un día antes!

Hoy es mi primera noche en Kylemore y en todo el colegio solo estamos yo, una monja que se llama Sister Anne y un hombre extraño que no dice nada. Se llama Georges y me mira de reojo, como si le hiciera mucha gracia. La monja, en cambio, me ha encantado. Es alta, delgada y bastante joven. ¡Y habla español! No sé si ha sido su mirada, o sus rasgos, pero me ha recordado a Patricia.

8

Kylemore

Muchas tardes Demian se quedaba con los ojos clavados en la lontananza. Lejos de Kylemore, lejos de su existencia aprisionada, quería volar y desaparecer, aunque sabía que nunca abandonaría aquel lugar mientras pudiera seguir cerca de la pequeña Geraldine. Sentado en su silla de ruedas, sentía el viento cortarle la cara y mientras clavaba su mirada en el paisaje, que conocía como la palma de su mano por no haber salido nunca de él, aspiraba el universo. A pesar de su invalidez, sabía que era más fuerte que los demás, más sabio que nadie y que su mente era capaz de ver varias dimensiones a la vez.

En esos momentos de ensoñamiento, Geraldine, que estaba a su lado, no conseguía alcanzar a su amigo. Ya podría hablarle, gritarle su nombre, zarandear su esqueleto en la silla que este no contestaría, tal era su estado de embeleso total cuando se colocaba de cara al lago transparente.

—En el agua verás reflejados tus pensamientos —dijo Demian.

—No es cierto. Yo no veo nada —contestó ella.

—No sabes mirar.

Demian era duro como una roca. Pero su mirada era tan transparente como las aguas del lago.

En realidad, fuera adonde fuese, Demian la espiaba, la acariciaba, la poseía, con una mirada gatuna que a ella la trastornaba. Geraldine, además de la fascinación que sentía por la belleza de su amigo, por su inteligencia y magnetismo, se sentía responsable de él. No sabría decir por qué. Con sus diez años, los dos parecían haber nacido unidos. Gemelos responsables el uno del otro.

Aún no lo sabía. Pero estaba segura de que, de mayor, se casaría con su amigo, aunque tuviese que arrastrar su silla allá adonde fuera. Cuando pensaba en sus familias, la idea le oprimía el pecho hasta dejarla sin aliento. Quizá porque sus padres nunca se lo permitirían.

El reverendo Thomas, que se ocupaba de Demian desde su niñez, tenía la culpa de muchas de sus inquietudes. Le hablaba tanto de su grandeza y creía tanto en su superioridad que el chico se lo acababa creyendo. Al parecer, no nació paralítico. Eso pensaba Demian. Como nació meses antes de lo previsto, raquítico, arrugado y helado, siempre creyó que moriría. Sin embargo, su amigo siguió con vida como un milagro en una caja de cartón que dejaron cerca de la lumbre. Allí, gracias al calor y a que alguien debió de darle algo de comer, sobrevivió.

—¿Y si me caí? —dijo Demian buscando respuestas.

—Y eso qué más da. Ahora no te puedes mover —le contestaba Geraldine, que a pesar de su corta edad era capaz de amar a su amigo tal y como era.

—Significa que si estas inútiles piernas nacieron sanas, quizá las pueda volver a mover.

—¿Y para qué te van a servir los libros?

—En ellos está la cura que los médicos no descubren. Y yo la encontraré en esa biblioteca de tu padre, en la que alberga las enseñanzas de los griegos, los mejores libros científicos y los manuales de medicina de su etapa de cirujano. Contienen

muchísimas teorías, ecuaciones y subterfugios. Hallaré la solución a mi inmovilidad en uno de ellos.

Geraldine no le contestaba. Sabía que Demian se equivocaba y que su imaginación le jugaba malas pasadas. «La mayor maldición que puede vivir un ser humano es no aceptar su destino», le había dicho su madre.

9

Lunes, 29 de agosto de 1994

Al día siguiente, antes de que llegaran las demás alumnas, me ha dado tiempo a dar una vuelta por el colegio. El castillo tiene tres plantas y en cada una hay una sala inmensa dividida en cubículos para las internas. En cada cuartito, una cama, una cómoda y un lavabo. En el primer piso se encuentra el *big dorm*, con cuarenta cubículos, y es donde duermen las pequeñas de *first, second* y *third grade*. En el segundo piso, el *top dorm*, con espacio para veinte cubículos, estamos las de *fourth grade*. Las alumnas más mayores van al tercer piso, el *bottom dorm*. Como te puedes imaginar, es el mejor. Tiene un baño para diez niñas y una zona con tostadoras como si fuese una cocina.

Mientras visitaba el colegio, me he cruzado con Sister Anne. Estaba muy atareada recibiendo a las otras estudiantes y me ha dicho que la directora, Sister Mary, quería conocerme. Me ha llevado delante de su despacho, donde, mientras esperaba, he podido fijarme en unos viejos mapas descoloridos de la región de Connemara. En ellos, he reconocido nombres mencionados por Oliver durante el trayecto: Cong, Cleggan, Inisbofin, Aran… Aran, sí, unas islas, me explicó, en

las que aún se habla el gaélico. He visto también en otro mapa que el colegio está rodeado de unas montañas que se llaman Twelve Bens y el lago Pollacapall.

Después de esperar un buen rato a que se abriera la puerta del despacho de la directora, ha salido una mujer rubia, de pelo largo y arreglado, acompañada de su hija pequeña. La monja me ha indicado que pasase.

El despacho de Sister Mary no parece el de una directora de colegio, sino más bien el salón de una casa. Aunque no tiene nada que ver con el de la mía. Lo que quiero decir es que tiene muebles, cuadros, fotos y un piano, pero sin el menor estilo, como diría Patricia. Para mí que han mantenido el salón del antiguo castillo. Me he sentado en un sillón con la típica tela de Laura Ashley, tan estirada que he tenido que hacer un esfuerzo para no apoyarme completamente por miedo a que se rajase con mi peso. Delante de mí había una mesita dorada y de cristal, estilo rococó, donde reposaban unas tazas diminutas con motivos de flores. Tienen té, pero la monja, al estar yo sola, ni siquiera me ha ofrecido. «Menos mal», he pensado al instante. Era todo tan pequeño que se me hubiera caído. La directora, como Oliver, no ha parado de hablar. Y yo, entre que no atiendo y su cerrado acento irlandés, me he distraído mirando a mi alrededor. La verdad es que me cuesta mucho concentrarme en lo que dice la gente.

Sister Mary es la típica monja directora de colegio. Baja y gorda, de piel tan blanca como si no hubiese tomado el sol en años, se le salen del velo unos mechones grises y mal cortados. Su mirada es también gris. Creo que no debe de ver nada, porque sus gafas metálicas, con unos cristales rayados y sucios, le cubren la mitad de la cara. Sus manos son pequeñas, regordetas y de piel seca. Mientras habla, aprieta con sus dedos los pliegues de su falda también de color gris, que ya está toda arrugada. Me ha soltado un discurso sobre los valores de las benedictinas, las notas, los fines de

semana, bla, bla, bla… «¿Habrá chicos por algún colegio de la zona?», me he preguntado… No a ella, claro, no soy tonta. Pero no sé si aguantaré tantos meses aquí y la perspectiva de lo que me queda por delante me ha deprimido. He suspirado tan fuerte que Sister Mary se ha callado al instante. Seguro que ya me ha cogido manía…

Para evitar mirarla, me he fijado en las fotos que cuelgan de la pared de su despacho. Son fotos en blanco y negro, retratos de gente de la época delante de la entrada del colegio. Deben de ser los antiguos propietarios del castillo.

He intentado disimular, pero, de repente, me ha preguntado:

—¿Sabes quiénes son? Ven, te las enseñaré. Son imágenes de la familia que mandó construir Kylemore. Tuvieron muchos hijos, que son los que aparecen aquí.

A su lado, he observado los cuadros con detenimiento. La primera dueña es muy guapa, morena, con unos rizos de época que le caen hasta los hombros. El hombre es grueso y tiene una extraña perilla. En una de las fotos, por detrás de los retratos de la familia del castillo, he visto a un niño sentado en una silla de ruedas. Le he preguntado si era uno de sus hijos y me ha contestado que no lo sabía.

En otra de las fotos se ve a una joven en un carruaje arrastrado por un caballo delante de la puerta principal. Como Sister Mary me ha visto mirar al caballo, me ha preguntado si me gustaban.

—¡Mucho! —le he contestado.

Me ha contado que Sister Anne se lleva los domingos a algunas alumnas a montar y que si quiero, puedo apuntarme. Se me ha iluminado la mirada.

—Hoy mismo hablo con Sister Anne para que tú también vayas —me ha dicho con una gran sonrisa.

Está claro que papá no les ha contado que lo tengo prohibido desde la muerte de mamá… ¡Por fin algo de aventura en este

horrible lugar!

Luego, hemos ido a por los uniformes, que estaban colocados en una salita, detrás del piano, justo al lado de una vitrina llena de libros antiguos. Me he fijado en ellos al pasar. Es lo más bonito de su despacho. He querido coger uno, pero la directora se ha molestado y me ha dicho que esos libros no se pueden tocar. «Pertenecían a los Henry», me ha dicho. En ese momento ha aparecido otra monja para medirme el cuerpo de hombro a hombro con un metro y me ha entregado un par de camisas azul claro de manga corta, dos faldas grises y un jersey azul marino con el logo del colegio.

¡Cuántos uniformes me habré comprado ya en mi vida! Al salir del despacho he visto que llegaba un coche enorme hasta la mismísima puerta, sin hacer caso del aparcamiento. Lo primero que me ha llamado la atención es que tuviera matrícula de Santiago de Compostela. ¡Estos son españoles! Hasta que he visto a la familia más peculiar que te puedes imaginar. Y eso que en el asiento de atrás solo se veía un ancho sombrero negro que escondía la cara de su portadora. ¿Quién podría ser?

El primero en salir ha sido un hombre altísimo con el pelo negro y engominado. Parecía Drácula. Luego, una mujer delgada, enfundada en un traje de lo más estrecho. Los dos iban vestidos como si fueran a cenar a un restaurante en Nueva York. ¡Muy apropiado para Irlanda! Él llevaba un abrigo largo y negro. Ella, unos tacones que la hacían casi tan alta como él. Hasta que, de pronto, se ha abierto la puerta de atrás y he visto salir a una chica inmensa que llevaba colgadas de los brazos varias bolsas. Nada más salir del coche, se ha dado la vuelta y ha suspirado resignada. Una monja la ha mirado y ha levantado las cejas. «Menuda alumna acaba de llegar», ha debido de pensar. Más grande que las demás, maquillada y con el pelo teñido de negro. ¡Pues a mí me ha encantado! He pensado

enseguida que sería mi amiga. De pronto, me ha visto mirarla y entonces ha clavado sus ojos en mí unos segundos hasta que ha relajado la mirada y ha gritado:

—¡*Eh, you*! ¿*You help me*, guapa?

«¡Y encima parece simpática!», me he dicho a mí misma.

Aunque la monja me había ordenado hacía un rato que subiera a mi *dorm*, he querido esperarla. Sister Anne la ha llamado Gela.

—Yo soy Adriana Ibanez —le he dicho.

—¿Eres también española? Pues vaya, como se enteren mis padres de que aquí hay españolas, me devuelven a Santiago…

—Las benedictinas también somos un poco extranjeras —ha añadido Sister Anne en español—. Yo misma viví en Argentina. De hecho, las monjas llevamos en este colegio desde el principio de la Primera Guerra Mundial tras el incendio de nuestra abadía de Ypres, en Bélgica, por los bombardeos alemanes. Aquí llegaron las primeras monjas belgas en 1916.

—¿Y por qué montaron un colegio? —le ha preguntado Gela.

—Las benedictinas siempre trabajamos en colegios. Y rezamos cinco veces al día… —ha respondido Sister Anne.

—¿Vamos a rezar cinco veces al día? —he exclamado.

—¡Eso son las monjas, mujer! —me ha contestado Gela, divertida.

Después de recoger sus maletas y cargadas hasta los topes, hemos empezado a subir las escaleras que yo ya he recorrido cuarenta y ocho mil veces. Por dentro, el castillo es de piedra blanca y porosa, mientras que la escalera, una de las más anchas que he visto jamás, sube en espiral hasta lo más alto del castillo. La barandilla tiene unas extrañas decoraciones arabescas. Gela, en cambio, se ha fijado en algo diferente: con su dedo me ha señalado una vieja puerta escondida de la que cuelga una señal de prohibido.

Mientras subíamos, Gela se ha parado varias veces para coger aliento. De repente, hemos oído a alguien llorar. No lográbamos encontrar a nadie hasta que he localizado el sonido en un rincón

entre dos pisos y entonces hemos descubierto a la misma niña rubia que había salido del despacho de Sister Mary. Encogida y abrazada a sus rodillas, parecía un pajarito.

—*Are you ok?* —le ha preguntado Gela.

La niña no se atrevía ni a levantar la vista. Parece inglesa y tiene el pelo fino como la paja y pegado a la cara. Estaba tan desolada que no podía ni hablar.

—*I bring you to your room* —le he dicho.

—No se dice «*bring*» —me ha cortado Gela.

Hasta que la niña nos ha aclarado que habla español.

Gela entonces ha hecho una mueca de enfado, ya que, claro, ha venido de Santiago de Compostela hasta el fin del mundo para aprender inglés y no para encontrarse con españolas. Entonces le he explicado que las irlandesas llegan en los próximos días.

Luego hemos ayudado a la niña a levantarse. Se llama Ida y, lo más increíble, es que tiene trece años —pronto cumplirá catorce— y está en nuestro curso. Cuando hemos llegado al *top dorm*, Gela casi se muere. «Pero si esto es un espanto… No me puedo creer que tenga que vivir nueve meses en este horror». Se chocaban con nosotras niñas que corrían a elegir los mejores cubículos y entonces les he dicho que hiciéramos lo mismo. Así que nos hemos puesto a correr hasta el final del dormitorio para elegir tres cubículos juntos. Gela está en la esquina, Ida ocupa el del medio y yo el de la ventana, aunque ya lo había reservado sin que ellas lo supieran. Por lo menos estamos juntas.

Ahora que escribo en esta especie de mesa que me he apañado, me doy cuenta de que entra frío por las juntas de la ventana, pero me da lo mismo. Veo este paisaje, el lago y me pongo a soñar… Mirando por la ventana llover, me pregunto si conseguiré vivir tan rodeada y sumergida en esta naturaleza en la que apenas se ve huella humana. Justo detrás del colegio, y como si lo empujase

hacia el lago, hay una montaña pelada que corta el viento y el sol. Incluso aquí dentro siento que esa montaña me aplasta.

Además del silencio, también me invade un sentimiento de soledad y de temor que me acelera la respiración. ¿Me da miedo volver a estar sola? ¿A verme de nuevo abandonada? Oliver tenía razón. Durante el trayecto dijo que vendría en las próximas vacaciones. Que intentará venir con mi padre. Ese pensamiento me emociona ahora que ya no hay vuelta atrás. «No llores nunca, pequeña lagartija, y menos delante de nadie. Que nadie sospeche que puedes sentirte débil». Me repito la frase de Patricia cientos de veces al día desde que estoy aquí.

10

Adriana encendió su ordenador y tecleó el nombre de Kylemore. Ante ella se desplegaron decenas de pestañas: «Tres días de viaje por Connemara», «un colegio para señoritas», «Galway, Clifden y Kylemore». Las leía todas por encima. «El castillo ha dejado de ser un colegio y ahora solo se dedica a las visitas turísticas». Sin embargo, descubrió que algunas benedictinas seguían viviendo allí. Recordaba que Sister Anne les había explicado que venían de Bélgica y, en efecto, lo leyó también en internet, donde, además, se hablaba de cosas tan triviales como su cocina, las flores que cultivaban en un invernadero y las frutas que crecían en ese paraje tan helado gracias a la labor de esas monjas. Adriana había clavado delante de su escritorio la postal de Kylemore enviada por Patricia. En ella no aparecía el invernadero, sino solo el castillo. Su reflejo. Volvió a mirar el lago, deseando traspasar el agua.

Bajó la mirada hacia su ordenador. Había muchas imágenes en internet, la mayoría impersonales. Es verdad que era Kylemore, pero no «su Kylemore». Ella había vivido allí de otra manera a como lo mostraban ahora las páginas web y esos turistas que se sacaban una foto ante su fachada. Los visitantes visitaban el lugar, se comían una tarta de ruibarbo, daban un paseo por debajo de esos inmensos

árboles y volvían a subir a sus coches. Se mantenían lejos de las fauces de Kylemore. Todo eran postales de un castillo blanco en un campo verde bajo un cielo azul celeste. Las fotos parecían dibujos animados. En cambio, su Kylemore era gris, inquietante y detenido en el tiempo. Para alcanzar esas vivencias debía volver a ese año, a ese momento y a esa edad. A las historias de Sister Anne. Empezaba a recordar su voz y le llegaban palabras melodiosas, hogareñas, un inglés con tonalidades argentinas. Recordaba la piedra triangular, las leyendas de Connemara, Cú Chulainn, los dedos bajo tierra, «¿habéis oído la historia del cisne blanco?», «el tiempo no existe y un día lo descubriréis».

Siguió navegando un largo rato por internet hasta que aparecieron las fotos que colgaban de las paredes del colegio, en el despacho de Sister Mary. Veía a la familia, la escalinata, la carroza y el salón recargado y rococó. Las palabras de Gela también acudían a su mente. «Hay una extraña sombra en todas ellas, ¿no la veis?». Adriana las volvió a observar detenidamente en su pantalla… pero seguía sin ver nada. En cambio, sí veía a los personajes. ¿Cómo se llamaban? «Henry», leyó. Y allí, al fondo de una de esas fotos que ahora tenía delante, la silla de ruedas.

Por las fotos, esa familia permanecía bajo un halo misterioso. Bastaba ver sus rostros bañados por tragedias… ¿Qué desdichas podía tener una familia tan adinerada en un lugar tan apartado de todo como era Kylemore? Adriana escribió: «Los primeros habitantes del castillo». Ahora sí se hablaba de ellos. De unos tales Mitchell Henry y Margaret, una pareja que se había querido con locura. Estaba incluso su árbol genealógico en una página destinada a la familia. ¡A quién se le ocurría colgar esto en la red! La ostentación de nombres y fechas la sorprendió al principio, pero enseguida se dio cuenta de que, salvo eso, nombres y fechas, de ellos no se decía nada. Como personajes de cera, se le mostraron vacíos,

desaparecidos, congelados en ese tiempo que en Kylemore parecía haberse detenido.

Adriana, hija única, se empezó a imaginar con cierta candidez lo que debía de ser una familia numerosa en ese castillo irreal. Oía sus gritos y energía. «Unos tanto y otros tan poco», pensó comparando su vida con la de ellos. «Qué divertido hubiera sido tener una casa con tantos hermanos», se dijo mientras seguía tecleando. Leyó sus nombres despacio, como si cada uno de ellos contuviese una historia escondida. John, Margaret, Alexander, Forward, Lorenzo, Florence, Violet, Marie y Geraldine. ¿Geraldine? Como en sus sueños, la amiga de Demian.

Hizo memoria y siguió viendo «imágenes». Salieron varias fotos. De Geraldine reconoció un retrato enmarcado; su cuello iba enjoyado y sus ojos negros miraban al espectador. En una segunda foto, Geraldine conducía un carruaje majestuoso delante del castillo cuando este era aún su vivienda familiar. Así debía de ser Geraldine: intrépida, sincera, desafiante. Quizá porque mirase directamente a la cámara, lo cierto es que parecía dirigirse a ella, querer decirle algo. Aunque hubieran pasado más de cien años, esa foto parecía reciente. «Yo sé que nos conocemos y te he elegido a ti para que cuentes nuestra historia», le decía su mirada. «Ya te tengo. Tú serás mi personaje. Pero ¿quién eres exactamente?», pensó Adriana. Algo en ella parecía evadirse.

Algunos de los otros nombres tenían sonoridades italianas. Adriana recordó que el castillo tenía un aire de construcción florentina: la piedra rosácea con la que se habían construido las ventanas curvilíneas, el tejado y esa preciosa escalera por la que subían a sus habitaciones.

Salían fotos del interior del castillo, de algunas de las salas, extremadamente decoradas, con una opulencia poco común en Irlanda. Mientras Adriana se adentraba en esas estancias

fotografiadas, su imaginación veía a los niños correteando arriba y abajo, un sinfín de empleados.

Cerró la tapa del portátil. Mil imágenes se mezclaban ahora en su mente. «Ese año ocurrieron tantas cosas…», pensó. Tanta vida, tanta energía no abandona un lugar sin más. ¿Lograría dar sentido a esa amalgama de personajes, de épocas y de vivencias que por alguna razón parecían atrapadas entre las paredes blancas del castillo?

Adriana sabía que esos muros albergaban otras historias y una de ellas tenía que ser la verdadera. La que daría sentido a todo. No solo a Kylemore y a los Henry, sino a ella misma también. «La memoria es selectiva, pero no borra», pensó.

11

Martes, 30 de agosto de 1994

Como las clases no han empezado todavía, Ida, Gela y yo nos pasamos el día juntas, explorando el colegio y sus alrededores. Sister Anne también está mucho con nosotras. Es la responsable de nuestro curso y, además, la que nos va recordando las rutinas. Dentro del colegio, salvo el despacho de la directora, los muros son los típicos de un internado, tapizados de una monstruosa tela verde militar y de los que cuelgan los cuadros de las orlas con los rostros de alumnas insignificantes, entre los que un día, Dios no lo quiera, aparecerán los nuestros.

Ida nos ha sorprendido a las dos. Ella, que parecía tan aniñada, en realidad es la más enérgica, la más rápida y la que tiene la mente más organizada de las tres. Por ejemplo, a diferencia de Gela, su cuarto está impecable. Además, cuando tuvimos que instalarnos en nuestro miniespacio, sin ella Gela se hubiera desesperado. Nos la encontramos sentada encima de sus maletas sin saber por dónde empezar.

—¡Cómo voy a conseguir meter todo el armario de mi casa en un cajón! —se lamentaba mirando a su alrededor.

—No te habrás traído todo desde Santiago, ¿verdad?

—Hay tres cajones —le contestó Ida—. Saca el edredón y las sábanas. Así eliminas una maleta. Luego vas de la más grande a la más pequeña. Y si no te cabe todo, dejas el resto en la maleta, debajo de la cama.

Así, Ida ha ido deshaciendo los bultos de Gela mientras yo me preguntaba para qué necesitaba tanta ropa en un internado en el que solo hay niñas y todas van de uniforme.

—Soy Escorpión y no puedo desplazarme sin mis cosas —ha explicado Gela como si eso fuera una gran revelación.

—¿Eso qué es? —le ha preguntado Ida.

—Mi signo del Zodiaco.

—¡No puede ser que os creáis esas cosas! —le he contestado.

—¡Pues te voy a demostrar que es verdad! —Y, mirando a Ida, Gela le ha preguntado—: ¿Tú qué signo eres? A ver.

—Es que tampoco lo sé. Nací el 1 de enero.

—¿El 1 de enero? Menuda fecha para nacer, ¿no? —le ha dicho Gela, sorprendida—. Pues eres Capricornio. Seguro que ordenada, responsable, tremendamente trabajadora y bastante aburrida.

Me he enfadado con lo que le acababa de decir a Ida, sobre todo después de cómo la ha ayudado. En realidad, tenía miedo de que se pusiese a llorar de nuevo. Pero no, Gela nos ha dicho que hubiera dado todo por tener esas cualidades.

—De hecho, ¡por eso estoy aquí! Malas notas, irresponsable, desordenada e incapaz de deshacer una maleta.

Ida estaba fascinada con la ropa de Gela y se la probaba toda mientras trataba de verse en el diminuto espejo de su cubículo. ¡Cabían dos como ella en cada prenda!

—¡Pero si toda tu ropa es negra! —he dicho a Gela.

—Ya lo sé, ¡soy gótica! —ha confesado.

—¿Y tus padres te dejan? —le he preguntado.

Ida tampoco sabía lo que es ser gótica.

—Pero ¿en qué mundo vivís? —ha dicho Gela—. ¿Habéis oído hablar de los punkis? Pues son algo parecido. Lo malo es que aquí en el colegio no puedo maquillarme, pero cuando salgamos ya veréis.

Gela está siendo todo un descubrimiento para Ida. A pesar de tener la misma edad, Gela parece mayor que nosotras. A sus quince años, por su tamaño y seguridad, aparenta dieciocho.

En este colegio cenamos a las seis y media. El comedor está en el sótano de la abadía. Ahí hay varias mesas alargadas de donde se cogen los platos, los cubiertos y los vasos para llevarlos a la mesa que una elige. Nosotras siempre buscamos una vacía, aunque, al final, todas se llenan de alumnas. En estos primeros días aún nadie se conoce. Luego alguna monja trae a las mesas bandejas de comida.

Gela no para de hablar. Chapurrea un inglés bastante malo, pero, como no le importa nada y tiene un vozarrón, al final todas la escuchan y la entienden. Nos ha contado que con sus padres ha recorrido Connemara durante tres días antes de llegar al colegio y que Irlanda es un país de brujas y fantasmas. ¿Qué querrá decir con eso? Dice muchas cosas que no tienen ni pies ni cabeza, pero es divertida. Sus palabras captan de inmediato el interés de las demás alumnas. Gela no es la persona más distinguida sobre la faz de la tierra, como diría mi padre, pero, a pesar de su tamaño, tiene un halo de elegancia marina fascinante. El color de su pelo es tan oscuro que parece azul marino y su piel, sin ser blanca, tiene reflejos plateados. Me pregunto cómo se vería si sus ojos no estuvieran maquillados. Gela no parece provenir del mundo terrenal, sino que parece sacada de un libro de leyendas.

Ahora es de noche, estoy en esta especie de mesa improvisada, miro a través de esta ventana mal cerrada un paisaje

completamente oscuro y oigo ruidos desconocidos. Esto es lo que tienen los castillos y los internados: son lugares llenos de una vida que uno siente y no ve. No sé si lo que me invade es una inmensa desdicha por el año que me espera o, por el contrario, una inabarcable felicidad. Lejos de mi casa, lejos de papá, de Patricia, de las exposiciones, de sus viajes y cenas, de ese mundo de adultos en el que vivo. Esto es tan diferente. A veces creo vivir una película. Me río por tonterías y eso me gusta. Además, aunque nos obliguen a apagar la luz a las nueve y media de la noche, con esta lamparita que me he traído de casa consigo ver mi diario perfectamente.

Es extraño cómo en un colegio lleno de reglas me siento más libre que en mi propia casa, en la que todos buscan controlarme y hacerme ser como ellos quieren. Parece mentira cómo la distancia te hace ver las cosas de otra manera.

12

Adriana se pasaba la mayor parte del día leyendo e investigando sobre el castillo. Su mayor fuente de conocimiento era el libro *History of Kylemore, Castle and Abbey*, de Kathleen Villiers-Tuthill, que le había llegado a casa hacía una semana y que recogía toda la información sobre la familia de los Henry. El ensayo empezaba tratando la historia de la región de Connemara, castigada por la famosa hambruna que azotó el país en el siglo XIX.

Luego hablaba mucho de los primeros dueños del castillo. Mitchell Henry provenía de una rica familia de Manchester.

En 1862 había fallecido a los setenta y dos años el grandísimo Alexander Henry, fundador de Henry and Co, la mayor fábrica de algodones de Inglaterra que acababa de iniciar su expansión por Australia y Brasil. Por aquel entonces, Henry, graduado por la Universidad de Londres a sus treinta años, trabajaba como cirujano en el Hospital de Middlesex. Alejado del mundo empresarial de su familia, tuvo que dar un giro a su profesión. Mitchell Henry, que había sido médico en Inglaterra, acabó dedicándose a la política en Irlanda y llegó a ser gobernador.

De su mujer se hablaba poco. Margaret Vaughan, nacida en el Norte de Irlanda, provenía de una familia tradicional. La pareja había visitado Connemara unos años antes, durante su luna de miel, y ese mismo año, en el que Mitchell heredaría la empresa familiar, compraron lo que sería Kylemore. Adquirieron trece mil hectáreas en las faldas de las montañas de Twelve Bens, al pie del lago Pollacapall. Allí construirían su futura casa familiar, aquella mansión que reflejaría su esplendor en aquel lago inamovible, que mostraría, cual perfecto espejo natural, la belleza de su mujer. «Nuestro hogar será tan esplendoroso que hasta su reflejo deslumbrará a los dioses», le dijo su marido, entusiasmado, a su esposa. En una tierra poblada de castillos negros construidos con la piedra oscura del lugar, Kylemore sería blanco.

La autora señalaba no solo los lujos de esta pareja, sino sus viajes por Italia. «Debieron de ser un hito en Irlanda», pensó Adriana. Transformaron la región entera gracias a su riqueza y dieron trabajo a casi todos los habitantes del condado. Margaret le había pedido un palacio florentino. Los decoradores, las obras, las telas y los muebles vendrían de Italia y nombrarían a sus futuros hijos nacidos en Kylemore con nombres de ciudades italianas.

Pero cuando se planifica demasiado la vida esta tiende a seguir otros caminos.

Cansada de leer tanta información, Adriana dejó el libro. Ya no sabía quién era quién en esa familia irlandesa. Le escocían los ojos y le entraron ganas de que le diera el aire. Al salir a la calle, el viento seco le alivió su sensación de soledad en ese París que le gustaba tanto, pero donde siempre se había sentido una extranjera.

Con el mágico deseo de encontrarse con Patricia por las calles de la ciudad, Adriana cambiaba siempre de itinerario, desafiando, sin éxito, el azar. Esta vez llegó a la Rue de l'Annonciation, una vía

peatonal en el corazón de París que se asemejaba más bien a una callejuela de un pueblo normando. Allí, esa mañana de sábado, los comerciantes se habían instalado en la calle para vender sus productos caseros, quesos, panes, cruasanes recién horneados mientras la muchedumbre paseaba. Cautivada por el olor, la joven se sentó en la terracita del restaurante La Gare, en la esquina con la Rue de Passy. Eligió la mesa desde la que podía observar a la gente y la que recibía el calor de la estufa. Pidió un café con leche y uno de esos deliciosos cruasanes.

Adriana oía los gritos de unas jóvenes en una mesa junto a la suya. Pensaba en sus propias amigas. Habían pasado la mayor parte de sus vidas en lugares diferentes. Tan solo durante los años de carrera se habían podido ver con frecuencia. Ida y Gela coincidieron en Madrid. Ida estudiaba Derecho y Gela Teología. Adriana viajaba hasta allí, saltándose algunas clases de letras modernas en París. Salvo cuando salía con Boris… Recordaba el *shock* cuando Gela les anunció que iba a estudiar Teología. «¡No te piden ni nota!», les había explicado delante de un enorme vaso de cerveza.

Sus ocurrencias y su forma de pensar siempre había sido su mayor alegría. Al final, Gela había heredado los supermercados de su padre sin haber puesto jamás un pie en ellos y se dedicaba a escribir horóscopos en revistas de corazón. De vez en cuando trabajaba en lo que ella llamaba «misiones», que consistían en buscar en casas «energías de otros tiempos». Desde pequeña, por muy estrambótica que pareciese, Gela conocía perfectamente cuál iba a ser su destino. «Una persona que no duda», pensaba Adriana de ella.

El camarero le trajo el café y el cruasán caliente lleno de mantequilla, como a ella le gustaba. Al dejar su pedido en la mesa, le regaló una mirada encantadora. Adriana también le correspondió, aunque enseguida bajó la vista hacia la taza humeante. A veces se sentía culpable de sus deseos. Es verdad que era capaz de empezar relaciones con la esperanza de que fuera el hombre definitivo. Pero

también era evidente que eso nunca ocurría. Como esas piedras que tiraban en Kylemore por encima de la piedra triangular, ¿era el amor una suerte de destino…? Una herida, quizá de ese año 1994, seguía humeante como el café. Olvidar. ¿Y si ese año no fuese más que una extraña película?

Se quitó la chaqueta; ya había entrado en calor, y, tras un primer mordisco al cruasán, miró a su alrededor pensando en cómo hacían los franceses para estar tan delgados con la cantidad de mantequilla que consumían a diario. Le volvió de nuevo a la mente la imagen de Patricia. Ella también era muy estilosa. Siempre ligeramente desarreglada para demostrar que la elegancia y la belleza emanaban de las personas y no eran algo construido. En cambio, a ella, en cuanto se pasaba comiendo, ya le apretaban los vaqueros.

Seguía oyendo la conversación de las chicas de la mesa de al lado. Más jóvenes que Adriana, hablaban enérgicamente de un viaje a Marruecos. Le llegaban palabras sueltas que le parecían provenir de otras vidas. Las miraba e imaginaba. Quizá Patricia se refería a eso cuando le explicaba lo importante que era recoger semillas de vidas ajenas. Las observaba charlando y, a pesar del temor de volver a despertar ese pasado tan oscuro, la idea de hablar así, de todo y nada, con sus amigas la llenó de alegría.

De repente, le vino una idea que la animó: ¿y si invitase a sus amigas un fin de semana a París? Sería divertido y a la vez necesario para planificar un poco esa extraña boda. ¿Cuánto hacía que Gela e Ida no venían a su casa? ¿Cuánto que no habían pasado un fin de semana juntas, las tres, como en los viejos tiempos? Cogió su teléfono y creo un grupo de WhatsApp con el título *Fin de semana, París, noviembre* y añadió los teléfonos. Las respuestas no tardaron en llegar. Un «¡genial!» y emojis de aplausos le confirmaron que las dos acudirían a la cita. Ida pidió enseguida la fecha exacta para organizarse con Ruth. Gela le contestó: «Sí, con una condición. Que no tratéis de convencerme de lo contrario. ¡Voy a casarme!». «¡Qué

astuta es la vidente!», pensó Adriana. Gela siempre había sido la más creyente y a la vez la más indomable de las tres. Lo extraño era que no hubiese querido romper el hechizo mucho antes, cuando se enamoró de Juan en la Facultad de Teología. Al final, Gela no se atrevió y Juan se cansó de esperar un matrimonio que nunca llegaría. Ahora Adriana lo veía clarísimo. Si alguien debía desviarse del conjuro, era Gela. A pesar de todo lo que le había pasado a Ida, con Ruth y a ese infeliz de Dani, había llegado el momento de arriesgarse. Ya era hora de que una de ellas se lanzase a desafiar lo que vivieron aquella noche. El miedo que había sentido por su amiga se esfumó de repente mientras inhalaba su primer cigarrillo de la semana. Solo fumaba para hacer desaparecer el sentimiento de opresión. ¿Sería ella, como Gela, capaz de tomar sus propias decisiones? Una noche alguien las tomó por ella. Inhaló el humo hasta el estómago. Como la atrevida, la valiente y la divertida Gela, también ella debía dar el paso. Como la responsable, la organizada y la trabajadora Ida, también ella debía controlar su vida y no dejarla en manos de los demás.

Una sensación de frío recorrió su espalda.

Dolor y soledad. Era justo eso lo que sentía, aunque nada en la actualidad provocase esos sentimientos. ¿Entonces? Eran heridas del pasado… Le hubiera encantado compartir ese desayuno con alguien, con su padre, con sus amigas o con quien fuera. La imagen de Denis volvió a su mente, pero enseguida la apartó. Otra relación sin sentido. «Ya no más pasos en vano», se dijo a sí misma.

13

Kylemore

El regreso del señor y la señora Henry de uno de sus viajes era siempre un acontecimiento en el castillo de Kylemore. Los padres de Geraldine partían dos veces al año «en busca de arte y belleza», como les decían a los nueve hijos que, desde el día de su marcha hasta su regreso, esperaban con ansia su vuelta, anunciada previamente por el ruido de las ruedas de uno de los únicos Rolls Royce que por entonces se veían en Irlanda.

El día en que regresaban de uno de sus viajes por Italia, a finales de julio de 1873, hacía un sol radiante en Connemara. Geraldine, que estaba practicando unos pasos de baile en su cuarto rosa, fue la primera en oír el sonido de las ruedas sobre la tierra. La pequeña salió de estampida escaleras abajo gritando de felicidad. Demian, seguramente acechando en el jardín, ya se había enterado antes que nadie.

Cuando bajaba corriendo las escaleras de arabescos, Geraldine estaba siempre a punto de caerse. Era la más rápida, la más intrépida, la más despierta y viva de los nueve hermanos. Para no pisarse el traje se lo recogió rápidamente por encima de la rodilla y lo manejaba como un trapo engorroso con el que no sabía qué hacer. Había salido de su cuarto en cuanto había oído la primera señal, sin peinarse la espesa cabellera, que llevaba suelta.

—¡No soporto esta ropa! ¡No soporto esta ropa de niña! —decía una rebelde Geraldine.

—Geraldine, despacio. ¿Desde cuándo una señorita corre así?

—¡Déjame en paz! —le gritó a la *demoiselle* francesa—. ¡Han llegado mamá y papá!

—¡Y no se grita!

Sin embargo, solo se oían gritos, más «papá» y más «mamá» desde diferentes puntos de la casa. Margaret, la mayor —que no había heredado el porte elegante de su madre, sino más bien el físico algo grueso de los Henry—, salió de su cuarto con aire lánguido y parsimonioso. Acababa de cumplir los veintiún años y ya solo se emocionaba cuando venía a buscarla su novio. Alexander, unos años más joven, estaba en el jardín jugando con la construcción de unas viviendas para insectos que había creado bajo el tronco del tilo más alto del castillo. Forward, apenas un año mayor que Geraldine, intentaba, como siempre, alcanzar a su hermana. Lorenzo, siempre con un libro en la mano, se acercaba leyendo, y Florence, Marie y Violet, demasiado pequeñas, se agitaban de felicidad al notar el alboroto. El único que faltaba era John, que desde su graduación había abandonado la casa familiar para instalarse en Londres.

Por el contrario, los cientos de empleados que se habían quedado a cargo de los hijos y del buen funcionamiento del castillo se mostraban nerviosos ante la llegada de sus señores. Poco a poco, iban dejando de lado sus quehaceres para acercarse a la puerta de entrada de la casa, disimulando el desconcierto. Habían estado más de un mes a cargo de la mansión. Ahora las cosas iban a cambiar. Pero, por el momento, no había nada más divertido en el castillo de Kylemore que esta llegada.

—¡Niños queridos! ¡Qué alegría!

—¡Mamá! ¡Papá!

—¿Queréis ver los dibujos que he hecho para vosotros?

—Florence ha sido mala conmigo.

—Mamá, dile a Lorenzo que no puede entrar en mi cuarto sin permiso.

—¿Qué nos habéis traído?

—¿Encontrasteis la muñeca que os pedí?

—¡He recibido por fin la carta de aceptación en Trinity!

—¿Me dejaréis ir al baile de los O'Hary? ¡Es dentro de nueve días!

Las preguntas, las afirmaciones, las palabras y los abrazos no dejaron a los señores Henry ni un segundo hasta la noche. Pero lo cierto es que Margaret no prestaba demasiada atención a sus peticiones. Intuyendo quizá que le quedaba poco tiempo, besaba las caras de unos y de otros sin cesar, absorbiendo su olor, su dulce sabor de piel de niño, pensando a cada segundo lo maravillosos que eran sus hijos, lo que habían crecido, lo mucho que los quería.

Desde que tiempo atrás le presentasen al entonces joven cirujano en casa de los señores Fergusson en Dublín, la pasión de Margaret por el que sería su marido había ido aumentando año tras año. ¡Eran tan jóvenes cuando se conocieron en medio de esa larga mesa de invitados que casi se podía decir que habían crecido juntos! Aquella noche Henry se enamoró de Margaret al instante. Para llamar su atención, le habló del mundo del arte, de los museos italianos y de sus pintores favoritos, mostrando tal conocimiento que la joven irlandesa no pudo sino admirar a ese médico, educado y culto como ningún otro pretendiente. Al cabo de un año, Margaret, de Quilly House, procedente del condado de Down, en Irlanda del Norte, se convirtió en su esposa.

La vida de los recién casados transcurría con total armonía. Durante su viaje de novios, en 1852, se pasaron meses recorriendo Irlanda, pero Margaret recordaba especialmente aquel *cottage* de la región de Connemara. La pareja visitó las ciudades de Cong, Clifden, Kilkieran y Galway. Años después, en 1865, con sus cuatro primeros hijos y recién heredado el imperio familiar, regresaron a ese mismo

lugar en Connemara para adquirir no solo la casa, sino el inmenso terreno circundante, comprando hasta la última piedra. «¡Aquí se vende todo!», les había indicado el albacea. La región acababa de pasar la mayor de las hambrunas y sus habitantes tenían poco más que piedras para llevarse a la boca.

14

Jueves, 8 de septiembre de 1994

Clarean es la única alumna irlandesa con la que nos llevamos bien. A ver, no es que las otras me resulten antipáticas, simplemente pasan de nosotras. Ida piensa que es porque saben que en unos meses regresaremos a España y no les interesa entablar amistad. Pero Clarean es diferente. Lleva dos años en el colegio y se conoce todos los lugares interesantes y raros, de esos que nos gustan a nosotras. Hoy nos ha querido enseñar la famosa piedra de los deseos, que está también por el mismo camino de la iglesia derruida. Cuando hemos llegado, hemos visto, al borde del camino, una piedra inmensa y que, si te fijas bien, tiene la forma de un triángulo perfecto.

—Hay que colocarse de espaldas a la roca triangular y tirar piedras por encima de tu cabeza mientras pides un deseo. Si consigues que las piedrecitas sobrevuelen el vértice del triángulo, el deseo se cumple. Pero solo puedes pedir algo relacionado con el amor. El amor es el núcleo de este lugar… —nos ha explicado Clarean.

—¿A qué te refieres? —le ha preguntado Ida.

—Pues que este sitio se construyó por amor y en cuanto ocurrió la desgracia el lugar se vino abajo.

—¿El colegio? —ha vuelto a decir Ida, que a veces no se entera de nada.

—¡No! Antes de que hubiera un colegio, el castillo pertenecía a una familia y el dueño estaba tan enamorado de su mujer que lo construyó para que vivieran aquí felices. Por eso solo se pueden pedir deseos relacionados con el amor.

Entonces nos hemos puesto todas a tirar piedrecitas por encima del triángulo. Primero Gela, que ha demostrado tener la peor puntería del mundo, porque sus piedras salían disparadas por todas partes menos hacia el triángulo. Luego me ha tocado a mí. Por lo menos mis piedras tocaban el triángulo, pero ninguna pasaba por encima; y luego ha sido el turno de Ida, que se ha hecho daño al rebotarle una piedra y darle en la cara. ¡No se ha puesto a llorar de nuevo, pero casi! En cambio, a Clarean le ha salido a la perfección.

—Tienes práctica… —le ha dicho Gela, a quien no le ha hecho ninguna gracia.

—¡Qué va! Nunca me había salido, pero esta vez parece que la mala suerte en el amor… ¡os la lleváis vosotras!

Gela estaba indignada. Nunca pensé que le molestaría tanto. ¡Si era solo un juego!

Más tarde, cuando nos hemos sentado a cenar, Gela nos ha explicado otra de sus extrañas teorías.

—Pensad lo que queráis, pero ¿no os parece raro que ninguna de las tres haya podido tirar bien las piedras? A ver, que tampoco es que fuera tan difícil… Vamos, que esa Clarean, que es feísima, lo consiguió enseguida.

—¡No es feísima! —he contestado—. Además, lo pienso de verdad, Clarean es pelirroja y está llena de pecas. A mí me encantaría tener solo la mitad de ellas…

—¿A qué te refieres con «raro»? —le ha preguntado Ida, que se lo cree todo.

—Pues que ninguna de las tres lo consiga, como si las tres fuéramos un triángulo de algo…

—¿Un triángulo de qué? —le he dicho yo, un poco exasperada—. A ti se te ha ido la…

—Pues que yo vengo de Santiago. Ida viene de Málaga y tú de Barcelona, aunque vivas en París. Si marcas cada punto en un mapa, sale esa figura. ¡Somos un triángulo!

Le dije que parara con sus ideas. La verdad es que a mí, ese triangulo que ve de nosotras tres me parece una tontería. En cambio, que exista una piedra totalmente triangular y así de grande es un milagro de la naturaleza. Gela está convencida de que somos más que hermanas de sangre y que no estamos aquí por simple azar… Dice que algún día sabremos por qué tuvimos que venir a Irlanda y conocernos en este lugar tan remoto. Dice que somos una especie de «extraño paradigma», como cuenta Sister Anne.

Como no lo entiendo bien, he mirado la explicación en un diccionario: «Se llama "paradigma" a un modelo que se repite». En este caso, debe de ser un modelo de amor desgraciado. ¿Como el que ha dicho Clarean que vivieron los antiguos habitantes del castillo? No lo entiendo del todo. Gela, en cambio, piensa que algo, o alguien, nos ha atraído hasta aquí.

15

Cuando llegó a su casa, Adriana se asustó al constatar que la llave no estaba echada. ¿Se le habría olvidado cerrar? Pero enseguida vio la maleta de su padre en la entrada y gritó de alegría. No era la primera vez que llegaba sin avisar. Andrés estaba en el salón con un *whisky* en la mesa mientras abría los paquetes del correo a su nombre.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —dijo Adriana.

—¡Ven a darme un beso! Te he llamado, pero, como siempre, lo tenías apagado.

—No mientas… —contestó su hija.

Conocía la forma de hablar de su padre. Los hechos no se correspondían más que con su imaginación.

—Lo he decidido en el último momento. No podía estar más sin ti en Mallorca.

—Que no mientas, papá…

—¡Es verdad! Déjame que te vea. ¡Qué guapa estás! ¡La mujer más guapa que he visto en mi vida!

—Ya claro, ¡lo dices porque me parezco a ti!

En silencio, los dos tuvieron el mismo pensamiento. No, Adriana no se parecía tanto a su padre como a su madre, a quien Andrés

pareció volver a ver ante sus ojos en un instante.

Aunque no anunciase sus llegadas y fuese el mayor egoísta que había conocido en la vida, Adriana lo adoraba y compartía con él una gran conexión. Se sentaron en el salón y Andrés le fue contando sus proyectos. Iba a participar en la próxima FIAC, la Feria de Arte Contemporáneo Internacional, y había venido a reunirse con Nicky, su galerista americana.

—Tengo que ver el espacio primero y así poder escoger las instalaciones que encajen mejor en el Grand Palais. Quiero saber qué mando traer de Mallorca, qué puedo vender, aunque me cuesta ponerme de acuerdo con Nicky. Tiene una magnífica galería, pero es complicada…

—¿Qué galerista no lo es? —le contestó Adriana, que había crecido en ese mundo del arte—. Papá, intenta no ligártela y las cosas te irán mejor desde un punto de vista profesional.

Andrés se rio.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Unas semanas, quizá más.

—¿Y qué pasa con…?

De repente, Adriana no recordaba el nombre de esa chica con la que le había visto por última vez.

—¿Jessica? A ella ya no le importo nada. Creo que desde que me he hecho mayor y prefiero los momentos de soledad frente a una chimenea ha dejado de divertirse conmigo y se ha ido a buscar a uno más joven. ¿Y tú? ¿Cómo vas con ese escultorcillo con el que te vi?

A veces su padre podía ser tremendamente despectivo con la gente. Pero, de repente, Adriana vio a Denis como una persona menos interesante.

—Lo hemos dejado.

—No te preocupes, hija. Eres guapísima. Seguro que encuentras a otro enseguida. Pero te veo pensativa, ¿estás bien?

—Quizá esté harta de tener que encontrar siempre a otro. Y la belleza no lo es todo, papá.

—En eso saliste más como… tu madre. En realidad, te encanta estar sola. Y el físico, la belleza, es muy importante para un artista, por eso lo he dicho.

Por un instante, su hija pensó que iba a decir «como a Patricia», ya que siempre buscaba la soledad. Pero no a ella. Adriana sabía que si sus relaciones fracasaban no era por su deseo de vivir sola. Adriana cambió de tema. Se quedaron hablando un buen rato. Sobre Gela, su boda y el error que estaba cometiendo.

—¿Por qué te parece una equivocación? —preguntó Andrés.

No se lo podía explicar. Sin embargo, esa tarde su padre la escuchó como nunca lo había hecho antes y le habló sinceramente. A pesar de referirse siempre a él y su arte, Andrés era una de las personas más inteligentes que Adriana había conocido. Para llegar tan alto en el mundo del arte, había tenido que creer en sí mismo. Su naturaleza, algo narcisista, le hacía poco inclinado a sentir compasión por nadie, ni siquiera por su hija, a la que sin embargo adoraba. Pero su arte, su creación, se situaba antes que nadie, incluso que él mismo.

Adriana le relató su deseo de escribir sobre Irlanda: el internado, la historia de los dueños anteriores de un castillo en el que, sospechaba, reinaba una maldición.

—Es como si ese lugar estuviera poseído —le contó.

Su padre la miraba sin entender bien adónde quería llegar.

—¿Una maldición? —le preguntó.

Mientras le explicaba, Adriana hacía pausas, pensaba. Se preguntaba si su padre seguía su discurso o si ya había desconectado y la miraba como otra obra que esculpir, que realizar. Conocía esa mirada de creador que nada escucha, solo ve.

—¿Me estás escuchando?

Andrés la miró claramente desde otro lugar, pero asintió con la cabeza.

—No sé cómo describir una historia que tiene partes poco realistas, ni cómo hacerla verosímil. ¿Me entiendes?

Su padre la volvió a mirar en silencio, intentando por primera vez empatizar con ella y pensar en la extraña historia. Hasta que le preguntó:

—¿Qué esconde esa maldición? En realidad, ¿qué quieres contarnos?

Adriana se quedó callada. No se había parado a pensar qué era lo que quería decir. Andrés siguió con su idea, esta vez, como solía hacer, refiriéndose a sí mismo.

—Yo necesito hacerme esa pregunta cuando empiezo una obra. Ahora, con la exposición de Nicky, ¿crees que debería exponer las obras sobre el viento que empecé este verano o debería mostrar algunas más antiguas?

Adriana sabía que, en un segundo, su padre era capaz de dirigir la conversación hacia sí mismo. O le seguía en su discurso olvidándose de ella o se levantaba y se marchaba. Decidió seguir la conversación y olvidarse de su novela. Algo nerviosa, su voz salió con tono desagradable:

—No es lo mismo. Tus instalaciones son pura imaginación. Una novela ha de tener una consistencia real, ya que parte de la realidad. Las palabras significan algo, papá. Si no, ¿qué sentido tiene escribir?

—¿Crees que el movimiento de mis obras, ya sean grandes, pequeñas, vacías, plenas y geométricas, no parte de una realidad cósmica? ¿Existe algo más mágico que la perfecta armonía de las formas? Si no lo fueran, no dirían nada a los compradores que pagan fortunas por ellas. Toda buena obra habla a tu ser, Adriana, a tu conciencia, a tu alma… Llámalo como quieras. No te equivoques, al

final tú y yo estamos ante el mismo paradigma. Tu obra es un espejo de tu ser.

—¿A qué te refieres con «paradigma»?

En un segundo, Andrés era capaz de revelarse con una profundidad que dejaba mudo a cualquiera. Le había hablado de paradigmas y de espejos que le hicieron pensar en el lago irlandés… A pesar de su manera peculiar de fijarse solo en la apariencia de las cosas, su padre hablaba de una manera tan lúcida que Adriana se sobrecogió.

—Cuando digo paradigma, es para explicar que cualquier forma de creación es sustituible para mostrar la realidad. Tus escritos, mis instalaciones, pero también nuestras mentes, responden a la ley de la atracción y el impulso creador. En una palabra, a nuestros pensamientos. El que crea que pensamos de forma neutra, se equivoca. Lo que vives, por ejemplo, con cada una de tus parejas lo has formulado previamente en tu mente. Son sustituibles. Forman un paradigma.

—¡Qué dices, papá! Mis relaciones al final me hacen daño. Por eso pienso que vivo una maldición.

—¡Ahí está la famosa maldición! —contestó Andrés—. Adriana, hasta que no veas que son tus pensamientos los que te dirigen hacia ella y no algo exterior a ti, seguirás atrapada.

Adriana se quedó sin palabras.

—Son espejos de tu mente —añadió él.

Empezó a sentir calor. Su corazón le bombeaba a gran velocidad. Era evidente que su cuerpo recordaba o hablaba un lenguaje que su sentido no reconocía. Adriana se levantó para quitarse el jersey. De alguna manera, su padre debió de notar su malestar, porque también se levantó y se marchó a deshacer la maleta. ¿Estaría molesto? Andrés tenía la capacidad de estar tan por encima de la propia realidad que esta apenas le rozaba. Al cabo de unos minutos, ya en su cuarto, alguien le llamó por teléfono. Adriana se había

quedado en el salón y lo miraba, con el móvil en la mano, caminar de un lado para otro, haciendo gestos grandilocuentes con sus brazos. «¡Menuda energía sigue teniendo! ¡Todo el rato trabajando!», pensó. Patricia le solía decir: «Los artistas nunca descansan». Tenía razón. Miró a su padre, con el pelo más largo y cano que de costumbre, sus gafas de pasta, su piel curtida por el sol mallorquín, y se dio cuenta de que, a pesar de la edad, seguía siendo un hombre atractivo. A las mujeres les encantaba su decisión, esa manera de enfocar la vida tan particular, por y para la creación. Su energía. «Lo que la gente compra es tu energía, ya sea en la amistad, el amor o el trabajo», se dijo Adriana. Su padre la tenía de sobra porque dedicaba su vida a su pasión. Ese público que se le acercaba era también lo que él llamaba el paradigma de su pensamiento, del reflejo de sí mismo que buscaba. Con él, ella era diferente. No su espejo, sino su contrapunto, quizá. Pensó que no era fácil estar con un hombre que vivía en un mundo imaginario. Patricia había sabido anteponer su propio trabajo al carácter de su padre. Pero, al final, también había fracasado. Adriana recordaba que fue ese mismo año, el de Irlanda, cuando se marchó. Cuando regresó, Patricia ya no estaba y no volvería a verla jamás.

A lo largo de su vida, Andrés había priorizado su trabajo. ¿Podría ella hacer lo mismo? Como le acababa de explicar su padre, quizá tenía que dar sentido a esas vivencias que no entendía para lograr dar rumbo a su novela. ¿Qué quería contar con esa historia? Esa simple pregunta, tan difícil de contestar, era la clave.

Al pensarlo, Adriana sintió algo raro, como si esa historia se le bloqueara en el cuerpo y no podía, no quería, ni contársela a sí misma.

16

Lunes, 12 de septiembre de 1994

¡Esto es más duro de lo que pensaba! Todas las mañanas, TODAS menos el domingo, Sister Anne nos despierta a las seis y media para bajar a la capilla, donde cantamos y rezamos en latín. Pero eso no es lo peor, no hay quien aguante el incienso que echan en la capilla. Nos sumerge en una nube de humo irrespirable que un día hará que exploten nuestros pulmones. Gela y yo somos de las pocas que lo soportamos. Ella dice que en Galicia siempre se echa incienso en las iglesias, pero Ida casi se muere la primera vez que lo olió. Empezó a toser y a toser tanto que la tuvimos que sacar corriendo de la capilla. Ninguna monja se movió, como si una niña que se ahoga con el incienso fuera lo más normal.

Después nos llevan a desayunar. Eso sí que es un espectáculo… La verdad es que con las cenas tan tempranas —cenamos a las seis y media de la tarde— y la misa matutina bajamos hambrientas al comedor. En la entrada ponen una cesta llena de plátanos y manzanas. Luego vas con tu plato a una mesa alargada donde hay cajas de cereales, tostadas, una jarra enorme de leche y otra de té. Los domingos también ponen zumo de naranja.

Ni a Gela ni a Ida les gusta el té y prefieren tomar leche con chocolate. A mí, en cambio, me recuerda a Patricia, que se preparaba su té negro por las mañanas y se ponía a escribir hasta la hora de comer. Es oscuro y agrio, pero me gusta sentir cómo calienta mis manos y el calor que me genera en el estómago.

Aquí cocinan las monjas y se nota. Es el mejor comedor en el que he estado. Hasta ahora hemos probado platos riquísimos, como el pastel de carne con puré de patatas, el pudin de calabaza, el hojaldre de verduras con bechamel, el *crumble* de frutos rojos o la gelatina de limón casera. La que más disfruta es Ida, porque mira los platos como si no hubiese comido en años. Por lo visto su madre no cocinaba nada y siempre llegaba tarde a casa con comida preparada y fría. Gela, en cambio, compara la comida de las monjas con los platos que hace su abuela en A Coruña y dice que no tiene nada que ver, que si nosotras hubiéramos probado su empanada sabríamos lo que es bueno.

Por las mañanas tenemos tres clases y dos después del almuerzo. Las primeras duran una hora y las últimas unos cuarenta minutos. Las profesoras, menos el de mates, son mujeres o benedictinas. A la monja de la clase de Literatura no hay quien la entienda porque habla para adentro. Se llama Sister Ursula y es viejísima. A veces parece que se vaya a quedar dormida.

Me han dicho que, además de las que conocemos, es decir, Sister Anne, Mary y Ursula, en el colegio viven hasta dieciséis benedictinas, aunque no las hemos visto por ningún lado. Parecen fantasmas desplazándose por el castillo o el jardín, cada una con sus quehaceres cotidianos, sin intervenir en nuestra rutina diaria.

En Kylemore hay ciento ochenta niñas, muy pocas en comparación con mis colegios anteriores, la verdad es que esto se parece más a una familia. Aun así, hay claramente dos grupos de alumnas. El de las internas irlandesas, que están aquí durante toda la escolaridad, y las demás —españolas, americanas, alguna india…—, que solo

estamos uno o dos años. ¡No entiendo bien a qué vienen las americanas, si ya hablan inglés! Algunas dicen que es por la educación que reciben en Europa. Ni que fuera esto un internado de buenas maneras… Y otras dicen que es porque son de ascendencia irlandesa. Nos mezclamos poco. Las irlandesas son más serias, se sientan en las primeras filas de clase y también ocupan mesas diferentes en el comedor.

De todas las monjas, la más cercana a las alumnas es Sister Anne. Da Francés a las alumnas mayores, ya que también es medio francesa. El resto del tiempo está con nosotras. Es bastante guapa, lo que es raro —me parece— para una monja. Como es tan agradable y sonriente, una se olvida de su hábito al poco tiempo de estar con ella. Nos ha contado que ella y su hermana estudiaron en Kylemore, aunque su hermana estuvo solo un año. Le encanta contarnos historias, las suyas y las de otros personajes que vivieron en Irlanda, en Connemara, cerca o lejos de aquí. Las llama las «leyendas de Kylemore». Algunas son cuentos de gigantes irlandeses. Otras hablan de un espíritu que ronda por estos parajes. Otras, de una niña enamorada… Ojalá yo tuviera ese don de la imaginación. Sería mi inspiración inagotable, como decía Patricia. No sé yo…

17

Adriana no creía que iba a ser tan difícil dar con las señas de un escritor. La editorial mantenía el anonimato como si fuera un secreto de Estado. «¿Es usted familiar?», «mándenos un correo electrónico o una carta manuscrita y se la haremos llegar a la señora Patricia Gisbert». Los artículos que encontraba sobre ella en internet se referían a libros pasados. El último se remontaba a 1995, un año después de que ella estudiara en Kylemore y que Patricia dejara a su padre y, por consiguiente, a Adriana. Pero sus señas no aparecían por ningún lado. Hasta la fecha, no se había dejado llevar por el sentimentalismo, manteniendo firmes en su interior emociones adversas hacia la Patricia con la que había vivido cinco años. Pero Adriana debía localizarla. La necesitaba para remontarse a ese año, para saber y entender en qué momento su vida había dado tal giro.

¿Cómo encontrar a Patricia? Si no había sabido nada de ella en todos estos años era porque ella misma lo había evitado. ¿Sabría algo su padre? ¿Habrían mantenido el contacto, aunque este fuera esporádico, a sus espaldas?

La mañana siguiente a su llegada, Adriana se encontró a Andrés en la cocina leyendo el periódico en el iPad mientras se tomaba un café.

—¿Sabes algo de Patricia? —le preguntó de sopetón.

Su padre se la quedó mirando por encima de las gafas. Hacía veinte años que aquella mujer se había marchado de sus vidas.

—¿Patricia? ¿Mi Patricia?

Adriana mantuvo su mirada sin decir palabra.

—No —le contestó Andrés.

—No, ¿y ya está?

—Bueno, sé que vive en París.

Eso ya era algo. De pequeña, Patricia había vivido en Argentina y Estados Unidos, su familia era francesa y, dependiendo de su proyecto editorial, podía perfectamente haberse marchado a cualquier otro país.

—¿Por qué me lo preguntas? —La curiosidad de Andrés se había despertado—. ¿La has vuelto a ver?

Su pregunta provocó en Adriana una risa nerviosa. Pero su padre le aclaró:

—La verdad es que quise mantenerme alejado de ella. Por eso no volví a París durante un tiempo hasta estar curado de su amor. Yo, como sabes, la quise mucho. ¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Me gustaría volver a verla —confesó Adriana.

—Si quieres, preguntaré a los amigos que teníamos en común y te diré si averiguo alguna cosa. —Tras una pausa, su padre le dijo—: También yo te quería pedir un favor: ¿vas a escribir mi próximo catálogo?

Después de la universidad, la labor de escritora de Adriana había consistido en redactar los catálogos de las exposiciones de Andrés. Los artículos en prensa que se publicaban sobre su arte también solían estar escritos por ella.

—¡Claro! ¿Para cuándo lo necesitas?

—Lo antes posible. Te he traído fotos en mi móvil sobre las últimas piezas. Para que te inspires.

Andrés se dirigió hacia su cuarto para ir a buscar el teléfono.

—¿Me las puedes mandar a mi móvil? ¡Ahora voy a desayunar! —le contestó su hija, con la mente lejos de la exposición de su padre…

Adriana prosiguió con la búsqueda de Patricia durante días. Llamó a universidades preguntando por ella por si se dedicaba a la docencia y miró en bibliotecas para recabar información. Cualquier recurso era necesario, ya que internet hablaba de sus libros, pero no de su persona. Patricia había conseguido mantenerse al margen de la sociedad en la era de la información y la sobrexposición. Se la imaginaba viviendo en una isla de Bretaña, en una casa modesta frente al mar.

Al cabo de una semana, desesperada, se acordó de su amigo Laurent, que trabajaba en Lamartine, la librería más grande de la zona. Él conocía —no solo de nombre, sino también personalmente — a muchos de los escritores que vivían en París. Laurent se movía por sus obras como un verdadero crítico literario y seguro que le podría dar alguna pista. ¡Cómo no había empezado por él! Si sabía algo, le informaría abiertamente del paradero de la escritora. Ese día, como todas las mañanas, Adriana escribió sobre las obras de su padre, y cuando vio por la ventana que casi oscurecía a pesar de ser apenas las cinco, salió hacia Lamartine.

En la calle, una fina lluvia la hizo caminar con pasos acelerados. Hacía frío. Quizá por eso, en París, la gente iba siempre con prisas. Mientras caminaba recordó que a Patricia también le gustaba adentrarse por las calles, meterse en callejones en busca de algo que la inspirase. Un grito infantil, unas palabras escritas en un cartel, el escaparate de una tienda o esa microvida que advertía colando su mirada por una ventana ajena. «Ahí tienes la esencia de lo que busca un escritor, que es de lo que trata la literatura. Algo insignificante de pronto se convierte en el germen de una historia…». Lejanas palabras traídas por el viento, de una época

imprecisa, le volvían a la memoria. «El reflejo de alguien puede ser el tema de tu próxima novela», «busca el ser tras la apariencia». No la había visto en veinte años, pero últimamente Adriana tenía la impresión de llevar unos días caminando junto a ella. De noche, rememoraba sus palabras al dormirse. Por eso, ahora, era capaz de acordarse como si se las hubiera dicho ayer. «Escribe de forma constante, lo que sea, lo que te salga y siempre en tu hora productiva». Antes no sabía a qué se refería con la «hora productiva». Patricia había sido una verdadera maestra. Volvía a escuchar ese tono decidido que utilizaba al hablar. Neutro, pero directo, que le inculcaba seguridad.

Al cabo de quince minutos, Adriana alcanzó la Rue de la Pompe, donde estaba Lamartine. A pesar de que la librería dejaba cada vez más espacio a los artículos de papelería y bolígrafos de lujo, seguía siendo una de las mejores tiendas de libros de París, el lugar perfecto para perderse y dejarse todo el dinero. Eran las cinco y media de la tarde, probablemente la peor hora para ir a la librería, ya que a esas horas salían los niños de los colegios y el establecimiento se llenaba. Delante de la puerta, un montón de patinetes, tirados y esparcidos por el suelo, obligaban al cliente a saltar por encima para conseguir entrar. Dentro, a causa de la lluvia, se respiraba un olor a humedad mezclado con el de bollos frescos de pastelería de las meriendas de los niños.

Nada más entrar, Adriana vio a Laurent, que estaba, como de costumbre, ordenando las novelas. Iba vestido con unos pantalones diminutos y ajustados, de cuadros, que no le hubieran cabido ni a Adriana. Su pelo revuelto, corto, mojado por la lluvia y sus gafas en la punta de la nariz le daban realmente una pinta extraordinaria que solo se veía en París.

—Hola, Laurent, ¿cómo te va? —le saludó Adriana nada más acercarse.

—Aquí sigo, como siempre, entre mis libros. ¿En qué puedo ayudarte? —le contestó Laurent.

— Estoy tratando de localizar a una escritora para un proyecto editorial. Creo que vive en París. Se llama Patricia Gisbert. ¿Sabes algo de ella?

—Sí, claro. Es una escritora a la que admiro a pesar de no haber publicado nada en años y mira que causó cierta expectación con *Marisma* en 1996. ¿La has leído? Puedes encontrar sus obras en esa estantería. Pertenece al grupo llamado…

—Laurent, en realidad, me gustaría localizarla. Te preguntaba por si sabes algo de ella personalmente.

—¿Le quieres hacer una entrevista? No creo que la acepte. No tiene pinta de ser una mujer fácil.

—¿Y sabrías cómo puedo contactar con ella? ¿No tendrás sus señas por casualidad?

—Pues no. De ella solo te puedo decir que, muy de vez en cuando, se pasa por la librería, pero nunca he logrado hablar con ella.

Adriana se quedó con la boca abierta.

—¿Patricia Gisbert ha estado aquí, en esta librería?

—Sí, debe de vivir por el barrio. Es muy discreta, nunca habla con nadie. Mira los libros, se lleva a veces alguno y ya está. Yo creo que también se fija en si sus obras se venden, por eso siempre las tengo en los estantes.

—¡Gracias, Laurent! No sabes lo feliz que me haces.

Y Adriana le soltó un beso espontáneo que dejó al librero sin palabras. Luego se acercó a los libros que acababa de colocar sobre unas mesas. Entre las obras de otros escritores, encontró dos de Patricia. Adriana tuvo la impresión de estar acercándose a algo nuevo, a una puerta de su vida que le quedaba por abrir, y que, por algún motivo, no había sido capaz de ver. Cogió las novelas de *Marisma* y *L'Été d'antan*.

Ante la emoción de su amiga, Laurent se acercó.

—*Marisma* es fantástico. Habla de una mujer que da la vuelta al mundo en un barco con su pareja y que acaba ahogándose ella misma porque se da cuenta de que a su lado no va a conseguir nunca escribir. Es una metáfora del artista a lo Gérard de Nerval o incluso Rimbaud, capaz de dar su vida al escuchar esa extraña voz interior que les dicta las palabras. Además, creo recordar que el personaje masculino era un artista español. Un hombre algo maquiavélico que te acaba gustando de lo envolvente y atractivo que resulta. Pero no te cuento más. Ya me dirás qué te parece.

—Me lo llevo. Seguro que ese personaje no es tan maquiavélico como te lo imaginas… —le dijo Adriana, que enseguida supo a quién se refería—. Si averiguas algo de Patricia…

—Te mando un mensaje. Si vuelve por aquí, me acercaré a hablar con ella. ¡Tienes mi palabra!

Adriana se llevó los dos libros con la esperanza de encontrarse con ella en sus páginas. Desde que Laurent le había dicho que Patricia vivía por el barrio, pensó en que quizá lo más fácil hubiera sido encontrarse con ella por la calle paseando o en cualquier tienda de la zona. Miraba los rostros de la gente, pero ninguno le resultaba familiar. Habían pasado veinte años, quizá su recuerdo no se correspondía con la realidad. A veces las cosas tenían una extraña manera de resolverse. Llevaba años viviendo al lado de Patricia, dando vueltas a su alrededor sin conseguir hallar el centro y ahora, en un instante, el camino iba directo hacia su destino. Gela tenía razón, aunque ella fuera del parecer que, a veces, uno tardaba vidas en caminar por ese sendero que tan claramente trazaba el universo. ¿Habría ella tardado veinte años en ver hacia dónde debía dirigirse para, por fin, vivir plenamente su destino y conseguir avanzar?

Al llegar a casa, sacó las dos novelas de su bolso, se preparó un té caliente y fue a tumbarse cómodamente en el sofá del salón para leer *Marisma*. «Ese día debíamos viajar a Londres, donde Andrés inauguraba *Marisma*…», así comenzaba la obra. A Adriana se le heló

el corazón desde la primera frase. *Marisma*, claro, era el nombre de la exposición que hizo su padre en 1994, el año de Kylemore. ¡Otra increíble coincidencia! Ahora su corazón latía a mil por hora. Fue la única exposición que no pudo ver en persona, ya que estaba interna en el colegio. La coincidencia con la fecha que en ese momento le volvió a la mente hizo que se estremeciera. *Marisma* era también el nombre del barco de su padre y la exposición tenía que ver con todas las sensaciones que les había producido el viaje por mar que habían realizado el año anterior. Esos meses de travesía habían dejado a Adriana interna en un colegio en Suiza, antes del año en Kylemore.

Ahora, más que nunca, se cumplían las ideas de Gela. Las casualidades no existen.

18

Domingo, 18 de septiembre de 1994

¡Ha sido todo idea de Gela! A pesar de que ella por su tamaño no ha podido entrar por la ventana. Ayer, después de las clases, mientras las tres dábamos un paseo por los caminos cercanos al colegio, Gela ha insistido en llegar hasta la iglesia gótica. En realidad la llaman así pero no es de esa época, sino del siglo pasado. El lugar da un poco de miedo, porque está justo delante de un cementerio de cruces blancas que por lo visto son tumbas de monjas fallecidas en el colegio.

Unos días antes, en el comedor, Clarean nos había contado todo tipo de historias sobre esa capilla siniestra y una niña enterrada. Desde ese día, Gela ha estado obsesionada con entrar. ¡Tan solo acercarse a ella está prohibido! Para empezar, parece abandonada. El techo tiene una parte derruida y, según dicen, el interior está lleno de cascotes. Hace mucho tiempo hubo una tormenta que destrozó el edificio y, desde entonces, no se ha reconstruido por falta de dinero. Da cierta impresión ver su ruina cerca del castillo. Clarean nos ha explicado que las monjas no pueden entrar porque algo se lo impide. A ver, esto no lo entiendo muy bien salvo que la puerta esté

bloqueada por dentro. También nos dijo Clarean que unas alumnas encerraron a una niña que acababa de llegar para hacerle una broma y nunca más se la volvió a ver. Se lo hemos preguntado a Sister Anne y dice que no es cierto. En fin, tampoco me creo todo lo que dice Clarean, porque le encanta fantasear.

Durante el paseo de esta tarde, Ida también ha querido acercarse al cementerio de cruces blancas. Como he dicho, pensábamos que eran tumbas de las monjas anteriores, pero hemos encontrado una lápida en la que ponía: «Ruthy, 1966 – 1980».

—¡Esa no puede ser la de una monja! Estáis de acuerdo, ¿no? Muerta con catorce años—ha dicho Ida—. ¡Qué fuerte! ¿Y si fuera esa niña de la que habló Clarean?

Nos hemos quedado boquiabiertas.

—Hoy es el día. ¡Tenemos que entrar! —ha dicho Gela.

Al principio he dicho que no, pero luego me ha picado la curiosidad. Ida, en cambio, estaba asustada con la idea. Quizá por culpa de esta Ruthy. Aunque nada nos dice que murió por haber entrado en la capilla, según las palabras de Clarean podría ser una posibilidad. Dando la vuelta al edificio, hemos encontrado una ventana bastante grande con el cristal roto y Gela ha dicho que eso era una señal.

—¿Una señal de qué? —ha preguntado Ida.

—De que debemos entrar —le ha contestado.

He intentado calmar a Ida y convencerla mientras Gela ya estaba quitando los trozos rotos de cristal. Al final Ida ha aceptado, siempre que yo entrase con ella.

La ventana era estrecha y nos ha costado bastante meternos las dos sin hacernos daño. Dentro se veía fatal y hacía mucho frío. «¿Estáis bien?», nos ha preguntado Gela desde fuera. Al contestar, nuestras voces retumbaban. El suelo estaba lleno de escombros que no veíamos, probablemente maderos caídos del techo. Además, las vigas al ceder debieron de destrozar algunos bancos y se respiraba

un ambiente húmedo y cargado, desagradable. Nos hemos tapado la nariz con el jersey del colegio. La verdad es que no encontraba nada interesante; salvo muebles viejos y rotos, mucho polvo, no parecía haber nada. El silencio tan absoluto era aplastante; aunque faltase el techo, no se oía nada.

—¡Vámonos! —le he dicho a Ida al cabo de un rato.

Pero, en el camino de vuelta hacia la ventana, he pisado algo extraño; parecía una piedra. Lo he recogido y me lo he metido en el bolsillo. Siempre me gusta llevarme alguna cosa de sitios así. Apenas me había dado tiempo de cogerlo cuando Ida ha gritado en otra parte de la iglesia. He acudido lo más rápido posible y la he visto en el suelo, con su pierna totalmente prisionera bajo un madero. Parecía dolerle bastante. La he intentado ayudar, pero Ida no paraba de llorar. Estaba aterrorizada.

—Tienes que tener más cuidado… Tranquila, saldremos enseguida —le he dicho para intentar calmarla.

Pero el madero pesaba y no conseguía moverlo.

—No ha sido culpa mía. Es como si hubiera venido hacia mí.

Estaba muy nerviosa y me agarraba fuerte del brazo.

Al final, haciendo palanca, he conseguido sacarle la pierna. Estaba muy dolorida y la he tenido que arrastrar hasta la ventana y salir de allí con la ayuda de Gela.

Fuera, he visto que tenía sangre en el tobillo y apenas podía moverlo. Gela y yo la hemos llevado en brazos al colegio. Menos mal que Ida es como un pajarito que no pesa nada.

La monja que nos ha atendido en la enfermería nos ha preguntado de dónde veníamos. Ida no paraba de llorar, estaba un poco quejica, la verdad, tampoco es que fuera para tanto. Luego ha venido Sister Anne muy enfadada y me ha pedido explicaciones. Las tres habíamos quedado en decir que Ida se había caído de un árbol. Sister Anne no nos creía.

—¡Espero que esto no se lo haya hecho en la iglesia gótica! —ha exclamado.

Yo la he mirado con ojos de asombro y lo he negado. «¡Esta monja nos espía! —he pensado—. ¿Cómo lo ha sabido?».

—Si se ha hecho esto con un clavo oxidado —ha dicho la enfermera mientras la curaba—, podría coger el tétano y morirse en un par de semanas.

Reconozco que, en ese momento, se me ha parado el corazón. ¡Te imaginas si se muere! Igual a la Ruthy del cementerio le pasó lo mismo. Entonces Ida, como leyéndome el pensamiento, le ha preguntado:

—Sister Anne, ¿usted conoció a Ruthy?

La monja nos ha mirado y nos ha castigado a las tres sin salir del colegio durante dos días.

Por la noche, he sacado lo que recogí en la iglesia. Es un pequeño escarabajo azul claro, como esos que se compran en Egipto. ¿Qué hace esto aquí? Lo que sí sé es que trae buena suerte. Me lo he metido debajo de la almohada para que me proteja.

19

Kylemore

Mitchell Henry se levantaba siempre al alba. Le gustaban esos momentos del día en que el silencio, la paz y la oscuridad reinaban en su castillo, casi siempre agitado por el alboroto de sus hijos y los empleados. La casa entera seguía durmiendo. Dejaba a Margaret recostada en el lado derecho de la cama y, con sigilo, se vestía con un batín de seda y salía de la habitación. Bajaba sin hacer el menor ruido los dos pisos que le separaban de la cocina por esa escalinata que había mandado construir según la de su amigo el italiano Scarcelato Sponsorini. En el comedor, él mismo hervía el agua y se ponía dos cucharadas de un café negro traído de Italia. A diferencia de su mujer y del resto de Irlanda, Mitchell detestaba el té. Con su *ristretto* se iba hasta la entrada del castillo, donde el cartero de la mañana había depositado *The Irish Times*. Abría la puerta, se agachaba para recoger el periódico del suelo, cerraba la puerta y se dirigía a la biblioteca.

Por dentro, la casa estaba revestida del mármol verde de Connemara, que daba a todas las estancias un aire fresco y soleado. Se habían construido más de treinta habitaciones, entre las cuales se contaban cuatro salones y diversas salas —de baile, de billar, de estudio, otra para fumar y una para las armas—, cuatro cuartos de baño y una cocina, además de varios espacios para los empleados y

trabajadores de la residencia. Y dominando todas estas estancias se hallaba la biblioteca, la habitación más grande de la casa y que albergaba una de las mayores colecciones de toda Irlanda. El señor Henry era feliz entre sus centenares de libros. Incunables. Libros de la Antigüedad —de Aristóteles, Séneca, Plutarco y Plauto—, libros históricos, la *Historia de Beda*, varias biblias en diferentes idiomas y ediciones, dos coranes comprados por el abuelo de Mitchell durante su estancia en Irán, libros de alquimistas, novelas, libros de poesía y varias estanterías con obras sobre medicina. Algunos volúmenes llevaban en casa de los Henry varias generaciones. Él había sido un ávido lector, como su padre, su abuelo y su bisabuelo. Un universo casi exclusivamente reservado para los hombres. No los había leído todos, ni mucho menos, además a Margaret le gustaban tanto los viajes y las fiestas que no era fácil encontrar momentos de tranquilidad, sin contar a los hijos, que habían llegado sin cesar en los casi veinte años que llevaban casados. Todo eso, junto con la construcción del castillo, había hecho que el señor Henry dejara para más adelante la lectura sistemática de su extraordinaria colección.

Sacaba del bolsillo de su batín la llave de la biblioteca y una vez dentro, rodeado de sus obras, se sentaba, con el periódico y el café, ante la mesa de caoba que había pertenecido a su padre, Alexander Henry. El ritual se repetía cada mañana desde que se habían terminado las obras de Kylemore. Como un verdadero roedor de libros, se levantaba y buscaba entre los cientos de volúmenes que poblaban las estanterías aquel que podía satisfacer sus ansias de conocimiento. Estaban de moda los viajes a Egipto desde que la empresa de Thomas Cook había abierto una oficina en Dublín.

Abrió el periódico. *The Irish Times* le informaba de todo lo que necesitaba saber y, a veces, hasta conseguía despertarle algún tipo de curiosidad descubrir una palabra que no conocía, una noticia científica de la que no estaba al corriente o un lugar para visitar con Margaret. Las noticias científicas eran las que más le inspiraban.

Mitchell sentía una punzada en el pecho cada vez que pensaba en esos años en los que había podido ejercer la profesión de médico. No por nada, y en contra de la idea de su padre, se había empeñado en estudiar Medicina. «Aunque acabe heredando la empresa tu hermano Simon, debes saber cómo funciona el negocio familiar», le decía su padre.

Curiosamente, *The Irish Times* le nombraba esa mañana en un largo artículo sobre los beneficios que había aportado a los habitantes de las tierras de Connemara al comprar la mayor parte de sus hectáreas y dar trabajo a los locales. Gracias a su labor, la ciudad de Galway emergía victoriosa de una de las peores crisis económicas de la historia de Irlanda. Y todo gracias a él, Mitchell Henry. Su nombre salía veintisiete veces en el artículo. Se sintió tan alabado como desconcertado y tuvo que darle un par de sorbos al café para calmar su emoción. «A pesar de que han pasado ya unos cuantos años desde la enfermedad de la patata, llamada *Phytophthora infestans*, que arruinó el país en la década de los cuarenta y en particular la zona de Connemara, la generosidad del empresario, dueño de la manufactura familiar que se dedicaba a la exportación de algodón, miembro del Congreso irlandés, heredero de una de las mayores fortunas inglesas, proveniente de la ciudad de Manchester y para coronar tan espléndida carrera como cirujano…», decía el artículo. ¡Caramba! Sí, todo eso era Mitchell, que leía con deleite el artículo que resumía a la perfección su extraña carrera. «Médico, empresario y ahora político, el señor Mitchell Henry ha dotado con su extraordinaria generosidad a la región de Galway de una auténtica prosperidad», añadía el texto.

Mitchell levantó la mirada del periódico y con el café en la mano se aproximó al gran ventanal que daba al jardín de rosas, plantadas y cuidadas por su mujer. Allá, al fondo, tras los bellos rosales rojos que adornaban el ala oeste, se hallaba el lago de Kylemore, Loch na Coille Móire, dormido esa mañana como si ni los peces se hubieran

despertado. Por el jardín, sin embargo, se descubrían ya algunos de los trabajadores que Mitchell había contratado para dar vida y productividad a ese castillo. Y Kylemore se le presentó como un pequeño universo del cual él era el dueño y creador, donde crecían sus queridos hijos, felices y alejados de todo. Echó un vistazo a su alrededor y se maravilló de la belleza del paisaje. A pesar de haber viajado y visitado medio mundo, Mitchell se extasiaba cada vez más ante la perfección de Kylemore. Las montañas que rodeaban el castillo y enmarcaban el lago parecían una estampa italiana del siglo XVII. El lago, las colinas, las chozas de campesinos y sus gentes parecían un cuadro de William Blake. Y ese lugar era suyo. Él, que había viajado sin cesar, expandiendo la empresa de algodón fundada por su padre a Brasil, Australia, India y había recorrido Estados Unidos para visitar el negocio regentado por su tío, jamás había visto nada igual. Era su propio Taj Mahal.

Mientras Mitchell Henry admiraba su microcosmos a través del inmenso ventanal de la biblioteca, se puso a recordar las palabras de su padre: «Por mucho que ahora te creas por encima de la pobreza, recuerda que tus ancestros vienen de ahí. Nosotros somos el espejo de los que te suplican trabajar. Ahora somos nosotros los que tenemos la capacidad de ayudar. El día que dejes de hacerlo te llegará la desgracia».

Tras ese pensamiento, su mirada fue a parar a algo que se movía, rompiendo la armonía de su jardín. Era difícil distinguirlo, ya que se fundía con el paisaje, pero si uno miraba bien reconocía a aquel muchacho de la silla de ruedas que rodaba fuera de compás. El hijo de la cocinera O'Reilly. Sí, era él. Siempre despierto, siempre presente ante todo, pero ¿ese chico descansaba? ¿Qué hacía tan temprano en el jardín de su casa con la mirada clavada en la quietud del agua? A Margaret no le gustaba que rondara por sus propiedades, y con razón. Pero Mitchell se acordaba de las palabras de su padre y la había corregido. «Estos campos fueron de

estas familias antes que nuestros», le dijo. El hijo de los O'Reilly tenía tanto derecho como ellos a entrar y salir de sus dominios. «¿Qué me dices de su amistad con Geraldine?», le preguntaba entonces Margaret. Ahí radicaba su verdadera preocupación, esa extraña amistad de su hija con el chico de los granjeros. «Las preguntas de las mujeres siempre había que interpretarlas», pensaba el señor Henry mientras observaba atentamente a Demian. Erguido en la silla de ruedas, parecía un hilo recto y largo como una anguila en el lago. Según el reverendo Thomas, el chico había venido al mundo dotado de una inteligencia sin igual. Lástima que hubiese nacido en una familia que no podía ofrecerle más que la labranza del campo y el cuidado de unas bestias.

Mitchell se terminó el café mientras hojeaba unos libros de medicina que reposaban sobre la mesa. Difícil librarse de una pasión, aunque la vida se empeñase en llevarle por otros caminos.

20

Desde Kylemore, las noches habían adquirido para Adriana una importancia vital. En esos momentos de oscuridad, a veces sola y otras al lado de uno de sus amores, su mente dibujaba proyectos, fantasías, y la hacía vivir con los personajes que se inventaba. En esos días en los que su mundo real se había quedado en suspenso, el pasado volvía con un nuevo mensaje. Por fin se iba a atrever a escribir sobre su mundo interior, aquel que le hablaba durante sus noches.

Desde hacía unas semanas, a pesar de estar en París, ese año en el internado irlandés, las palabras de sus amigas, de las otras alumnas, de las monjas, los ruidos del colegio y el olor de los campos de Connemara tan característico la embriagan en plena oscuridad nocturna. Se dejaba llevar con interés por esos caminos imaginarios. ¿Adónde la conducían? ¿Qué le querrían decir? Al cabo de un rato, ya completamente desvelada, encendió su lamparilla y cogió el libro de Patricia, *Marisma*, que había dejado sin acabar.

La novela contaba el viaje de dos artistas que habían decidido vivir en un barco durante meses. Querían ver en sus obras el resultado de un contacto exclusivo entre ellos y la naturaleza. Andrés, el personaje masculino, se había quedado sin proyecto y junto a su

amor Sophie, la narradora de la historia, emprendían, cual Ulises, un periplo por los mares del mundo. El tiempo de duración no debía exceder el año. Al terminarlo, debían regresar a la isla en la que vivían los dos y plasmar lo que una mente alejada de la tierra y del resto de los seres humanos podía producir. Adriana recordaba que, en realidad, su padre y Patricia se fueron unos cinco meses del año 1993, antes de que ella se marchara a Irlanda.

Al poco tiempo de partir, la novela se adentraba en los deseos ocultos del ser humano. El contacto con la naturaleza y sus movimientos cadenciados por el mar, el cielo, las estrellas de la noche y el compás de la tierra dejaban al descubierto el alma primitiva de estos dos seres. Conforme el viaje avanzaba, los dos personajes se iban alejando de su propia humanidad. Adriana se preguntó cuánto tiempo se necesitaba para perder las marcas de la civilización. El experimento era interesante y el cambio en ellos tan rápido que sorprendía. La ternura del comienzo se transformaba en pequeños instantes de violencia dañina, inhumana, como podía ser el mar. A medida que pasaba las páginas, los amantes no solo comían lo que el mar les entregaba, sino que también se devoraban mutuamente, dejándose llevar tanto por los placeres del paladar como por los del cuerpo, sentimientos primitivos y cercanos a lo animal. Los dos personajes se perdían entre ellos hasta tal punto que su regreso resultaba imposible. La tragedia se palpaba en cada página, el mar, que lo devoraba todo a su alrededor, iba acabando con ellos.

Patricia escribía de maravilla y Adriana no podía dejar la lectura de su novela, que conseguía un ritmo envolvente. Se le fueron las horas de la noche y leyó las últimas páginas de un tirón, deseando descubrir si su presentimiento sobre la muerte de uno de ellos por ahogamiento se cumpliría: «Y entonces la arrojó. Envuelta en una sábana blanca, el cuerpo aspiró su último gemido bajo el agua y se adentró en las profundidades del océano. Andrés, desprovisto de

toda humanidad, supo al final que el alma de su amada se transformaría en la espuma blanca del mar, en la sal de su materia, en el movimiento de su propio cuerpo. Pero Andrés ya no era Andrés ni ella su compañera. Habían vuelto a su estado natural, del que nos hablan los textos sagrados. Un viento aspiró el cuerpo femenino y este desapareció en un torbellino hacia dentro. Andrés dejó de verla. Se la había entregado al ánima que, desde su juventud, la poseía en el agua».

Esa última frase hizo sobresaltar a Adriana. ¿Cómo que al ánima que la poseía en el agua? ¿A qué se refería? No tenía la menor relación con lo que había leído y, sin embargo, esas palabras le hicieron buscar en la novela un hilo secundario que tal vez había pasado desapercibido. ¿Cómo era posible? El agua, suspensión en el tiempo, vuelta a tu estado primitivo… ¿Tenía eso algo que ver con Irlanda, con Kylemore y con el lago? Patricia había escrito el agua y no el mar ni el océano.

Ella también recordaba aquel viaje en barco, o más bien su vuelta. Su abandono, otro más, había durado meses. Y esa palabra, aunque un poco exagerada, le venía a la cabeza porque así lo había vivido.

Luego, al año siguiente, la mandaron a Irlanda y a su vuelta, ya sin Patricia en casa, su padre empezó a frecuentar mujeres, novias cuyos rostros Adriana era incapaz de describir. No le gustaba recordar los ruidos nocturnos del cuarto de su padre. No le gustaba oír esos gemidos que la dejaban más que inquieta. Se hundía bajo el edredón para no escuchar los gritos de placer que le llegaban del otro lado de la pared mientras encogía sus piernas hacia el pecho. Escuchar esos encuentros con el amor físico le resultaba tan doloroso que pensó que no sería capaz de estar con ningún hombre. Daba vueltas en la cama, tratando de no oír, de no sentir nada, de no revivir su pasado, hasta que el dolor aumentaba y la hacía desfallecer de puro cansancio. Acostumbrada a llorar, otras noches también lloraba de añoranza. ¿Hacia quién? ¿Era por su madre o por

Patricia? La nostalgia era tan fuerte que le constreñía el estómago como si llevase un cinturón apretado. Entonces, se obligaba a pensar en su madre y, como un místico que se siente invadido por Dios, reencontraba la paz.

Era muy joven en esa época, pero ya el amor mostraba un lado oscuro que la inquietaba. Lo sentía como un elemento de separación y no de unión. Cuando su padre se marchó a esa larga travesía, le dijo: «Quiero a mi preciosa niña más que a nadie en este mundo». Palabras que la Adriana niña vivió como una mentira. Ese engaño se reflejaba en su memoria. «Cuando uno quiere, no abandona», se decía a sí misma.

Cerró el libro de golpe. Le dolía la cabeza por el cansancio y por las líneas de la novela, que, como el mar, la habían mareado. Apagó la luz y cayó en un profundo sueño.

21

Domingo, 25 de septiembre de 1994

¡Por fin hemos ido a montar a caballo! Solo somos dos alumnas, Emma y yo, las que nos hemos apuntado a equitación. En cuanto surgió la posibilidad de montar, se me aceleró el corazón. Mi padre jamás me ha dejado, ni de lejos, acercarme a un caballo después de la caída mortal de mi madre y lo entiendo. Pero algo en mí me llama a vivir las sensaciones que ella sintió y necesito experimentarlo. Se lo he tratado de explicar muchas veces, pero nunca ha querido ni oír hablar del tema. ¡No soy mi madre! Se lo he dicho un millón de veces, pero nada. De todos modos, mi padre es incapaz de comprender…

Ahora, si puedo montar, mi año en Irlanda habrá merecido la pena.

Es la primera vez que veo a Sister Anne vestida de calle, con unos pantalones de montar y sin velo. ¡Si eso es ir de calle, pues sea! Llevaba el pelo recogido y aunque no estuviera maquillada (¿se maquillan las monjas?), tenía las mejillas sonrosadas de felicidad. Al verla así vestida, con esos enérgicos movimientos, su rapidez al hablar, tan alta y tan delgada, he tenido un *shock*, ya que de repente he creído ver a Patricia. Obviamente, no lo era, no he

perdido el juicio, pero vestida así y con ese aire femenino me ha resultado muy parecida.

En la camioneta, que, por cierto, tiene más años que Matusalén y la monja la conduce con la misma rapidez que si estuviera en un *rally*, le he preguntado por su familia. Me ha dicho que a su hermana no la ve desde hace años, entre otras cosas porque no tienen nada que ver con ella, ni físicamente ni de forma de ser. «Pero con ella aprendí a montar a caballo». Nos ha explicado que su hermana vive sola, no está casada y que, aunque estudió Sociología, no es muy sociable que digamos. Aquí en Kylemore estuvo poco tiempo.

—¿Y no la echas de menos? —le he preguntado.

—Sí, claro. A veces nos escribimos. Somos las únicas que quedamos de esa familia que empezó siendo numerosa, pero que al final se desperdigó por el mundo.

Sister Anne parecía encantada y conducía tan rápido que, en algunos tramos, ha estado a punto de salirse de la carretera.

—¿Y por qué se hizo monja? —le he preguntado.

—Porque mi casa es Kylemore y quería seguir aquí. Cuando uno elige su profesión, es importante visualizarse en un futuro, y yo me veía en este colegio.

Me ha parecido un motivo de lo más extraño, la verdad, primero porque ¿a quién se le ocurriría vivir en este sitio? y, segundo, porque hubiera pensado que una monja quiere estar con Dios y no en ningún lugar en particular.

—Pues podría haberse hecho profesora, por ejemplo —le he dicho.

—También lo soy —ha contestado.

Un poco más tarde, he querido preguntarle por Ruthy, esa niña del cementerio. Quizá ese escarabajo azul egipcio era suyo, quién sabe. Resulta que fue alumna cuando ella acababa de llegar de monja.

—Era una niña angelical. Irlandesa, morenita y muy pequeña. De cuerpo se parecía bastante a Ida, con tanta energía que en ningún momento imaginamos que podía caer enferma. Ruthy llevaba en

Kylemore unos dos años cuando se dio cuenta de que alguno de sus miembros perdía movilidad. Al principio sintió que le dolían las manos cuando escribía. Creímos que era una artimaña infantil para no tener que hacerlo; Ruthy no sacaba grandes notas ni le gustaba particularmente estudiar. Pero los dolores fueron aumentando e invadiendo todo su cuerpo. Un médico de Connemara la auscultó, pero no le encontró nada llamativo. Sin embargo, al final del segundo año escolar, la niña no podía ni levantarse de la cama. Avisamos a sus padres para que vinieran a por ella. Pero era Ruthy la no quería dejar el colegio y volver a una casa en la que no tenía nadie con quien jugar.

—¿Y se curó? —preguntó Emma.

—No. Al principio pensaron que se trataba de una obsesión, que ella misma se provocaba los dolores como si fuese algo procedente de la cabeza. Hasta que, un día, Ruthy murió de pulmonía. Tenía catorce años, aunque aparentaba muchos menos ya nos habíamos acostumbrado en el colegio a verla con sus extraños andares y, de repente, en una semana, falleció.

Emma y yo la miramos con ojos como platos.

—¿De pulmonía? —dije incrédula.

—Aquí, en Kylemore, con el frío que hace, puede pasar. Ruthy estaba muy débil. Fue una verdadera desgracia.

—¿Y por qué está enterrada en el colegio? —quise saber.

Sister Anne no contestó. Acabábamos de llegar al centro ecuestre y ya no nos volvimos a acordar más de ella.

El picadero está cerca de Galway. Hemos tardado media hora en coche y me ha encantado sentir un poco de libertad cuando nos hemos alejado del internado. Al salir del coche, he llenado mis pulmones de ese olor a caballo que tanto me gusta. Me encanta notar el barro cuando lo piso con las botas, oír a los animales

pateando el suelo en sus cuadras y el gusto a piel mojada.

Emma me ha dicho que, cuando sea mayor, quiere dedicarse a los caballos, que tiene tres en su finca, en Tipperary, y que monta desde pequeña. De hecho, me ha prestado unos pantalones de montar y Sister Anne me ha enseñado dónde coger unas botas, un casco y una fusta en una cuadra en el picadero. Aunque me han preguntado cuáles son mis vínculos con el caballo, he preferido no dar explicaciones.

Nos ha recibido el dueño, un hombre con bigote, acompañado de su hijo, mucho mayor que nosotras. El chico nos ha llevado a Emma y a mí a elegir un caballo. Se llama Dash. A Emma ya la conocía de otros años, pero a mí me ha preguntado cómo montaba. Al decirle que nunca había montado en mi vida se ha reído y me ha dicho que le siguiese hacia otras cuadras. Por lo menos había cincuenta caballos. Hemos entrado en una de ellas y él ha puesto las riendas a una yegua preciosa, Dalida. Dash me ha ayudado a subirme mientras la sujetaba con una cuerda. Luego me ha llevado a caballo junto a Emma, que lo hace genial, y aunque me han dejado ir solo al paso y un poco al trote, ¡me ha encantado!

En el trayecto de vuelta, la monja ha seguido contándonos cosas sobre Irlanda, «una tierra llena de rocas», ha dicho. Entonces, nos ha hablado del poder que tienen ciertas piedras. Dice que son capaces de curar dolores del cuerpo. Su contacto con los elementos de la naturaleza hace que se carguen de energías curativas que luego depositan en un cuerpo. Algo así. El roce de la naturaleza, del viento, de la tierra, del agua, el calor del sol… todo eso llena la gema de una energía poderosa. Nos ha explicado que está leyendo un libro escrito por una de las primeras benedictinas, santa Hildegarda de Bingen, del siglo XII, que descubrió el poder curativo de las piedras.

Luego, Sister Anne nos ha explicado también que la tierra de Irlanda es mágica y que, por ejemplo, no puede sobrevivir ningún

animal ni insecto venenoso. Ha dicho que san Patricio, cuando vino a evangelizar Irlanda, hizo desaparecer con su bastón todas las serpientes y animales venenosos de esta isla. Emma también sabe de san Patricio.

—¿Por qué crees que la cruz irlandesa es doble? Pues porque san Patricio unió la religión de los druidas con el cristianismo, ¿verdad, Sister Anne?

Emma es un poco sabelotodo, la verdad. Como a mí san Patricio francamente no me interesa, he querido volver a lo de las piedras. Le he preguntado si, con las piedras, no hubiera podido curar a Ruthy de sus dolores. La monja me ha mirado, pero, de nuevo, se ha callado. Aunque, con ese gesto, he tenido la impresión de que me quería decir algo.

22

Santa Hildegarda de Bingen… Adriana se quedó pensando en el libro del que hablaba su diario. Recordaba vagamente la mención de la escritora y también ver a la monja con la obra en sus manos, leyendo por el jardín o mientras vigilaba a las estudiantes en la sala de estudio. Se puso a buscar quién era en internet. De santa Hildegarda se decía que era una monja alemana del siglo XII que había escrito varios tratados en latín sobre Botánica, Teología y Medicina, además de poemas, canciones litúrgicas y cartas. El libro que debía de estar leyendo Sister Anne por aquel entonces debía de ser *Physica*, un ensayo que recogía la utilidad de una serie de piedras preciosas. Se decía que el Espíritu Santo había inspirado las recomendaciones curativas de esta monja visionaria. Escribió sus tratados de física a partir de los cuarenta y tres años, momento en el que le invadió la «luz viva», que le dictó durante años, palabra por palabra, sus libros. La monja también fundó dos monasterios y fue abadesa. «En esa época no se consideraba extraño que el Espíritu Santo te dictase los libros», pensó Adriana, que enseguida lo asoció a los extraños sucesos de Kylemore. Cuando ella le intentó hablar a su psicólogo, hace años, de una supuesta maldición, aún recordaba la mirada burlona que le

lanzó y que le hizo cambiar de tema al instante. «¿Tanto ha evolucionado el ser humano?», se preguntó. De repente, su padre interrumpió sus pensamientos, presentándose en el cuarto sin avisar.

—Me acaba de llamar Nicky para que vaya al *stand* del Grand Palais. ¿Me acompañas y así me das tu opinión? —le gritó mientras se ponía el abrigo para salir.

—¡Qué susto me has dado! ¿Tiene que ser ahora? —contestó Adriana.

—Lo siento, no sabía que estabas ocupada. Sí, tiene que ser ahora. Por cierto, antes me ayudabas mucho con las exposiciones, pero desde que he llegado te pasas el día en tu cuarto.

—Estoy escribiendo, papá.

—Pero ¿no habías terminado ya el texto del catálogo?

—Ahora estoy con mi novela. ¿Recuerdas lo que te pasa cuando tienes una idea y quieres llevarla a cabo? Se llama proceso creativo. Me instalé en tu casa de París hace años para ello, llevo dos años aquí y, por fin, creo que sé lo que tengo que escribir.

—Vale, vale… No te enfades. Me parece perfecto. Siempre he deseado verte así, pero no olvides que estoy a punto de exponer en la FIAC y te necesito. ¿No podrías venir con ese escultorcillo y ayudarme a…?

—Ya te dije que Denis y yo lo hemos dejado. ¿Escuchas algo de lo que te digo? Aunque no te lo creas, mi futuro depende de escribir esta novela. Es mi historia. O digamos la que tengo aquí, en el corazón —dijo Adriana señalándose el pecho—. La que me hace palpitar, pero también la que se esconde por miedo. Es como si tuviera algo aquí dentro que debo sacar.

Andrés, tras mirar a Adriana un poco exasperado, se sentó un momento para explicarle:

—La creación es eso que describes, Adriana. Te abre camino en tu interior hacia la luz. Está bien lo que dices, pero ahora, de verdad,

me gustaría que vinieras conmigo, y si quieres, luego te invito a comer y hablamos de tu novela.

Adriana esbozó una sonrisa y cerró su ordenador.

—¡Vamos! Te acompaño al Grand Palais, papá. Me hará bien tomar el aire.

—¡Qué ilusión! No sé decidirme sin tu visión del espacio, ya conoces mis obras, he pensado exponer la serie que viste este verano en Mallorca. —Cuando le venían ideas a la cabeza, Andrés no paraba de hablar—. ¿Te has fijado en las obras diminutas que tengo aquí, en París? Hay que decidir cuáles entran y cuáles no. Luego almorzamos en el restaurante del Petit Palais, ¿te parece? Hacen una pasta con trufa que te va a encantar. ¡Ponte el abrigo!

Adriana le miraba como si fuera un niño pequeño. Seguía emocionándose por las cosas más simples de la vida y su vitalidad era contagiosa. ¡Cómo iba a encontrar una pareja que le igualase! Por otro lado, qué egoísta podía llegar a ser. ¿Se habría enterado de algo de lo que le había contado sobre la importancia de ese año para ella? No lo creía…

Recorrieron la Rue de la Tour. Fuera, el día había amanecido soleado y se mantenía, milagrosamente, sin una nube. A su padre le encantaba caminar por París, como si necesitase esa energía vital para luego retirarse el resto del año a su finca de Mallorca. Había vivido en la capital francesa durante varios años con Patricia, y Adriana creció en ella, en esa casa, comprada por su padre cuando aún estaba con Patricia, en la Rue Marceline Desbordes-Valmore.

—Últimamente me acuerdo mucho de Patricia —le dijo Adriana mientras caminaban—. Como estoy escribiendo sobre Irlanda…

—Le encantaba ese país. En uno de nuestros viajes en barco, quiso pasar por Irlanda, por la región del colegio al que te mandó interna.

—¿De verdad? ¿Pasasteis por Connemara en vuestra ruta por el mar?

—Sí. Fue un viaje agreste. El Atlántico estaba ese día de todo menos tranquilo. Patricia se empeñó en atracar y bajó unas horas del barco. De hecho, había quedado con una monja en el muelle. No me dejó acompañarla. Quería ir sola.

—¿Una monja? —Adriana se imaginó al instante a Sister Anne—. ¿Cómo era esa monja?

—¿Cómo quieres que me acuerde? La vi desde el barco. ¡Y hace veinte años!

—Simplemente dime: alta, delgada o…

—Era más alta que Patricia. No recuerdo más.

«Sister Anne. Solo podía ser ella», pensó Adriana. Entonces, ¿se conocían? De repente se le aceleró el corazón. El pasado se le mostraba bajo una luz distinta.

—Hace un tiempo unos amigos me dijeron que se había comprado un *cottage* en Irlanda, cerca del mar, en la provincia de Cork, donde fue algún verano de pequeña —le contó su padre.

Caminando, llegaron hasta el barrio de Trocadero y lo cruzaron con paso decidido, intentando esquivar a los turistas que, con el buen tiempo, habían acudido a ver la torre Eiffel. Tomaron la Avenue Kléber y, en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos, llegaron hasta la Place de l'Étoile, más ruidosa que de costumbre por los pitidos y la velocidad de los coches, que, día tras día, conseguían milagrosamente no rozarse, ni chocarse, ni dañarse.

—Acabo de decidir que no voy a volver a Palma hasta la primavera —dijo Andrés de repente.

—¿Lo has pensado después de escuchar este ruido monstruoso o al oler la polución? —bromeó Adriana.

—Porque quiero volver a ver a Patricia —reconoció Andrés.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo vas a hacer? Resulta que yo también estoy intentando localizarla.

—¡La encontraremos! Los dos juntos lo lograremos.

Su hija le agarró del brazo y, abrazados, se dirigieron a grandes pasos hacia la exposición.

Al llegar a la Place Franklin Roosevelt, se encaminaron hacia el Grand Palais. Nicky le dijo a su padre que entrasen por la puerta de servicio. Esos días instalaban una nueva exposición y la galerista, en cuanto Andrés la avisó por el móvil, acudió a recibirlos a la puerta. Cuando la vio, Adriana se adelantó a los acontecimientos. Nicky era una mujer alta, flaca a lo Cruella de Vil, de unos sesenta años disimulados con operaciones de estética. Iba vestida con unos pantalones de licra negros, un jersey de cuello alto con grandes botones dorados que le bajaban desde el cuello por las mangas y un inmenso cinturón dorado. Su pelo también estaba teñido de negro y sus ojos oscuros y almendrados, de antepasados mediterráneos, se enmarcaban en un grueso trazo de lápiz negro. La suya era una forma de arreglarse bastante común en ciertas mujeres maduras. Nicky los saludó con una gran sonrisa y cierta coquetería hacia su padre mientras miraba a Adriana, confusa. Era evidente que no la esperaba. Su mirada le decía: «Querido Andrés, me imaginé que vendrías solo». Adriana se dio cuenta al instante de que si esa mujer tuviese oportunidad, no dudaría en vivir una tórrida relación con su padre. Otra de tantas.

Dentro del Grand Palais, los instaladores de exposiciones ajustaban los tablones de pladur para separar las diferentes galerías. La de Nicky era una de las primeras. Tenía un doble espacio que probablemente le había costado una fortuna. En cuanto entró, Andrés lo recorrió varias veces, imaginando el lugar y cómo encajarían mejor sus piezas. Sacó el metro. Medía una pared. La otra. El techo. Preguntaba a Adriana por sus piezas:

—¿Crees que aquí me cabe la pieza grande del jardín? Y aquí, en estos estantes, ¿qué te parece si coloco las obras pequeñas? ¿Cuántas entrarían?

En realidad, su padre no esperaba respuesta ni le hablaba a ella directamente, sino que mantenía un diálogo consigo mismo, completamente absorto en sus ideas, en su concepción del espacio, para diseñar la exposición. Adriana lo conocía bien: aunque alguien hablase ahora con Andrés, no le habría contestado. Estaba en su mundo. Nicky se había marchado a atender a los instaladores.

Ya eran cerca de las tres, y aunque a esas horas en Francia no se daba ya de comer, por suerte París sí se había adaptado a la falta de horarios de los turistas. Era probablemente la única ciudad del país que lo admitía. O sencillamente se había acostumbrado a los españoles que cruzaban la frontera y comían cada vez más tarde. Lo bueno es que, a esas horas, el restaurante del Petit Palais, normalmente tan concurrido, estaba vacío. El local tenía las mesas instaladas en un espacio de altura infinita. Rodeado de falsas columnas romanas, estaba a orillas del Sena y su decoración de colores negros y dorados lo hacía parecer uno de esos lujosos barcos de finales del siglo XIX. Andrés y Adriana pidieron un plato de pasta con trufa cada uno y una botella de vino de Borgoña. Su padre seguía con la mente en el espacio de la galería, reservado exclusivamente para su obra por la excéntrica Nicky.

—¿Qué te ha parecido?

—¿La galerista?

—¡No! El lugar. ¿Te parece que mis instalaciones lucirán? ¿Qué te ha parecido el color de las paredes? ¿Te has fijado en las esquinas?

—Papá, era un espacio blanco, pero seguro que tus obras quedarán magníficas.

—¿Tú crees? ¿Cuántas esculturas piensas que necesito? Tampoco pueden quedar muy apretadas, si no, no se verán bien. Dudo entre varias. Ojalá te pudieras venir a Mallorca un fin de semana, es que

he realizado dos nuevas estos últimos meses que no has visto, por qué no nos vamos mañana y…

—¡Papá! ¡Relájate! Todo irá genial. No es tan importante la que traigas, de verdad, la gente no se dará cuenta. Todo lo que haces les encanta.

—La gente no. No tienen ni idea. Pero yo sí. En realidad, en mis exposiciones es cuando me conozco. Me veo. Como si estuviera ante un espejo. Veo el paso del tiempo, mi transformación, mis sentimientos. Cómo estoy. Hasta que no me encuentro ante mis obras expuestas es como si no las viera. ¿Piensas que debería pintar las paredes de color? Quizá a la obra nueva le va mejor algo más fuerte. ¿Qué te parece? Damien Hirst, en su última exposición en Londres, pintó una de las salas de negro. Tenía que ver con unas piezas macabras que…

Al oír aquel nombre, similar al de Demian, Adriana se sobresaltó.

—¿Por qué hablas de Damien Hirst?

—Porque es el artista más cotizado en el mundo.

—¿No lo eras tú?

—Yo soy el séptimo.

En su mente se le apareció otro Demian, su rostro miraba ahora su alma.

—¿Adriana? —Su padre interrumpió sus pensamientos—. ¿No estarás enamorada? Te estoy hablando y no me estás escuchando.

Adriana estaba ante su personaje, lo veía y no lo quería perder…

—Estaba pensando en mi novela. Ese año, 1994, en Kylemore. Había un Demian entre nosotras.

—Para mí también fue un año peculiar. No solo por las exposiciones, claro, también porque Patricia me abandonó…

—Qué palabra más dura utilizas. No creo que te abandonara. La vida es como un tren al que se suben diversas personas y estas hacen una parte del trayecto contigo. Luego se bajan en estaciones, pero tú sigues. Sigues porque debes alcanzar tu objetivo.

—¿Eso te lo explicó Patricia? Son sus palabras…

—Exactamente —dijo Adriana, y sonrió.

—Recuerdo que esa era su teoría. No sé si me convence. De todos modos, ella y yo teníamos el mismo objetivo. No hubiéramos debido bajarnos ninguno de ese famoso tren… Creo que me vuelvo al andén para subirme de nuevo —dijo Andrés, que se rio con fuerza en el silencio del restaurante.

—Ya no puedes, papá. Eso es lo que se llama «tiempo» —le contestó Adriana, divertida cuando su padre perdía un poco los papeles.

—Me gusta la teoría de que el tiempo no existe… ¿Has oído hablar de ella?

—Prométeme una cosa, papá. Pase lo que pase, tú y yo iremos siempre en el mismo tren.

Andrés la miró, le tomó las manos y le dijo:

—Te lo prometo.

23

Sábado, 1 de octubre de 1994

¡Esta noche se ha ido la electricidad en todo el colegio! Aunque parezca mentira, ha sido lo más emocionante que ha ocurrido esta semana. Sister Anne nos ha dado una vela a cada una. En Irlanda es noche cerrada a las cinco de la tarde. Le ha parecido de lo más normal, sin preocuparse de que hubiera riesgo de incendio. Es lo que me encanta de este país, tengo la impresión de que la gente tiene mucho menos miedo de que puedan ocurrir cosas malas y vive la vida libremente, sin temores ni formalismos. ¡O quizá es que, simplemente, están todos un poco locos!

En los baños, mientras nos lavábamos los dientes, nos partíamos de la risa haciendo caras de monstruos en los espejos a la luz de las velas. Parece mentira cómo cualquier acontecimiento que nos saca de la rutina del internado nos hace actuar como si fuéramos niñas pequeñas. Gela se ha puesto la toalla en forma de capa y fingía que era un espectro. Las pequeñas corrían por todas partes y estaban divertidísimas gritando y escondiéndose del monstruo hasta que, de repente, he visto en un rincón a una de ellas con la cabeza entre las piernas. Me he acercado y le he preguntado qué le pasaba. Me ha

dicho que ella había visto un fantasma «de verdad» en el espejo. Le he dicho que no se preocupara porque seguro que, con la vela, se había confundido. Pero seguía llorando y no se le iba el miedo de los ojos. Al final he conseguido que se levantase y la he llevado hasta su cubículo, en el *big dorm*. Allí me he quedado un ratito con ella y he pensado que me hubiera encantado tener una hermana y protegerla.

Por la noche, cuando se lo he contado a las de mi *dorm*, Sister Anne nos ha oído y ha querido que la llevase junto a la niña para ver quién era. Es curioso, porque duerme justo debajo del cubículo de Ida. Se llama Molly y tiene once años. En vez de calmarla y explicarle, como yo, que su visión se debía probablemente al reflejo de las velas en la oscuridad, Sister Anne ha insistido en que hiciera memoria y le describiera exactamente cómo era la persona que había visto.

A veces me cuesta entender a esta monja. En ocasiones puede mostrarse cercana, otras como si fuera un caballero de la Edad Media que está aquí para protegernos de un mal que desconocemos.

Antes de dormirnos, los sábados por la noche nos cuenta una de sus historias o leyendas irlandesas. También vienen a escucharla niñas de otros cursos, que se sientan en el suelo a su alrededor. Esta noche, al no haber luz, iluminada por las velas, me ha recordado a un cuadro de otro tiempo… «Aquí se esconde una novela», me hubiera dicho Patricia. Ella lo llama el «momento mágico».

Sister Anne nos ha contado la extraña historia de los dedos de un gigante que están enterrados a pocas millas (aquí se habla en millas) del colegio.

—La leyenda dice que es la mano de Finn McCool. Una mano que sale de la tierra, pidiendo auxilio, con los dedos ligeramente doblados, suplicando una ayuda que nunca llegará. Irlanda es tierra de gigantes. ¿Y sabéis por qué eligieron esta isla para vivir? Porque su tierra es «mágica».

Cuando Sister Anne ha dicho esto, me ha mirado como si yo supiera a qué se refería. A veces parece tener una conexión conmigo que desconozco. Por eso digo que esta mujer es desconcertante.

—¿Es el gigante que ha visto Molly en el espejo? —le he preguntado luego con voz desafiante.

—Vete a saber —me ha contestado Sister Anne, sosteniéndome la mirada.

24

La investigación sobre Kylemore y sus habitantes anteriores a la llegada de las monjas seguía su curso. Adriana se pasaba las mañanas escribiendo y recopilando datos, aunque todavía no supiera muy bien qué hacer con ellos. Trataba de sumergirse en la vida de estos habitantes, en el lugar y en la época en la que vivían, para hacerla suya y, a partir de ese momento, poder escribir. A las doce se reunía con su padre, que también estaba enfrascado en sus obras, dentro del maravilloso estudio acristalado donde años atrás se instalaba también Patricia a trabajar. Andrés no le había dicho nunca que por eso le gustaba tanto su estudio parisino. Era el único lugar donde la sombra de Patricia seguía acompañándole. «El tiempo no existe», le decía ella, con esa seguridad que mantienen los poseedores de filosofías antiguas. Ahora, por primera vez, y reviviendo la misma escena, Andrés se daba cuenta de que tenía razón. Volvió a ese instante en el que sus brazos la abrazaban por la espalda, sacándola con besos de sus pensamientos literarios, mientras ella hacía como que se enfadaba con él. Las tardes que acababan en el suelo haciendo el amor con polvo de hierro, virutas de madera por el suelo, material de escultor, como dos jóvenes entregados a su pasión. ¡Cuánto la había querido! Aún le dolía no

tenerla a su lado. «Hoy más que nunca», pensaba, quizá porque su hija la llamaba en sus recuerdos. Ante su añoranza, Andrés tuvo que dejar de trabajar. Se limpió las manos y salió del estudio.

—¡Adriana! —le gritó.

—¿Sí? ¡Qué pasa!

—Nada, pensé que no me oías. ¿Me acompañas a dar una vuelta? Necesito caminar.

Al ver la cara de su padre, Adriana agarró su chaqueta, dispuesta a acompañarle.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

Andrés no contestó. Tenía una expresión melancólica. Los artistas cambiaban rápidamente de humor. En la calle soplaba un viento desagradable.

—¿Te apetece cenar en Dido? —le preguntó su padre.

El restaurante italiano siempre tenía mesas libres y el dueño los conocía. Se sentaron en la de la esquina, y pidieron una *pizza* doble de queso para los dos y un par de vasos de *chianti*.

—Nada que no mejore un buen vino —le comentó su padre—. ¿No iban a venir tus amigas a París?

—¡Sí! —le contestó Adriana, sorprendida de que su padre se acordara—. A finales de noviembre.

—Llévalas al Museo Nissim de Camondo. ¿Conoces su historia?

—Buena idea, no he vuelto desde esa vez que fuimos con…

Adriana no quería volver a recordarle a Patricia, ya que intuía que la tristeza de su padre quizá viniera por esa mujer que, desde hacía unas semanas, volvía extrañamente a sus vidas.

—La familia Nissim de Camondo, de origen español, sefardí, se instaló en Francia, hacía generaciones. A principios del siglo XX, su riqueza era tan importante que sus descendientes, Isaac y Moisés había reunido una colección de obras y muebles extraordinario. Esa familia tuvo también un destino trágico. El dinero no da la felicidad sino que a veces atrae la desgracia…

Por la noche, después de la cena, Adriana habló con Ida, que no sabía todavía si podría dejar a Ruth con su madre. A pesar de que su hija fuera totalmente independiente, parecía tan frágil en su silla de ruedas que nadie se lo acababa de creer. Las horas de soledad que la joven vivía a diario la convertían en un ser más maduro y reflexivo que los niños de su edad, y eso a su abuela la desconcertaba. «Parece que me está juzgando todo el rato con su mirada tan fija». «Ruth no juzga —le contestaba Ida—. Observa. Quizá no deberías mirarla como a una inválida».

Tumbada en la cama, demasiadas ideas rondaban su cabeza. Adriana se puso a buscar en su móvil la vida de esa familia judía de la que le había hablado su padre, los Nissim de Camondo. Moisés había almacenado en su palacete cerca del parque Monceau un tesoro que pocos conocían. Rodeado de sus pertenencias, el patriarca acabó muriendo solo, inconsolable ante la muerte de su único hijo en la guerra y el abandono de su mujer. Algo de la historia de los Camondo recordaba a la de los Henry. ¿La falta de sentido cuando desaparece el amor? Tanto Mitchell Henry como Moisés habían heredado una fortuna familiar colosal, pero los dos se habían quedado sin familia. Los objetos, el arte, las pertenencias pueden llegar a ser frías como el hielo, el reflejo perfecto de la muerte.

25

Domingo, 9 de octubre de 1994

Sister Anne se ha puesto furiosa con nosotras. Menos mal que Ida no ha venido, que, si no, también la hubieran castigado. Querido diario, te cuento lo que pasó. Todos los sábados tenemos dos horas de estudio por las mañanas. Yo suelo aprovechar para hacer deberes, pero aun así las horas en el estudio son largas y aburridas. Así que ayer me levanté, fui a ver a la monja que nos vigilaba y le pedí si podía ir a la biblioteca. La «sister» me ha mirado extrañada y me ha preguntado para qué necesitaba ir a la biblioteca. Pues ¡para qué iba a ser! Aunque ahora lo entiendo. Al entrar en la sala, en cuya puerta hay un cartel con la palabra «Biblioteca», he descubierto que dentro no hay ningún libro. No me lo podía creer. Recordaba haberlos visto en algún lugar del colegio. Me he puesto a pensar hasta que he caído. ¡En las estanterías del despacho de la directora! Desde el jardín y por el inmenso ventanal los veo en cada recreo.

En el comedor le he comentado a Sister Anne si podía prestarme uno de esos libros del despacho de Sister Mary, pero me ha explicado, como si fuera tonta, que esos libros son antiguos y que

no se tocan. «¿Desde cuándo no se tocan los libros?», quise decirle, pero luego me callé, pensando en cómo podría conseguir uno de ellos. Hasta que lo hablé con Gela.

—¿Me estás diciendo que vamos a meternos en el despacho de la directora a robar? —me contestó, emocionada.

—Robar no. Solo tomaremos prestado uno de esos libros —le he explicado.

—¡Genial! Hoy sábado es el mejor día.

—No hace falta que sea hoy mismo —le he dicho a Gela, que es muy precipitada y su impaciencia hace que lo líe más todo.

—De eso nada, monada, ya está todo organizado. ¡Por fin algo excitante en este colegio!

A Ida no le dijimos nada. Es muy infantil. Además, desde hace unos días se queja de que le duelen los huesos y que no puede dormir bien porque sueña sin parar. Para mí que se está volviendo un poco paranoica con las historias que le cuenta Gela sobre espíritus y fantasmas o lo que nos ha dicho Sister Anne sobre Ruthy, enterrada en el cementerio de cruces blancas. No puede creerse todas esas cosas, le digo yo, pero Ida es más pequeña y acaba teniendo miedo. En el *dorm* se ha hecho muy amiga de Clarean, que lleva años en el colegio y dice que conoce a un chico fantasma que las visita de noche. Clarean está emocionada, pero Ida no parece tan contenta… ¡En fin! Estoy un poco harta de sus tonterías.

Anoche, Gela vino a buscarme a las once, según lo que habíamos planeado. Yo estaba escribiendo, me levanté y las dos nos encaminamos en silencio hacia el piso de abajo. Menos mal que la luna dejaba entrar algo de luz por la escalera. Al principio fue superemocionante, y Gela, nerviosa, no paraba de reírse. Bajamos hasta la entrada. El plan era que yo abriese la puerta del despacho y buscara la estantería. Cogería el primer libro que encontrase y

saldría corriendo.

Al llegar, nos sorprendió ver que el despacho de Sister Mary estaba abierto. Entramos despacio, pensando que quizá había alguien dentro, pero no. La estancia estaba completamente vacía y en una oscuridad tal que tuvimos que hacer un esfuerzo para poder ver algo… Gela sugirió que abriésemos las cortinas. Cuando las descorrió, se asustó.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Te juro que me ha parecido ver a alguien —me contestó.

Intentamos calmarnos. Esta vez sin Gela, fui avanzando en silencio hacia la estantería. Una vez delante, miré todos los libros. No conseguía leer ningún título, me los imaginaba menos grandes y pesados. De hecho, pensé por un segundo dar marcha atrás. ¿Por qué los libros antiguos tienen que ser tan enormes? Al tocarlos, sentí el polvo en mis dedos. Llevaban años cerrados, casi olvidados por los nuevos habitantes de esta casa. De repente, justo en el momento que iba a coger uno, Gela volvió a gritar. Esta vez fui yo la que se asustó, quise ir tan rápido que algunos ejemplares se me cayeron al suelo, haciendo un ruido espantoso. Me puse más nerviosa, además me llené de polvo y no podía parar de toser. En ese momento estaba rodeada de libros tirados por el suelo y a algunos, al caer, se les habían doblado las páginas. ¡Qué desastre! Mientras tanto, Gela insistía en que saliese. Traté de recogerlos todos, pero fue imposible. De repente, me fijé en un papel doblado en el suelo y me lo metí en el bolsillo. Gela se quería marchar sin mí. No podía esperar más. Estaba muy nerviosa, nunca la había visto así. Con las prisas alcancé un libro al azar y salí corriendo, pero cuando llegué a la puerta del despacho mi amiga estaba petrificada.

—¡Adri, no te muevas! Está a tu lado.

Yo no veía nada, pero sí que olía algo raro.

—Hay una sombra en una silla de ruedas a un paso de ti. No te muevas —dijo Gela.

Yo estaba a punto de desmayarme.

—¿No oyes un chirrido cada vez más fuerte?

—No, no oigo nada —le contesté, con lágrimas en los ojos del miedo que tenía.

—Dios mío, mis oídos… ¡Qué dolor!

Gela se tapaba los oídos con sus manos para protegerse, como si le fueran a estallar. Yo no sabía qué hacer, no oía nada. De repente, alguien me agarró por la espalda y cuando estaba a punto de echarme a gritar, me puso una mano en la boca y me hizo callar. Era Sister Anne.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? ¡A vuestro *dorm* ahora mismo! —nos dijo, más enfadada que nunca.

Subimos las escaleras de dos en dos, sin entender qué estaba pasando. Gela me dijo después que en cuanto apareció Sister Anne sus oídos dejaron de pitar. Ahora pienso que quizá lo había imaginado. El resto de la noche no dormimos nada. Yo estaba segura de que nos iban a acusar de robo y quizá hasta llamarían a la policía. Me imaginaba que, como mínimo, nos echarían del colegio. ¿Qué le diría a mi padre?

Esta mañana Sister Anne nos ha llevado al despacho de la directora después del desayuno. Estaba superenfadada y caminaba haciendo mucho ruido con esas sandalias horrorosas con las que deben de helarse los pies. Al llegar, nos han hecho sentar alrededor de una mesa en el despacho, justo delante del piano y a la derecha de la famosa estantería llena de libros.

—Robar no es propio de señoritas, y menos en este colegio —ha dicho Sister Mary.

—¡Pero si nadie quería robar! —he respondido.

—¡Silencio! Esta tarde llamaré a vuestros padres para que os vengan a buscar. Me veo en la obligación de expulsaros de Kylemore

—ha añadido la directora.

Gela la ha mirado con ojos de terror y enseguida he visto que se iba a poner a llorar. Sister Anne también se ha dado cuenta y no sé por qué razón, a pesar de lo enfadada que estaba, ha cambiado de opinión y se ha puesto a defendernos.

—Quizá no sea necesario, Sister Mary. Estas niñas han prometido no volver a faltar a las reglas, ¿verdad, niñas?

Nosotras le hemos contestado que sí. Luego Sister Anne ha añadido el castigo:

—Os quedaréis sin recreo el resto de la semana. Tampoco iréis de viaje a Galway en diciembre. Durante este tiempo haréis labores de limpieza y reparación.

La hemos mirado sorprendidas y bastante disgustadas. El viaje a Galway es lo más divertido que tiene el colegio más aburrido sobre la faz de la tierra, o sea que, ahora, imagínate el panorama que nos espera. ¡Para eso hubiera preferido la policía!

—Limpiaréis y arreglaréis la iglesia gótica —ha dicho Sister Anne.

—¿La iglesia gótica? —ha repetido Gela, que no se lo podía creer del todo.

—¡Ya habéis oído! ¿Le parece correcto, Sister Mary?

Y la directora ha aprobado el castigo.

Al salir del despacho, Gela me ha dicho que quizá el ruido que oía era la silla de ruedas de Ruthy. Sister Anne ha escuchado la conversación y nos ha vuelto a mirar:

—¡Ruthy no iba en sillas de ruedas! Y ahora tenéis que dejar de fantasear.

Lo más increíble de todo es que en ningún momento nadie se ha dado ni cuenta de que faltaba uno de los libros. Lo he escondido debajo de mi colchón. Es grande y lo he sacado cuando, de nuevo, todas dormían. Se llama *Life After Death: A Medical View of Your*

Patients. El tema no me interesa especialmente, pero me encanta su olor a libro viejo. Me recuerda a mi casa. Cuando lo abro, si me descuido, se caen trocitos de papel amarillento. La tapa es de color marrón y las letras son doradas y en relieve. La verdad es que es precioso, de esos que hojeo con papá en las librerías de viejo o en el mercado de las Pulgas de París cuando vamos a buscar cachivaches —como los llama él— para sus instalaciones.

En la primera página está escrito a mano: «Mitchell Henry, 1859». Su letra es curvilínea con las iniciales marcadas en grande hacia arriba, como si quisiesen alcanzar el cielo.

El libro habla de medicina y de los avances que se estaban realizando en esa época. Lo he leído por encima. En realidad, acaricio las páginas. Es precioso. En algunas hay dibujos de instrumentos de cirugía. Me recuerdan a las tijeras, cuchillos y trapos de cocina. Las ilustraciones muestran una mano delicada que los maneja, como si explicasen también la manera de cogerlos. En una página hay anotaciones a lápiz que ya apenas se leen.

Cuando estaba a punto de apagar la luz, me he acordado del papel que se había caído de la estantería. Lo he desplegado con mucho cuidado. Con los años, se ha vuelto finísimo.

Querida Geraldine:

Probablemente nunca leas esta carta. La escribo porque me paso el día pensando, soñando y hablando con esa niña que corretea por los jardines de su casa y que veo desde mi diminuta ventana, por la que entra el viento helado de Connemara. Deslizo la carta entre las páginas de un libro con el que tu padre intentará, dentro de unos años, curarme de este mal que me acecha desde que nací. Lo sé. Dios no distribuye bien sus regalos, aunque en mi caso poder observar cómo corres y juegas por este jardín, hoy en día tan arreglado, que era salvaje antes de que llegaseis, me colma de mi mayor felicidad.

Me vas a decir que eres muy joven. No hablo por mí, yo nací viejo y privado de correr, sino por esa niña que llegó a mis praderas y las llenó de margaritas. Querida Geraldine, haces florecer la primavera eterna. Con tu reflejo en el lago

hielas mi felicidad para que dure eternamente. No se puede querer más, querida niña. Te amo hasta querer poseerte, aunque sabes que nunca te haría daño. Nuestro amor no es de este mundo y nuestras almas se reconocieron en el preciso momento en que apareciste por estas laderas.

Solo vivo para que llegue el día de esa operación. Tu padre aún no lo sabe, pero lo escogí como médico cuando supe su profesión. Dentro de unos años, tú, que todo lo consigues, harás que mi plan suceda. Lo convencerás. Lo ayudarás. Dentro de unos años. El tiempo suficiente para que quepa en mi cuerpo esta región entera.

Ni yo mismo sé quién soy. Solo tú conoces mi poder. Tengo el lago domesticado. Es el reflejo de mis ojos, donde puedo ver los pensamientos de los demás. Cuando no desarrollas el cuerpo, agrandas la mente. Es un hecho. Como que soy el dueño. Como que soy tu dueño y el de los habitantes de esta tierra. El día que tu padre me opere caminaré y ese día estaremos juntos. Nuestras almas saben que estamos predestinados, que Dios nos quiere unidos, ya que unidos nos ha traído hasta aquí. Para que vivamos, para que viajemos y veamos toda la belleza que nos tiene reservada.

Saldré vivo y sobre mis piernas, empezaremos una vida juntos.

Tu Demian que te ama

Acabé la carta con los ojos llenos de lágrimas. La tuve que leer varias veces… Es lo más bonito que he leído en mi vida.

26

Kylemore

Ese mes de mayo de 1874, la tierra de Connemara lucía otro color. Cuando se acercaban los días de verano y los rayos de sol se volvían más poderosos, la blancura del castillo de Kylemore se reflejaba en el lago con total nitidez. El reverendo Thomas, que había nacido y crecido en Connemara, agradecía la llegada de la familia Henry. Gracias a ella, no solo Galway, sino la región entera, había cambiado su destino. De ser uno de los lugares de Irlanda más castigados por la historia reciente, azotado por un viento atlántico vacío de riqueza que traía de tarde en tarde el sonido de una ballena perdida, Kylemore pasó a ser un polo de atracción para todos los trabajadores del condado. Mitchell Henry así lo había planificado desde que hacía más de diez años, durante su luna de miel, había pasado allí los mejores días de su vida.

Los que no labraban la tierra trabajaban en la construcción, el cultivo de los jardines frutales o la intendencia de la inmensa casa. Más de trescientas personas, pero si contamos a cuantos contrató el señor Henry para sacar adelante su idea, podríamos estar hablando de varios miles de irlandeses. Todas las familias a las que el reverendo Thomas ofrecía aliento y ayuda habían prosperado gracias a la llegada de esta familia procedente de Manchester que había sabido acoplarse a la dureza de esta salvaje y mágica región

irlandesa. Luego, las desgracias divinas seguían acechando las casas de los seres humanos y ahí es donde su labor de predicador era más demandada que ninguna. Dos días a la semana, el reverendo visitaba a las familias locales. Se desplazaba a pie y llamaba a la puerta.

Los O'Reilly, como los McGraw, los Glaughlin o los Satharn, vivían desde hacía generaciones en la región. Sus casas o cabañas se encontraban diseminadas y escondidas por los alrededores. Todos ellos trabajaban para los Henry. En esa época dentro del castillo de Kylemore había unos cien empleados, entre cocineros, amas de llaves, mayordomos, lavanderas, jardineros y las señoritas que se ocupaban de la educación de los niños. Por no nombrar a los arquitectos del castillo que venían a diario para el buen funcionamiento de la vivienda. Algunos de ellos eran constructores de los alrededores que se habían instalado directamente a vivir en la casa, pues siempre quedaban detalles y arreglos que ultimar en ese castillo todo blanco, cuya primera piedra se instaló en 1863 y que cinco años más tarde seguía sin finalizar.

John O'Reilly, un hombre recio pero amable, cuya delgadez le hacía aparentar más años de los que tenía, se hacía cargo de los animales del señor Henry, mientras que Fiona, su esposa, mujer gorda, tosca y con un constante olor a ajo, había sido contratada en las cocinas. La pareja se había casado hacía más de dos décadas cuando les llegó un embarazo inesperado. La pobreza de su matrimonio recibió la noticia con preocupación. Así marcaba Dios los destinos. Nueve meses más tarde, el hijo vino al mundo débil, canijo y paralítico. «Una maldición, reverendo». «No pronuncie nunca esa palabra».

¿Cuándo vio el reverendo Thomas a Demian por primera vez? ¿Qué edad tendría el chiquillo? Aquella mañana, poco antes de ir a oficiar misa en el castillo, el cura llamó a la puerta de los O'Reilly. Nada más entrar en la casucha, el chico, de apenas tres o cuatro años, sentado en una silla en la entrada, clavó sus ojos de

hambriento en el recién llegado. La suya era una mirada clara, como el color del lago de Kylemore los días de cielo azul. El reverendo se quedó pasmado, primero por la belleza del niño, tan poco común en esas familias que llevaban décadas desnutridas y, segundo, por el sufrimiento que le transmitió. El rostro anguloso del niño, de un color tan blanco que parecía enfermo, mostraba, sin embargo, una nariz delicada y unos labios más finos de lo habitual, cerrados a cal y canto como si estuvieran cosidos. No era el rostro de un niño de esa edad, sino el de un joven maduro cuya mente parecía en movimiento constante. Llevaba el pelo liso, castaño, mal cortado y completamente descuidado, e iba vestido con ropa que le quedaba demasiado holgada, probablemente recuperada de un primo o vecino mucho mayor que él.

—¿Y ese pequeño? ¿Por qué no lo he visto jamás por la iglesia? —exclamó el reverendo nada más entrar en la granja.

—No se crea, reverendo. Demian no es un niño. Apenas habla y no se mueve de la silla. Una desgracia… ¿Qué va a hacer él?

—Pues yo veo a una criatura de Dios, señora O'Reilly. Y necesita, como los demás, escuchar la palabra divina. Salvo que quiera usted tener a un salvaje en su casa…

Aquella mañana el reverendo se quedó un rato en casa de los O'Reilly, bebiendo té con *whisky* caliente. Necesitaba averiguar más sobre aquel extraño descubrimiento. ¿Cómo se podía tener a un hijo escondido entre sus feligreses? Supo que había sido por la vergüenza de sus padres y la falta de utilidad para el trabajo físico de un chico paralítico.

—Dios nos castigó con Demian, padre —dijo John cuando el cura ya se marchaba.

Al reverendo le costaba muchísimo explicar que Dios nunca castigaba. El sacerdote pensaba que esos irlandeses eran demasiado primitivos o se regían aún por una mentalidad druida y no aceptaban

que la vida era un aprendizaje continuo hasta entrar en el reino de Dios.

—Qué ocasión más perfecta para ganarse el cielo que vivir con alegría y humildad esas piedras en el camino, John —dijo el párroco, que insistió en ver al niño en misa el domingo siguiente.

Al terminar la homilía y sin que nadie lo viese, Demian había hecho rodar su silla hasta una pequeña estantería de la sacristía. El reverendo Thomas había descubierto la curiosa y delicada atención con la que el joven se había aproximado hasta los libros. Demian los había observado con grandes ojos de asombro, los había tocado con sus manitas infantiles y había querido sacar uno. «¡No toques!», le había gritado su madre. El reverendo, creyendo ver un milagro, había salido en su defensa: «Deje al niño —contestó—. Voy a necesitar al chico alguna tarde. ¿Podría ir a buscarlo?».

—Por mí, como si se lo quiere quedar —le había contestado ella, insistiendo una vez más en su inutilidad.

El martes siguiente fue a buscar al pequeño Demian y se lo llevó hasta la iglesia, empujando su silla por los caminos de tierra. Se sorprendió de que el niño no opusiera la menor resistencia, sino que parecía esperarlo. ¿Se habría enterado de que pensaba ir a por él? Durante el trayecto, ninguno de los dos dijo nada. Demian miraba a su alrededor con ojos atónitos y el reverendo le vio dirigir su cara hacia un rayo de sol que se colaba entre las nubes.

Al principio solo iba los martes a buscar al muchacho. Los trayectos hasta el pueblo le encantaban: salir por la verja de Kylemore, alejarse de la granja de sus padres… La silla rodaba ruidosa por los caminos de piedras y, a veces, hasta parecía que se fuera a romper. Tenían que bordear dos lagos, cuyo reflejo era cada día diferente. En esa época, los lagos de Connemara se parecían al mar. Podían pasar de una quietud absoluta en los días de bruma a

invadir la orilla con el movimiento de sus aguas plateadas. Muchas veces Demian cerraba los ojos y dejaba que el viento le acariciase la piel. El reverendo iba tan rápido empujando su silla que Demian tenía la impresión de caminar él solo y de avanzar por fin sin la ayuda de nadie por esos caminos de piedra negra.

Pronto, el reverendo pudo constatar que Demian era un chico prodigioso. A pesar de su invalidez y de su corta edad, jamás nadie le había ayudado tanto. Desde el segundo martes que se vieron, Demian empezó a hablar. Al poco tiempo, preguntaba tantas cosas diferentes que el cura no sabía ni por dónde continuar.

En cuanto cumplió cinco años, el reverendo le enseñó a leer. Aprendió a una velocidad sorprendente. Por aquel entonces, el cura ya se había dado cuenta de que Demian no era un chico como los demás, sino que su inteligencia iba mucho más allá que la de cualquiera. Al principio, le dejaba llevarse libros a casa, porque le permitían combatir el aburrimiento que el chico sentía en una familia que jamás había salido de la región ni hecho otra cosa en la vida que no fuera intentar no morirse de hambre. Hasta que los libros de la sacristía dejaron de bastarle y el reverendo se tuvo que apropiar de todos los de la zona. Galway, esa ciudad de pescadores venidos de cualquier parte del mundo, tenía una biblioteca decente y de allí sacaba novelas, libros de historia, ensayos… Lo que fuera que tuviera páginas escritas.

Sus padres nunca entendieron el afán de su hijo por la lectura. Para ellos, Demian era un extraño.

—¿De dónde habrá salido, con esa cabeza? —preguntaba su madre al reverendo.

—Dios reparte los dones, señora O'Reilly.

—Pero aquí los suyos no le sirven de nada. Con esa invalidez más le hubiera valido no venir a este mundo, ¿no cree, reverendo?

Las preguntas de su madre no hallaban respuesta en las palabras del reverendo.

—Por ahora es tan solo una boca más que alimentar y ningún provecho se le puede sacar.

—Tiene una mente privilegiada, señora. Si no estuviera anclado en su silla…

—Esa mente es una maldición… —había murmurado su madre, que seguía pelando patatas—. Dígame, ¿para qué sirve la inteligencia cuando no puede llevar ni una carretilla de piedras?

—No diga esas palabras —le había contestado el reverendo—. Quizá algún día se haga sacerdote.

Sin embargo, el reverendo sabía que esa sed de sabiduría pediría, tarde o temprano, algo más. La falta de movilidad de un niño no era nada en comparación con la falta de conocimientos de una inteligencia tan despierta. Y más aún si esa mente resultaba ser de una agudeza y tesón incomparables. «Tengo que hablar con el señor Henry», pensó el cura. Quizá le podría ayudar a entrar en un colegio como el de sus hijos o dejarle algunos de los volúmenes de su privilegiada biblioteca.

27

—Adriana, despierta… ¡Despierta!

No sabía si era la tormenta de lluvia que llevaba toda la noche cayendo sobre París o las palabras de su padre. Cuando abrió los ojos, estaba empapada en sudor y parecía provenir de una lejana pesadilla.

—¿Estás bien, cariño? Me has asustado —le dijo Andrés, que había acudido a los gritos—. Te oía desde el salón.

Adriana seguía aún sumergida en su sueño. Estaba en un bosque oscuro, hacía frío y se pinchaba las pantorrillas al caminar entre las ramas y la hierba crecida.

—¡Estás helada! —dijo su padre, preocupado.

—¿Qué hora es? —preguntó Adriana, que reconocía su sueño del bosque.

—Tarde. Vuelve a dormirte. Yo ya me iba a acostar.

Cuando se marchó su padre, Adriana se levantó a abrir el ventanal de su cuarto. El sonido de la lluvia le gustaba. Conseguía apaciguar su inquietud nocturna, los miedos que venían a apoderarse de ella. El viento silbaba, pero la noche parisina y la presencia de su padre

hacían que desapareciera la angustia. Recordaba la frase de Goya que describía tan bien lo que ella sentía: «De noche, el sueño de la razón produce monstruos».

De pie, ante el ventanal, sintió dolor entre sus piernas. Se bajó la mano hacia el pubis y, aunque no hubiera nada, era como si sus dedos sintieran el frío de un líquido por la piel. Tan solo era una sensación, como si la hubiesen forzado. Su cuerpo estaba dolorido, como si el sueño hubiese sido real. La garganta bloqueaba las palabras. «¡Dilo! ¡Dilo!», escuchaba en su interior. Le entraron ganas de llorar y decidió cerrar la ventana y meterse de nuevo en la cama. Volvió a pasarse la mano entre las piernas. No había sangre, pero la notaba. El olor, la sensación, estaban ahí. Se apretó el pubis. ¡Qué dolor! Sus dedos retenían su piel, que parecía deshacerse.

¡Era absurdo! A veces conseguía aplacar esa sensación cuando dominaba su mente. «Saca tu dolor fuera de ti», le había aconsejado el psicólogo. ¡Como si eso fuera tan fácil! Tumbada, cerró los ojos y se obligó a pensar en algo diferente. ¡Sus amigas! Visualizó a Ida, la alegría de Gela y, pensando en los planes de su fin de semana con ellas, se durmió.

A la mañana siguiente, Adriana amaneció más tarde que de costumbre. Su padre ya no estaba en casa, pero le había dejado una nota en la cocina junto al café recién preparado avisándola de que se iba a la galería de Nicky. Adriana encendió su móvil y vio un mensaje de Laurent: «Localizada tu escritora. Pásate por Lamartine».

Casi le dio un vuelco el corazón. ¡No podía ser! Decidió terminarse el café rápidamente, arreglarse y, sin escribir esa mañana, salir lo antes posible hacia la librería. No quería perder ni un segundo.

A las once la librería estaba vacía. Se encontró a Laurent cerca de

las novelas, hablando con una empleada jovencita. Cuando se le acercó, despachó pronto a la joven y le dijo:

—Ayer vino un chico para colocar en el tablón de anuncios un cartel sobre una nueva escuela de escritura y mira quién da una clase.

Adriana leyó:

> ¿Quieres ser novelista? Clase de escritura creativa, por Patricia Gisbert. Plazas limitadas. Escuela Les Mots. Martes de 11 a 13 h.

Ante la noticia, se tiró a los brazos de Laurent.

—¿Siempre eres tan efusiva?

—Me has salvado la vida.

Adriana no podía contener la emoción.

—Pues apúntate a sus clases. ¡Es la mejor manera de conocerla y de lanzarte, por fin, a la escritura!

Adriana se quedó sorprendida por la recomendación de Laurent. ¿Sabría que ser escritora era justamente lo que quería? De todos modos, era lo que iba a hacer. Si quedaba alguna plaza se apuntaría enseguida. Salió de la librería con el anuncio en la mano. Ese mismo día llamaría a la escuela *Les Mots*. Mientras volvía a casa, infinidad de preguntas le llenaban la cabeza. ¿Cómo iba a reaccionar Patricia después de tantos años? ¿Se sentiría agredida? Era una mujer muy especial, no le gustaban las sorpresas ni la falta de control. ¿Y su padre? ¿Se lo diría? Sí, si alguien deseaba tanto como ella reencontrarse con Patricia, ese era Andrés.

28

Jueves, 20 de octubre de 1994

Papá me ha llamado esta tarde para decirme que viene a Irlanda a pasar las vacaciones de Todos los Santos conmigo. Llegará en unos días con Oliver en su famoso coche y nos iremos al norte, a Sligo. De ahí, bajaremos hacia Dublín. Gela vuelve a España, pero la que me da más pena es Ida, porque su madre le ha dicho que es mejor que se quede en el colegio hasta el final del curso. No es la única que pasará las vacaciones con las monjas. Hay una niña africana que también se queda los nueve meses seguidos. Sister Anne ha consolado a Ida diciéndole que se divertirán y harán excursiones por la zona.

El fin de semana ha sido bastante aburrido porque no ha parado de llover. Ni siquiera hemos podido montar a caballo. Sister Anne se ha ido con un grupo de monjas a una especie de retiro espiritual. ¡Ni que esto no fuera ya suficiente retiro! Así que me he dedicado a estudiar geografía para el examen del lunes. Por suerte, los padres de Gela le han mandado una caja llena de embutidos y dulces españoles y el viernes por la noche nos hemos encerrado en su cuarto Ida, Clarean y yo a comérnoslo todo. La verdad es que eso ha

sido lo más divertido. Además, como Sister Anne no estaba, ha venido en su lugar otra monja que se ha quedado dormida en cuanto ha llegado la hora de acostarnos y no se ha enterado del follón nocturno que hemos organizado por el pasillo. Como teníamos sed, Clarean ha dicho que en el cubículo de Lorean había una botella de Coca-Cola y se ha colado bajo la cortina mientras esta dormía y nos la hemos bebido las cuatro. ¡Ha sido genial! Clarean también es muy atrevida, aunque diga cosas raras como que habla con ese hombre de ojos verdes. Es superdivertida. Todas sabemos que eso no es cierto, que aquí no hay ningún hombre salvo Georges —que da más miedo que nadie, pero es más bueno que el pan— y el profesor de Matemáticas, que tiene un bigote grande y huele fatal. Vamos, ¡que ellos no son!

Al día siguiente, hemos visto llover todo el santo día, pero luego, por la noche, Ida ha vuelto a tener miedo (últimamente dice que sueña con unos niños) y me ha pedido si podía dormir conmigo. Me ha contado que esos críos, que no conoce, juegan a orillas del lago. Él es mayor y ella baila delante del chico hasta que le dice que quiere bañarse y entonces se meten en el agua y uno de los dos se ahoga. Pero lo peor no es eso, sino que el chico va en silla de ruedas, no puede caminar, se apoya en un palo, y en todos los sueños ve su rostro cada vez más grande, hasta que su cara invade la mente de Ida y unos ojos inmensos parecen mirarla. Es como si se metiese dentro de ella. A mí me ha sonado raro que el chico vaya en silla de ruedas… siempre la silla. Pero no le contesto nada para que no tenga más miedo. Ida se me abraza como un pajarito. Está cada día más delgada. Yo creo que le va a pasar algo grave. Tiene dolores y una especie de resfriado que no se le va. Ahora habla con voz ronca.

Cuando me cuentan de ese hombre que ve Clarean, pienso

enseguida en la silla de ruedas que Gela dijo oír en el despacho de Sister Mary. Ahora hasta yo creo oír cosas extrañas. Como esta noche, que me despertó la voz de alguien hablando. Ida habla en sueños, podría haber sido ella. Pobrecita, no duerme bien desde hace un montón de días. Es tan pequeña que no ocupa ni sitio en la cama.

29

Como cada martes, Patricia Gisbert bajó de su pequeño apartamento parisino del distrito XVI para dirigirse hacia su clase en la escuela Les Mots. El martes era el único día de la semana en el que no escribía. A pesar de no publicar nada desde hacía años, seguía su rutina de escritora escrupulosamente. Esa mañana salió temprano de su piso hacia el distrito V, parada de metro Cluny-La Sorbonne, después de que su amiga Elise le hubiera propuesto ese trabajo. Era su única fuente de ingresos junto con las reediciones de *Marisma* y *L'Été d'antan*, novelas en las que rememoraba su juventud junto a Andrés y que, milagrosamente, se seguían vendiendo. Desde entonces había empezado varias novelas, pero la editorial no las daba por concluidas.

A Patricia le gustaba ir con tiempo a la escuela y vagar por los alrededores del Barrio Latino, tomarse unas horas para lo que ella llamaba «inspiración». Le encantaba pasear por París. Hacía años que no sentía ni su propia existencia y se imaginaba ser un fantasma que iba y venía, de época en época, observando a los demás. A veces, si tenía más tiempo y el frío se le metía por el cuerpo, como le ocurría de pequeña en Kylemore, se instalaba en uno de esos *cafés-bistrots* franceses cercanos a la escuela, pedía un té negro

bien caliente y mientras se lo tomaba, soñaba con ese pasado y hablaba consigo misma. Había escrito textos sobre Irlanda infinidad de veces… sin el menor éxito.

Pero esa mañana era diferente. Empezaba un nuevo curso y, ante la perspectiva de encontrarse con alumnos que no conocía, sentía cierto nerviosismo. En su bolso había metido apuntes y libros de literatura de los que quizá leería algún capítulo. Llevaba el pelo suelto y, en apariencia, despeinado. Se había colocado sus inmensas gafas de sol graduadas como si el cielo gris de esa mañana la pudiera deslumbrar. Aunque no le gustaba aparentarlo, le estresaba enfrentarse a la gente, a unos alumnos que después del curso no volvería a ver en la vida. Hacía días que no salía de su apartamento.

De camino, al abrir el portal de su casa, se cruzó con el vecino del cuarto y su hija, un hombre ya mayor, apuesto y elegante que se había quedado viudo hacía unos meses y cuya hija se había instalado con él. Este la miró, la saludó con cierta coquetería descubriéndose la cabeza de su sombrero y al despedirse se sonrieron mutuamente. A Patricia los encuentros con su vecino le gustaban y esa mañana le pareció un buen augurio. Luego pensó en Andrés, como le ocurría cada vez que se cruzaba con un hombre que la hacía sonrojarse, como si ese destello de sentimientos la remitiera a otra época. ¿Hacía cuánto que no estaba con un hombre? Posiblemente desde Andrés. «El tiempo no existe», se dijo para sí misma. Sus recuerdos la llevaron hasta Adriana, esa niña que había querido más que a nadie. ¿Qué sería de ella?

Aunque no tuviera ninguna prisa, en París era habitual que la gente caminase con decisión y rapidez y así lo hacía Patricia. Sus botas negras de buena calidad, desgastadas por los años, hacían un desagradable ruido sobre el asfalto. Vestía una gabardina larga y negra ajustada en la cintura, jersey de cuello alto y vaqueros rectos. A su edad seguía luciendo una figura esbelta y elegante. Ella lo sabía. Nadie notaba su falta de naturalidad. Iba erguida, con

andares acompasados y el pelo al viento, lo que la hacía parecer una mujer resuelta, segura de sí misma, autosuficiente. Todo lo que Patricia no era.

Al doblar la calle, se levantó el cuello de la gabardina. Tras las gafas negras, buscó esconder su mirada de aquellos que pudieran acusarla de robar imágenes que no le pertenecían. El anonimato le gustaba. Un día soñó con ser una escritora famosa, rozó el éxito del brazo de Andrés, pero no supo vivir esa época con alegría, y por miedo a perderlo de verdad, por culpa de esa extraña maldición, lo abandonó.

Sus andares apresurados la llevaron por calles estrechas, en las que se detenía a mirar qué había al otro lado de las ventanas. Normalmente, observaba, como haría un detective, un ladrón o un cazador de momentos, buscando el impulso creativo. Dentro veía salones, cuartos con camas deshechas, ropa por el suelo, gente compartiendo sus vidas. Patricia aflojaba el paso y se llevaba esos instantes. Aunque se convenciera de que esa era la función de un escritor, la de recoger y plasmar esas visiones en una hoja en blanco, ahora le encogían el alma. La alegría ajena le reflejaba su soledad. ¿Envidiaba la vida de los demás? Quizá. O quizá esa fuera la función de un escritor: meterse en la vida de los otros, como Demian había hecho con todas ellas.

Ante aquel pensamiento, sintió una punzada en el corazón y aceleró el paso. Demian le provocaba dolor. Ira. ¡Había mandado a Adriana a Kylemore con Anne para que lo resolvieran y solo había conseguido empeorarlo!

Las primeras gotas del día empezaron a caer en cuanto alcanzó la boca del metro. Descendió las escaleras a toda prisa y, de repente, en un escalón resbaló hasta casi perder el equilibrio… Su corazón pareció detenerse y sofocarla. Consiguió alcanzar el andén en el preciso momento en que llegaba el tren, se coló en un vagón atestado de gente, vio un asiento libre y se sentó. Necesitaba calmar

su corazón, que le bombeaba hasta cortarle el aliento. Quería aparentar tranquilidad. Respiró. Nueve paradas, desde La Muette hasta Cluny. Patricia no se quitaba las gafas ni en el metro, como si fueran parte de su rostro, apenas maquillado e hidratado con una crema de supermercado. Súbitamente, le entraron ganas de llorar. ¿Habría sido el susto? Sus manos temblaban. Apretó el bolso contra el pecho. Le llegaba un olor a sudor de una gruesa mujer sentada frente a ella que llevaba el pelo cano cubierto con un velo. Al lado de esa mujer, un joven de color escuchaba música ruidosa a través de unos auriculares. A su izquierda, una adolescente cruzó sus largas piernas, de las que sobresalían unos inmensos botines Nike. Patricia apartó la mirada y observó su reflejo en una de las ventanillas del vagón. Se vio en el cristal, como una foto en blanco y negro, en un tiempo que desfilaba a sus espaldas a toda velocidad. Al fijarse en su rostro, distinguía el surco de unas arrugas profundas a ambos lados de los labios. En ese París cosmopolita se sentía extranjera, fuera de lugar. Se acordó del lago de Kylemore y del reflejo que de pequeña veía en las profundidades de sus aguas.

Salió por la boca del metro de Cluny y enseguida se encontró ante el monasterio del siglo XIV, o lo que quedaba de él. Convertido en museo, aquel lugar lucía unas grandes pancartas que alentaban a los paseantes a entrar. *Tickets*, barandillas de metal, suelo de cristal, paredes frías. ¿Hacía cuánto que no entraba en un museo? Miró el reloj, tenía tiempo y decidió visitarlo.

Después de sacar un billete gratis para los mayores de sesenta, se adentró en la sala de las tapicerías gigantescas. La pieza estaba completamente vacía a esas horas de la mañana, sin turistas que interfirieran en su paseo matinal. Sola, rodeada de las tapicerías medievales, sobre las cuales se veían ciervos en movimiento. ¿Y si escribía una historia ambientada en ese París del año 1100? Para ello, el paseo por las ruinas de Cluny era fundamental.

Hasta que, en este preciso instante, rodeada de colinas y ciervos saltarines, se olvidó de su propósito y le fue invadiendo la calma. Entraba en calor en ese aposento principesco que, de nuevo esa mañana, le recordaba a Irlanda. Del calor, se desató la gabardina. Sin la presión del cinturón, por fin respiraba y el aire le llegaba hasta su ser más profundo. Como si aspirase el pasado de ese monasterio quizá, o simplemente el suyo. Su alma se sumergía en los colores ocres de ese tiempo remoto, fundiéndose con los habitantes y animales de las tapicerías, que apenas posaban sus patas en la tela. Si pudiera volar como ellos, ¿adónde iría? La separaban mil años de esas escenas de cacería y, sin embargo, Patricia se sentía más cercana a esos príncipes y campesinos, a esos animales salvajes y danzantes, que a su propia sociedad. Tuvo un momento de inspiración y pensó que era eso lo que debía transmitir en su próximo texto. ¿Tal vez fuera ella uno de sus personajes perdidos en el tiempo?

Y, como el que tropieza al descender los escalones del metro, empezó a pensar, a recordar, dónde y en qué momento ella misma había tropezado en su vida. Ya que Andrés, al que quiso, y su hija Adriana no estaban…

Aún no lo sabía, pero esa mañana su proyecto se derrumbaría por otra historia de amor que estaba a punto de empezar de nuevo.

30

Viernes, 4 de noviembre de 1994

Hoy no ha venido el profesor de Matemáticas y como ninguna de nosotras quería estudiar y no parábamos de gritar, Sister Anne se ha acercado a nuestra clase para ver qué pasaba. No hay nada más interesante cuando falta un profesor que coger todas las tizas de colores y ponerse a escribir en la pizarra. No hay nada que descoloque más a un profesor que entrar en clase y encontrarse con toda la pizarra coloreada. «¿De dónde habéis sacado las tizas?». Al ver a la monja, una de las chicas irlandesas le ha pedido una de sus leyendas sobre el colegio. A Sister Anne le encanta contar historias. Ha borrado la pizarra, ha cerrado la puerta y, al instante, todas nos hemos quedado en el más absoluto silencio. Para mí que si lo supieran las demás monjas no la dejarían contar todo lo que cuenta…

—¿Sabéis por qué los pinos que rodean el lago son tan altos? Porque en realidad fueron plantados por unos gigantes que vivían en esa región hace miles y miles de años.

—¡Eso no es verdad! —ha dicho Maud, una niña permanentemente de mal humor.

—Escucha y verás —ha continuado Sister Anne—. El más famoso de ellos se llamaba Cú Chulainn y era una especie de bestia que no vivía lejos de Kylemore, ya que se escondía con facilidad detrás de las mismas colinas que rodean el colegio.

La narradora hacía pausas para sentir nuestro interés.

—Irlanda es una isla plana, salvo la región de Connemara. Cú Chulainn era el gigante más conocido y vivía justamente en la montaña Dúchruach, donde se asienta hoy en día la abadía de Kylemore. ¿Sabéis lo que significa el nombre de la montaña? «Negro». Por el color de la tierra.

—Pero el castillo es completamente blanco… —le ha dicho Kyra, otra irlandesa.

—Porque la piedra del castillo fue traída de Escocia por Mitchell Henry. Él quería regalarle a su mujer la casa más bella de toda Irlanda.

—¿Y qué pasó con los gigantes? —le ha preguntado Clarean.

—El otro gigante, Finn McCool, que vivía en la colina Diamante, en la orilla opuesta del lago, no soportaba a Cú Chulainn. Su carácter irascible era conocido y temido por todos los habitantes, que sufrían, tras sus zancadas, piedras por los aires y árboles aplastados.

—¿Por eso hay tantas piedras negras en Kylemore? —le ha vuelto a preguntar Maud.

—Las hay por toda Irlanda, querida… Lo cierto es que los gigantes eran ruidosos y sucios y destrozaban todo lo que tocaban. Así que, en su mayor pelea, Cú Chulainn lanzó a Finn McCool una inmensa piedra de metal de forma triangular. Aunque falló y el gigante pudo escaparse, la piedra fue a caer a poca distancia de donde se construiría este colegio. ¿La habéis visto por el camino? Su forma recuerda a la de una plancha.

—¡La hemos visto! Y Clarean nos ha dicho que solo podemos pedir un deseo de amor y no de riqueza. Pedir dinero trae mala suerte y

pobreza al resto de tu familia —ha explicado Ida, que desde entonces tira piedras sin parar.

—¿Es eso cierto? —le he preguntado yo.

—Sí, es el paradigma de este lugar. Ya os lo he contado… —nos ha contestado Sister Anne.

—¿A qué se refiere con eso del «paradigma»? —ha preguntado Gela—. Aquí lo nombran a menudo, pero no acabo de entenderlo.

—Es una norma que se multiplica. En este caso hace referencia a los primeros propietarios de los que ya os he hablado. El castillo de Kylemore se construyó en base a un gran amor, el de Mitchell y Margaret. Al morir su mujer en extrañas circunstancias, el amor no pudo realizarse completamente y su desgracia pasó y pasará a los demás habitantes de esta tierra.

—Pero ¿cómo es posible que una piedra lanzada hace cientos de años por unos gigantes tenga que ver con los dueños de este lugar del siglo pasado? —le he contestado.

—Porque el tiempo no existe —ha dicho Sister Anne.

—¿Demian era uno de los gigantes? —ha preguntado Clarean—. ¿No vivió él también un amor…?

—¡Se acabó la clase! —ha gritado Sister Anne, dejando a Clarean a mitad de frase.

Al salir, Gela me ha dicho si me había dado cuenta del cambio en la mirada de la monja.

—Por supuesto —le he contestado.

—Ese famoso paradigma de Kylemore, que atrapa el castillo, es por culpa de otro amor y no el de los dueños. ¿Estás conmigo?

—Sí —le he dicho pensando que esa frase de que el tiempo no existe, se la había oído a Patricia.

31

Ruth sabe que sus conocimientos no le pertenecen. Es como si su mente fuera por libre y supiera cosas que ella misma nunca ha aprendido. Reconoce, pero no conoce ni sabe cómo se han colado en su cerebro. A veces cree que esos textos que desconoce, esos idiomas que no habla, esos personajes que luego encuentra en sus libros de historia se meten solos en su mente, de noche, como personajes que se inmiscuyen, animalitos que van generando vivencias que uno no ha tenido, lecturas que uno no ha realizado, sensaciones que uno no ha experimentado.

Tampoco entiende por qué conoce hechos que ella misma no ha podido vivir, inmovilizada como está.

—Mamá, ¿papá murió ahogado? —pregunta Ruth a Ida sin venir a cuento.

—No se sabe. Desapareció buceando en el Atlántico. Nunca volvió a la superficie.

—¿No fue en un lago?

—No. ¡Cómo va a hundirse tu padre en un lago si se fue a bucear con tiburones! ¿Por qué lo preguntas, Ruth?

—He vuelto a tener el sueño del lago…

—¿El que ya me has contado?

—Esta vez uno de los niños muere ahogado. Por eso te lo pregunto.

—¿Sabes quién de los dos?

—No lo recuerdo.

Ida no es del todo sincera. También a ella le sobrepasan las coincidencias y la sabiduría de su hija. En realidad, lo que quería decir es que ese sueño ya lo tenía ella en Irlanda, hace veinte años. No entiende por qué su hija lo tiene también. ¿Desde cuándo se comparten los sueños?

Sin entender a Ruth, la entiende mejor que nadie.

—No le des importancia. El cerebro es capaz de transformar un pensamiento en otro. Es una ficción. Quizá leíste algo sobre…

Ruth no siempre le cuenta a su madre lo que piensa, lo que sabe, lo que ve. No le dice, por ejemplo, que alguien, una voz, le susurra las respuestas al oído. No le dice que, en realidad, ella no sabe nada. Cuando un profesor, la directora o la psicóloga le explican que si saca un diez en los exámenes nadie puede haberle chivado las respuestas, ella debe aceptarlo. Solo su madre suspira, la mira a los ojos y parece decirle: «Sé a qué te refieres, pero la razón no me permite formularlo».

Otras veces, cuando no sueña con esas voces cerca de un lago precioso, rodeado de vegetación, en el que no oye animales, sino que siente un frío que le congela su cuerpo inmóvil, lo ve a él. Él es un hombre. O, más precisamente, unos ojos verdes como la vegetación, como la hierba mojada, como el campo, las colinas, las copas de los árboles de un lugar que desconoce. No lo conoce, pero le resulta familiar. Así de extraño opera la niña. Y todo, todo ese paisaje que descubre en la mirada profunda de esos ojos, Ruth lo ve en el agua. En el agua quieta de ese lago. En su reflejo, que a veces confunde con un espejo.

Cuando observa su rostro en el espejo, Ruth quiere verlo a él. Porque una noche, en su sueño, él la abrazó con la mirada.

—Ruth, ¡no puedes estar todo el día soñando! —le dice su madre, desesperada, en las consultas de los médicos.

Allí se pasan horas, «la mitad de su vida», piensa Ruth. Sin que sepan nada, sin que descubran nada.

—Mamá, vámonos ya.

—Pero si no hemos visto al médico —le contesta Ida.

Ruth suspira y mueve la mitad de su cuerpo en la silla, que se le clava en los huesos. ¿Hasta cuándo va a tener que esperar?

32

Kylemore

Si una persona consigue crear un sistema con los veintitantos símbolos ortográficos y sacar de él el lenguaje con el que se comunicaban los humanos, ¿por qué no podría ser él, Demian, el creador de otro canon capaz de reproducir los estímulos emitidos por el cerebro? Si los libros del mundo entero, con prácticas lingüísticas diferentes, llegaban a plasmar ideas abstractas de objetos o conceptos concretos, ¿por qué razón no se podía inventar un procedimiento que consiguiera, como el de las palabras, descifrar las ideas, los pensamientos y los deseos provenientes del cerebro y para el cual el cuerpo fuera la máquina generadora? Las palabras explican con su significante los pensamientos. ¿Qué pasaría si los deseos también pudieran expresarse en pensamientos y no en palabras?

Esa mañana Demian se había despertado con una primera sensación. El origen de algo que aún no conseguía formular. Una idea que apenas sostenía en la punta de la lengua. Cuando eso ocurría, sabía que era cuestión de un instante antes de que desapareciera de súbito. En su caso, la imagen siempre precedía a la fórmula. Empezaba por la intuición y acababa por la lógica. Sacó de su pecho el arrugado cuaderno que siempre llevaba consigo y se puso a garabatear con una escritura apretada e incomprensible.

—No entiendo adónde quieres llegar, Demian —le contestó el reverendo Thomas, cansado de sus imposibles deducciones.

—Incorporando la conexión que falta, mi cerebro podría reproducir los mecanismos de mi cuerpo como si fuera una simple máquina.

—¿Sigues empeñado en caminar?

—¡Por supuesto! —le había gritado en uno de esos arrebatos de cólera que le daban últimamente.

—¡Qué cosas dices, Demian! Eso son asuntos de Dios. Solo él puede obrar milagros. Lo único es que tal vez algún médico… pero no creo que pudiese curarte. No te hagas ilusiones, hijo. En el supuesto caso de que te curase, ¿cómo podríamos pagarlo? ¿Por qué no aceptas el camino que Dios te ha marcado? Podrías ser sacerdote. Tendrías tiempo para leer y ayudar a los feligreses.

El reverendo sabía que sus palabras caían en saco roto ante la tozudez y arrogancia del muchacho. Hacía unos meses había tenido que interrumpir sus clases de Lógica y Matemáticas cuando se dio cuenta de que ya no tenía nada más que enseñarle. Ese muchachito de inmensos ojos verdes, casi desnutrido, que se encontró aquel día en la granja de los O'Reilly, ese muchacho de piernas atrofiadas y sin habla, le había sobrepasado en altura y en conocimiento. Leía más y a mayor velocidad. Salvo el tiempo que pasaba con la hija de los Henry, apenas hacía otra cosa que mirar, aprender y pensar. El reverendo sabía que, en el caso de Demian, la inteligencia que él veía se igualaba a la belleza que admiraba esa pequeña Geraldine, ojito derecho de su padre, y que había empezado a jugar con él, atraída por la extraña luminosidad que irradiaba aquel joven hijo de granjeros. Ese chico era un milagro o una burla del destino. ¿De dónde había salido? ¿Cómo era posible que John y Fiona O'Reilly, buena gente, sin duda, pero brutos y analfabetos como la mayoría de los habitantes del condado, hubieran dado luz a un niño como Demian? ¿Acaso Dios se equivocaba? Lo cierto es que no repartía sus dones por igual, pero el reverendo empezaba a descubrir que

tras esa belleza también se escondía una auténtica monstruosidad. Una mezcla de horror y hermosura era lo que caracterizaba singularmente al muchacho.

—Si las direcciones que da el cerebro para mover un miembro del cuerpo humano se pudieran desviar hasta que consiguieran mover mis piernas a la altura de la cadera, padre, podría caminar.

—Para eso hay que rezar con verdadera devoción, Demian.

—No, reverendo. Para eso hay que saber de medicina, de cirugía, de neurología, muchas matemáticas y transformar todos esos conocimientos en un sistema, en una máquina corporal que obedezca incluso a los errores y que llegue a corregir los fallos del cuerpo. Del mío en concreto.

—¡Te repito que Dios no se equivoca!

El reverendo Thomas se escandalizó.

—Dominar esos fallos hará que pueda ser libre.

Demian lo tenía claro. No solo había nacido en la familia equivocada, sino también en el siglo equivocado. Dios no cometía errores, porque, para él, Dios no hacía nada. A pesar de su aparente inquietud, se guardaba ese tipo de pensamientos, porque con el reverendo no conseguía hablar de ciertas cosas. Sabía muy bien cuál era el límite.

Al principio, el reverendo estaba fascinado con ese chico. Pero ahora, años después de haber empezado a darle clases casi a escondidas mientras el chico le ayudaba en la sacristía, ahora que Demian había cumplido los quince —un metro ochenta que disimulaba sentado en esa silla—, se le escapaba. Veía con pasión y temor cómo los dedos del joven volaban sobre el cuaderno mientras le brillaba la mirada en éxtasis tratando de seguir el dictado de su cerebro.

—¡Qué desperdicio! —le comentó un día el reverendo a Mitchell

Henry mientras paseaban por el jardín de rosas—. Quizá el chico podría ingresar en un colegio. ¿No le parece?

—Pensaré en su caso —le aseguró el señor Henry—. Por el momento —le confesó—, su amistad con Geraldine nos preocupa.

—¡Vamos! No creo que haya que lanzar la voz de alarma por un joven en silla de ruedas. Quizá la solución sea mandarle lejos —contestó el reverendo para convencerlo.

Mitchell fingió sopesar la idea. Sabía que el reverendo quería pedirle que financiara los estudios del granjero, y quizá tenía razón, era la perfecta solución para alejarlo de su hija.

—Pensaré en un colegio del norte. Pero, reverendo, no se haga ilusiones. ¿Quién aceptaría a un niño paralítico?

—Demian tiene una mente privilegiada. No se preocupe por él.

—¿A qué escuela van los hijos de los Buttler o los Hannagh? —le preguntó el señor Henry.

—Los niños de la zona no van a la escuela, señor. No hay nada que se parezca a un colegio por aquí y estos chicos deben trabajar junto a sus padres. Pero Demian no puede trabajar la tierra y quizá lo aceptarían donde van sus hijos. ¿No cree usted que en el *college*…?

—¿Saint Patrick? ¡Qué dice, reverendo! Sería una locura —le interrumpió Mitchell Henry mientras aspiraba el humo de su pipa y se perdía en sus pensamientos—. No se podría desplazar sin su silla y sería el hazmerreír de sus compañeros. Esos colegios son duros para el que no tiene familia, pero aún más para alguien que no se puede mover y es incapaz de defenderse. ¡Imagínese! Y, además, hijo de granjeros… No le haríamos ningún favor, créame. En cambio —dijo después de un prolongado silencio—, me acaba de dar una idea… Volveré a hablar con usted dentro de unos días y se la comentaré.

Y así fue como el nuevo proyecto del señor Henry, ese año, se centró en abrir una escuela para los niños de la región.

33

Llegó a su clase puntual. Era la única manera de evitar interactuar con los alumnos de todas las edades y de perfiles muy diversos. ¿En qué momento aceptó dar esas clases?

El grupo era de lo más variopinto. Jubilados, amas de casa, amantes de la escritura, jóvenes estudiantes de alguna carrera que no les satisfacía. Patricia saludó sin mirar a nadie en concreto, se quitó despacio su gabardina, la dejó en la silla que iba a ocupar, abrió su bolso, sacó un cuaderno, unos libros y una pluma. Por último, dejó las gafas de sol sobre la mesa y echó un vistazo a los alumnos, que esperaban las indicaciones de su profesora. Sus rostros la miraban, inexpresivos. «Es el mal de la sociedad —pensó Patricia—, saber qué hacer con el tiempo libre cuando nos acostumbran a vivir frenéticamente. Un buen día toda esa actividad cesa y ¡a saber cómo llenarlo!».

—Buenos días. Espero que hayáis escrito algo. Dedicaremos la segunda parte de la clase a vuestros textos. En esta primera hora me gustaría hablaros de los diferentes comienzos literarios.

Los alumnos tenían sus miradas fijas en ella. Daba igual lo que les contara, la escuchaban y asentían con la cabeza. Todos ellos habían leído sus novelas y la admiraban. Patricia Gisbert, como escritora,

tenía su público. Ella lo sabía, y aunque no quería decepcionarlos, la impresión que le producían no podía ser menos alentadora. De nuevo luchaba por ser alguien que no era y tener buenos sentimientos hacia los demás.

Pidió a los alumnos que se presentaran uno a uno y que explicaran las razones por las cuales se habían apuntado a un curso de escritura. Nadie hablaba demasiado y apenas daban datos sin el menor interés, como el nombre, el apellido y la profesión.

Hasta que, de repente, justo al lado de una jovencita con gafas, la vio. ¿Adriana? La miró de frente. «¿Es ella?», pensó Patricia. Habían pasado veinte años, ya no parecía la adolescente que se había marchado a Irlanda, sino una bella mujer cuyo rostro, de repente, le recordó al de Andrés. Ahora, delante de estos desconocidos, Patricia se quedó sin palabras. Intentó controlarse y hacer como si nada.

Adriana miró a los ojos de la profesora durante unos segundos. Cuando sintió que las dos se reconocían, procedió:

—Me llamo Adriana. Soy española. Y como hace años que no escribo, he pensado que este curso podría ayudarme.

—¿Y tienes algún proyecto en mente? —le preguntó Patricia, manteniendo la calma.

—Sí. Una novela sobre Irlanda.

Al escucharlo, el cuerpo de Patricia tembló ligeramente. Bajó un momento la mirada y luego la volvió a posar sobre ella. Adriana se dio cuenta de su cambio. ¿Lo sabía? ¿Estaría ella también sumergida en una historia similar? Quizá esa mujer llevase recopilando información y escribiendo sobre los sucesos de Kylemore años, quizá toda la vida. Desde *Marisma*, no había publicado nada.

Patricia procedió a explicar el curso.

—Tenemos diez sesiones por delante en las que os indicaré los primeros pasos que debe dar todo escritor que quiera embarcarse en la escritura de una novela. Al terminar cada clase os mandaré un tema para que escribáis sobre él durante la semana y lo traigáis la

próxima sesión. Si el texto es muy largo, también me lo podéis mandar por *mail*. Como alguno de vosotros ha mencionado que estaba escribiendo una novela, no me importa que estos textos se incorporen a vuestro libro o, por el contrario, funcionen aislados. ¿Me explico? Eso sí, en cada trabajo que os pida buscaré un planteamiento, un nudo y un desenlace. El capítulo o el cuento debe operar como una unidad.

Desde que había visto a Adriana, una mayor energía acompañaba el discurso de Patricia. Su voz, monótona al principio, se había vuelto dinámica, quizá más entusiasta. Durante esa hora habló de los diferentes comienzos literarios. Mencionó el poético, como era el caso de *Lolita*, de Nabokov, en el que el autor jugaba con las sonoridades del nombre de la niña. Destacó el cronológico, para el cual Patricia leyó la primera página de *Me llamo Rojo*, de Orhan Pamuk, y el íncipit llamado *in medias res*, como ocurría con *Las cenizas de Ángela*, de Frank McCourt, que justamente trataba de una familia irlandesa emigrada a Estados Unidos.

A medida que avanzaba la clase, Adriana iba sintiendo que sus emociones crecían. Estar con Patricia, después de tantos años, descubrir cuánto la había echado de menos, cuánto la había necesitado… Y, finalmente, entender que, escuchando una clase de escritura, su vida estaba en el lugar adecuado.

Las palabras de Patricia, sus enseñanzas, hacían eco a las que le decía de pequeña cuando le hablaba de la función de la realidad en la ficción narrativa. En la época, no la entendía del todo, pero sus palabras se quedaron grabadas en ella, ya que ahora, brotaban a la superficie.

—¿Con qué nos quedamos de la realidad? —preguntaba Patricia. —¿Cómo hacer que la vida, ese caos vital en el que está sumergido el ser humano, tenga sentido, una forma, un hilo conductor que

lleve al lector de un lugar a otro? Esa es la función del escritor. Que el lector se acerque a la Verdad, a la armonía universal, a aquello que, a simple vista, se nos escapa. Así debe salir tras la lectura de vuestros libros.

Adriana miraba las caras de sorpresa de los demás compañeros. Les llevaba años de adelanto en las enseñanzas de esta escritora, pensó, esbozando una sonrisa imperceptible.

Como estaba previsto, durante la segunda hora los estudiantes leyeron los trabajos que habían escrito y a Patricia le costó prestar plena atención y corregirlos. Su mente estaba lejos. Antes de acabar la sesión, pidió que le mandaran el resto por *email*. Por fin, acabó la clase. Ese martes, más que nunca, Patricia había vivido dos horas de impaciencia. Adriana también deseaba encontrarse a solas con ella y se quedó en la clase, sin moverse, hasta que los demás alumnos se marcharon.

—¡Qué gran sorpresa! —le dijo Patricia.

—¡Han pasado unos cuantos años! —le contestó Adriana, emocionada.

—Lo curioso es que llevo un tiempo pensando en ti.

—Lo mismo te digo. Estás igual de elegante y de elocuente.

—Un poco más mayor… pero, por lo que veo, tú tampoco eres ya una niña.

Salieron juntas de la escuela y caminaron por la calle hacia la entrada del metro. Hablaban de todo y de nada, como si tuvieran infinitas preguntas acumuladas. «¿Sigues en el estudio de tu padre?». «¿Estás casada?». «¿Tienes hijos?». «¿Y tú?». «¿Desde cuándo vives en París?». Andrés estaba en la punta de la lengua de las dos mujeres hasta que por fin Patricia preguntó:

—¿Qué es de tu padre?

Adriana la miró. No sabía qué contestar. Quería decir que Andrés la necesitaba, que estaba bastante perdido sin ella y que deseaba volver a verla.

—Como siempre, ya sabes, trabajando y en su mundo —le dijo—. Seguro que le encantaría saber de ti.

—¿Te ha dicho algo alguna vez? —le preguntó Patricia, que enseguida se arrepintió de su pregunta.

—Pues no —le contestó Adriana, poniendo cara de sorpresa total —. Nunca hemos vuelto a hablar de ti. Ya sabes, se quedó muy triste.

—Sí, claro. Además, no me reconocería con esta pinta.

Patricia estaba más delgada que nunca y eso le marcaba las arrugas de la cara. Habían pasado muchos años, seguía siendo una mujer atractiva, pero parecía mayor que su padre.

—Estás guapísima —le contestó Adriana, que sintió lo sola que estaba ahora esa mujer en su día tan fascinante.

Hasta que Patricia le preguntó por su proyecto.

—¿Tiene que ver con Kylemore Abbey School?

—Sí —le contestó Adriana, intuyendo que la propia Patricia seguramente sabía más de la historia de Kylemore y del lugar que ella misma—. Ese año fue crucial en mi vida. Marcó mi existencia para siempre. Ahora soy quien soy en gran parte por lo que ocurrió en ese internado. No sé si me explico…

—Te explicas perfectamente —le contestó Patricia—. La escritura te ayudará a poner orden en tus ideas.

—Más bien necesito entender quién soy y las cicatrices que aún arrastro en mi existencia. Y eso que mi proyecto no es hablar sobre mí, sino sobre los acontecimientos en el internado y la familia que mandó construir ese castillo.

—¿Vas a escribir sobre los Henry? —Patricia se sorprendió—. ¿Qué tienen que ver contigo?

—Pues eso es lo que quiero averiguar. Fue un año que nos marcó a mis amigas y a mí.

—¿Fue una experiencia traumática? Pareces afectada por algo que ocurrió —dijo con tono de sorpresa.

—Viví cosas extrañas, niñas enfermas, una monja nos contaba leyendas de Connemara. Fue como si viviéramos fuera de nuestro mundo. No sé si me entiendes…

—Detrás de cada historia que nos ocurre o que nos contamos, estamos nosotros, estás tú, Adriana. Las novelas siempre hablan del que las escribe. Quizá la que maduró fuiste tú. Aunque trates de esconderte, estarás en cada línea… y, por fin, surgirá la verdad.

—Mi padre me dijo lo mismo hace unos días.

—¿Tu padre está en París? —preguntó de pronto Patricia cambiando de tono. Y, viendo que Adriana no contestaba, añadió—: Eso es la magia de la literatura, la paradoja de la vida, el espacio que existe entre la ficción y la realidad. Uno siempre escribe para descubrir la verdad…

Patricia era nebulosa, como la bruma de Irlanda. En el fondo, ella también había guardado algo mágico de ese país alejado de todo e inamovible en el tiempo. Adriana se preguntó a qué «verdad» se refería…

34

Sábado, 12 de noviembre de 1994

¡No escribo desde hace una semana! La verdad es que no me ha dado ni tiempo. Papá vino a buscarme el viernes del comienzo de las vacaciones y hemos estado viajando con Oliver por todo el norte de Irlanda. Ha sido precioso, fabuloso, increíble. Yo creo que, al vivir interna, en el medio de la nada, no apreciaba la belleza de este país.

De repente, lo he visto con otros ojos.

Cada noche que me tumbaba en una de esas camas inmensas y acolchadas de los *bed and breakfast* a los que íbamos, cada vez que cenábamos en esos restaurantes sin pretensiones o en los *pubs* a los que nos llevaba Oliver, no me podía creer lo bien que estábamos. Lo bueno de estar en un internado es que luego aprecias muchísimo acostarte sin pasar frío o en una cama blanda y suave.

Aunque debo decir que lo mejor del viaje ha sido Oliver. No ha parado de contarnos historias sobre Irlanda, su familia, la literatura o los monumentos que visitábamos. ¡Lo sabe todo! Dice que Irlanda es un país de escritores. Nos ha hablado de William Butler Yeats, de James Joyce, de George Bernard Shaw, entre otros. Hasta nos

recitaba poemas de Yeats. Resulta que a Oliver, entre sus muchas aficiones, también le encanta el teatro, y Yeats no solo era poeta, sino que mandó construir el Abbey Theatre de Dublín, del que fue director muchos años. Nos ha hablado de su amor platónico por Maud Gonne, una mujer educada en París con la que tuvo momentos de auténtica pasión pero que rechazó sus propuestas de matrimonio dos veces. Entonces, el escritor se lo propuso a la hija de esta para estar cerca de su madre, que acabó accediendo. Yeats era, todo hay que decirlo, ¡guapísimo! Esa Maud, al rechazarlo tantas veces, debía de ser una mujer muy difícil…

—O quizás le gustaba la libertad —contestó papá—. ¡No siempre es necesario casarse ni hacer lo que la sociedad espera de uno! Siéntete libre de imaginar tu vida sin prejuicios ni clichés —me dijo.

—Yeats fue siempre muy desdichado en amores —continuó Oliver —. Sin embargo, según esa mujer, se apoyó en su malestar vital para escribir sus maravillosas obras de arte. ¡Ganó el Premio Nobel en 1923! Ella decía que fue gracias a sus rechazos amorosos.

—¿Y tú? ¿Piensas que para ser un buen artista hay que ser desdichado? —le pregunté entonces a Oliver.

—Eso se lo tienes que preguntar a tu padre —me contestó.

—¡En absoluto!—dijo, con cara de mal humor—. Yo, cuanto más desdichado me siento, menos trabajo.

Oliver es algo mayor que papá. Tiene pinta de ser muy coqueto, ya que siempre lleva una bufanda roja. Es homosexual y nos ha contado que, en Irlanda, cuando era joven, tuvo que esconderlo hasta que se fue a vivir a París. Dice que su padre, que venía de una de las familias más antiguas de Irlanda, los O'Neill, nunca lo aceptó. Cuando Oliver habla de su familia la llama «clan». Nos ha contado que sus ancestros se remontan hasta antes de la Edad Media y que antiguamente fueron reyes en County Donegal, en el Norte de

Irlanda y parte de lo que hoy es el Úlster. Yo quería ir, pero Oliver y papá se han negado porque dicen que es peligroso. Por lo menos, he conseguido que subiéramos en coche hasta la frontera con Irlanda del Norte, ya que Oliver quería enseñarnos Grianan, una construcción redonda de piedra del siglo XI que pertenecía a sus antepasados.

Los últimos días hemos estado en su casa de Dublín, enfrente del parque Saint Stephen's Green, donde ya me quedé este verano antes de acabar en Kylemore. La primera noche, mientras cenábamos los tres en la cocina, Oliver nos empezó a hablar de las familias irlandesas y de que todos se conocían, y entonces yo le pregunté si sabía algo de los antiguos propietarios del castillo de Kylemore.

—¡Por supuesto! —me dijo.

Gracias a Oliver y lo que me ha ido contando a lo largo de la semana, he conseguido cierta información sobre los Henry. Parece ser que, por aquel entonces, todo el mundo en Irlanda los conocía y que la bisabuela de Oliver fue a pasar un fin de semana a su castillo, con ocasión de una fiesta que dieron. Daban cenas por todo lo alto y los invitados pasaban la noche o incluso algunos días en Kylemore.

—En esa época uno sabía cuándo llegaba, pero nunca cuándo se marchaba —nos explicó Oliver.

Mitchell Henry era el heredero de una de las mayores fortunas de Inglaterra y lo sorprendente es que, al casarse con una irlandesa, se vinieron a vivir a Connemara. Él era médico, pero tuvo que abandonar su profesión para llevar el negocio familiar.

—Si no recuerdo mal, esa familia y la mía no estaban totalmente desligadas, porque la hermana de mi tatarabuela se había casado con un Vaughan —nos contó Oliver.

La mujer de Henry se llamaba Margaret Vaughan y era una belleza conocida en toda Irlanda de la que, sin embargo, no existen muchos retratos. Murió joven… Tuvo varios hijos. Oliver conoció a una de

ellas, una de las pequeñas, Florence. Vivía en Dublín. Era amiga de su madre.

—Eso es todo lo que sé.

—¿Y no sabes nada de los demás hermanos? —le pregunté.

—Una de ellas se casó con un americano y emigraron a Estados Unidos. Tuvo una hija. ¡Pero ahora esa familia debe de estar más perdida que nunca! —dijo, riéndose luego a carcajadas.

Y aquí viene lo más interesante, la gente decía ya en la época que en Kylemore existía un paradigma del amor. ¡Caray! ¡Una palabra que no había oído en mi vida resulta que todo el mundo la utiliza ahora! Al construirse la casa como regalo de amor, algunos de sus miembros murieron en extrañas circunstancias.

—El mismísimo diablo se había apoderado de esa familia —dijo Oliver—. Alguien de la casa, no sé quién, acabó ahogándose en el lago.

En esos momentos papá le hizo un gesto para que dejara de hablar de esas cosas. Y eso que, por regla general, se ha mostrado alejado y taciturno. Me imagino que es por culpa de Patricia. No me lo ha dicho abiertamente, pero Oliver me ha contado que han roto la relación. Papá me explicó también que ha dejado París y se ha trasladado unos meses a vivir a Mallorca solo. ¡No entiendo por qué no me lo dicen! Siguen pensando que soy una niña. Patricia me ha escrito una carta, pero no pienso contestarla. Me duele tener siempre que adivinar las cosas. Ahora entiendo por qué no me ha llamado desde hace un mes. Me dolió que me mandara interna a Kylemore, aunque debo reconocer que me está pareciendo mejor de lo que imaginaba.

35

Una vez en casa, Adriana se puso a pensar en Patricia y en lo que le había mencionado sobre «experiencias traumáticas». ¡Era mucho más que eso! No solo Ida, sino ella misma, con Boris, o la propia Gela, a lo largo de su vida. Adriana encendió un cigarrillo y se dejó llevar por sus pensamientos. Sentada en el salón de su casa, escuchaba una música lejana de piano que su padre había puesto seguramente para trabajar. Aunque hubieran pasado años, la imagen de Boris la seguía afectando… También Gela había sufrido. Aunque ahora fuera la alegría de la huerta y mostrara al mundo que deseaba casarse pese a las advertencias de aquella noche en la iglesia, sus desafíos al destino ya le habían causado más de un susto. Recordaba con total nitidez la mirada maravillada de Gela ante Juan, su compañero de universidad. El chico más guapo, simpático y atractivo de la escuela de Teología. Ella, que al principio no creía que un adonis semejante se interesase por ella, no aceptó ninguna invitación suya durante ocho meses. Quizá fue eso lo que despertó el amor en ese compañero. Juan era, además, muy vivo, y cuando se juntaban los dos la energía de sus conversaciones era contagiosa. Gela se enamoró de él hasta la médula. En junio empezaron a salir y su amiga se dejó llevar, como en una especie de

cuento de hadas. Ese mismo verano, Ida le quiso recordar la promesa de Kylemore, a lo que Gela contestó enfadada que no podían estar pendientes de un péndulo y una *ouija* de unas adolescentes en un internado. Su historia con Juan, en cambio, era real. Ante su entusiasmo, al cabo de unos meses, decidieron casarse. ¿Cómo imaginarse que cuando llegase el momento de las decisiones y los preparativos les aguardaba la tragedia? Un día, «como surgida de la nada», explicó Gela tiempo después, apareció una estudiante tan tonta como despampanante. «No tenía nada que hacer en Teología», explicó Gela años más tarde. Pero aquella chica le pedía ayuda a Juan con los exámenes y lo invitaba a tomar café entre clase y clase. «Y tenía los ojos verdes», recordó Ida. Juan no supo resistirse a sus encantos y una tarde en la que Gela volvió al piso donde apenas llevaban unas semanas instalados se los encontró en la cama.

Lo más raro de la historia fue que, después de que los hubiera descubierto con sus propios ojos y de asistir a la escena que le rompió el corazón, la joven garza recogió sus cosas y se marchó. Nunca más se la volvió a ver ni con Juan ni mucho menos por la facultad. «Desapareció», dijo Adriana, acostumbrada a que le pasara eso a ella bastante más a menudo. «¡Dejó de existir!», explicó Gela, para quien todo cuadraba siempre de una extrañísima manera. Después de esa mala experiencia, su amiga se negó durante años a acercarse a ningún hombre. Hasta que, de nuevo, años más tarde, a través de sus ideas espirituales, un día anunció a sus amigas que se marchaba a Kerala, a la India.

—Allí me limpiaré el alma —les dijo a sus amigas.

—¿Y para limpiar el alma te tienes que ir tan lejos? —preguntó Ida, que andaba siempre de sorpresa en sorpresa.

—Es el plan —dijo Adriana—. Ya sabes que Gela no puede quedarse quieta.

—Allí viviré junto con unos monjes budistas y aprenderé cómo limpiaros a todas esas vivencias que hemos traído de Irlanda y que no son nuestras —explicó Gela con voz pausada, como si revelara un secreto.

Ida, que por aquel entonces preparaba oposiciones, solo deseaba dejar unos días de estudiar.

—Quizá eso sea cierto para ti —le contestó Gela—, pero yo siento que ya no estoy evolucionando. Necesito irme más lejos. Dar un paso más allá.

Adriana recordaba que se había ido en mayo y que no supieron nada de ella hasta Navidad. Fueron a buscarla al aeropuerto y con sorpresa recogieron a una Gela irreconocible. Había adelgazado unos quince kilos, no comía nada por miedo a llenarse de una energía de algo que no le pertenecía y se pasaba el día bajo una humareda de incienso que, según ella, la limpiaba. «En Kylemore nos llenamos de un ser que no éramos nosotras», dijo a sus amigas a modo de explicación.

Ese día también vino acompañada de un indio llamado Druv. Con él se pasaba el día meditando. Se despertaban a las cinco de la mañana, hacían saludos al sol y durante horas decían frases incomprensibles que les abrían los chacras, bajo un humo que, según ella, alejaba a los espíritus. Su casa, su cuerpo, su ropa… todo olía a ese incienso de chamán. Ida y Adriana le sugirieron que fuera a ver a un psicólogo y que, si no lo hacía, acabaría peor que con esa maldición.

Quizá el hindú fuera más su prototipo, a diferencia de Juan, pero Adriana nunca estuvo cómoda ante este hombre que había nacido en la pobreza más absoluta y que hablaba de castas merecedoras. Por mucho que se esforzara, los cimientos de la existencia de este nuevo amor eran demasiado distintos a los de Gela. Druv seguía teniendo una mirada ávida, como si quisiera poseerla, y era evidente, para todos menos para su amiga, que se aprovechaba de

ella. Durante aquellos años Gela estuvo distante, como si rompiendo con su vida anterior, con sus amigas y su familia, consiguiese dejar atrás un pasado que las perseguía.

—¿Ese hombre trabaja? —le preguntó Adriana.

—¡Ah! ¿Porque para ti escribir los catálogos de tu padre es un trabajo? —le contestó Gela, que por lo general nunca se enfadaba.

—¿Qué tendrá que ver? Yo no vivo a costa de nadie ni me paso el día colocada —le contestó.

Hasta que al cabo de unos meses, en los que Gela parecía como poseída y Adriana e Ida estaban más que convencidas de que Druv reencarnaba la maldición de Kylemore, llegó la tragedia. Una mañana que el hindú salió de su casa, Gela oyó, a través de la ventana, unos gritos aterradores procedentes de la calle. Sintiendo que se le helaba el corazón, salió a la terraza y pudo ver una inmensa mancha de sangre en la calzada. Bajó las escaleras de dos en dos y, al salir, se acercó a un grupo de gente que había alrededor de una persona tendida en el suelo. Al ver un cuerpo destrozado en la calzada, reconoció lo que quedaba de Druv. Le había pasado un camión por encima.

Aquella historia, más macabra que ninguna otra, sumió a Gela en estado de *shock*. Empezó a reconocer que el destino se afanaba sobre ellas y que, si querían avanzar en sus vidas, lo primordial era remitirse al origen, cuando todo empezó, Kylemore Abbey School. «¿No piensas que con esta boda te estás precipitando?», le había escrito Ida por WhatsApp. A lo que Gela contestó: «Todo lo contrario. Esta vez me casaré antes de que pueda ocurrir nada».

36

Domingo, 20 de noviembre de 1994

Hoy hemos vuelto a montar a caballo. Ahora Dash, el hijo del dueño, no para de mirarme cada vez que voy y debo decir que no me es indiferente. Aunque apenas hemos hablado, siento una especie de atracción. Cada vez que voy me dice con sus ojos que le gustaría estar conmigo. Me divierte ese juego de miradas. Pero esta vez ha ido un poco más lejos. Mientras le ponía las riendas a la yegua, se ha colado en la cuadra sin que lo viera y me ha puesto las manos por detrás y me ha empujado contra la pared. Me he llevado un susto enorme, he sentido tal presión que no podía ni moverme. Estaba literalmente atrapada entre su cuerpo y el muro, lleno de paja y tierra. Mientras me sujetaba, se ha acercado cada vez más y me ha dado un beso. Me ha pillado totalmente por sorpresa. Yo sabía que le gustaba, pero de ahí a darme un beso…

Dash es bastante mayor que yo y, aunque a mí también me parezca atractivo, no me ha gustado que me cogiera así. He sentido violencia. ¡No me lo esperaba! Se me ha acelerado el corazón, no sé si por placer o de miedo. Lo que sí he descubierto es que no me gustan estas sorpresas.

Ahora me doy cuenta de que me he sentido obligada a devolverle el beso. No sacaba la lengua de mi boca y me hacía daño. Al poco, me ha llamado Emma, menos mal.

Ya no sé si nos hemos besado o no. ¿He hecho bien en devolverle el beso? Es que no sé si le quiero o no. ¿Por qué siempre me arrepiento de lo que hago, como si la vida a veces me llevara por caminos por los que no quiero ir? Me gustaría ser más fuerte y saber decir que no.

Esta noche Ida se encontraba mal. Dice que le duelen los huesos como si fuera a caer enferma. Creo que es porque está triste desde hace un tiempo. Igual es una gripe, aquí hace un frío que pela y las ventanas cierran fatal.

La verdad es que siempre le pasan cosas a la pobre Ida…

37

Después de Irlanda, Adriana no volvió a París, sino que vivió una temporada en Palma de Mallorca con su padre. Andrés no quería encontrarse completamente solo tras la marcha de Patricia. Pero después de superar el bachillerato, volvió a Francia y se matriculó en Literatura en la Universidad de París 3. En esa época desconocía si perseguía sus deseos de escritora o los pasos de Patricia. En la universidad conoció a Boris en uno de los seminarios sobre teatro del profesor Forestier. Le había visto antes por los pasillos, cómo no fijarse en él… Boris era una mezcla de delicadeza y puerilidad. Enmarcaban sus ojos unas larguísimas pestañas oscuras que agitaba cuando la miraba. Rozaba lo femenino, la fragilidad en un cuerpo alto y en movimiento constante. Su belleza era singular.

Desde el momento en que se conocieron, Adriana y él se hicieron amigos inseparables. Nunca supo bien en qué habían conectado. Seguramente en que a Boris le atraía la sofisticación de la española, su facilidad para viajar de un país a otro, la popularidad que estaba ganando su padre por el mundo. A Adriana le fascinaba su puerilidad, su sonrisa encantadora. Junto a él se sentía segura de sí misma. El momento que más le gustaba era cuando Boris, a su lado en el sofá, recostaba la cabeza sobre sus rodillas y le leía un libro

mientras Adriana le acariciaba el pelo. Era tierno, joven, desenfadado. No parecía que hubiera nada que temer…

Boris vivía en el estudio de su padre, muy cerca de la universidad, un profesor de Filosofía que le dejaba la vivienda para que el chico adquiriese mayor independencia. Después de las clases, Adriana le acompañaba a su casa, sola o con otros estudiantes, donde se pasaban la tarde leyendo o viendo alguna película de terror americana, que eran las preferidas de Boris. A veces su amigo la ayudaba en los largos comentarios de textos y le hablaba de movimientos o teorías literarias de los que Adriana jamás había oído hablar. Eran amigos, o por lo menos eso pensaba Adriana, que sospechaba que Boris podía ser homosexual.

No fue hasta que llegó el verano y tuvieron que separarse durante dos meses cuando sintieron una enfermiza necesidad el uno con el otro. Un día, ya en segundo de carrera, de la manera más natural del mundo, Boris pasó de ser el mejor de los amigos a su amigo íntimo. Adriana, que ya se quedaba a dormir en su casa varias noches por semana, un día se vio abrazada a él, y entre el vino, las lecturas y el sonido de fondo de alguna película que no terminaban de ver, Boris y ella acabaron besándose apasionadamente y haciendo el amor hasta la madrugada. A partir de ese momento, la relación cambió. Y Adriana no tardó mucho tiempo en instalarse en su casa y pasar todo el día junto a su pareja dentro y fuera de la universidad.

Boris conoció a Andrés una tarde del mes de marzo, pero el encuentro apenas duró unos veinte minutos. Al instante, Adriana descubrió los gestos de impaciencia del padre y el poco interés que mostró hacia su amigo. Se levantó del sillón con el pretexto de una cita urgente y se marchó. Más tarde, su padre le confesó que, en efecto, Boris parecía un cantamañanas y que hasta sentía un poco

de vergüenza al ver a su hija acompañada de un niñato semejante. «Tú vales infinitamente más», le había dicho, disgustado. Adriana se había enfadado. A su padre nunca le gustaban las parejas que elegía. «Tienes más mundo y cultura, Adriana. Pareces su madre». Aquellas palabras la alejaron de su padre. Adriana dejó de verlo. No volvió a Mallorca aquel verano y sacó sus pertenencias de la casa.

Boris, sin embargo, la necesitaba cada día más. Con pasión, pero también con cierta insistencia que acabó transformándose en pequeños ataques de violencia. Por la mañana, Adriana constataba moratones en los brazos por la presión de sus dedos. ¿Cómo era posible? Boris parecía un niño y, sin embargo, algo en él era mucho más fuerte que ella. El cuerpo detectaba lo que la mente no siempre quería saber.

Adriana aplacaba un miedo incipiente. Tras una sonrisa encantadora, la atenta mirada de su compañero escondía una lengua larga, rapaz y capaz de penetrar los orificios más escondidos. Boris seguía cuidando a Adriana, pero su amor se convirtió en posesión. Al cabo de meses, Adriana apenas salía del estudio de su pareja para asistir a la universidad, no pisaba la casa de su padre, no viajaba los fines de semana. No se movía de al lado de Boris.

Al cabo de un tiempo, cuando los dos habían adquirido una rutina de pareja casada, al padre de Boris, de cincuenta y cinco años, le diagnosticaron alzhéimer. Su declive fue rapidísimo, quizá llevaba ya un tiempo fraguándose, pero nadie en su casa se había percatado. En pocos meses pasó de ser un prestigioso profesor de una de las mejores universidades de París a no recordar nada ni poder valerse por sí mismo.

—Pronto ni me reconocerá —le confesó una noche Boris, desesperado.

Su madre, viendo el panorama, después de treinta años de convivencia, decidió pedir el divorcio, y Boris y Adriana se tuvieron que ir a vivir con él. Vendieron el estudio y se trasladaron a su casa.

Allí Boris empezó a ser una persona distinta. Ante su progenitor, se volvía caprichoso, malhumorado, malcriado. Día tras día, Boris se mostraba impredecible, llevándolos a momentos de amargura, depresión y episodios de ira contenida.

Tras doce meses de agonía, un día en el que Adriana prolongaba por la calle el momento de volver a casa se retrasó más de la cuenta. Al abrir la puerta, pasadas las once de la noche, se encontró a un Boris desencajado, sentado en el salón y completamente fuera de sí. Como un niño de ocho años, estaba en cuclillas, sumergido en un llanto incontrolable que le desfiguraba el rostro. Cuando Adriana se le acercó para consolarle, este la agarró fuertemente por el brazo y la arrastró hasta el cuarto de baño. Allí la encerró y amenazó con matarla si hacía el menor ruido. El padre se despertó, probablemente alertado por los gritos, y acudió a ver qué pasaba. Adriana oyó cómo Boris, sobrepasado, le daba en la cabeza con un objeto que se rompió en mil pedazos. Dentro del baño, no se atrevió a moverse hasta que pasaron las horas de una noche que se le hizo eterna.

A la mañana siguiente, la casa seguía en silencio. Esperando que la tormenta hubiera pasado, Adriana empezó a golpear la puerta. Llamó pidiendo ayuda, cada vez más fuerte, hasta que algún vecino debió de oír algo y, hacia el mediodía, oyó cómo la policía irrumpía, al fin, en la vivienda. La sacaron del baño tirando la puerta abajo.

Al salir, le taparon los ojos para que no viera la escena del crimen.

El padre yacía en el suelo rodeado por una mancha de sangre que le salía de la cabeza. Boris se había ahorcado con un cable en el antiguo cuarto de sus padres.

38

Kylemore

Cuando Geraldine oía el primer ruido de la mañana, lo primero que hacía era irse al cuarto de sus padres. Como un silencioso pajarito, se metía discretamente en la cama junto a su madre y se abrazaba a su cuerpo dormido. Conocía a la perfección la hora en la que el señor Henry abandonaba la estancia para dirigirse hacia la biblioteca. Aunque intentase no hacer ruido, Geraldine percibía sus lentos pasos por la escalera, su discreta mano al girar el pomo de la puerta y agacharse para recoger el periódico que acababa de dejar el cartero encima del felpudo. Era fácil mantenerse de noche semiinconsciente. Bastaba con dejar entreabierta una rendija de la ventana para que entrase en la habitación el fresco viento invernal. En Kylemore era más fuerte que en muchas otras partes de Irlanda. Además del ruido, se colaba por la rendija todo tipo de sonidos nocturnos, insectos, pájaros negros que se posaban en las ramas, peces que asomaban en la superficie del lago para respirar. También atendía al sonido imperceptible del deslizar de las ruedas por los caminos de tierra. Si hubiese podido, a Geraldine le habría gustado escuchar a Demian respirar al final de su jardín, donde sabía que se encontraba la granja de su amigo.

Ese día Geraldine tenía una misión. Debía conseguir la llave de la biblioteca de su padre. Para Demian. Tan solo los hombres tenían

acceso a esa inmensa sala repleta de libros. Cuando volvía de Londres al castillo, su hermano John se reunía con su padre en la biblioteca. También su otro hermano, Alexander, y si venía de visita a casa un amigo de su padre, un político o alguien importante, también se reunía con Henry en la biblioteca. Pero ni ella ni su madre, ni Forward por ser pequeño, ni por supuesto Lorenzo —a pesar de que leía todo el santo día—, tenían derecho a entrar. La biblioteca era un lugar sagrado, más que prohibido. No era como la sala de baile, el cuarto de caza, el salón de fumar o el comedor de invierno, que tenían siempre las puertas abiertas. La biblioteca se cerraba con llave, mientras que por las otras estancias uno podía pasar y cruzarlas para llegar a otro lugar de la vivienda. La biblioteca era de su padre. Un lugar de trabajo. «Donde piensa en asuntos importantes», le explicaba su madre mientras ella soñaba con jugar en el jardín. Cuando se dirigía a esa estancia, su padre nunca decía que iba a «leer», sino a «trabajar». Como si leer fuera una actividad lúdica o de descanso solo permitida alguna tarde de domingo…

En cambio, su amigo Demian lo que quería era leer.

«Leer lo que fuera», le explicaba a Geraldine. Una vez, la niña pensó en sacar a escondidas unos cuantos volúmenes para su amigo, pero, además de leerlos, Demian quería estar rodeado de libros. «Es como si tú entrases en una tienda llena de chocolates, ¿te imaginas?», le decía. La niña conocía la inteligencia de su amigo, a quien los campos de Connemara, las clases del reverendo Thomas, los paseos que disfrutaban juntos, los baños en el lago los días de verano —ella empujando su silla y él hablándole de lo que fuera— no le bastaban. Era insaciable. Aunque Demian no podía caminar, ni nadar, ni ir al colegio ni tener clases con una institutriz como ellos, lo sabía todo.

—Todo menos lo que está escrito en los libros de la biblioteca de tu padre —le dijo un día a Geraldine, inquieto.

—Yo tampoco los he leído, Demian —le dijo la niña para tranquilizarlo. Pero ni con esas—. No es necesario leerlo todo.

—Para mí lo es —le contestó él, con ojos angustiados.

Geraldine no siempre entendía lo que le decía su amigo. Aunque Demian nunca la trataba como a una niña pequeña. Su momento favorito del día, además de estar en el campo junto a él, era cuando se acurrucaba en la cama con su madre. Como ahora. Geraldine se habría quedado así la vida entera. Pero no debía olvidar su cometido. Las llaves. Hasta que le preguntó a su madre:

—¿Dónde se ha ido papá?

—A su biblioteca.

—¿Y por qué siempre está la puerta cerrada?

—Ya sabes, los hombres…

—¿Y si un día pierde la llave?

—No pasaría nada porque yo tengo un duplicado en mi tocador.

Geraldine y su madre se quedaron un rato abrazadas bajo las sábanas hasta que bajaron a desayunar. Pero aquel día, durante el primer paseo de la señora Henry por el jardín de rosas, Geraldine subió a escondidas hasta el cuarto, se deslizó por debajo de la cama para que no la delatase ni su sombra en la ventana y sacó la llave de dentro del tocador. «¡Así de fácil! No hay como una casa llena de gente para pasar inadvertida», se dijo a sí misma.

Y por la tarde se la entregó a Demian.

Demian le juró que se la devolvería en los próximos días. Antes debía pedir un duplicado al herrero de Galway. Una mañana a la semana, Demian solía acompañar al reverendo Thomas a Galway. Mientras el cura visitaba a alguna familia que precisaba su trabajo por defunción, nacimiento o simplemente ayuda espiritual, Demian se paseaba con su silla de ruedas por esas calles de tierra y piedra de la ciudad portuaria con las gaviotas graznado sobre su cabeza todo el santo día. A veces tenía que ir a hacer recados a Saint Nicolas y recoger algún paquete para el reverendo que le entregaba

el párroco de Galway. Sus paseos no variaban mucho. Galway era una ciudad pequeña, a pesar de su movimiento. Sus habitantes tenían fama de arrogantes, pero a Demian siempre le saludaban al pasar. Lo conocían. Era un chico que llamaba la atención, lo sabía.

Cuando Demian paseaba con su silla por el centro de la ciudad, lo que más le gustaba era llegar hasta el puerto. Allí los pescadores exponían sus presas marítimas. Salmones, que parecían atunes. También había sardinas, se vendían en cajas a cientos; el mar ofrecía riqueza ante una tierra árida y con tan pocos recursos. Un olor a mar sobrevolaba los puestos y el frescor matutino se incrustaba hasta los huesos. Demian olía el salitre, sentía placer y un escalofrío recorría su cuerpo medio muerto. Atraídas por el olor y la gente, los graznidos de las gaviotas resultaban atronadores. Volaban todas tan bajo que parecían animales domésticos. Allí, en el puerto, a Demian lo conocían por su nombre. Era un tipo alargado y delgaducho, con una mirada que atravesaba hasta el corazón.

Si el reverendo se retrasaba, el chico lo esperaba en la taberna de McGrath, en una de las mesas del exterior. Ni el frío ni mucho menos la lluvia afectaban a Demian, más acostumbrado al clima irlandés que el propio san Patricio. «Es recio», empezaban a decir de él. Allí le esperaba tomándose un agua con limón, no tenía cuerpo ni dinero para una cerveza. De todos modos, su fragilidad hacía que no resistiese la menor gota de alcohol, a pesar de ser irlandés.

Pero esa mañana Demian no se dirigió al puerto, sino a O'Connor Street, donde estaban la mayoría de los comercios de la ciudad. Quería hablar con el herrero.

—Eres el hijo de los O'Reilly, tu padre viene de vez en cuando a encargarme herraduras para vuestro caballo.

—Es para el del señor Henry, señor. Mi padre no tiene caballo.

—¿Y qué puedo hacer por ti? —le preguntó el herrero, apartando la máscara de su rostro y descubriendo una tez oscura y curtida por el fuego.

—El señor Henry necesita un duplicado.

Demian le entregó la llave que le había dado Geraldine.

—Los duplicados tardan. —El herrero lo miró con suspicacia. Pero luego se apiadó de él—. Pásate la semana que viene y lo tendrás.

—El señor Henry la necesita para el jueves —contestó Demian, sin desviar la mirada.

Un chico que miraba así de frente intimidaba.

—Veré qué puedo hacer. Nos vemos el jueves.

39

Adriana llevaba unos días pensando en la sinopsis del texto que había pedido Patricia a los del grupo de escritura creativa. En realidad, en cuanto se ponía a escribir sobre las ideas que tenía en la cabeza, se daba cuenta de que no lo tenía tan claro y que todo parecía partir en varias direcciones. La familia de los Henry, la construcción del castillo, su año escolar, el lago, Demian, ella misma…

Mientras leía el diario de su estancia en el internado se preguntaba si no llevaba fraguando la novela desde su adolescencia. Irlanda ejercía sobre ella una acción que dominaba su voluntad, modificaba los acontecimientos de su vida y conseguía someter su destino. En su cuaderno, veinte años antes, estaban ya las palabras que ahora manejaba en la escritura. Algo había ocurrido ese año que permanecía detenido en el tiempo.

Después de varios días intentando que su texto pareciese coherente, decidió exponerle sus dudas. Patricia le contestó esa misma tarde por *email*:

> Adriana, tu proyecto es interesante; sin embargo, habría que investigar si esas dos historias que cuentas tienen alguna relación. Al hablar del internado y del

año que pasaste en Kylemore, duplicas la dificultad. ¿Vas a utilizar un tiempo de narración o dos? ¿Qué tipo de voz vas a adoptar para la focalización de la historia? Aunque hoy sea menos habitual, quizá te aconseje la tercera persona y omnisciente. Como nadie conoce la historia de ese castillo, debes partir de ese punto. ¿Qué sabes de los primeros dueños? Investiga. Luego, acércate a un personaje en particular. Geraldine me parece bien. Cuando hablas del poder curativo de las piedras, te refieres a santa Hildegarda de Bingen, ¿verdad? Resulta que yo tengo su libro en casa.

¿Por qué no vienes a mi casa y hablamos de tu novela? Además, tengo algunos otros libros sobre Irlanda que te podrían interesar. Para escribir sobre un país, tienes que meterte en su cultura. Me explico: sus palabras, sus autores, su historia.

¿Cómo es que tenía el libro de Hildegarda? ¿Cuándo había hablado ella de Hildegarda con Patricia si ni siquiera recordaba su nombre? Las dudas volvían a la mente de Adriana cuando escuchó a su padre llamarla desde el salón. Suspiró y deseó por un instante estar sola. Desde que había vuelto Andrés, era más difícil encontrar momentos para aislarse y trabajar más de dos horas seguidas. Su padre la interrumpía constantemente para pedirle consejos, ayuda y opiniones. Su energía era inagotable. Y el escritor necesita soledad.

Adriana se levantó y lo vio cargado con bolsas del supermercado.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó.

—¡A ti! Voy a preparar un *boeuf stroganoff*.

—Papá, he quedado a comer con alguien.

Su padre la miró apenado. «Los artistas son como un tiovivo con sus emociones», se dijo. Sabía que, aunque la necesitase para crear, no le gustaba nada la soledad, pero de ahí a querer cambiar a sus novias por ella no se lo iba a permitir. Sin embargo, hacía tiempo que Adriana no veía a su padre tan tranquilo.

—Lo siento, papá. Gracias por haberte acordado de mí. Anularé mi comida y me quedaré contigo.

—¡Qué cosas dices! Ni se te ocurra. Lo haré para esta noche.

Llevaron todo a la cocina. Adriana le ayudó con las cebollas, el ajo y la carne y se pusieron a picarlo todo antes de echarlo en la sartén. Se sirvieron dos copas de vino y, de repente, se vio de nuevo, no hacía tanto, cocinando con Denis en casa. Su padre tenía algo de niño inmaduro, incapaz de estar con alguien y a la vez de vivir solo. Y la mirada de él se ensombreció. Adriana pensó que quizá por eso ella los elegía así de infantiles. No solo Denis, Boris era el mismo prototipo. Pero a los dos les faltaba la genialidad del artista.

—¿Cuándo me lo ibas a contar? —le preguntó Andrés sin venir a cuento.

Adriana se quedó sorprendida. ¿A qué se refería su padre?

—¿Contarte el qué, papá?

Andrés la miró a los ojos un buen rato hasta que le respondió:

—Que estás leyendo *Marisma*, de Patricia. ¿Lo has cogido de mi armario?

—¡No! ¿Por qué voy a coger algo de tu armario?

—He notado que alguien ha hurgado entre mis cosas.

—¡Lo has soñado! Lo compré en Lamartine.

—¿Y de qué va la novela si se puede saber?

La voz de Andrés sonaba más relajada.

—De ti, papá. De esa exposición que hiciste en Nueva York y también de vuestro viaje alrededor del mundo en ese velero tuyo. ¿No la has leído?

—¡Cómo iba a leer algo de una persona que me dejó destrozado! ¡Increíble! Publicó un texto en el que desvelaba el momento más íntimo que tuvimos los dos. No fue más que una estrategia para escribir, para crear y ganar fama.

—Papá, tú hacías lo mismo.

—¡Ya! ¡Pero yo soy el artista!

—Ahí has dado con la clave. ¿Te has preguntado alguna vez por qué se marchó? Pues ahí la tienes. Ella, Patricia, era escritora

también y tenía derecho a hablar de lo que quisiese…

—No estoy de acuerdo. ¿Y me nombra?

—Sí, papá, te nombra. La novela no es solo una reflexión sobre el amor, sobre lo que es querer a una persona que está totalmente dedicada a sí misma, sino sobre la función del artista. En el barco, los personajes llegan a tal extremo que pierden hasta su humanidad. Habla de la importancia de valorar al otro, de dejarle su espacio y, a la vez, de poder construir una vida en pareja, ante los avatares del mar. A medida que avanza la obra, los personajes se acaban perdiendo el uno al otro, simplemente porque no se dejan ser ellos mismos ni aceptan ni respetan al otro tal cual es.

—Pero ¿habla de mí con nombre y apellidos?

—Ay, papá… Nombra a Andrés, pero no creo que los lectores franceses te identifiquen. ¿Quieres crecer un poco y dejar de ser tan egocéntrico?

Andrés se sorprendió ante la brusquedad de su hija y Adriana lo notó al instante. Además de ser pueril, Andrés era sensible y naíf como un artista en estado más puro.

—Perdóname. No he debido hablarte así —le dijo Adriana—. Quizá esté nerviosa. La novela que estoy escribiendo… no sé si tiene el menor sentido.

—Bienvenida al mundo del artista en el que siempre te acompaña ese sentimiento. ¿Has podido localizar a Patricia? —le preguntó Andrés de repente.

Adriana no quería contárselo todavía. Pero le dijo:

—Ahora, por ejemplo, yo estaba escribiendo y no te ha importado interrumpirme. Vienes a casa sin avisar. Solo me hablas de ti, de tu obra y resulta que yo también y Patricia, en su momento, tenemos nuestras propias preocupaciones.

Su padre la miró extrañado y a su hija le invadió una gran ternura.

—Tendrás que soportarme un poco si sigues viviendo en mi casa, ¿no te parece?

—Te has puesto a la defensiva, papá. Si quieres me voy.

—Es que no me has contestado. ¿Has conseguido localizar a Patricia? ¿Está en París? ¿La has visto?

Adriana se echó a reír, nerviosa. No quería contestar. Su padre también sabía cómo manipularla y no se lo iba a permitir.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —le contestó Adriana a modo de respuesta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Andrés.

—¡Te iría bien leer su novela, papá, antes de volverla a ver!

Su padre alcanzó el vaso de vino tinto y le dio un par de tragos.

—Noto en tu mirada que la vas a ver muy pronto, ¿me equivoco?

Como siempre, era perspicaz y adivinaba las cosas.

—Me ha invitado a su casa.

—¿Y vas a ir?

—¡Por supuesto! Pero ahora me tengo que marchar.

Adriana, sin esperar el adiós de su padre, cogió su abrigo y salió.

40

Domingo, 27 de noviembre de 1994

¡Este fin de semana ha ocurrido algo increíble! ¿Te acuerdas de que te dije que hay una casita aparte donde duermen unas diez niñas y que llaman la Granja? ¡Pues me he enterado de que ayer vino el padre Broderick a exorcizarla! Yo no sabía ni siquiera que eso existía. Gela me ha explicado lo que significa.

Ha sido Clarean, como siempre, la que nos ha contado durante el desayuno que el cura viene a hacerlo cada dos años, porque la Granja pertenecía antiguamente a uno de los empleados del castillo y que ahí vivía una familia maldita con un niño enfermo. Hace años, cuando se rehabilitó este lugar para el colegio, se encontraron instrumentos de esa persona paralítica; había también muchos libros y una silla de ruedas. Gela y yo nos hemos mirado. Debe de ser Demian.

—¡La Granja era su casa, claro! —ha exclamado Gela—. ¿Cómo pueden las monjas obligar a unas niñas a dormir allí cuando el fantasma de ese hombre sigue presente?

Yo no estoy nada de acuerdo. Nada nos dice que sea él. ¡Ni que haya ningún fantasma!

—¿Qué hace el cura exactamente?—he preguntado a Clarean.

—¡Pronuncia unos rezos y se va!

—¡Pero eso no es exorcizar! —ha dicho Gela, que se cree que lo sabe todo.

¡Lo más increíble no ha sido eso! Mientras estábamos hablando las tres hemos visto por la ventana que Sister Anne se llevaba a Ida hacia la Granja. ¡Ahora sí que había que intervenir! Hemos bajado corriendo para ver qué le iban a hacer y al llegar a la Granja nos la hemos encontrado en el piso de arriba con Sister Anne y el padre Broderick. Gela ha irrumpido en la sala y se ha puesto furiosa. Nunca la había visto así.

—¿Qué le estáis haciendo? —ha gritado.

Sister Anne estaba asustada. Al fin y al cabo, Gela es, quieras o no, bastante más grande y fuerte que los dos. Estaban atando a Ida a una cama y no paraba de llorar. De repente, no ha sido Ida, sino Clarean la que ha empezado a desvariar completamente. ¡No te lo vas a creer! Se le ha ido su voz y ha empezado a hablar como un hombre. «¿Qué me hacéis, pequeñas Geraldines?». «¿Qué me hacéis, pequeñas Geraldine?». Repetía esa frase sin cesar. Entonces Gela y Sister Anne nos han hecho salir y se han quedado en el cuarto el padre Broderick y Clarean.

A partir de ahora habrá que mantenerse lejos de esa tal Clarean. Lleva un tiempo obsesionada con Demian. Dice que lo oye, lo ve en el espejo, la visita de noche. Y lo peor, ¡parece que eso la hace feliz! Yo paso de mezclarme con locas semejantes y le voy a decir a Ida que se aleje de ellas. Igual toda la culpa es de Clarean y nuestra amiga no está enferma.

41

El taller literario de Patricia se desarrollaba siempre de la misma manera. Durante la primera hora hablaba en general del tema que les había mandado escribir en casa. Luego hacía una pausa de diez minutos en la que la gente se levantaba a fumar un cigarrillo, servirse un café o charlar con los demás. Hasta que Patricia volvía a su asiento e iniciaba la clase. La segunda hora se dedicaba a la lectura de los trabajos de los alumnos. Era lo que más les gustaba.

Después de unas cuantas sesiones, la gente estaba más distendida. «El grupo es de lo más variopinto», pensó Adriana. Entre sus compañeros había una antigua locutora de radio, un profesor jubilado, una estudiante de derecho. Todos estaban entusiasmados con escribir, ninguno tenía una alta autoestima y admiraban la obra de Patricia. Pero cuando uno leía su texto, con voz potente y cantarina, la sala se llenaba de otras historias, de otras vidas, y a Adriana le gustaba sumergirse en el universo de los demás. Entonces, el grupo participaba en los comentarios, atentos a la narración. Patricia era la única que parecía sumida en algún que otro pensamiento. El profesor de física que venía a las clases para despertar su lado creativo, aunque fuera incapaz de escribir algo con

imaginación, esperaba su turno con impaciencia. Se notaba que había estado acostumbrado a que la clase le escuchase. «No todo lo literario tiene que ser pura imaginación», pensaba Adriana.

Entre ellos también había una mujer de unos sesenta años con evidentes trastornos mentales. A través de sus relatos contaba su enfermedad que, insistía, era su realidad. Escribía en primera persona y en uno de esos relatos contó que supo que estaba mentalmente enferma al oír voces que la acompañaban insultándola en su casa y por la calle. Por culpa de esos gritos que le parecían tan reales había tenido que ingresar en un hospital. Nunca se lo había contado a nadie por miedo a que la tomasen por demente… y, sin embargo, a esta pobre mujer la había abandonado su marido y su única hija no quería volver a verla. «En Kylemore también Ida, Clarean, incluso Gela, oían voces como esa mujer», pensó Adriana.

Escribir permitía fingir y liberarse. Era la terapia de muchos de ellos. ¿Y de ella? Quizá se tratara de lo mismo. Cuando sus compañeros leían sus escritos personales, se preguntaba en qué se diferenciaba un texto literario de otro que simplemente narrase la vida. En todo y en nada. «¿Qué hacía que una historia se volviese literaria?».

El rostro de Patricia mostraba una total falta de empatía, aburrimiento y cansancio. Como de costumbre, al finalizar la clase, se quedó hasta que se fueron todos los alumnos para hablar con Adriana. En cuanto estuvieron solas, Patricia le preguntó por su padre.

—¿Va a participar en la FIAC?

—¿Cómo lo sabes? —le dijo Adriana, adivinando de pronto la razón de su ensimismamiento en clase.

—Lo leí en la prensa esta semana. A veces, he visto su obra en el *stand* de la galería de Nicky M. —le contestó Patricia.

—¿Y nunca te lo has encontrado? Quizá este año…

—Iba a horas imposibles… Han pasado tantos años. No sé si estoy preparada —le dijo Patricia, con más miedo que convicción en sus palabras.

Ya en la calle, caminaban despacio para prolongar su conversación todo lo que podían. Ninguna de las dos parecía tener la menor prisa. Adriana quería saber si estaba escribiendo sobre Irlanda, pero no se atrevía a preguntárselo. En cambio, Patricia la interrogaba abiertamente:

—¿De dónde sacas la información? Ya sabes que en mi casa tengo mucha bibliografía sobre Irlanda que te podría prestar —le dijo Patricia, que aún no había conseguido que Adriana aceptase su invitación.

—Gracias. Compré un libro sobre el castillo de Kylemore. Habla de sus primeros dueños, pero es el típico manual que recopila datos, ya sabes, documentos, partidas, testamentos y demás. En él se recoge lo referente a la familia Henry, pero poco más. Tampoco creas que el libro se mete mucho en la intimidad de la familia… Resulta tremendamente aburrido.

—Es la diferencia entre vida y existencia. O realidad y literatura, para que me comprendas —le explicó Patricia—. La vida está dentro de uno mismo, es inherente al ser humano. La existencia es lo que uno hace con la vida. ¿Me entiendes?

—Más o menos.

—El escritor llena de vida esas existencias —le dijo.

—¡No sé si lo conseguiré! —De repente, la intensidad de Patricia le resultó pesada y a Adriana le entraron muchas ganas de irse a su casa.

Pero Patricia seguía con sus consejos:

—Describe el castillo en el momento de su esplendor. Métete dentro de la casa, paséate por ella. Conoce a la familia. Habla de cada uno de sus miembros, indaga en su pasado, hazte amiga de

ellos. Vive sus vidas como si fueran la tuya. Baña al lector en ese ambiente de finales del siglo pasado…

—Es lo que estoy intentando hacer.

—Dijiste que les gustaba viajar, ¿adónde iban? ¿Qué traían de sus viajes? ¿Qué sentían? ¿Has pensado ya qué personajes serán los verdaderos protagonistas en una familia tan numerosa?

Patricia hablaba de su escrito como si ella hubiera empezado a escribirlo años antes.

—El binomio de los padres, Mitchell y Margaret.

—Vamos, Adriana, de ellos ya habla el aburrido libro que te has comprado. ¿No hay alguien más?

La pregunta de Patricia la sorprendió. Hasta que Adriana se dio cuenta de que Patricia, sin que ella se lo hubiera dicho, estaba más que al corriente sobre Demian.

—Sí, pero no sé cómo hablar de él.

Patricia la miró un instante. Las dos sabían a quién se referían. Hasta que le indicó:

—Deja que sea él quien te hable. Luego le das una familia un origen y una historia.

—Demian es un ser inexistente —le contestó Adriana casi sin pensarlo.

—No creas. Lo bueno de la literatura es que puedes contarlo todo. Lo malo, que tienes que saber cómo contarlo.

Al despedirse, Patricia esbozó una sonrisa forzada. Se notaba que le costaba sonreír como si se hubiera pasado una eternidad sin hacerlo. Su rostro mostraba un rictus poco natural de expresiones forzadas. Sus escasas sonrisas de entonces habían desaparecido. ¿Qué le había pasado desde que habían dejado de verla? Lacónica, volátil, esa mujer era tan sutil que ahora entendía por qué a su padre le costaba descifrarla. Necesitaba un grado de interpretación bastante

desarrollado para hallar en ella algo de significado. Adriana se daba cuenta de que muy escondida había tenido que permanecer para que ni su padre ni ella volvieran a tener noticias.

Al despedirse, le soltó:

—Te espero en casa esta semana.

Sobre esa mujer pesaban años de soledad y Adriana deseó tener otro destino diferente al de ella: formar una familia, estar acompañada y no permanecer sola por amor a la escritura.

42

Miércoles, 30 de noviembre de 1994

Ida nos ha vuelto a dar un susto. Desde el incidente con el exorcista no es la misma y ahora le da miedo quedarse sola. Esta mañana, antes de levantarnos todas para ir a la capilla, Ida me ha llamado desde su cama.

—¡Adri, Adri, ven!

Casi me caigo al suelo. He acudido corriendo y me he encontrado con que mi amiga era incapaz de hacer el menor movimiento. No se podía mover. Estaba más angustiada que yo. He ido al cuarto de Sister Anne, que ha entrado en su cubículo, se ha sentado a su lado y ha tratado de calmarla diciéndole que probablemente fuera solo un tortícolis.

—Te quedarás en cama descansando —le ha dicho.

Pero Ida se ha puesto hecha una furia.

—¡No! ¡No quiero quedarme en la habitación!

Sister Anne ha insistido en que necesitaba descansar, que llevaba días con mala cara y ojeras y que debía obedecer.

—No quiero estar sola —ha dicho Ida, llorando.

Gela ha propuesto quedarnos con ella. ¡Con tal de librarse de las clases, se queda hasta de enfermera! Le hemos dicho que le traeríamos comida e Ida estaría mejor. La insistencia de la que somos capaces ha podido con ella y Sister Anne ha acabado accediendo.

Con nosotras Ida se ha tranquilizado enseguida. Al tocarle la mano, hemos visto que la tenía helada, yo creo que está realmente harta de estar siempre enferma. Cuando se han ido todas las alumnas a la capilla y no se oía ya el menor ruido, Gela le ha preguntado por qué tenía tanto miedo. Entonces, después de un largo silencio en el que se la veía pensar seriamente en sus palabras, Ida nos ha confesado:

—¿Os acordáis del sueño que tuve de la pareja de niños cerca del lago? Pues ahora lo veo a él.

—¿Quién es él?

—¡El de la silla de ruedas, el que jugaba con la niña y que al final del sueño se ahogaba en el lago! Demian.

Nunca le hemos contado a Ida que también nosotras oímos el chirriar de la silla aquella noche en la biblioteca. Ida ha seguido con su confesión:

—A veces creo verlo en mi cubículo. —Gela y yo nos hemos mirado —. No sé si estoy dormida o despierta. Me mira a los ojos y los suyos se me hacen tan grandes como si me estuviera hipnotizando. Los tiene verdes, enormes, como los de un animal, y una piel blanca, fina, la cara muy angulosa. Solo veo su cara.

—Tiene que ser un sueño, Ida —ha insistido Gela.

—En mi sueño siempre está con otra niña, que se llama Geraldine. El nombre con el que Clarean nos llamó el otro día delante del padre Broderick —ha contestado Ida.

—Sí. Geraldine es una de las hijas de los antiguos dueños—ha continuado Gela—. En una de las fotos que vi el primer día en el despacho de Sister Mary había la sombra de una silla de ruedas… Y

hay un retrato de esa chica en el comedor. Es esa joven que dirige una carroza delante del castillo. ¿Os habéis fijado? —Gela seguía con su hilo conductor—. Demian es el espíritu de la Granja que el cura vino a exorcizar.

—Aunque también puede ser que de tanto decirlo, algunas niñas, como Clarean, se lo crean de verdad. Nada nos dice que ese tal Demian esté deambulando por el castillo.

—¿No te crees lo que veo? —me ha preguntado Ida, dolida.

—Pues sí. Tengo que deciros algo. La noche que entramos en el despacho de Sister Mary encontré un papel en el suelo que resultó ser una carta. Una carta de amor. Preciosa, por cierto. Firmada por Demian y dirigida a Geraldine.

La fui a buscar y se la leí. Tanto Gela como Ida seguían en silencio.

—¡Qué hombre más maravilloso! ¿No os gustaría que alguien os escribiese algo así? —dijo Ida.

—¡Cuidado, que también es el que produce tanto miedo! —dijo Gela.

—A mí se me ha pasado el miedo —contestó Ida—. No puede ser que esté tan enamorado y que a la vez sea una mala persona, ¿no os parece?

—Yo creo que si nos llamó el otro día «mis queridas Geraldines» es que la busca a ella. Debieron de tener un final infeliz, un amor no resuelto. El extraño paradigma de amor de este colegio también los implica a ellos con más claridad —nos explicó Gela, que parecía verlo todo.

—Y según mi sueño, murió ahogado en ese lago —precisó Ida.

¿Quién es Demian? ¿Cómo es posible que sea el chico que Ida ve en sus sueños? Por lo que podemos reconstruir, solo sabemos dos cosas: que estuvo enamorado de Geraldine y que debió de morir ahogado en el lago.

43

Patricia vivía al otro lado de La Muette, en una calle muy pequeña que salía de la Avenue Mozart. El edificio era uno de los únicos con terrazas en cada piso, que los vecinos, como poniéndose de acuerdo, habían llenado de árboles y plantas. A pesar de que el inmueble no era alto en comparación con los demás, esos jardines superpuestos hacían resaltar la fachada y daban a la calle un toque de vegetación desordenada. Adriana llamó al timbre del piso de Patricia y, sin preguntar nada, esta le abrió al instante.

Cuando Patricia la dejó pasar, Adriana entró en un apartamento que le pareció diminuto. Nada que ver con lo que imaginaba. Quizá fueran el techo bajo, los muebles viejos y la cantidad de objetos que había por todas partes; lo cierto es que la sobreabundancia daba una imagen de caos y dejadez que no le correspondía. Tantas cosas no cabían en un espacio tan pequeño. Los libros desbordaban las estanterías, las alfombras se amontonaban y las sillas, desparejadas, parecían haber sido compradas a lo largo de una vida sin planificación, sin el menor objetivo. Todo parecía caerse de los muebles, como si la propia casa se fuera a derrumbar. También las estanterías, colocadas en cada uno de los espacios contra las paredes y todas diferentes, estaban repletas de libros, carpetas y

papeles de todos los tamaños. En la entrada la recibió una alta cómoda antigua atestada de fotos. Había tantas que era imposible fijarse en ninguna. Sin que se diera cuenta, Adriana quiso ver si aún guardaba imágenes de ella o de su padre, pero no lo consiguió. Sin embargo, era evidente que esa mujer no los había olvidado y ni siquiera había conseguido pasar página. Los marcos de las fotos lucían una plata ennegrecida. Se notaba que Patricia vivía completamente sola y Adriana sintió una punzada de dolor en el estómago.

En el salón, dos sofás viejos y ahuecados, con demasiados almohadones y unas mantas arrugadas, se miraban mutuamente. Con el brazo, Patricia le indicó que se sentara.

—¿Te apetece tomar algo? Bueno, no sé qué tengo, hace tiempo que no entra nadie en esta casa más que el gato y yo.

Y, en efecto, el extraño olor que había notado Adriana al entrar debía de provenir de un gato que merodeaba por la casa.

—Un vaso de agua está perfecto.

Sin embargo, la vivienda estaba limpia y cuidada. De hecho, el salón, que daba a una de las terrazas que Adriana había observado desde fuera, tenía una luz natural acogedora. Patricia había colocado flores y plantas, dando al piso un aire vacacional y de campo, como si fuera una vivienda de otros tiempos.

—¡Me gusta tu casa! —le dijo Adriana—. Tiene encanto.

—Gracias. Ahora está un poco desordenada.

Tras apartar unos almohadones y un par de libros, Adriana se instaló en el sofá. Patricia, nerviosa, trajo té y el vaso de agua, alcanzó unos papeles de capítulos de la novela que le había ido entregando Adriana y se sentó en el sillón. Patricia se había arreglado. Llevaba una falda negra, con un jersey de cuello alto que le marcaba su figura. Aunque viejos, sus zapatos seguían siendo elegantes. Cruzó las piernas con estilo, sacó unas gafas para leer de cerca y cogió un paquete de folios a su derecha.

—¿Te parece si empiezo a hablar de tu escrito?

Siempre tan seria. Siempre tan formal. Esa mujer la había enseñado a ser exigente consigo misma a intentar alcanzar el grado máximo de perfección. En eso admiraba su precisión. Su estándar, elevado sobre el resto del mundo, había hecho de ella una persona rigurosa y observadora. Hasta que descubrió una mirada de profunda tristeza contenida. En el fondo, Patricia escondía a un ser delicado, débil y que había sufrido. Su apariencia de seriedad era solo eso, una capa más para esconder su fragilidad.

Sentada enfrente de Adriana, sacó unas segundas gafas y empezó a leer sus correcciones. Había marcado comas, acentos, también la paginación.

—Si no lo haces perfecto, un editor no te aceptará el manuscrito, Adriana.

Luego se puso a hablar de la focalización y el tiempo narrativo.

—Eres valiente mezclando tres épocas. Sin embargo, sé precisa, busca momentos sugerentes para el lector. No te olvides de que el escritor busca despertar los sentimientos del lector, esa es nuestra principal herramienta. Debes dar más relevancia a una de las historias, como si las otras dos dependieran de ella. ¿Qué pretendes decir con la novela?

Su padre le había hecho la misma pregunta. Y durante un tiempo lo pensó.

—Busco respuestas —le contestó Adriana—. A lo largo de mi existencia solo he cosechado preguntas.

Por eso estaba escribiendo una novela sobre Kylemore: necesitaba encontrar las explicaciones a los interrogantes de su vida. Patricia, cuya mirada había envejecido más de la cuenta, la miraba ahora sin contestar. A ella, Adriana le hubiera planteado unas cuantas. ¿Era necesario ese estado de soledad para escribir? ¿Por qué la había mandado a Kylemore? ¿Quién era esa mujer para ella? ¿E Irlanda?

Adriana sintió como si quizá, en Connemara, algo en ella se hubiera helado, impidiéndole crecer del todo.

—¿En qué estás pensando? —dijo Patricia y se quitó las gafas; parecía exasperada, era una auténtica profesora.

A Adriana le entraron unas ganas tremendas de llorar.

—En tus correcciones.

—No es cierto. No escuchas lo que te estoy diciendo. ¿Algo te preocupa?

—Quizá… Pensaba en aquel año en Irlanda.

Patricia guardó silencio y la miró.

—No solo en Kylemore, Patricia. También pienso en ti. ¿Por qué me mandaste a ese lugar que te hizo tanto daño? ¿Por qué te fuiste sin despedirte? ¿Por qué dejaste a mi padre? ¿Por qué me dejaste a mí?

Patricia se quedó helada, como si las respuestas se le atascaran en la garganta, sin saber cuáles eran las correctas. Existían tantas posibles… Al cabo de unos segundos, empezó a hablar:

—Una de las razones, querida Adriana, fue por mi vocación.

—¡Mentira! — gritó; Adriana sacó una furia contenida.

Patricia se la quedó mirando y siguió:

—Con tu padre no podía escribir. No podía ser Patricia la escritora. ¿Sabes cuando sientes que tienes una misión en la vida? Pues así me sentía yo en esa época. Una artista debe ser ambiciosa y autoexigente si quiere llegar a hacer algo que merezca la pena. ¿Y sabes dónde aprendí a serlo? En Irlanda. Ese año fue para mí un año de autoaprendizaje que me marcó el resto de la vida. Allí descubrí mi vocación. Por alguna razón, ese sitio te hace descubrir quién eres, tal es el estado de soledad y lejanía en el que te encuentras. Quizá por eso te mandé allí…

—¿Qué tiene que ver eso con que nos dejaras?

—Unos meses antes, con tu padre, dimos esa vuelta al mundo en barco. El objetivo era alejarnos de la civilización y encontrarnos con nuestro ser primitivo, nuestro yo más profundo y el que nos ayudaría

a descubrir la verdadera creatividad. Tu padre se olvidó de que los dos éramos artistas y no solo él. En ese viaje se volvió completamente egocéntrico, salió de él mismo un ser incapaz de ver al otro, de empatizar con el estado de quien tenía a su lado. Y eso, Adriana, me asustó. Tu padre me ahogaba poco a poco, queriéndome poseer. Es verdad que Andrés era un artista brillante ya en la época, pero no todo tiene un precio, y si bien a su lado aprendía y me enorgullecía, también su control y manipulación hacia mí se volvió cada vez más asfixiante. Además de seguirle en sus exposiciones, en sus conversaciones incesantes sobre su obra, en su relación pública con galeristas, museos del mundo entero, debía renunciar a mi obra y a mí misma.

Adriana la escuchaba. Pensó en Boris y se dio cuenta de que había vivido algo similar. De repente, le preguntó:

—¿Y yo?

—Tú, Adriana, pertenecías a Andrés. Quizá también como parte de su propia creación, y te controlaba. Tu padre siempre fue una especie de araña contigo. A la vez que hablaba de ti como de un cuerpo del cual sacar sus temas de pintura y escultura. Nunca dejó que nadie se acercase a ti más de la cuenta y en cuanto descubrió que entre tú y yo existían otros vínculos en los que él no participaba, supo cómo hacerlos desaparecer…

Adriana se quedó en silencio. Siempre había varias facetas de interpretar una historia, puntos de vista diferentes, reflejos de uno mismo.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que no he salido de sus garras? —le preguntó Adriana.

—¿De verdad quieres que te diga lo que pienso? —Adriana la miró diciéndole que continuara—. Analiza tu vida. Vives en las casas de tu padre, te has pasado años escribiendo sus catálogos y luces bellos trajes en sus exposiciones. ¿Dónde está tu ser, tu vida, tu realización?

Patricia se lo había dicho con la voz más dulce que pudo utilizar, pero aún así el mensaje no dejaba de ser durísimo. A Adriana se le llenaron los ojos de lágrimas. Esa mujer podía ser más dura que nadie, pero sus palabras no caían en saco roto. Sin formularlas así de lúcidamente, las había sentido una y otra vez. ¡Esa mujer la hacía ser más fuerte!

—¡Sigue tu camino, Adriana! Si es el de la escritura, ve a por ello. De hecho, describes con gran acierto esa naturaleza invasiva del colegio. Me recuerda a lo que yo misma sentía, rodeada de tal humedad. El agua se te mete por los poros de la piel, ¿verdad? Haces «sentir» al lector y eso solo lo logra la verdadera literatura.

—Hay algo más que no me estás contando, Patricia —le dijo de repente Adriana.

—¿A qué te refieres? —contestó Patricia, que puso mirada de no entender.

—En Kylemore tienes otro secreto. Lo intuyo. ¿Tengo razón? Como si hubieras abandonado también algo allí y por eso me mandaste. Para seguir en contacto con ese ser, con ese fantasma que en realidad te conquistó.

Adriana no sabía muy bien de dónde sacaba esas ideas.

—¿Por qué dices eso? ¿Un fantasma? Adriana, te crees que estás en tu novela —soltó y se echó a reír de manera forzada.

—Es posible, sí. Pero sigues atada a ese lugar. ¿Me equivoco?

Patricia se calló y la miró fijamente a los ojos, sin contestar.

—Sigues prisionera de Kylemore y, sin embargo, sigues amando a mi padre. Por eso me has pedido volverle a ver.

Los ojos de Patricia ahora reflejaban dulzura.

—No sé qué contestarte. Quizá yo también busque respuestas y no pueda darte ninguna. Ni de Kylemore ni de tu padre. Andrés me hacía ver la vida con unas gafas de irrealidad y sueño total. Quizá sea eso lo que más he necesitado estos años lejos de él. Cuando

descubres lo que buscas realmente, esa persona deja de darte miedo. Y me daba algo muy importante… una familia.

Adriana le sonrió.

—¿Andrés sabe de mi existencia? —le preguntó Patricia, sonrojándose.

—Como tú decías, ¡es un perfecto controlador que no ha dejado de espiarte! —Las dos esbozaron una sonrisa y enseguida Adriana continuó—: ¿Qué te pasó en Irlanda? ¿Por qué tienes una casa allí?

Patricia suspiró y tardó un tiempo en contestar. Tantos hechos asaltaban su mente. El colegio, el lago, sus sueños, su enfermedad. Demian. Anne. A pesar de que no quería recordar, esas imágenes la habían obsesionado durante mucho tiempo. Recordó sus dolores musculares. Las tardes de hospital. El dolor, en la distancia, se fue atenuando. Y, por supuesto, esa angustia de sentir como si un ser se hubiera apoderado de ella. Solo conseguía liberarse a través de la escritura.

—Por alguna razón, Kylemore me invadió. Como te pasa a ti, por lo que veo —le contestó.

Al irse de su casa, Adriana se preguntaba si seguía siendo la Patricia que recordaba. Retirada del mundo por su deseo de escribir, era evidente que le faltaba vida para dársela a sus obras. «La escritura no es una profesión —le había dicho una vez—. Es una necesidad. Y eso lo descubrí allí, en Irlanda. Solo es literatura el texto, la frase o la línea que salga de tu existencia. El resto es mero lenguaje».

Al irse, Patricia le había entregado el ejemplar de Hildegarda de Bingen, *El libro de las piedras que curan*. Era el que leía Sister Anne todo ese año en el que Adriana estuvo en Kylemore. Ese lugar, invadido por un sinfín de piedras, lanzadas y rotas al caer por unos habitantes que empezaron siendo gigantes y luego por unas niñas

que procuraban hacerlas volar por encima de una piedra triangular en un jardín de colegio.

44

Viernes, 2 de diciembre de 1994

Ida está peor. Su piel parece transparente, sus ojos hundidos y su cuerpo delgadísimo. Parece un animalillo indefenso en este agujero del bosque en el que vivimos. Sister Anne ha ido a verla a su cuarto y le ha explicado que va a tratar de curarla con la colocación de unas piedras sobre el cuerpo.

—Volveré por la noche.

Me ha sonado raro. Si es para curarla, ¿por qué tiene que venir de noche? He preferido esperarla despierta en mi cubículo, que está pared con pared con el de Ida. Cuando he oído sus pasos por los pasillos del *dorm*, en silencio, me he levantado para espiarla. La monja iba vestida con un largo camisón blanco. No es broma, en cuanto la he visto he pensado enseguida en un fantasma. He tardado unos segundos en reconocerla, con su linterna en una mano y el libro en la otra. Me he fijado en que también llevaba una bolsita que luego ha resultado que contenía pequeñas piedras.

Ha entrado en el cubículo de Ida sin hacer el menor ruido y se ha sentado a su vera, despacio, para no despertarla. Entonces, la he

visto abrir ese famoso libro que lleva a todas partes y se ha puesto a susurrar:

—A ver… ojos ulcerados, vista nublada… Sí, eso tienes tú, querida Ida. Qué más… Obsesiones, alucinaciones, sugestiones diabólicas, psicosis, esquizofrenia, falta de concentración… Pues sí, creo que todos tus males corresponden, según el libro de Hildegarda, al poder de la piedra llamada «amarento».

Entonces, y aquí es cuando me he asustado, la monja ha empezado a desabrocharle el pijama. En cuanto he visto que dejaba todo su pecho al descubierto, he entrado en su cubículo *ipso facto* para pararla.

Sister Anne se ha llevado un buen susto.

—¿Qué haces aquí, Adriana?

—Más bien, ¿qué está haciendo usted quitándole el pijama a Ida?

—¡Estoy tratando de curarla!

—¡Ya claro! ¿Desnudándola?

—Adriana, por favor, le tengo que colocar las piedras sobre su cuerpo, ¿cómo voy yo…?

Entonces Ida ha abierto los ojos y me ha mirado con una ternura que me ha provocado una pena inmensa.

—Déjala, Adriana. Sister Anne sabe lo que hace. Ojalá mi madre me hubiera cuidado tanto como lo está haciendo ella…

—Gracias, Ida…

Ha sido impresionante, la verdad. El ritual, o como se llame lo que estaba haciendo, por lo visto, ya se lo ha hecho varias veces. Sister Anne le abre la camisa y le coloca piedrecitas sobre los brazos, los hombros, el pecho, el estómago… Algunas se caen, ruedan por su piel, pero la monja se las vuelve a colocar con paciencia. A continuación, pone encima de cada una de ellas un trozo de celo, para pegarlas a su cuerpo y que se mantengan de noche en esa misma posición.

Luego, ha levantado las manos y leyendo el libro ha dicho:

—A ti te invoco, piedra preciosa que llevas como nombre «amarento». Acude al cuerpo de Ida y haz que con tu calor y energía desaparezcan todos sus males.

Ida apenas se ha movido, ha cerrado los ojos y ha seguido durmiendo, agotada. Sister Anne me ha mirado y me ha dicho que ya nos podíamos marchar.

Al día siguiente, por increíble que parezca, ¡Ida está mejor! Sister Anne me ha contado que cree firmemente en esa santa, Hildegarda de Bingen.

—¿Lo quieres leer, Adriana? —me ha preguntado Sister Anne.

—¡No, gracias! —le he contestado para demostrarle que no creía nada en todo eso.

De hecho, estoy cansada de las historias en este colegio. A mí me han enseñado siempre a creer en la objetividad, que los médicos son los que curan y no las piedras, que los gigantes nunca han existido y que los espíritus están en la cabeza de los faltos de cordura. ¡En fin!

45

Kylemore

«Cuando las cosas tienen que ser, fluyen sin dificultad». El reverendo Thomas hubiera añadido que Dios marcaba el destino de todo ser humano, aunque Demian lo negara. Quizá esa pequeña llave que el herrero de Galway había conseguido duplicar fuera el primer paso que necesitaba para emprender su nuevo destino. A pesar de estar postrado en su silla, muy pocas cosas se le resistían. Sabía que a finales de noviembre los Henry emprenderían un nuevo viaje. Geraldine era su informadora oficial. Hasta entonces, entraría en la biblioteca, por supuesto, pero eligiendo las horas de la noche en las que la casa durmiese en paz. Los que madrugan, como el señor Henry, tienen un sueño profundo durante las primeras horas de la noche y esas eran las que Demian aprovecharía para entar en la sala inundada, repleta, desbordante de libros.

—El martes vienen los Kennedy a cenar. Mamá ha ordenado colocar el salón principal y la mesa de gala en el comedor —le confesó Geraldine mientras empujaba su silla por el camino de piedras que bordea el lago.

—¿Y eso qué significa, preciosa Geraldine? —le preguntó Demian, más pendiente de su energía y puerilidad que de sus palabras.

—Pues que se sacan los cubiertos de oro y los platos de porcelana de la vitrina del *office*. Que tu madre cocinará el pastel de cordero

con zanahorias de la huerta. Y que de postre mamá ha encargado a *madame* Violette que haga una *chantilly*.

Mientras hablaba, Geraldine también hacía algún que otro pase de baile, estiraba sus pies en el suelo, elevaba la pierna, daba un giro inesperado y saludaba a Demian, que la miraba con ojos encandilados.

—Eres la única que me habla de cosas que desconozco, preciosa niña —le contestó.

—Porque no te interesa nada la comida, Demian.

—Pero me fascina cómo pronuncias esas palabras francesas.

—La *chantilly* es una crema batida que se come blanda o dura. Huevo y azúcar, básicamente —le contestó Geraldine, que no siempre entendía los propósitos de su amigo, pero que le encantaba verse reflejada en sus ojos enamorados.

Gracias a esos Kennedy, Demian conseguiría acceder más temprano a la biblioteca. No había mejor momento que cuando los Henry recibían invitados. El castillo, normalmente tan vigilado, estaba demasiado ajetreado esas noches, y ni por asomo se percatarían de si el hijo de los O'Reilly entraba o salía por las puertas de la cocina donde trabajaba su madre. En la biblioteca, tan espaciosa y silenciosa, Demian había ya localizado el lugar donde esconder la silla y acurrucarse en el suelo con cualquier libro que hubiera llamado su atención. En alguna ocasión las ventanas quedaban medio abiertas y, con gran esfuerzo, Demian se arrastraba como una serpiente escurridiza. Retorciendo su cuerpo, eclipsándose entre los libros, dentro de una estantería de madera cuyo color era el mismo que el de su ropa.

Las primeras veces, de noche, mientras el silencio del castillo recordaba al de los sepulcros, Demian se fue familiarizando con los volúmenes del señor Henry, que devoraba con los ojos para finalmente atreverse a cogerlos y leerlos. La biblioteca reunía libros tanto científicos como filosóficos, algunas novelas, obras de teatro y

poesía que le interesaban menos por haber leído ya las del reverendo Thomas. De la biblioteca que ahora tenía a su alcance le llamaban la atención los más antiguos y grandes. Fue desentrañando uno a uno todos los de la filosofía griega como *Los escritos* de Hipócrates, *La república* de Platón y *Retórica* de Aristóteles.

Recordaba que una noche cogió de la biblioteca *Las mil y una noches*, cuya edición era de 1728. Las páginas amarillentas y letras en relieve le fascinaban. El libro contenía alguna ilustración de mujeres misteriosas e insinuantes. Una de ellas, que extrañamente estaba más usada que las demás, mostraba la imagen de una bellísima mujer desnuda, de pelo largo, castaño y mirada de ojos profundos. Al verla, Demian sintió un escalofrío en la parte inferior del vientre, pensando, muy a su pesar, en Geraldine, adelantándose a su edad, convirtiendo su diminuto cuerpo infantil en el de una jovencísima mujer insinuante que un día —hubiera querido él— se le entregase como la mujer de la imagen. Con el corazón palpitándole con fuerza arrancó la hoja de un tirón y se la guardó en el pecho.

Algunos libros, se los había dado el reverendo. Como *Las confesiones* de san Agustín o *Don Quijote de la Mancha*, cuya historia le acompañó el verano de sus trece años, quizá porque Demian se sentía, desde que había tenido uso de razón, tan viejo, delgado y loco como el personaje español. Pero ahora lo que Demian buscaba no eran quimeras, sino una realidad científica y que iba a hacer historia. Buscaba como un alma sedienta los libros situados en la parte superior de la biblioteca, aquella en la que el señor Henry se escondía a sí mismo los ensayos de medicina y cirugía. Demian los observaba con obsesión, convencido de que algún día encontraria en ellos su curación. Para alcanzarlos, necesitaba subirse a una escalera. Los miraba desde abajo, hipnotizado. ¿Cómo hacerlo? Acostumbrado a que nada se le resistiera, pensó en sostenerse en la chimenea. ¿Conseguiría levantarse sin apoyar las piernas?

Se agarró con fuerza a la columna de la pared e impulsó su peso hacia arriba. Las piernas le temblaron al contacto con el suelo. Los pies no estaban acostumbrados a la dureza del mármol, ni siquiera al más mínimo roce y le dolían. Pero lo conseguiría. Como había conseguido leer. Como había conseguido que Geraldine lo mirase. Que Geraldine le quisiese más que a nadie. Demian sentía que la energía le nacía desde dentro. Hasta que al fin se levantó. Su mano sujetaba el peso de su cuerpo y, por primera vez en su vida, consiguió estar de pie como un chico mayor, erguido, normal. Su altura era superior a la de un muchacho de dieciséis años. Su extrema delgadez hacía que pareciese aún más alto, más mayor, casi un dios.

Apoyado en la inmensa chimenea que presidía la biblioteca, Demian se miró en el espejo. A pesar de su invalidez, era cierto que su mirada de ojos verde oscuro no parecía provenir de ninguno de sus antepasados, sino del lago. Era el color del lago que le rodeaba esos días oscuros de invierno, el lago que le vio nacer. Sus labios, finos y apretados en un rostro anguloso, dorado de nacimiento, le daban un aire de hombre romántico. Su mirada, normalmente ambiciosa, descubría una fuerza penetrante, tenacidad y seguridad con las que sabía que alcanzaría su objetivo.

Le decía que un día caminaría. Que un día el dueño de Kylemore sería él.

Se acordaba de aquellas palabras de Séneca: «No hay viento favorable para aquel que no sabe adónde va». Y se juró dominar los vientos para que soplaran a su favor.

46

—¡Por fin estáis aquí!

En cuanto oyó que el taxi se detenía delante del portal, Adriana salió corriendo a recibir a sus amigas. El taxista estaba sacando varias maletas.

—¡Por lo que veo, os venís a vivir conmigo! —les dijo con una sonrisa.

—Ya sabes cómo es Gela —le contestó Ida—. ¡Viaja con su armario entero!

Aunque fueran las seis de la tarde, el día estaba oscuro y el cielo completamente encapotado. La calle Desbordes-Valmore, con sus casas y jardines particulares, era de las más tranquilas del barrio. Apenas circulaban coches y esa tarde se veían pocos paseantes. Tan solo al final de la calle, en la Rue de la Tour, se dejaba ver cierto movimiento por la proximidad de algún que otro negocio o tienda de comestibles, como la frutería de la esquina, abierta todo el día, cuyo dueño, un árabe sin afeitar de unos cien kilos, observaba el ir y venir de esas chicas extranjeras.

—¡Menudas casas hay aquí! —le comentó Ida a Adriana al observar que alguien salía del portal de al lado vestido con un elegante abrigo de terciopelo y un sombrero negro.

—¡Pero si has venido mil veces a mi casa! —le dijo Adriana.

—Pues no recordaba el barrio, la verdad, y hace años que no vengo. No es fácil que mi madre se digne a venir a ocuparse de su nieta, créeme —les dijo Ida.

—Se ha pasado el viaje quejándose —interrumpió Gela—. ¡Está hecha una vieja gruñona!

Al entrar, las dos amigas metieron las maletas en casa, se quitaron los zapatos y colgaron los abrigos en el perchero. Adriana sintió un estallido de felicidad al encontrarse con ellas. Eran como hermanas. Se disculpó por tener la casa bastante desordenada y le echó la culpa a su padre, que llevaba viviendo en París con ella más de un mes, y les indicó dónde iban a dormir.

—Gela, te quedarás en el cuarto de invitados en el primer piso. Y tú, Ida, en una salita al lado de mi propio dormitorio.

Desde que se habían conocido en Kylemore, Adriana se consideraba la guardiana nocturna de Ida, a pesar de que últimamente Ida le daba consejos de señora mayor.

Recorrieron la casa, tocándolo todo, abriendo cajones, armarios y la nevera en la cocina.

—¿Puedo entrar en el estudio de tu padre? —preguntó Ida.

—¡Ni se te ocurra! ¡Se muere! —le contestó Adriana.

Salieron un momento al jardín, pero con el frío que hacía se metieron enseguida en el salón.

—¿No tendrás uno de esos vinos deliciosos para ir caldeando el ambiente? —dijo Gela—. Esto es una despedida de soltera, ¿o no?

—Menudo lujo tener una casa con jardín en París, ¿no te parece? —dijo Ida, maravillada con la casa.

Delante de ellas, se erguía un árbol centenario, tan decadente como las hojas que ahora descansaban a sus pies sin que nadie las hubiera recogido.

—Y que lo digas —le contestó Adriana—. Este árbol es mi más fiel compañero, el que nunca me decepcionará, con o sin maldición a

cuestas.

—Bueno, a eso hemos venido —dijo Gela—. Tengo muchas cosas que contaros para que planifiquemos bien cómo lo vamos a hacer. ¡Pero antes el vino!

—¡Bienvenidas!

Andrés apareció por la puerta, se quitó el abrigo y, después de saludarlas, se fue a la cocina a buscar una botella de vino.

Ida se ruborizó en cuanto vio al padre de Adriana. Siempre le había parecido atractivísimo y, si no hubiera sido porque era el padre de su amiga, ni siquiera la diferencia de edad le hubiera importado.

—¿Hace cuánto que no veis a mi padre? —preguntó Adriana—. Por cierto, he reservado en Le Flandrin, un restaurante de moda y al que podemos ir caminando. Si queréis, descansamos un rato en el salón, tomamos algo y salimos. Pero no comáis nada, que allí hay unos platos de frutos de mar maravillosos.

—¿Cómo que «frutos de mar»? —le dijo Gela—. Querrás decir marisco, ¿no? Estás hecha una gabacha. ¿Y a mí que soy gallega me vas a llevar a tomar marisco? Me dejarás pedirme un buen *steak au poivre*, ¿no?

—¡Es el mejor de París! —le contestó Andrés, fascinado por tener a las amigas de Adriana unos días en su casa—. Si Adriana me dejase, os acompañaría, pero seguro que se enfada.

Andrés la miró y se dio cuenta de que, en efecto, era mejor que se fuera.

Al cabo de unas horas, ya instaladas y arregladas, salieron hacia el restaurante. El tiempo había vuelto a cambiar y ahora caía una fina lluvia que calaba la ropa. Gela estaba entusiasmada. Seguía manteniendo esa alegría contagiosa, esa ilusión por disfrutar de la vida. Para el fin de semana, Adriana había previsto restaurantes, museos, teatro, bicicletas por la orilla del Sena si el tiempo lo

permitía y una misa gregoriana en Notre Dame. Aunque no hubiese asistido a un oficio probablemente desde Kylemore, recordaba haber ido allí de pequeña, algún domingo, con Patricia. Mientras caminaban hacia el restaurante iba comentando a sus amigas lo que había preparado, pero estas estaban más pendientes de la belleza de la ciudad, completamente iluminada, que de sus palabras.

—¡La torre Eiffel! Está parpadeando, ¡increíble! —dijo Gela.

—Sí. Luego vamos caminando hasta Trocadero, ¿os parece? —les contestó Adriana.

A pesar de la lluvia, el restaurante estaba llenísimo. Había parejas sentadas en las terrazas, curiosas por ver a los parisinos, siempre bien vestidos, y a las familias que, al ser viernes, habían salido a dar un paseo y volvían apresuradas en patinetes hacia sus casas. París seguía siendo una ciudad animada, elegante, romántica, en la que la noche caía sin previo aviso. Por dentro, el restaurante era cálido, tradicional y sofisticado. Una barra con botellas de champán y bandejas de chocolates recibía a los clientes. De fondo, sonaba una música agradable. El *maître* sentó a las tres amigas en el primer salón. Allí apenas había mesas libres, pero Adriana había reservado una en la esquina. Las mujeres, lujosamente vestidas con sobrios colores, llamaban la atención con chalecos de pieles sobre camisas de seda blanca. Los hombres lucían un color de piel extrañamente bronceado para París a mediados de noviembre. Algunos calvos, otros con el pelo desordenado y mal cortado. Llevaban chaquetas de cuero y camisas abiertas al pecho, con más aspecto de libaneses que de franceses.

—No sabía que se pudiese tomar el sol en París —dijo Ida, que se fijaba siempre en el más mínimo detalle.

—¡Lo cierto es que creo que en París se puede hacer de todo! Pero aquí vive mucha gente de Oriente Medio, a lo mejor es eso lo que te

sorprende —le explicó Adriana.

—¡Me encanta este sitio! —dijo Gela al ver pasar una bandeja enorme de ostras y mariscos, pero buscaba en el menú el famoso *steak au poivre*.

Sentadas a la mesa, dejaron que el camarero les trajese y sirviese el vino que habían pedido.

—¡Brindemos por tu cumpleaños, querida Gela! Que fue la semana pasada… —dijo Ida.

—Y háblanos de Alberto —siguió Adriana.

—Tenéis razón, vosotras no lo conocéis, pero os aseguro que él ha oído hablar mucho de vosotras. Entiendo que os parezca precipitado, pero ya no me queda otra. Si espero demasiado, quizá ocurra otra desgracia de esas que hemos vivido las tres y francamente o deshacemos esta maldición o no podemos seguir así —les dijo Gela mientras se terminaba la copa de vino y llegaba el camarero con los primeros platos.

—¿Cuándo decidiste casarte? —le preguntó Ida.

—Cuando decidí que lo que quiero es enfrentarme a ese monstruo que nos visitó aquella noche —les contestó Gela, riéndose.

—¿Qué pasa si nos ocurre algo… peor? —preguntó Adriana.

—¿Te refieres a lo que me pasó a mí? —contestó Ida, con una voz ofendida.

—Me refiero a lo que nos ha pasado a las tres —la interrumpió Adriana, cansada de que siempre se creyera la víctima.

—¿Y qué vas a hacer, Gela? ¿Celebrar como yo una fiesta sin casarte? —le preguntó Ida.

—En parte, sí. Eso os quería comentar. He estado investigando y tengo un plan para conseguir salir las tres de este extraño triángulo. Por eso os convoco en Irlanda, en el punto central. Es importante volver al lugar de los hechos y el día en el que todo ocurrió. Y para eso volvemos a necesitar a Sister Anne…

—¿Sister Anne? ¿Sigue en Kylemore? —preguntó Adriana.

—¡Pues sí! Llevo un tiempo en contacto con ella. No os podéis ni imaginar cómo se maneja con internet, y su cabeza sigue lúcida como cuando nos contaba las leyendas de Kylemore. Pero lo más curioso es que… ¿Sabéis cómo firma las cartas? Como Anne G. Henry.

—¡No puede ser! —contestó Adriana, que estuvo a punto de atragantarse.

—Resulta que Sister Anne es descendiente de los Henry, fundadores de Kylemore. Era la hija de una de las hijas, de una tal Elizabeth.

A Adriana se le aceleró el corazón, porque las piezas empezaban a encajar.

—Esa Elizabeth tuvo dos hijas, Anne y otra más. Vivieron en Argentina con sus tíos, pero con sus padres en Massachusetts, en Estados Unidos. Os acordáis de que la monja nos contó toda esa historia de que era huérfana y demás, ¿verdad?

Adriana estaba maquinando en su cabeza, no localizaba bien a esa Elizabeth y no recordaba que ninguno de los hijos de los Henry se llamara así. Hasta que se lo dijo a Gela.

—Los Henry no tuvieron a ninguna Elizabeth, debe de haber un error —dijo Adriana—. A menos que… Elizabeth sea la nieta de los Henry. Podía ser hija de…

—De Geraldine —dijo Gela.

—¿Cómo lo sabes? ¿Geraldine tuvo hijos con Demian?

Ahora los pensamientos de Adriana iban en mil direcciones.

—Estáis hablando de la Geraldine de mis sueños —dijo Ida, fascinada.

—Me lo ha dicho Sister Anne. Lleva años investigando, ¡lo sabe todo! No os voy a marear con todos los *emails* que nos hemos enviado la monja y yo —prosiguió Gela—, pero en ellos me ha estado contando más sobre esa familia. Parece ser que Mitchell Henry había construido ese castillo por amor a su mujer, pero

cuando ella murió perdió el juicio. Acabó solo en el castillo hasta que lo vendió. Geraldine vivió un tiempo con él, pero luego se marchó a Estados Unidos. La familia estaba maldita y al final le ocurrió esa desgracia en el lago.

—¿Lo que cuenta el sueño? Uno de los dos se ahogaba —dijo Adriana.

—¡Cómo no acordarse! Demian, sus ojos verdes, el del sueño. Pues ahora, no os lo vais a creer, también se mete en la mente de Ruth. —Ida se había puesto nerviosa, como si fuera la primera vez que lo contaba—. Hasta me cuenta quiénes son estos niños. A veces creo que sabe más que nosotras. Es una locura.

—Pero ¿no puede haberte oído contarlo cuando era pequeña? —le dijo Adriana.

—¿Y cómo sabe tanto? ¿Y de quién es esa voz que me dice que le habla? Sin hablar de «unos ojos que miran de noche»… ¿También soy yo quien mete esas cosas en la cabeza de la niña?

Ida se había puesto a temblar. Sus palabras, contenidas durante tanto tiempo, salían ahora a gran velocidad.

Adriana la abrazó para calmarla.

—No te preocupes, que lo vamos a solucionar.

Escondiendo su cara en los brazos de su amiga, Ida se había puesto a llorar.

—¡Cómo decirles a los médicos que la parálisis que tiene mi hija tampoco es suya, sino de un espíritu que le pasó su mal cuando su madre estuvo interna en un colegio diez años antes de su nacimiento!

—No. ¡Más vale que no des esa explicación, porque te encierran en un manicomio y le dan a tu madre la custodia de la pobre Ruth! —Gela siempre usaba el humor para relajar el ambiente—. ¡Brindemos por el final de esta absurda pesadilla! —Levantó el brazo hacia el camarero—. *Une bouteille de champagne!*

—¿Qué haces? —le preguntó Adriana.

—¿No se dice así? —le contestó Gela—. ¡Invito yo, que ha sido mi cumpleaños!

Adriana quiso volver al tema de Kylemore.

—Cuéntanos tu boda.

—Todavía no está completamente planificada. Será, como hemos dicho, en la iglesia. El mismo día y a la misma hora que tuvimos ese encuentro veinte años antes. Entraremos gracias a Sister Anne, que sigue en el colegio, y a Georges.

—¿También sigue en el colegio? —preguntó Adriana.

—Georges es como un héroe inmortal, además del eterno enamorado de Sister Anne —contestó Gela.

—No digas tonterías —dijo Ida, que ya se había recuperado—. Se pasaba el día recogiendo las hojas del lago, ¿os acordáis? —precisó.

—La verdad es que el lago era un lugar extraño —dijo Adriana—. ¿Os acordáis de lo que nos decía Sister Anne?

—¡Por supuesto! —contestó Ida.

—Sister Anne ha ido recopilando información desde hace años. Todas esas coincidencias, lo que les pasaba a ciertas niñas, entre ellas Ida, no son casualidades y para mí que se hizo monja para averiguar y romper la maldición sobre el amor que en Kylemore puede llegar a ser mortal —dijo Gela.

—Como le pasó a esa Ruthy… —dijo Ida.

—Demian —continuó Gela— sentía un amor tan grande por Geraldine que llegó a ser destructivo y, por alguna razón, ese amor pasa en Kylemore de un cuerpo a otro, se mantiene vivo en los cuerpos, y por eso tu hija ve tus pensamientos referentes a su historia. Como si ese amor distorsionado, tóxico, fuera inherente a ese lugar.

—¿Quieres decir una tierra contaminada? —contestó Ida.

—Exacto, y el lago, al ser agua, lo devuelve a la realidad —dijo Gela.

—Pero ¿por qué estuvimos implicadas las tres? ¿Quién nos llevó

hasta allí? —se preguntó Adriana en voz alta. Hasta que se dio cuenta—: ¿Os habéis fijado de que en nuestros nombres Gela, Ida y Adri están las mismas letras que el nombre de G-E-R-A-L-D-I-N-E?

47

Lunes, 5 de diciembre de 1994

A pesar del ritual, Ida sigue diciendo que no quiere moverse ni salir al recreo ni dar paseos por los alrededores. Solo le interesa acompañarnos al lago, tocar con su mano esa especie de estanque, en cuyas aguas quietas contempla su reflejo. Parece ensimismada. Hipnotizada. No hay quien la saque de su estado.

Como ha sido su cumpleaños, Sister Anne ha tenido una idea. Para animarla, le ha propuesto dar una pequeña fiesta con algunas alumnas en su cubículo. ¡Por lo menos la noticia le ha cambiado la cara!

Gela y yo lo hemos decorado con guirnaldas de colores. Luego Gela, que siempre saca comida de todas partes, nos ha traído unos bombones deliciosos de chocolate que le había mandado su abuela de Galicia y yo me he llevado el famoso libro que solo tomé prestado y que pronto tendré que devolver. Hay una página que me ha fascinado y que quería leerles sobre un paciente que con el poder de su mente consigue curarse de una enfermedad de la vista sin intervención de un médico. Pensé que animaría a Ida, pero nada, no

me han hecho ni caso. La verdad es que yo soy la única que parece interesada en la lectura de los libros.

La monja ha llegado después de las ocho. Éramos unas cuantas ya, metidas en el cubículo de Ida, sentadas por el suelo, en su cama o apoyadas en la pared, escuchando música y poniéndonos moradas de bombones. Aunque yo no estaba muy a favor, Clarean también se ha apuntado. Cuando Ida ha visto a Sister Anne, se ha emocionado y le ha pedido que se sentara a su lado, le tomara la mano y le contase una de sus historias. Yo creo que Sister Anne hace un poco de madre de Ida aquí en el colegio.

—Pareces un pequeño ciervo blanco —le ha dicho la monja—. ¿Conoces la historia de aquel que corría por los alrededores mucho antes de que esto fuera un colegio de señoritas?

A Ida se le ha iluminado la cara y ha conseguido relajar su mirada, últimamente tan angustiada.

—Cuentan que, un día, el gigante Bran, que era un reconocido cazador, fue en busca de un hermoso ciervo blanco que había visto correr por esas montañas de atrás y cuyas laderas descienden directamente hasta el lago —ha contado.

Me fascina cómo, en un segundo, Sister Anne capta la atención de todas las alumnas. Lo que yo no había conseguido con el libro, ella lo logra en un instante. ¡Ojalá algún día yo también consiga atraer así a los lectores con mis novelas!

—Bran se pasó semanas buscando al ciervo blanco por las colinas, refugiándose del frío y espiando de noche para sorprender al animal. Pues bien, al final, después de meses y meses de acecho para capturarlo, Bran lo descubrió tras los pinos altos que habéis podido ver en la ladera de la colina. Al avistarlo, de repente volvió a esconderse y preparó su arma para darle caza. Pero el ciervo consiguió ver el reflejo del gigante, levantó su cabecita y se lanzó a correr, saltando de roca en roca lo más rápido posible. Bran fue tras él a gran velocidad. La gente del lugar observaba la persecución

maravillada. La captura duró unos días, no os creáis, hasta que, al fin, el ciervo, agotado, dio un salto gigantesco y cayó directo por el precipicio de la montaña. Todos se quedaron con la boca abierta, ya que tardó unos segundos en caer. Entonces Bran, que le seguía de cerca, quiso hacer lo mismo y dando otro salto desaparecieron los dos en el lago, en el mismísimo lago que hay delante del colegio. Jamás se los volvió a ver. Sus cuerpos se diluyeron en las aguas que ahora nos reflejan.

—¿Y el ciervo? —preguntó una de las pequeñas.

—¡Está en el lago! —le contestó Clarean—. Como todos los demás fantasmas.

—¡Oye, aquí nadie habla de fantasmas! —le contesté yo.

—Pues lo curioso —siguió contando la monja sin hacernos ni caso — es que la leyenda dice que cada siete años el ciervo vuelve a aparecer y salta fuera del lago. Lo cierto es que nadie puede asegurar que sea él o una simple sombra blanca, como la bruma que veis por las mañanas alrededor del colegio. Dicen, aunque yo no lo he verificado, que cada siete años se le ve salir del lago, donde vivirá eternamente.

Sister Anne ha dicho esta última frase más despacio, como si ella también quisiera entender y aceptar la leyenda. Hasta que de repente Ida ha dicho:

—Yo lo he visto.

—¡Tú ves demasiadas cosas! —le ha contestado Gela, que creo que se muere de ganas de ver algo, sin conseguirlo.

—¡Te lo juro! —le ha replicado Ida, indignada por que no la creyesen.

—¿Quién sabe? —contestó Sister Anne—. El lago es agua y significa vida. No hay que tomarse las historias literalmente, todas tienen su parte de misterio.

—En ciertas culturas, el agua también simboliza el paso del mundo de los vivos al de los muertos, ¿verdad? —dije yo, recordando un

libro sobre mitología que me había regalado Patricia—. Es como el ojo de la Tierra, por donde los habitantes del mundo subterráneo pueden observar a los hombres. Los habitantes partían al Nuevo Mundo en busca de oro y piedras preciosas, ¿y dónde las encontraban? Pues en los lagos. Al querer alcanzarlas, muchos hombres se dejaban engañar por su reflejo y perdían la vida entre sus aguas cristalinas. Una cosa a cambio de otra. Y en ese cuerpo sin vida, decían las leyendas, se adentraban los seres del inframundo.

Por primera vez, fui yo la que captó la atención de todas, incluso la de Sister Anne, gracias a mis palabras.

—Bien dicho, Adriana —ha dicho entonces la monja —. El reflejo hipnotiza, engaña, desde Narciso hasta Platón.

—Pero este lago es diferente —ha dicho Ida—. Yo veo cosas.

Después de la fiesta, Gela ha venido a mi cuarto.

—¿Te parece que mañana vayamos a ver qué pasa con el lago? Igual vemos algo, como Ida.

Entonces, esta mañana, después del desayuno y antes de las clases, Gela y yo le hemos pedido a Ida que nos acompañase hasta el lago. Hemos salido las tres rápidamente por la puerta bordeando el muro hasta alcanzar el camino de tierra. Una vez en la pequeña explanada de arena que permite acercarse hasta el lago nos hemos situado para poder ver y tocar el agua. El suelo de la orilla estaba completamente húmedo y los pies se nos hundían en el barro. Nos hemos acercado lo más que hemos podido Gela y yo, sujetándonos para no caernos, pero Gela ha estado a punto de caerse y nos ha entrado un ataque de risa, sobre todo a Ida. De repente se ha olvidado de sus dolores y ha recuperado algo de alegría. Hacía tiempo que no la veía reírse. Pero justo en ese momento hemos oído

la primera campana del colegio. Había que darse prisa.

Nos hemos acercado tanto que hemos visto nuestro reflejo. Cuanto más nos acercábamos, más quietud nos rodeaba. Era muy extraño. Como si el lago contuviese ese mutismo. Ya sé que lo que escribo no tiene sentido, pero es lo que ha pasado. Me dolían los oídos como si el silencio me los estuviese oprimiendo. De repente, parecía como si el paisaje que nos rodeaba se abriese. Quizá ha sido solo mi mente, no lo sé, pero Ida y Gela ya se habían inclinado para mirar su reflejo y ver si, tras él, descubrían algo dentro del lago. Hasta que Ida ha dicho:

—¡Gela! ¡Tu cara!

Hemos mirado de nuevo.

—¿Qué dices? —ha dicho Gela.

Ni ella ni yo veíamos el menor cambio.

—Ida, dinos qué ves —le he pedido.

Ida se había puesto nerviosa, no encontraba las palabras. Hasta que ha dicho:

—Creo que no sois vosotras. O sí, pero mayores. Como adultas.

—¡Eso es imposible! —ha contestado Gela, que, como yo, no veía absolutamente nada diferente en el reflejo de nuestras caras.

—Gela, tú llevas un velo blanco, como si te estuvieras casando…

Ida nos ha mirado asustada, con lágrimas en los ojos. Entonces la he cogido y le he dicho: «Vámonos».

Me he pasado el resto del día pensando en lo ocurrido. Lo más racional es pensar que Ida está tan enferma que le cuesta ver la realidad. Yo creo que es eso.

Pero también puede ser que si el ciervo es capaz de vivir miles de años en el lago, el lago contiene el tiempo absoluto en un mismo espacio. Este lago no solo refleja la realidad, sino que la contiene.

Como si el tiempo se percibiese no a través de los momentos, sino del espacio.

48

—¿Qué pasó con Denis? —le preguntó Gela a Adriana nada más volver del restaurante.

—Que estaba convencido de que yo le traía mala suerte… —contestó, acostumbrada a sus desafortunados finales amorosos y que solo Gela o Ida podían entender. Se sirvieron dos vasos de agua y se sentaron medio tumbadas en el sofá del salón—. Háblame más bien de Alberto. ¿Por qué él?

—Le conozco desde hace unos meses, pero es la única persona a la que, en todo este tiempo, no le ha pasado nada, si sabes a lo que me refiero. Ni mala suerte ni muertes ni enfermedades. Bueno, solo…

—¿Solo qué? —la interrumpió Adriana, preocupada.

—Entraron en su casa y rajaron al perro. Pero no creo que eso tuviera nada que ver con nosotras —contestó Gela, que no estaba tan segura.

—A todo el mundo le pasan desgracias… —intervino Ida.

—¿Cómo os conocisteis? —le preguntó Adriana a Gela para desviar la conversación.

—Me llamó para que hiciera la carta astral de su padre fallecido.

—¡Menuda historia! —dijo Ida, incrédula.

—Alberto nunca conoció a su padre. Su madre se había quedado embarazada a los quince años y a Alberto le educaron los abuelos. Ya de mayor quiso averiguar algo de su familia paterna. Sobre todo, porque es psiquiatra.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Adriana.

—Uno de los campos de la psiquiatría investiga la genética en la mente. Tuve que verle algunas veces, no sabía nada de su padre, solo el nombre y la nacionalidad. En fin, que vino a la consulta varias veces y un día me invitó a tomar algo.

—¡Qué romántico! —le contestó Adriana, con cierta gracia.

—No te burles. Anda y vámonos a dormir, que me caigo de sueño —le contestó Gela mientras se levantaba del sofá y se estiraba.

Tumbada en la cama, Adriana pensaba en su novela sobre Kylemore. No había dicho nada a sus amigas. No sabía cómo iban a reaccionar y, además, no estaba suficientemente avanzada. Quizá más adelante, o cuando ya estuvieran en Irlanda. Sus personajes se matizaban. Sister Anne era quizá la persona con más facetas. En su diario también hablaba mucho de Clarean. No recordaba que fuera tan amiga suya. Una chica rara, que oía y veía a ese tal Demian. Era más pequeña, como Ida, las dos tenían cosas en común. Si Ida no hubiera caído enferma, posiblemente nada de esto hubiera ocurrido. Entonces, Sister Anne debía de saberlo todo desde el principio. Pero ¿Patricia habría vivido algo semejante? ¿Qué tenía que ver con la maldición? Dijo que, después de su año, no volvió a ser la misma, pero Adriana pensó que hablaba del trabajo, de que allí se convirtió en escritora, pero ¿y si se refería a otra cosa? También ella, le había dicho, había querido escribir sobre Irlanda, pero no lo consiguió.

A la mañana siguiente, mientras todas seguían acostadas, llamaron a la puerta de la calle. Había llovido durante la noche, pero ahora la

luz se colaba por la rendija de las ventanas la. Volvieron a llamar. Adriana se levantó, cogió un jersey del armario —la casa estaba helada— y, al bajar las escaleras, vio que su padre se le había adelantado y ya abría la puerta. Como si hubiera visto un fantasma, Andrés se había quedado petrificado en el umbral.

—¿Quién es, papá? —preguntó Adriana desde el primer piso.

Él se dio la vuelta. Su mirada mostraba una sorpresa total, y mirando a su hija, contestó:

—Patricia.

—¿Puedo pasar? —Oyó la vocecita de Patricia—. Sé que es muy pronto, pero recordaba que Andrés se levantaba temprano, que luego salía a dar una vuelta y a comprar algo en la panadería de la esquina, y por eso he venido. Si molesto, me voy…

—Pasa y quítate el abrigo—le dijo él.

Patricia entró y enseguida se sentó en el sofá sin decir ni una palabra, seguramente inquieta. Era evidente que tenía que haber hecho un esfuerzo sobrehumano para presentarse en la casa así, sin avisar, después de tantos años. De hecho, Andrés tampoco podía creer lo que estaba pasando.

—¿Quieres una taza de té caliente? Me iba a preparar una.

Andrés las dejó en el salón y se fue hacia la cocina.

Adriana bajó las escaleras y se sentó junto a ella. Patricia le explicó:

—Desde que me dijiste que tu padre estaba en París, y a pesar de que temía que no me dejarais ni entrar, he pensado mil veces en venir a veros.

Había pasado todo en un instante. Un momento mágico que había desviado sus destinos para siempre. La vida tomaba un rumbo diferente. Aquel que nunca hubiera debido abandonar. Por tanto, Gela se equivocaba, pensó Adriana más adelante. El ser humano sí tenía la capacidad de elegir su destino. Darle un sentido personal. No aquel conducido por el miedo, el prejuicio, el impuesto. Ahora,

por primera vez, enfrentándose a este mal, sintió que todos ellos tomaban las riendas de sus vidas. Que volvían simplemente a su cauce original.

49

Kylemore

Oyeron hablar de Egipto durante una cena en el castillo de Ashford, a dos horas en carruaje de Kylemore. A esa distancia, Henry y Margaret se quedarían a pasar la noche, junto con la mayoría de los otros invitados. Las cenas se prolongaban días y días por las inmediaciones de un castillo que, al igual que Kylemore, estaba rodeado de bosques, lagos y montañas, pero que, contrariamente a Kylemore, era de piedra granita, como la de una construcción medieval. El castillo de Ashford databa de principios del siglo XI. En 1228, una familia de anglonormandos de nombre español, los De Burgos, conquistaron las tierras de los O'Connor en la región de Connaught. Una de las fortalezas que los De Burgos levantaron fue justamente el castillo de Ashford, conocido en toda Irlanda por su imponente piedra negra. Vivió en él la misma familia, generación tras generación, hasta que, en 1589, las tropas de la reina Isabel I se hicieron con la oscura fortaleza. Pasó por las manos de diversas familias inglesas e irlandesas hasta que, en 1815, sir Benjamin Lee Guinness lo compró. Fueron su hijo lord Ardilaun y su mujer quienes invitaron a los Henry.

El castillo era imponente. Su grandeza, algo inquietante. Su color, una mancha oscura rodeada de césped brillante. Una vez dentro, los visitantes quedaban deslumbrados ante las decoraciones doradas

bajo la luz de unas inmensas antorchas. La familia Guinness era célebres por dar las fiestas más animadas del país, que duraban hasta altas horas de la noche, en las que los comensales dejaban a los invitados disfrutar de todo tipo de excesos. Como si hubieran consumido una droga, se pensaba que en el castillo la gente se dejaba llevar por sus pasiones y sentimientos más profundos por el hecho de saberse tan lejos de su propia realidad.

De Egipto se habló desde el primer momento del fin de semana. Los señores O'Mawagh volvían entusiasmados de un viaje de un mes entero en el que habían ido a visitar el país de las pirámides. David O'Mawagh contó que, desde la llegada de Napoleón y su comisión de sabios a Egipto el año que estalló la Revolución Francesa, la fiebre de Egipto y sus increíbles descubrimientos arqueológicos comenzaron a propagarse por Europa. Apasionado de esa cultura, poseía en su biblioteca la obra magna de *La descripción de Egipto*, que acabó de publicarse en 1829 con más de treinta volúmenes sobre el país del Nilo. Uno de los invitados mencionó a Jean-François Champollion y sus descubrimientos jeroglíficos gracias a la piedra de Rosetta.

Egipto, considerado un lugar peligroso e incivilizado hasta hacía unos años, se había convertido, desde finales del siglo XIX, en el destino turístico por excelencia para las clases altas inglesas y norteamericanas. La empresa de Thomas Cook, cuyas delegaciones se expandían por todo Occidente, lo había hecho posible. De hecho, la guía turística escrita por Cook recopilaba los mejores consejos prácticos, direcciones y datos útiles para un viaje que, unos años antes, hubiera sido insospechado.

Margaret Henry, siempre tan dispuesta a viajar con su marido, a volver a visitar Italia, Francia, Alemania, no pronunció palabra en toda la noche.

—Por lo que se ha comentado, menuda logística ha conseguido desplegar el famoso Thomas Cook —explicó un comensal que no paraba de llevarse comida a la boca—. Ha hecho de Egipto el lugar por excelencia donde evadirse y descubrir al ser humano primitivo, lejos de la falsa sofisticación europea.

Sin embargo, Margaret no tenía el menor interés en descubrir al ser primitivo, sino que prefería la sofisticación. Le aterraban los bichos, el calor, el cambio de alimentación y estar tan lejos de sus hijos. ¿Cómo disuadir a su marido, al que veía fascinado mientras escuchaba todo tipo de relatos, a cuál más estrambótico?

—Y a precio razonable. Si va a la agencia, le planificarán un viaje a la medida de sus posibilidades. Les aseguro que la agencia de Cook resulta más económica que si uno va por tu cuenta. El objetivo es que todo el mundo pueda admirar esa maravillosa civilización. Antes de partir, proporcionan el itinerario impreso. Los barcos a vapor zarpan desde Londres.

—Y una vez en El Cairo, ¿qué hoteles recomienda? —le preguntó Henry, que anotaba todo en su libretita.

—Diría que el Winter Palace en Luxor o el famoso Mena House.

—Yo les aconsejo que visiten, además de las pirámides de Giza, el templo de Edfú. ¡Una auténtica preciosidad! El crucero por el Nilo también hace paradas imprescindibles. Fue lo que más le gustó a mi mujer. Ella no quiso desplazarse en camello, así que fuimos a las ruinas con porteadores.

Henry estaba completamente convencido. Durante el trayecto de vuelta a Kylemore deseaba concretar las fechas de un viaje que no podían aplazar más.

—¿Por qué no vas con John? Seguro que estaría encantado de acompañarte… —sugirió Margaret con la garganta agarrotada.

Henry no la escuchaba.

—¡Nos traeremos telas, piedras preciosas y alguna que otra antigüedad egipcia para el jardín! Dicen que se compran sin control

y que los egipcios no aprecian lo que tienen.

Margaret intentaba sentir el mismo entusiasmo que Henry. Iba a ser un viaje largo, fuera de casa y lejos de sus hijos. Había leído *Mil millas Nilo arriba*, de Amelia Edwards, que apasionó a su marido y que le había ayudado a idear el viaje siguiendo las indicaciones del libro, diferentes a las de Cook. Henry quería ver las excavaciones, navegar desde el Alto hasta el Bajo Egipto, descender en barco las aguas del río sagrado de África. En su interior, Margaret temía el viaje. Parecía un lugar para hombres jóvenes. Intentó disuadir a Henry una vez más. Su hijo John, a quien veían tan poco desde que se había mudado a Londres a ejercer de abogado, estaría encantado de acompañarlo.

Pero Henry se negó:

—Será un viaje inolvidable, confía en mí.

Partieron el 2 de octubre de 1874. A pesar de que ese día amaneció en Irlanda un sol radiante, a Margaret se le heló el corazón. El regreso estaba previsto para mediados de noviembre. Seis semanas de expedición. Los hijos, los empleados y los demás habitantes de Kylemore los despidieron, como de costumbre, en la entrada del castillo y esperaron a que el coche se alejara. Por primera vez, a Margaret le costó contener las lágrimas. No solo estaba asustada ante un país que desconocía, algo en ella le oprimía la garganta, le agarrotaba el corazón, como si se hubiera convertido en un pajarito muerto de frío.

Esa tarde Geraldine dio un paseo con Demian por los caminos que llevaban hasta Galway. Se había levantado un aire agradable. Sintiendo los últimos zumbidos de las abejas, empujaba la silla de ruedas de su amigo, esperando que fuera él quien preguntara cómo había ido la marcha de sus padres, si podría pronto volver de noche a la biblioteca, si le dejaría la ventana entreabierta… Pero esa tarde

Demian permaneció callado, disfrutando de los últimos rayos de sol, absorto en sus pensamientos. «Demian parece cada vez más lejano», pensaba Geraldine. Hasta que la niña le preguntó:

—Como mis padres se han ido a Egipto… ¿quieres que te deje la segunda ventana de la biblioteca sin cerrar para que puedas colarte?

—No hace falta. Entraré de noche por la puerta principal. Estoy cansado de esconderme como si fuera un vulgar ladrón.

Dicho lo cual, siguió absorto en sus pensamientos.

50

El domingo Adriana había previsto visitar el barrio de Île Saint-Louis y llegar hasta Notre Dame; tenía entradas para la Sainte Chapelle y pensaba asistir a la misa gregoriana en la catedral. En el autobús sesenta y tres que cogieron en la plaza de Trocadero hacia la Rue du Cloître Gela les explicó:

—Tengo previsto celebrar la boda de noche. Que sea a la misma hora y el mismo día que la sesión de espiritismo. Me gustaría rebobinar el tiempo. Que parezca todo igual.

—¿Cómo lo lograremos? ¿Se puede entrar en una propiedad privada, la abadía, y de noche? —le preguntó Ida.

—Sister Anne nos permitirá el acceso. Después de que haya caído la noche, aunque sea aún temprano. Iremos sobre las ocho de la tarde. En Irlanda está todo abierto, quiero decir, no hay vallas por ningún lado. Georges está ya avisado. No sé si lo sabías, pero estudió en el seminario y se convirtió en cura. Él se ocupará de oficiar la ceremonia. Y, por último, ¿os acordáis de Clarean?

—¿La has invitado? —A Ida se le iluminó la mirada—. ¡No la veo desde Kylemore! ¿Qué es de ella?

—A Clarean le ha ido mal, Ida, también de eso os quería hablar —dijo Gela mientras las tres bajaban del autobús—. Está interna en el

hospital Saint Patrick, en Dublín, desde hace unos diez años. Es un centro psiquiátrico.

Aunque Adriana se lo esperaba, Ida se quedó boquiabierta

Fuera era difícil esquivar la avalancha de gente por las calles. Siguieron caminando un rato hasta la entrada de la catedral. El lugar estaba inundado de turistas. Avanzaron con dificultad hasta llegar ante una cola inmensa que daba la vuelta a la plaza.

—Nosotras venimos a escuchar misa gregoriana —les dijo Adriana mientras se encaminaba hacia la puerta lateral.

En el interior de la iglesia hacía calor y olía a una mezcla de sudor e incienso que les recordó Kylemore. Ida se tapó la boca, más por reflejo que otra cosa, y se instalaron en una fila de sillitas de madera que ya existían cuando Adriana venía de pequeña con Patricia y su padre a escuchar las ceremonias del cardenal Jean-Marie Lustiger. Al pensar en Patricia, su corazón tuvo un destello de alegría que la hizo olvidarse de Kylemore y de toda la parafernalia que estaba organizando en Irlanda su amiga Gela. El órgano resonó en la catedral y la gente se mantuvo quieta, absorta en un mundo que ya no era el de la calle, el de las tecnologías, el de las prisas y la realidad. «¡Menudo mundo les ha tocado vivir!». Adriana pensaba que quizá no fuera una maldición en un colegio para señoritas en el Finisterre de la tierra, sino el destino de la sociedad actual, desenfrenada, poco humana, robotizada.

Al salir de la iglesia, Ida, que había estado pensando en Clarean, insistió en saber más sobre ella y Gela le contó lo que le había escrito Sister Anne:

—Nosotras, las españolas, nos quedábamos solo un año, pero las irlandesas como Clarean permanecían en Kylemore toda la escolaridad. Al cabo de unos meses de nuestra partida, tu amiga

empezó con tu mismo mal, Ida. Dolor de huesos, seguido de una especie de parálisis. Le costaba caminar. Hasta que el último semestre la sacaron del colegio.

—Pero eso no es razón para meterla en un psiquiátrico —le contestó Ida, que ahora caminaba nerviosa, con un paso apresurado.

Gela no dijo nada más.

Se estaban acercando al restaurante Lipp, donde Adriana había reservado una mesa para las tres, cuando Ida volvió con su pregunta:

—¿Qué le pasó? —preguntó; como buena abogada, su amiga era capaz de sacarle al cliente hasta la última palabra.

—Le cambió la voz. Clarean empezó a hablar como un hombre. Como si tuviera a otra persona dentro. Quizá tanto ella como nosotras sufrimos las consecuencias de ese pacto de amor entre Demian y Geraldine. Cuando nos marchamos, cuando tú te fuiste del colegio, Demian se apoderó de ella.

—Ya aseguraba que veía a Demian, ¿os acordáis? Como tú, Ida —contestó Adriana.

—En el espejo del baño, me acuerdo perfectamente. Pero de ahí a hablar como un hombre… es un poco extraño —contestó Ida.

—Sister Anne me contó que esos brotes no eran muy frecuentes. Que fue al salir del colegio cuando se puso peor y que al final acabó en el hospital —explicó Gela—. He pensado que, antes de ir a Kylemore, podríamos ir a visitarla.

—¿Al hospital? ¿No crees que te estás pasando…? —le preguntó Adriana.

En el restaurante Lipp, cansadas de tanto caminar y con ganas de refugiarse del frío, las tres se sentaron con alivio en la mesa que les había indicado el *maître*. Les entregaron los menús tan rápidamente que Adriana se arrepintió de haber elegido ese restaurante. Se había

vuelto demasiado turístico. Quería disfrutar con tranquilidad y que no las echaran de la mesa para sentar al turno siguiente.

—Os aconsejo el pato y de postre el helado de café. Es lo típico de este local —dijo Adriana sin abrir el menú.

Luego preguntó por Ruth.

—Ruth es… especial. Quizá las madres tengamos todas esa impresión, pero es como si Ruth no fuera mi hija, sino un ser que viene de otro lugar y que me han encomendado para ayudar. A veces tengo la impresión de que no tiene nada que ver conmigo.

—Igual se parece a Dani—contestó Gela.

—Tampoco. Ruth es mayor. Tiene doce años, pero ya es adulta, a veces creo que lo es más que yo, casi ancestral. Lo sabe todo, a veces cosas que ni sospecha. Describe lugares en los que nunca ha estado y los dibuja en sus cuadernos. ¡Dibuja de miedo! Unos paisajes verdes, con bruma, algo misteriosos, que son una preciosidad. ¿Os recuerda algo?

—Los paisajes de Connemara —dijo Gela.

—Exactamente. Y no solo eso. Ruth sueña cada vez más esa escena del lago de los niños ahogándose y que también soñábamos nosotras…

—Yo lo sigo soñando —contestó Adriana sin pensárselo—. Veo a Demian y a Geraldine en mi mente como si los conociera. Pero esos sueños no me producen miedo. Hay otro, en cambio, en el que me veo en un bosque de noche y siento como si alguien me tirase de la muñeca. ¿A vosotras no os pasa?

Sus amigas la miraron sin entender.

—No. Ruth me cuenta la escena del lago con los niños con todo tipo de detalles. Pero es de día. La trágica realidad con ella es que, mientras su cerebro nos deja a todos boquiabiertos, su cuerpo está cada día más enclenque. Y eso es un drama…

—¿La llevas a sesiones de rehabilitación? —preguntó Adriana.

—Cada día. Va ella sola. Es muy independiente, pero inválida. Una extraña combinación, ¿no os parece?

—¡La verdad es que no! —dijo Gela—. ¡A mí el cuerpo nunca me ha importado nada! Es curioso, porque siempre he tenido parejas en mi vida que no se fijaban en mi físico. Somos nosotros los que reflejamos nuestra imagen en la mirada de los demás.

—¡Deberías traértela a Kylemore para la boda! —dijo Adriana.

Por la tarde, sus amigas se marcharon de París. Su padre tampoco estaba en casa y, ante el final del domingo, siempre un poco melancólico, Adriana se pasó un rato anotando lo que habían estado hablando de Ruth, de los núcleos de amor, de la historia de Clarean. Se daba cuenta de que la tragedia había sido doble y quizá por eso se transmitía de unos a otros sin que nadie pudiera aspirar al amor verdadero antes de su muerte. Sin entenderlo del todo, escribía sus ideas antes de que estas se esfumasen. Ida había dicho que por el camino de tierra que conducía a la iglesia gótica había una casita con techo de teja roja que parecía de Hansel y Gretel. Era el mausoleo de los Henry, donde recordaba haber visto escrito:

AQUÍ REPOSAN LOS RESTOS DE MARGARET HENRY
(1829-1874), QUE PERDIÓ SU VIDA TRÁGICAMENTE…

51

Kylemore

«No dejes nunca que la felicidad alcance dimensiones celestiales o Dios te la arrebatará». Mitchell recordó la advertencia de su padre quizá demasiado tarde. De hecho, Alexander Henry nunca habría creído que su hijo se entregase así al placer, a la vida sana y dichosa cerca de su mujer, alcanzando tal grado de satisfacción sin devolverle nada a Dios. Ese amor absoluto nunca lo habían vivido sus padres, pensaba Mitchell Henry desde su biblioteca. De hecho, Alexander había sido un fiel creyente. «Se cosecha lo que se siembra», le decía. «El cielo se gana con el sudor de la frente», le explicaba a su hijo cuando este no había aún heredado ni un céntimo. «La ociosidad es como vender tu alma al diablo», defendía.

¿Acaso Mitchell Henry había vendido su alma al diablo? Esos años en los que había aumentado la familia, visto crecer a sus hijos, viajado con Margaret por el mundo entero, asistido a todas las fiestas del país y «entregado su vida», como le dijo su padre, a la mayor felicidad que se pueda concebir. A decir verdad, las tragedias en Kylemore acababan de empezar…

A pesar de la cantidad de libros que había acumulado, su padre había sido bastante más sabio que él.

El 15 de noviembre, después de un viaje de más de un mes por Egipto, los señores Henry regresaron a Kylemore. Margaret más delgada y pálida que nunca. ¡Quién se creería al verla que regresaba de un país soleado y exótico! A pesar del malestar de su mujer, Henry volvía pletórico, sin imaginarse lo que le esperaba. Nada podía pasarle a su mujer. La mujer más hermosa de toda Irlanda, la más rica, la más feliz, era para Henry inalterable.

Por primera vez, Margaret no le había pedido que pararan para visitar a sus padres de camino, sino que ansiaba regresar y abrazar a sus hijos. «En casa te recuperarás». El calor —su mujer había estado siempre abanicándose—, las esperas a los guías egipcios, los conductores, los paseantes de camellos que nunca cumplían los horarios pactados, por no hablar de la comida picante envuelta en hojas que su mujer miraba con repugnancia. Todo, para Margaret, había sido un suplicio.

Su mujer era delicada, padecía de mareos desde que la conocía y, en Egipto, a partir de la tercera semana, sintió náuseas y dolor. Henry a punto estuvo de tener que adelantar la vuelta. Margaret se quedó varios días en el hotel. Luego vio las pirámides durante el viaje por el Nilo, pero permaneció el resto del tiempo en proa mientras los turistas y por supuesto su marido bajaban a visitar Luxor, Abu Simbel, el templo de Karnak. Hasta que una mañana Margaret se encontró realmente mal y se decidió a dar el viaje por finalizado. En cuanto emprendieron el retorno, tardaron otros siete días en alcanzar su destino. Margaret apenas comía. Al llegar a Londres, la auscultó un compañero de carrera de Henry, que le diagnosticó un virus tropical.

—Agua y reposo, esperemos que su cuerpo consiga eliminarlo —dijo el doctor.

—¿Y si no? —había preguntado su marido.

—Sabemos poco de esos virus, querido Henry.

Ya en Kylemore, Margaret apenas se sostenía de pie. Henry la había instalado en la cama de su cuarto, donde sus hijos fueron uno a uno a saludarla. Los días siguientes no parecía capaz de superar la enfermedad. Margaret se encontraba cada vez peor. De nada sirvieron los cuidados del mejor médico digestivo, que vino expresamente de Dublín y se instaló en en la casa los veinte días que sobrevivió al virus que, finalmente, se la llevó.

Margaret se apagó como una llama que se extingue cuando el fuego sigue joven y caliente. Tras dos semanas de agonía, y con apenas aliento, falleció el 4 de diciembre de 1874 a los cuarenta y cinco años de edad.

Ver morir a su mujer fue el mayor dolor, el golpe más grande que Mitchell Henry tuvo que vivir jamás. ¿Egipto o él? ¿Quién había sido verdaderamente el asesino? La culpa iba a ser su nueva compañera. Día tras día, esta le recordaría su insistencia, su egoísmo, su arrogancia, al querer que su esposa lo siguiera en aquella expedición que, finalmente, se la llevó. Una enfermedad tropical contraída durante el viaje al que Margaret le había suplicado no acompañarle. Y él, que había sido médico antes que marido, antes que administrador de todos esos bienes ganados por su padre y acumulados por él, el famoso médico prometedor, fue incapaz de salvarla.

—Cuida de nuestros hijos, Henry. No los dejes tan temprano como los voy a dejar yo —le hizo prometer su esposa antes de cerrar los ojos para siempre.

—No te vas a ninguna parte…

Henry lloraba amargamente.

—Querido, prométeme que enterrarás mi cuerpo en Kylemore, que la sombra de ese viejo cedro cubrirá mi lecho y siempre me protegerá. Prométeme que un día tú reposarás a mi lado.

52

Ese fin de semana que Adriana pasó con sus amigas y en el que apenas pisaron la casa de su padre, Patricia y Andrés no se separaron. Como dos viejos amigos que se reencuentran después de mucho tiempo, ni siquiera dieron paso a los resentimientos ni a los porqués. El domingo, cuando, al marcharse, Andrés le había dicho simplemente «quédate», ella lo había mirado y con una ligera sonrisa le había dicho que debía ir a ocuparse de Nilo, el gato con el que compartía su piso.

—¡Nos lo traeremos! —había exclamado él—. No quiero que desaparezcas una vez más.

Como si nunca se hubiese marchado, Adriana llevaba unos días sintiendo la presencia sigilosa de Patricia. ¿Y si hubiera sido ella, interrogando el pasado, viviendo en sus recuerdos para tratar de sacar esa historia de Irlanda agarrotada en su interior, la que había atraído a Patricia de vuelta? Una de las cosas que se le habían olvidado y que ahora oía eran sus pasos de madrugada. Había recuperado la mesa, había despejado los instrumentos de su padre para colocar su ordenador y se había puesto a escribir. Parecía ilusionada de nuevo y había rejuvenecido unos años en un instante.

Una noche en la que Adriana oyó sus pasos hacia el estudio, se levantó de la cama y fue a verla. Eran las cinco de la mañana. Su padre, Nilo y todo París dormían.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —le preguntó Patricia nada más verla.

—Quiero saber qué escribes. Pensé que hacía años que no te salía nada —le dijo Adriana.

—Es verdad. Pues lo mismo que tú. —Patricia se quedó pensativa —. Pero mi historia es diferente. Me tengo que remontar a mi infancia. Ahora sé que, aunque adquirí en ese colegio la noción de mi profesión, aunque descubrí a la Patricia escritora, también abandoné algo que me toca recuperar.

Adriana sentía que Patricia, a pesar de tener los ojos fijos en ella, no la miraba del todo, sino que su luz, al hablar, le venía de dentro.

—¿Piensas que uno puede equivocarse y seguir por error caminos que no le están destinados? —le preguntó Adriana que, algo dormida, se había tumbado frente a ella en el sofá del estudio.

—No lo sé. Pienso que una tarda años en recorrer su propio camino. Pienso que todos tenemos un solo destino. Te puedes parar, bloquearte, no entender o dar vueltas en vano, pero no creo que te puedas desviar. Tienes una misión en la tierra. Todos tenemos la nuestra y aquí, en este mundo, dure lo que dure, venimos a vivirla. A veces creo que los que se van pronto es que la viven antes que los demás. Yo, en Irlanda, bloqueé una parte de mi vida, que ha estado congelada hasta la fecha, y no he avanzado ni un paso desde entonces.

—¡No digas eso! —le contestó Adriana, que había cerrado los ojos.

La voz de Patricia le hacía pensar en su infancia. Sus palabras, quizá incluso sin escucharlas del todo, la mecían dulcemente con un bienestar bañado de seguridad, protección y armonía como hacía tiempo no sentía.

Nilo saltó sobre ella y se acurrucó entre sus rodillas y su pecho.

—Es como si hubiera negado una parte de mi vida —continuó Patricia con la taza de té en la mano—. Ahora, años después, no solo la acepto, sino que la necesito para seguir avanzando. El primer paso, créeme, ha sido recuperaros a vosotros. Siempre habéis sido mi familia. Mi única familia. Ahora me toca realizar el segundo paso. Pronto lo entenderás.

—Pero ¿no tenías una hermana? —le preguntó Adriana. Pero la respuesta tardó en llegar y Adriana, que se quedó completamente dormida, no llegó a oírla.

Patricia acarició a Adriana. Andrés se levantó. Apenas eran las seis. Se acercó a Patricia, dejó su taza de té en la mesa y le dijo:

—Anda ven, volvamos a la cama…

53

«Ya que tienes que volver a Kylemore, vete unos días antes y empápate de la música, la gente, la historia de Irlanda», le había encomendado Patricia. Adriana le había dicho que no iba a escribir sobre Irlanda, pero Patricia le había contestado: «Escucha su viento y lo entenderás».

Lo cierto es que, por primera vez, estaba deseando irse de París. Dejar a su padre y a Patricia. Estaba feliz de que hubieran vuelto, pero ahora era ella la que sentía que su lugar ya no iba a ser esa casa. Su vida, en esos momentos, debía emprender un nuevo camino. Quizá en Irlanda y lejos de su casa conseguiría también dar forma a una novela de la que tan solo había escrito capítulos sueltos.

Tenía previsto volar a Dublín el jueves 8 de diciembre, unos días antes de la boda, prevista para el 13. Gela quería que coincidiera el día exacto para «deshacer el hechizo», había utilizado la palabra «hechizo» y no «maldición», como si eso fuera una película de Harry Potter. Pero poco importaba. Sus amigas llegarían dos días antes para ir a ver a Clarean al hospital. ¿Conseguirían hablar con ella y saber algo más sobre los Henry?

Como le había dicho Patricia, cada lugar tenía su lenguaje y ella debía sumergirse en el irlandés, tan propio y diferente, si deseaba escribir sobre el país. ¿Quién iba a querer viajar un martes a las doce y veinte desde París-Charles de Gaulle hasta Dublín? Adriana estaba segura de que se subiría a un avión vacío, pero se equivocó. El avión iba llenísimo. «Aparentemente, Dublín arde en fiestas», pensó para sus adentros. Había comprado un asiento en primera con la tarjeta de su padre. El suyo era el 2C, ventanilla, para apoyarse y soñar mientras miraba por la ventanilla. Esperaba un vuelo relajado en el que tendría tiempo de pensar en lo que le esperaba y, de paso, en la estructura de una novela que la tenía completamente perdida. Aunque el avión solía darle un sueño horroroso. También llevaba consigo el libro sobre Kylemore de Villiers-Tuthill que ya se sabía casi de memoria y que era un tratado sobre la historia del castillo tremendamente aburrido, pero de una meticulosa precisión.

Se dejó caer en el asiento. En el de al lado colocó su abrigo y una enorme bolsa de cuero en la que había metido todo lo que creía necesitar: ordenador, cuadernos, una linterna, dos gruesos jerséis negros para combatir el frío irlandés, calcetines, camisetas de manga larga, un par de vaqueros y zapatillas de deporte. Detestaba facturar el equipaje. El traje para la boda ya lo compraría en Dublín. De todos modos, de noche en Kylemore y en una iglesia abandonada tampoco es que fuera a ponerse un vestido largo. ¡En todo caso, un bonito pantalón que le permitiera salir corriendo si aparecía el mismísimo diablo!

—*Bonjour, madame, je crois que nous sommes voisins*.

Adriana miró al personaje que le hablaba francés con un marcado acento español.

—*Apparemment. Bonjour, monsieur.* —Adriana nunca había tenido que saludar a su vecino de asiento, pero, en este caso, había sido tan amable que lo normal era contestar.

—*Je veux dire voisin, rue Desbordes Valmore*.

Adriana se sobresaltó. ¿Cómo sabía la calle en la que vivía? Le miró con ojos suspicaces.

—¿Es usted español?

—Pues sí. ¿Usted también? No lo parece, su francés es perfecto.

—Lo aprendí de pequeña —le contestó Adriana, incorporándose en su asiento—. ¿Cómo sabe el nombre de mi calle?

—Vivo también ahí. Por lo menos eso es lo que pone mi DNI. La he visto alguna vez por el barrio.

—Pues no me suena de nada.

—Es que suele ir usted un poco ensimismada y hablando consigo misma —le dijo mientras se sentaba y se abrochaba el cinturón.

Adriana sonrió. Era verdad; siempre estaba soñando o maquinando alguna idea mientras caminaba por la calle. El teléfono de su vecino vibró. Este contestó con cierta calma y en inglés. Bastante sorprendida por la coincidencia, Adriana tomó el libro sobre Kylemore y lo abrió por una página cualquiera. Simulaba que leía. La realidad es que pensaba en su compañero de viaje. ¿Qué diría su amiga Gela? Seguro que encontraría todo tipo de significados astrales para ese encuentro.

Discretamente, le echaba algunas miradas con el rabillo del ojo. En un alarde de coquetería, se quiso fijar en si llevaba un anillo en el dedo, algo que delatara si estaba o no soltero. Por la edad que aparentaba, lo más seguro es que fuera padre de familia con una de esas mujeres de tacones altos y peinado de peluquería. Pero no. Su mano, de dedos delicados, estaba libre de todo adorno. Aunque eso no quería decir nada. «O casi nada», pensó Adriana. Mientras lo oía hablar en un perfecto inglés, quería descubrir más cosas sobre él. Llevaba puesto un traje chaqueta oscuro con una corbata de tonos verdes. Era ejecutivo del mundo de las finanzas, probablemente banquero. Se abrió la chaqueta para ponerse más cómodo. Su camisa, de suaves rayas grises casi imperceptibles, escondía una ligera tripa. Aunque debía de cuidarse, Adriana concluyó que

tampoco en exceso. Su traje era elegante, como el reloj que llevaba en la muñeca izquierda y que miraba con gusto, de vez en cuando, mientras escuchaba a su interlocutor. Adriana se sorprendió al constatar que, ceñido a esa misma muñeca, aparecía otro reloj, uno de esos finos negros que marcan, además de la hora, aplicaciones de salud. ¿Deportista? No tenía pinta. Él había cruzado las piernas, demasiado largas para el estrecho espacio del avión. Por el altavoz se oían las diferentes explicaciones sobre el viaje y la obligación de poner en modo avión todos los dispositivos. Pero su vecino no prestaba atención a la azafata. Adriana se preguntó si debía decirle algo, pero optó por quedarse callada y fingir que seguía leyendo. Hasta que, por fin, cuando el avión ya empezaba a avanzar por la pista, oyó que su vecino se despedía. Unos segundos más tarde, y sin hacer el menor caso tampoco a que estuviera leyendo, le dijo:

—Me acabo de dar cuenta de que no le he preguntado por su nombre. Yo soy Javier, Javier Armero, y usted es…

—Adriana Ibanez.

—¿Algo que ver con el artista? Sabía que vivía entre París y Mallorca. Creo que estaba casado con una francesa, ¿no es así?

—Sabe usted muchas cosas sobre la vida de mi padre —le contestó Adriana, algo sorprendida de lo rápido que iban las cosas.

—Tengo una obra suya. La compré en Arco hace unos años, cuando sus precios no estaban como ahora. ¿Va a Dublín para la inauguración de una exposición?

—No, voy a la boda de una de mis mejores amigas. A Connemara. ¿Lo conoce? —Adriana deseaba cambiar de tema. La popularidad de su padre la abrumaba bastante.

—Pues no… Lo cierto es que apenas conozco Dublín. Siempre voy por trabajo y nunca he tenido ocasión de viajar por Irlanda. ¿Y usted?

—Me puede tutear.

Se les acercó una azafata ofreciéndoles algo para beber.

—¡Tuteémonos, pues! ¿Te apetece una copa de champán, Adriana Ibanez?

Desde luego, aquel hombre era peculiar. Una mezcla de simple alegría de vivir era lo que se desprendía de una persona que hablaba abiertamente y parecía querer disfrutar del momento. Adriana decidió seguirle el juego. Al fin y al cabo, a eso venía, a abrirse a las señales.

—¿Por qué no? ¡Me vendrá bien para afrontar el fin de semana que me espera!

—¿Tu amiga se casa con un irlandés? —le preguntó Javier.

Adriana se rio. Solo con imaginarse a la inmensa Gela, vestida de negro con esas telas que le caían hasta los pies, casada con un irlandés blanco y pelirrojo, le hizo mucha gracia.

—¡Qué va! Se casa en Irlanda porque nos conocimos allí. En un internado. Cuando teníamos catorce años.

—¡Qué romántico! Parece el tema de una novela…

—¿Verdad? Pues es justo lo que estoy haciendo. —Y enseguida Adriana se arrepintió de haberlo dicho.

—Lo adiviné. Llevas un ordenador y varios libros en tu bolsa. Le pega mucho a la hija del famoso Andrés Ibanez ser una gran escritora…

—Te lo agradezco, pero no es el caso —le contestó Adriana, sintiendo una ligera presión en el estómago.

—Para mí ya lo eres. ¡Brindemos por tu futura novela!

Hablaron sin parar durante todo el viaje. A Javier le encantaba el arte y compraba obras de artistas contemporáneos. Vivía entre Madrid y París, viajaba por Europa y era responsable territorial del banco para el que trabajaba, en Inglaterra, Irlanda y los países escandinavos. Siempre que iba a Dublín se quedaba en el hotel Merrion, frente al parque Saint Stephen’s Green, de modo que si

disponía de unas horas libres antes de cenar, se podía dar una vuelta o echar una carrera. «¡Pero solo si no llueve! Por ahora solo me pasó una vez, el año pasado», le contó a Adriana.

Aterrizaron en Dublín cerca de las cuatro de la tarde y ya casi había anochecido. La ciudad se agitaba y nada más salir del aeropuerto sintieron su energía. Juntos, se dirigieron hacia la parada de taxis. No iban en direcciones similares, y al despedirse, Javier le propuso quedar otro día.

—Pero ¿no te ibas mañana? —le contestó Adriana.

—Sí, pero puedo retrasarlo. ¿Cenamos mañana? Habré terminado mis reuniones. Te pasaré a recoger por el hotel —le dijo Javier mientras el taxi ya arrancaba.

Durante el trayecto, Adriana pensó que ese desconocido era un auténtico descubrimiento. «No te emociones», se dijo para sí misma, y enseguida se arrepintió de haber quedado a cenar. «Venías a escribir y ya estás ligando». No, el amor no era para ella y no quería volver a empezar. Abrió ligeramente la ventanilla del taxi para que le diese el aire en la cara. Llenó sus pulmones del viento del Atlántico. Quería disfrutar de Dublín, pasearse, sentir la ciudad por lo menos hasta que llegasen sus amigas. Y se tomaría el resto de la tarde para ella. Dejaría la maleta en el hotel y saldría a vagabundear.

Su hotel estaba cerca de una zona residencial, con pequeñas casas, comercios artesanales y restaurantes familiares. Adriana salió a dar un paseo, dejándose invadir por una atmósfera desenfadada y opuesta a la parisina. A pesar del frío, las terrazas estaban llenas de gente charlando acaloradamente. Había alegría, como la de un pueblo marítimo y no la de una ciudad. Llegó hasta un parque y quiso sentarse en un banco a descansar. Pero, en vez de eso, regresó a su habitación de hotel y se tumbó en la cama. Había caminado un buen rato y, con el viaje, estaba más cansada de lo que pensaba. Se puso a chatear con sus amigas, pero sus ojos le dolían, y aunque era temprano, apagó la luz para dormir. Oía las

gotas de agua golpeando la ventana. El ruido le recordaba algo, pero no sabía qué.

Poco a poco, se fue quedando dormida. Y soñó. Soñó que alguien tiraba piedras a los cristales de su cuarto. Soñó que alguien la llamaba desde un jardín abundante. Ella estaba angustiada, le daba miedo abrir la ventana, incluso mirar quién era. El sonido de las piedras fue en aumento. Parecía que los cristales fueran a estallar. En su sueño Adriana se aproximó a la ventana, quiso ver quién era, pero no lo logró.

Se despertó sobresaltada.

Estaba empapada en sudor y su corazón parecía que se le iba a salir del pecho. Se acurrucó en la cama como una niña. Le dolía entre las piernas, sintió, una vez más, como si un líquido se derramase. ¿Estaría sangrando? La cama estaba seca. Se pasó la mano y aunque no había nada, notó de nuevo su propia sangre.

Escuchando el intenso sonido de las gotas de lluvia en los cristales, creyó entenderlo todo… ¿Quién era ese ser de sonrisa macabra? Había tenido otra pesadilla.

54

Kylemore

Mitchell quedó devastado. Si bien su fortuna iba creciendo, tras el fallecimiento de Margaret su vida quedó arruinada para siempre. El castillo de Kylemore, ese lugar escogido por ella con tanto esmero, decorado, vestido con lo mejor que habían podido encontrar en los cientos y cientos de viajes, ahora lloraba de dolor.

Transcurridos unos meses desde la tragedia e incapaz de seguir tomando decisiones, Mitchell Henry no tuvo más remedio que interrumpir las últimas obras del castillo. A los mismos arquitectos les mandó construir en el jardín un último nicho para su esposa. Un mausoleo, en el paseo que bordeaba el lago, por donde le gustaba caminar. Antes de morir, Margaret le había indicado el emplazamiento. Debajo del famoso cedro milenario también erigió una capilla para ella.

Con el paso del tiempo, Kylemore se apagaba. Había salas por las que no quería ni pasar, tal era la sensación de estar viendo a su mujer, oyéndola, olvidándose, por un instante, que se había ido para siempre. El señor Henry tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarse por las mañanas y seguir aparentando solidez. Los

habitantes de la casa, esa multitud de personas, para Mitchell ya estaban muertos.

¿Qué podía ya importarle? Desayunando junto a sus hijos intentaba aparentar normalidad. Geraldine, el vivo retrato de su madre, le recordaba su insuperable belleza. Viva, algo salvaje, iba creciendo con el brillo en la mirada de aquel que ama y sabe adónde va, del que no duda y es capaz de saltar los obstáculos uno a uno, sabiendo que su amor es más fuerte que todos ellos. Menos mal que estaba Geraldine, decidida y a la vez delicada, en ocasiones etérea, como si no viniese de este mundo o estuviese en comunión con el más allá. Su hija no parecía caminar, sino que volaba. No hablaba, sino que su voz modulaba las palabras de forma cantarina. Y, por supuesto, jamás callaba lo que pensaba, ya fueran las diez de la noche o recién despertada de un mal sueño, como le había ocurrido esa mañana. Irrumpió en el comedor descalza y vestida con un camisón que arrastraba por el suelo.

—Papá, te necesito.

—Buenos días, Geraldine.

—Quería hablarte de Demian.

—¿Demian? ¿Quién es Demian? —contestó Mitchell Henry, que sabía perfectamente quién era ese muchacho que se pasaba el día con su hija ahora que Margaret no estaba ya aquí para impedirlo.

—Es el hijo de la señora O'Reilly, mi…

—¿El hijo del granjero? No creo que sea nada tuyo.

Sin querer, Mitchell elevó la voz más de la cuenta. Quizá por el cansancio, últimamente no dormía nada bien, y le costaba controlar su humor. Enseguida se arrepintió.

—Es mi amigo, papá, y tienes que curarlo.

Geraldine, firme en todas sus afirmaciones como lo había sido su mujer, lo observaba sin desviar la mirada.

—No sabía que estaba enfermo —le dijo su padre, más calmado.

—Es paralítico.

—Yo no puedo curar eso, tesoro. Ya no ejerzo. Solo Dios sabe remediar esos males.

—Papá, yo sé que tú puedes hacer que camine.

Geraldine esperaba una respuesta. Se quedó ahí plantada, delante de él mientras su padre terminaba su desayuno.

Para el extraño Demian, el chico que apenas hablaba con nadie, Geraldine era su luz. A pesar de estar confinado en una silla de ruedas, el señor Henry lo oía cada día colarse en su biblioteca, escuchaba el deslizar de sus ruedas entre las estanterías, los libros, cómo abría las páginas y se dejaba instruir por las miles y miles de palabras que el joven leía a diario. Pero a esas alturas ya se lo permitía y fingía no saber que había alguien a su lado. En el fondo, a Mitchell le hubiera encantado que tan solo uno de sus hijos hubiese tenido la mitad de la afición del hijo de los O'Reilly por aprender. Pero Dios distribuye los dones como quien juega a los dados.

—Desayuna y luego hablamos.

Mitchell abrió el periódico. Pasaba las páginas con desgana. También la actualidad, la política que tanto le emocionaba, había perdido su consistencia. Puesto que todo le parecía igual, ni su ser ni su espíritu permanecían en alerta. El mundo había dejado de interesarle. Esbozó una sonrisa. ¡Que ahora Geraldine le pidiese que volviera a operar era como si quisiese que hablara en otro idioma!

Sin embargo, los días fueron pasando y la idea no parecía querer abandonar su mente.

55

No hay mayor placer que un té negro saboreado con el sonido de las palabras en el ordenador. A Adriana le encantaba escribir cuando todavía no se había despertado del todo, como a Patricia. A esas horas se inspiraba, conseguía adentrarse en lo más profundo de sí misma, cuando aún no había hablado con nadie. Había pedido el desayuno en la habitación y, al ver que llovía a cántaros sobre Dublín, decidió quedarse a escribir, toda la mañana en su cuarto.

Pasado mediodía, salió a tomar algo y pasearse por la ciudad. Había dejado de llover y el cielo se había abierto, qué típico era eso de Irlanda, recordaba. ¡En un solo día uno podía vivir las cuatro estaciones, le había explicado Sister Anne, y tenía toda la razón! Sus pasos la encaminaron hacia el río Liffey, que cortaba Dublín, como hacía el Sena con París, en dos mitades. En este caso, la central y la periférica.

En cuanto vio una pastelería que le pareció apetecible, se metió y comió algo. Justo delante tenía la entrada principal del Trinity College, frente a la cual se agolpaban estudiantes y un sinfín de

bicicletas. Mientras se tomaba su tercer té negro del día y un delicioso scone con mermelada y mantequilla, se había puesto a recordar la visita que había hecho con su padre y Oliver a la universidad. No recordaba haber visto el Libro de Kells, seguro que no había prestado atención y decidió entrar.

El museo no dejaba acceder a mucha gente para no dañar el manuscrito. En las primeras salas se veían unas pancartas enormes que agrandaban las láminas del Libro de Kells, también conocido como el Evangelio de san Columba, el evangelizador de Escocia. El ejemplar databa del año 700 y había sido hallado en una abadía de Kells al norte de Irlanda, donde vivían los monjes de Iona. Tras la invasión de los vikingos, el libro fue escondido y, por ende, preservado de las guerras. También se preservó del paso del tiempo. «De nuevo algo suspendido en el tiempo entre varias épocas», pensó Adriana. Entendía por qué a Irlanda se la denominaba «isla mágica». Irlanda había sido escogida por muchos monjes para fundar sus abadías. Lugar místico. Tierra sagrada. Adriana seguía caminando. Oliver tenía razón —pensaba— cuando llamaba a Irlanda «el país del fin del mundo», como si el tiempo no dejara huella. Adriana vagaba en su mente sintiendo que todo estaba conectado, aunque hubieran pasado más de mil años. A su lado, una pareja comentaba: «Todo tipo de historias y teorías circulan sobre el manuscrito. No se sabe exactamente dónde se realizó, por qué permaneció inacabado y lo que significaban las mezclas de símbolos celtas junto con los textos evangélicos».

Las láminas sobre la crucifixión y la elaborada decoración que enmarcaba las figuras religiosas eran imponentes. A pesar de los mil años de historia que separaban a Adriana del Libro de Kells, los intensos colores seguían vivos, tanto ocres como amarillos, rojos,

violetas, verdes, otorgando un gran dinamismo al conjunto de la lámina.

En todas las reproducciones, una figura geométrica se repetía más que las demás: una extraña rueda de tres bordes, redonda pero abierta. Algunas de ellas daban vueltas y más vueltas en espiral.



«El símbolo celta más antiguo», pensó Adriana, que lo había visto varias veces por Galicia. Se llamaba la Triple Espiral. Adriana recordó también uno de los collares que llevaba Gela, con esa misma rueda abierta en tres, y le había explicado que representa la espiritualidad. Gela decía que era su amuleto. «Dicen que abre los caminos y une el mundo interior con el exterior, nacimiento, muerte y renacimiento. El símbolo de la Triple Espiral permite traspasar los estados y permanecer en ellos hasta la eternidad», le había dicho su amiga.

Con la pareja de desconocidos, Adriana pasó a una sala completamente en penumbra, donde estaba guardado el manuscrito real. Expuesto dentro de una cristalera iluminada, cada semana se mostraba una página diferente. Esa semana, el libro estaba abierto por la página del Evangelio de san Juan. Iluminada, con un decorado en forma de arabescos y figuras geométricas a su alrededor, coronada por un águila negra de pico alargado. «La belleza en una atmósfera amenazante», pensó.

Salió de la exposición llena de ideas para su novela. Algo había descubierto gracias a esos monjes de Iona. La tarde no le resultaba tan fresca y volvió al hotel dando un largo paseo.

Esa noche había quedado a cenar con Javier. Había pasado día y medio desde que había aterrizado en Irlanda y le pareció que se había precipitado aceptando la invitación a cenar de, al fin y al cabo, un desconocido con el que había hablado en el avión. Adriana estaba disfrutando tanto de su soledad y lejanía familiar antes de ir, por fin, a Kylemore que se preguntó si anularla. «¿Otra vez con dudas?», pensó. Incapaz de encontrar el teléfono de Javier, a las ocho sonó el de su cuarto para anunciarle desde recepción que Javier la esperaba en el bar con una copa de champán en la mano.

—He reservado en el restaurante de la esquina, para que no te inquietes por cenar con un desconocido —le comentó, adivinando sus pensamientos.

—¡Qué alivio! —le contestó Adriana con humor—. Pero antes te acompaño con otra copa de champán.

Al cabo de un rato salieron del hotel hacia el restaurante. Dentro del local, una atmósfera cálida dejaba en la puerta la abrumadora energía, el ruido y el frío de la ciudad. Una especie de música difusa de sala de espera de un centro de meditación les daba la bienvenida mientras una señorita oriental los ayudaba a quitarse los abrigos. Adriana estaba feliz y bastante relajada después del champán. Le gustaba la idea de cenar en un restaurante sofisticado después de haber pasado el día comiendo sándwiches, pasteles y ensaladas.

Los acompañaron a una mesa apartada que había seleccionado Javier, puesta con una delicada vajilla blanca sobre un mantel largo de algodón, también de color blanco. Se sentaron y, al instante, encendieron la vela de la mesa.

—Bienvenidos. ¿Desean tomar algo antes de la cena?

Javier miró a Adriana y pidió vino para los dos. Empezaron a hablar de sus días en Dublín. Adriana le contó que había ido a ver el Libro de Kells y le habló de la página abierta del Evangelio en la que había visto un águila negra y unos personajes del medievo, esquemáticos y con ojos almendrados.

—El águila es san Juan —le dijo Javier—. Se representa al evangelista bajo la forma de ese animal, ya que su texto es el más abstracto de todos. El que da pie a interpretaciones esotéricas. ¿Sabes que es la misma águila que aparece en el escudo español?

—No lo sabía —le contestó Adriana.

—Irlanda y España siempre han tenido un vínculo especial dentro de los países europeos. Por su historia, el pasado celta, el catolicismo. ¿Por eso te mandaron a estudiar a ese colegio?

—No creo. Fue la novia de mi padre, que era de origen francés.

—¿Por eso vives en Francia? —le preguntó Javier, que parecía querer saberlo todo sobre ella; hilaba pregunta tras pregunta.

Aunque lo acabase de conocer, o quizá fuera por el efecto del vino, Adriana se dejaba llevar, abría su mente y le hablaba de cosas íntimas.

—¿Te apetece volver a ese colegio? —le preguntó Javier, más dado a hacer preguntas que a contestarlas.

Adriana se quedó pensativa.

—Las tres sentimos que, esa noche, algo nos maldijo el amor.

Javier la miró sin saber qué contestar. Al final, le preguntó:

—¿Y eso debería asustarme?

—¡Posiblemente sí! —contestó Adriana.

—¡Aun así, me arriesgo a seguir conociéndote! —le dijo Javier—. ¡Brindemos por los espíritus!

—Ten cuidado con lo que dices —le contestó Adriana—. Es cierto que en cuanto una de nosotras tres se enamora de alguien es como

si viniera a visitarnos la desdicha, la enfermedad, la muerte incluso. No es broma.

Y sus pensamientos vagaron hacia algo que la hizo irse lejos de donde estaba…

—¿Qué le pasó a tu último amor, por ejemplo? —le preguntó Javier.

Despues de un momento, Adriana contestó:

—Se le quemó la casa. Se llamaba Denis. Decía que yo le traía mala suerte.

Javier le acarició la mano antes de decirle:

—Adriana, a mí también se me quemó la casa de campo en 2002 y no te conocía. También me divorcié, luché durante un año y medio por tener la custodia compartida de mi hija, he perdido varios trabajos y vivo lejos de mi país. ¡Así es la vida!

—Ya, pero del edificio de Denis el fuego arrasó solamente su vivienda. No le pasó nada al resto de los habitantes del immueble, ni siquiera los vecinos sintieron las llamas o el calor. No fue una explosión ni una cerilla. Tampoco una vela mal colocada. No se sabe qué lo provocó. ¡No se ha descubierto nada y el niño ahora tiene la cara quemada!

Adriana se había puesto nerviosa. Se le agarrotó la voz como si un exceso de nerviosismo, de culpa, de resentimiento, hubiera brotado desde su ser.

—Tranquila —le dijo Javier mientras le acariciaba la mano y le hacía un gesto cariñoso en la cara—. Tranquila, ya verás como todo va bien.

—¡Lo siento! —le contestó Adriana.

—No pasa nada…

Se despidieron en la puerta del hotel con un largo abrazo que Javier quiso acabar en beso pero que Adriana paró, mirándole a los ojos.

Javier se marchaba a la mañana siguiente. Había alargado su estancia una noche para cenar con ella. Faltaban unos días para que Adriana volviese a Kylemore y ya empezaba a sentir una fuerte presión en el pecho. Recordaba bien lo que había pasado esa noche años atrás, en la capilla, pero lo que la hizo llorar, llorar desconsoladamente aquella noche en su cuarto de Dublín, después de una cena tan agradable con Javier, había sido otra cosa. Y, sin que hubiera ocurrido nada, ese dolor entre las piernas, esos pinchos, palos, astillas clavados en los pies y las piernas desnudas, esos pinchos que le subían por el cuerpo hasta la garganta…

56

El viernes por la mañana llegaron sus amigas y Alberto en un avión procedente de Madrid. Adriana los esperaba en el hotel y, cuando la avisaron, bajó corriendo a recepción. Al verlos salir del taxi, tal fue su cara de sorpresa cuando vio que con ellas también había venido la pequeña Ruth que Ida dijo:

—Pregúntale a Gela, ella ha insistido en que viniera.

Bastó ver su mirada para darse cuenta de que la niña estaba entusiasmada con el viaje.

—Ruth es clave en esta historia. Tú lo insinuaste en París —le contestó Gela al oído— en cuanto se aproximó a abrazar a Adriana.

Alberto le produjo una gran impresión. Era más bajito que Gela, pero tenía una mirada clara, y el fuerte apretón de manos indicó a Adriana que se trataba de una persona con convicción y carácter.

—Encantado de conocer al fin a la gran Adriana —le dijo Alberto nada más verla.

Esa misma tarde, después de instalarse en el hotel, estaba previsto que fueran a ver a Clarean.

Situado a las afueras de la ciudad, el Hospital Saint Patrick había sido el asilo de la capital en épocas anteriores, donde internaban a los enfermos con más graves patologías. Desde finales de los ochenta, una oleada de humanismo había convertido estos lugares a los que, en un principio, ni se permitía el acceso en hospitales generales, mezclando a estos pacientes denominados peligrosos con los demás internos. Aquellos que, como Clarean, presentaban un cuadro médico inquietante se habían instalado en el ala norte del edificio y disponían del mismo régimen de visitas que los demás. Con los años, el parque de Steeven's Lane que rodeaba el hospital fue desapareciendo ante el avance de la construcción de la ciudad. Ahora se llamaba distrito 8. Donde antes se elevaban unos cedros altísimos, ahora había urbanizaciones, casas adosadas, centros comerciales.

Antes de llegar al hospital, Alberto les explicó que los pacientes como Clarean, gravemente enfermos, aunque no les permitiesen salir del hospital, también recibían visitas.

—Normalmente, no viene mucha gente a verlos, claro. Se intenta modernizar el acercamiento a los pacientes con enfermedades neuronales graves, en eso la medicina ha cambiado, antes era impensable. En Irlanda el cambio ha sido radical en comparación con los hospitales psiquiátricos del resto de Europa.

—¿Por qué? —preguntó Ruth, curiosa.

—Aquí el número de internos en asilos era el más alto de Europa. Eso ocurre mucho en países con ideas conservadoras, en los que se tachaba de loco a cualquiera. Para que te hagas una idea, a principios de 1900 unas veintiún mil personas, es decir, el cero y medio por ciento de la población irlandesa, estaban internadas en asilos. Se empezó a hablar de la «locura irlandesa».

Adriana había oído esa expresión, pero no recordaba cuándo. El Hospital Saint Patrick estaba siendo remodelado, un proyecto que

acababa de empezar y que se suponía iba a durar veinte años. El nuevo edificio se llamaría Jonathan Swift Campus.

Nada más entrar, los atendió una enfermera mayor que parecía conocer perfectamente a Clarean. «Es una de las internas más antiguas que tenemos», les comentó. Se sorprendió de no conocerlos, hacía tiempo que Clarean no recibía visitas. Con una mirada suspicaz les pidió la acreditación y el permiso de visita. Sacó su ficha de una carpeta colocada en un mueble de madera lleno de otras carpetas.

—Miren, su ficha es aún de las de papel amarillo —les comentó.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Ida.

—Que estuvo un tiempo en el anterior asilo. Yo llevo años trabajando en Saint Patrick y en todos estos años solo ha venido una persona.

—¿Quién, si se puede saber? —preguntó Gela.

—Su nombre está aquí escrito: Anne G. Henry.

—¡Sister Anne! —dijo Gela—. Me lo imaginaba.

La enfermera miró al grupo y les dijo que no podían pasar todos.

—Solo se permite un máximo de tres visitantes —les explicó con cara de pocos amigos.

Alberto sacó su carné de médico y alegó que eran familiares y ayudantes. La enfermera suspiró y les indicó que continuaran. Llegaron todos a un ascensor con el que bajaron hasta el sótano primero. Al salir, vieron que no era un sótano, sino una especie de largo pasillo al que daban las habitaciones de los internos. Aquella zona estaba reservada para los pacientes que vivían en el hospital, ya que, según comentó la enfermera, tenía acceso directo al jardín. El color blanco con la luz artificial era desagradable y cegaba la vista. Al fin, alcanzaron una última puerta.

—Aquí vive Clarean —dijo la enfermera—. Normalmente las visitas se hacen en el jardín o en un salón a disposición de los internos. Pero Clarean no quiere salir. Si lo desean, abran las ventanas. Suele oler a cerrado.

Entonces, dio un par de golpes en la puerta y se marchó.

Al abrir, se encontraron con una mujer mucho mayor de lo que imaginaban, flaca, con el pelo largo y completamente blanco. Iba vestida con un ancho camisón. Ninguna de las tres la reconoció. Estaba instalada en una cama reclinada. Clarean miró a los visitantes, tras unos cristales amarillentos, como si fueran extraterrestres. A su alrededor, decenas de libros semiabiertos y esparcidos por la cama indicaban que debía de pasarse el día leyendo. Como Ruth. Como Demian. Gela pensó que aquello era una característica importante. Pero, en ese instante, la mirada de Clarean se detuvo en Ida. La miró unos segundos y le sonrió. Su rostro se serenó. La reconocía. Era evidente que sabía quién era. Nada en su rostro hacía sospechar que estuviera loca. Clarean los miraba sin decir una palabra.

—Clarean —le dijo Gela—. Nos reconoces, por lo que veo.

Pero ella no contestó.

Hasta que, en un instante, su rostro cambió. Fue su mirada la que primero delató la transformación. Luego un ligero espasmo recorrió su cuerpo marcando cierta dureza que no se correspondía con el ser que tenían delante. Observó a cada uno de ellos intensamente y quizá con algo de miedo. Ya no reconocía a nadie. Cuando llegó a Ruth, se detuvo y su mirada se ensombreció.

—Ya sé quiénes sois —dijo una voz profunda.

La suya no era la voz de una viejecita leyendo plácidamente en la cama, sino la de un hombre, grave y proveniente de un mundo al que parecía no pertenecer. Gela recordó lo que había oído esa noche en la capilla. Asustada, Ruth pensó que aquella voz era la misma que la de sus sueños.

—Hemos venido a hablar con Clarean —contestó Gela, mirándola a los ojos.

—Yo soy Demian —dijo la enferma.

—Con Clarean —precisó Alberto, acostumbrado a las dobles personalidades de muchos esquizofrénicos.

La voz masculina siguió:

—Clarean murió el 8 de noviembre de 1997 en su cama de Kylemore. La misma en la que durmieron Patricia, Ruthy, Molly e Ida.

—¿Quién es Ruthy? ¿Quién es Patricia? ¿Y Molly? —preguntó Ruth.

—Son Geraldine —le contestó la voz.

De inmediato, Gela hizo un gesto con su mano a Alberto para que la dejara hablar a ella:

—¿Tú también eres Geraldine?

Clarean miró a Ruth con ojos tiernos.

—¡No! —contestó Ruth.

—Demian, ¿por qué nos elegiste? —preguntó Gela.

—Porque vosotras sois también mi querida Geraldine —le contestó.

—No lo somos —dijo Ida.

—¡Claro que sí! ¡Todas sois mi Geraldine!

Ahora la voz gritaba, enfurecida.

—¿Sabes dónde está Geraldine? —preguntó Adriana.

—En ningún lado y en cada una de vosotras a la vez. Ruth lo sabe. —La voz se había puesto reír de forma desagradable—. Por eso está aquí.

A Alberto no le estaba gustando nada la conversación. Sabía que no se podía dialogar con la esquizofrenia de ninguna manera y quiso cortar al instante:

—Hemos venido a hablar con Clarean —dijo Alberto con voz controlada.

—¡Clarean está muerta! —gritó de nuevo la voz—. ¡Y tú no deberías estar aquí!

—Clarean está delante de mí, ¿me oyes? —le contestó Alberto, impaciente.

Entonces el brazo de Clarean quiso pegar a Alberto. Con un gesto, Gela lo paró.

—Tranquilo, Demian. Hablaremos contigo. ¿Qué quieres de nosotras?

—Quiero vuestro amor —explicó la voz—. He tenido el de Clarean. El de Ruthy. Ahora también quiero el de Ruth.

—¡No! —volvió a gritar la niña con ojos de indignación.

Su madre la abrazó.

—Vienes a entregarme tu alma, como las demás —le dijo la voz.

—¡Yo no te entregaré nada! —gritó la niña, agarrándose a su silla.

A pesar de que la ventana permanecía cerrada, se sentía el viento dentro de la habitación.

De repente, Adriana preguntó:

—¿Y Sister Anne?

El viento cesó. Clarean pareció calmarse al escuchar ese nombre. Los miró en silencio hasta que contestó:

—Ella ve —contestó la voz.

Confundidos, se quedaron en silencio mirándose los unos a los otros. Las arrugas de Clarean se habían suavizado. Había vuelto a su ser.

—Adiós, Clarean. Gracias por tu ayuda —le dijo entonces Alberto mientras abría la puerta para que todos salieran de la habitación.

Una vez en el pasillo, se dirigieron hacia recepción, donde Alberto pidió ver los informes de la paciente. Los primeros databan de finales de los ochenta y, para su gran sorpresa, el médico hablaba claramente de posesión mental. «¡Este médico no aprobaría la carrera de Medicina en España!», pensó para sus adentros. Clarean era un claro ejemplo de transtorno de doble personalidad. La

paciente estaba convencida de ser otra persona y podía cambiar de voz, de gestos y de personalidad en un instante. Nada que no hubiera pasado anteriormente con pacientes con graves trastornos mentales.

—Siempre me quedo más tranquilo cuando hallo algún tipo de explicación científica —les explicó Alberto en el taxi de vuelta.

Como era de esperar, Gela pensaba algo diferente, una posesión. Alberto la reprendió:

—Su cuerpo es como un envoltorio que alberga otros seres. Antiguamente se pensaba que estas personas estaban poseídas, pero ahora se las trata científicamente. Gela, hemos evolucionado. Hoy en día se monitorizan esas voces y se sabe que es una misma persona. Como si fuera un ventrílocuo.

—Yo te puedo hablar de casos de regresión demostrados —le contestó Gela.

Alberto suspiró.

—¿Cómo explicas los sueños de Ruth? —le preguntó Ida, que había permanecido callada.

Alberto no contestó.

Al cabo de un rato, Ruth, absorta en sus pensamientos, dijo para sus adentros: «Ahora lo entiendo todo».

—¿Os habéis fijado en que Demian ha hablado de dónde murió? —dijo Adriana, que seguía pensando en la conversación.

Entonces Gela prosiguió:

—Su cuerpo sigue en Kylemore. Es lo que tenemos que descubrir.

57

Kylemore

—Lo operaré de noche, Geraldine, y con su consentimiento. Esta intervención es arriesgada y puede salir mal. Es probable que salga mal… —le explicó Mitchell Henry a su hija.

—¿Y eso qué significa, papá?

—Significa que lo más probable es que tu amigo no consiga caminar. Pero si es cierto lo que me aseguras, que el día de su nacimiento movía sus piernas y que quizá fuera una debilidad que a los pocos meses le obstaculizó el movimiento, podría volver a desarrollarlo. He investigado lo que pudo frenar el desarrollo habitual de la movilidad de un ser humano. Bastaría con una apertura y una vuelta a reconectar con el nervio, como quien dice, para que consiga volver a moverse. Aun así, ¡no quiero darte esperanzas! El muchacho corre riesgos.

—Demian lo prefiere a seguir en silla de ruedas el resto de sus días —le contestó Geraldine con determinación.

—En ese caso, lo haremos cuanto antes. Instalaremos la camilla que tengo guardada en la biblioteca y tú harás de enfermera. Nadie, escúchame bien, absolutamente nadie debe enterarse de que voy a intervenir a un enfermo, hace años que colgué mi bata de cirujano.

—Te lo prometo, papá. ¡Soy tan feliz! —le contestó, dando un grito de alegría y tirándose a sus brazos.

—No cantes victoria antes de tiempo, hija mía.

Arrastrados por la oscuridad de una noche que se anunciaba larga, Geraldine empujó la silla de ruedas por el salón hasta encontrarse delante de su padre. El señor Henry miró de frente al joven y le sorprendió la profundidad de sus ojos.

—Hola, Demian. ¿Sabes que corres un alto riesgo, verdad, muchacho?

—Sí, señor. Quiero darle las gracias por su inmensa ayuda.

—Nada de eso ahora. Ya me las darás cuando todo esto haya terminado.

Geraldine sonrió ante la escena completamente inverosímil de los dos conversando. Mientras se dirigían hacia la biblioteca, Demian no pronunció palabra. En su silla de ruedas, se apretaba los dedos de la mano hasta hacerse sangre. Su cuerpo parecía un hilo torcido de huesos y piel.

En la sala, rodeada de libros, habían instalado la camilla. Con dificultad, entre su padre y Geraldine consiguieron tumbarlo. Sus piernas parecían dos ramas de cedro muertas. Su piel tenía un color oscuro y era áspera como la tierra. Geraldine, a su lado, le acariciaba la frente para calmar su temblor. Le dieron dos vasos de alcohol puro y le administraron una droga que adormecía. Pero, aun así, Demian no se desmayó. El corte le dolería, tenían que atar las piernas, aunque estas no se moverían. Mitchell Henry con una bata blanca, había preparado los instrumentos para el corte y la sutura y abierto varios libros encima de atriles para que la falta de práctica no le hiciera olvidarse de los pasos a seguir. A pesar de la hora nocturna, no sentía el menor cansancio, todo lo contrario.

Demian dirigió su mirada a Geraldine antes de cerrar los ojos definitivamente y dejarse llevar por el sueño que el súbito dolor le quitaría en un instante. Ella le devolvió la mirada con una enorme dulzura y prometió seguir a su lado, pasara lo que pasase.

Cuando el médico rasgó la pierna para hallar el nervio y desviarlo, Demian contuvo el grito de una aguda voz que hubiera salido de su boca como un llanto de auxilio y hubiera despertado a toda la casa. Al cabo de unos segundos que le parecieron horas, cayó inconsciente como quien se deja llevar por las profundidades de la tierra. Ahí abajo, hundido en el barro que le vio nacer, a él y a todos sus antepasados, dejó de ver con sus ojos a su amada, al médico, la biblioteca, el lago, el mundo entero. Dejó de sentir a su querida Geraldine y a sí mismo.

Esa madrugada, tras la operación, Geraldine y su padre llevaron a Demian a una habitación cercana a la biblioteca, donde habían instalado una cama para que el enfermo descansara. La operación parecía haber salido bien. Henry estaba orgulloso. Se lavó las manos dejando resbalar la sangre, como un verdadero cirujano, y le indicó a su hija que ahora había que descansar.

—Le dejaremos así hasta las doce del mediodía. Cualquier cosa, yo le oiré.

Y así fue. Bien entrada la mañana, y después de unas horas de reposo en las que Henry no había oído el menor ruido en el cuarto del paciente —pensando que Demian descansaba tranquilo—, abrió la puerta y lo miró. Su color no era el que esperaba: había palidecido considerablemente. Le tocó una mano y la encontró fría, por no decir helada. «¿Se está apagando el muchacho? Imposible», pensó. No había perdido tanta sangre ni la herida había sido grande. ¿Qué había podido pasar? Henry tenía la impresión de que la operación

había sido un éxito. Sin embargo, podría haber tocado el nervio que riega el cerebro y Demian, en el peor de los casos, podría haber sucumbido.

Preocupado, el señor Henry prohibió a su hija bajar al cuarto donde estaba Demian, alegando que el muchacho necesitaba dormir. Tenía que esperar. A veces los pacientes volvían en sí, había que aguardar unas horas…

Solo cuando pudo comprobar que Demian no despertaría Mitchell Henry fue a ver a Geraldine. La joven leyó en la mirada de su padre que la tragedia había vuelto a Kylemore para llevarse el alma de su amor.

Horas después, el cuerpo de Demian desapareció hundido en las aguas del lago Pollacapal. Su alma no descansó. Tampoco subió a los cielos, sino que prefirió vagar para quedarse entre los vivos, para seguir junto a Geraldine el resto de la eternidad.

58

A la mañana siguiente, Adriana y los demás pusieron rumbo a Galway, Connemara, para luego ir hasta la abadía de Kylemore. La autopista Dublín-Galway unía las dos ciudades de punta a punta de la isla. Unas horas de conducción en un camioneta que habían alquilado antes de salir. En Galway volvían a estar cerca del mar: un Atlántico agreste, lleno de gaviotas, frente a las islas Aran. De un lado se encontraba el paisaje marítimo y, del otro, lagos y montañas. Galway seguía siendo la ciudad de pescadores que recordaban, alegre, jovial, soleada, llena de turistas y de jóvenes mochileros. Se pararon a comer algo y siguieron ruta hacia su antiguo colegio.

Conducir por Connemara suponía ir bordeando lago tras lago, avanzar por caminos estrechos poblados de ovejas blancas y negras que miraban a los coches sin asustarse lo más mínimo. Adriana recordaba su viaje con Oliver. ¡Nada había cambiado un ápice!

El trayecto solo se podía hacer por carreteras secundarias y, a pesar de ser pocos kilómetros, con tantos obstáculos por el camino, se les hizo eterno. De vez en cuando se encontraban alguna casa aislada o un pequeño poblado que a los pocos segundos ya habían

desaparecido en la distancia. El paisaje reflejaba la luz del cielo, las colinas y las piedras negras esparcidas por doquier.

Adriana pensaba que Connemara seguía inalterable al paso del tiempo. A la llegada de la civilización. Su naturaleza primitiva invadía cualquier deseo de globalización. Algo en ese lugar hacía que el corazón se le encogiese, igual que cuando fue por primera vez con Oliver. Las sensaciones se repetían, almacenadas en algún espacio de su cuerpo, aunque ahora ya no iba a enfrentarse a un internado. A pesar de ello, desde que había leído su diario sentía ese año vivo.

—Estás muy callada, Adriana —le comentó Ida a su lado.

Alberto pegó un frenazo. A la derecha, un cartel ponía «Abadía de Kylemore». En cuanto se adentraron por el sendero de tierra, al fondo, entre los árboles, descubrieron la abadía. De nuevo, el silencio y la quietud les hicieron parar el coche. «Debemos de ser los únicos turistas», pensó Adriana. Ruth y Alberto, que venían por primera vez, estaban sobrecogidos por la belleza.

—¡Yo conozco este sitio! —comentó Ruth.

—Una maravilla —dijo Alberto—. Pero completamente desangelado.

La cafetería se había convertido en un restaurante con terraza, también vacío, habilitado para recibir a cientos de turistas.

—¿Estáis seguras de que esto está abierto? —les comentó Alberto, que no se podía creer el lugar que había elegido su novia para casarse.

Hacía frío y, a pesar de que apenas eran las cuatro de la tarde, la noche estaba cayendo. Delante de ellos había un espejo de cristal, así se extendía el lago, como si fuera una manta plateada. El grupo se acercó al castillo. Nadie salió a recibirlas, el paisaje estaba más quieto que nunca. Parecía una imagen congelada en el tiempo. Aunque para Gela, Ida y Adriana todo había cambiado, en realidad Kylemore seguía inmutable y poco les faltó para no ver salir por la inmensa puerta del colegio a sus compañeras vestidas de uniforme.

Avanzaron despacio, bordeando la orilla del lago, por el que se deslizaban rompiendo las aguas cristalinas unos patos salvajes. El único ruido que oían lo provocaban ellas al caminar. A pesar de la oscuridad, aún se veía; a su derecha quedaba el castillo blanco, reflejado en el lago.

El sendero las llevó hacia una caseta donde debían sacar las entradas. Por fin vieron a la primera persona, una monja benedictina que, asombrada por aquellos visitantes tardíos, les dijo que se dieran prisa si querían tener algo de luz. Las visitas del castillo acaban a las cinco.

—Somos antiguas alumnas —le contestó Ida.

—Ah, en ese caso la entrada es gratis. —Ahora la monja parecía ilusionada—. ¿De qué año sois?

—De 1994. ¿Está Sister Anne en el colegio?

—Por supuesto, y creo que las está esperando. Después de la visita acérquense a nuestra residencia.

La monja señaló un edificio alargado detrás de la caseta.

Tras subir la escalinata que conducía al castillo, llegaron por fin ante el portón. Mientras se acercaban al edificio, Adriana y sus amigas sintieron un escalofrío. Dentro, la famosa escalera de mármol que en su día ascendía a los dormitorios de las alumnas les dio la bienvenida. Empezaron la visita siguiendo el recorrido indicado. La escalera tenía el acceso prohibido y los turistas debían seguir unas indicaciones específicas. La primera sala que visitaron era su antiguo comedor. No tenía muebles, sino unos carteles inmensos colgados de la pared. En ellos se podían ver fotografías de la época de los miembros de la familia Henry y algunos campesinos de Connemara. Algunas de esas fotos ya las conocían. En ellas se apreciaba el paisaje desértico, la pobreza de sus habitantes, los famosos señores Henry junto con otros personajes, sus hijos y empleados del castillo.

En otras se explicaban los procesos de construcción del castillo. Eran las mismas que Adriana había visto en el libro sobre Kylemore. Y se impacientaba mientras sus amigas leían con cuidado los textos explicativos. Las fotos se habían ampliado tanto que habían perdido nitidez. Las estuvieron examinando un rato. Todas eran en blanco y negro, algo en ellas contenía la verdadera historia de esa familia, la escondida, la que no se contaba, la maldita. Adriana las observaba tratando de descubrirla. ¿Quiénes eran esos personajes colgados de unos carteles baratos en un colegio que había sido su casa? Hasta que se fijó en un retrato de los empleados. Entre todos ellos, ¿quiénes podían ser los padres de Demian? Estaban ahí, lo sabía, y no era capaz de reconocerlos. Detrás de la primera fila se adivinaba una silla, pero no era evidente que se tratara de una de ruedas ni que Demian estuviera ahí sentado.

—¿Por qué no hay fotos del colegio? —preguntó Alberto de repente.

—Es cierto… —contestó Ida.

—De hecho, si no supiéramos que fue un internado, nadie lo podría adivinar. ¿No os parece significativo que se quiera borrar ese pasado? —dijo Gela.

Todo el castillo había vuelto a sus orígenes, a la casa que en su día tuvieron los señores Henry. Un pasillo las condujo a la estancia principal de la familia. Lo que recordaban como el despacho de la directora se había transformado en un precioso comedor del siglo XIX. Una alargada mesa rectangular aparecía con la cena puesta. Sobre ella lucía una mantelería de época, una delicada vajilla, una cristalería hecha a mano y unos preciosos cubiertos de plata dispuestos para unos habitantes fallecidos.

—Esto es una reproducción —dijo Ida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Alberto.

—Porque Irlanda es conocida por sus cristales y esto son copas portuguesas. Es imposible que esa familia se hubiera traído la

cristalería de otro país teniendo además en Galway, desde finales del XIX, al fabricante Waterford Crystal —le contestó.

—Reconozco esa vajilla. Es la que usaban las monjas en el comedor —dijo Adriana.

—Sin embargo, esas librerías sí que podrían haber pertenecido al dueño, ya que veo ahí un estante de libros de Medicina —dijo Ruth, que había aguzado su mirada para leer en la distancia.

—Tienes toda la razón, ¡son los auténticos!

Y Adriana esbozó una sonrisa al reconocer el famoso libro sobre la muerte que había leído en su día…

El recorrido les hizo pasar por un pequeño dormitorio donde había una cama con dosel. Otro cartel explicaba que era la estancia de los señores Henry.

—Menuda habitación tan diminuta —dijo Ruth.

—Aquí nos vendían los uniformes —contestó Gela, que no se había olvidado de lo mal que lo pasó al probarse la estrecha camisa azul clara y la falda gris que le producía fuertes picores.

El papel de flores en la pared, la cama, las dos mesitas de noche… todo había sido colocado de manera que las huellas del colegio desapareciesen para siempre. Las amigas tenían la impresión de estar visitando el palacio de Versalles. En ningún caso su antiguo colegio. Hasta que, antes de acabar el recorrido, llegaron al último salón. Era el antiguo vestíbulo del castillo. Dos enormes ventanales enmarcaban la belleza y la quietud del lago. Ante el inmenso ventanal habían colocado el mismo sofá de tela brillante que se encontraba en el despacho de Sister Mary, junto con la mesa dorada y los silloncitos estilo rococó. Lo nuevo, lo extraño, lo que para las tres amigas tenía un sentido peculiar era que en el centro de la sala se erguía, torcido y envejecido, el maniquí de una mujer vestida con traje de novia.

—¿Y esto qué hace aquí? —preguntó Ida.

—¿Pensáis que es la señora Henry? —dijo Alberto.

—Os presento a Geraldine —contestó Gela—. Hemos asistido a su historia, su castillo, su cuarto, que no era el de los señores Henry, sino el suyo, por eso era pequeño. Esta sala, antiguamente, era la famosa biblioteca del señor Henry. Geraldine es la verdadera protagonista de esta vida simulada. ¿Cómo y por qué han colocado a uno de los nueve hijos de los Henry como figura principal de la casa? Es la clave de lo que nos trae esta noche aquí.

—¡Y vestida de novia! —dijo Adriana.

—Sí, parece que Demian esté más presente en esta casa que los propios señores Henry —dijo Ruth—. Se ha adueñado del castillo. Lo veo por todas partes…

Al salir, llenaron sus pulmones de aire helado, como si dentro del castillo hubieran contenido la respiración. La noche había caído y ahora el paisaje y el lago se fundían en la oscuridad. Hacía frío, pero también llegaba un olor delicioso procedente del restaurante. Alberto propuso tomar algo, pero Gela le dijo que antes ellas debían ir a hablar con Sister Anne. La moderna abadía donde residían las benedictinas era de construcción reciente. El jardín seguía tan cuidado como lo recordaban. A pesar de la oscuridad, la figura de un hombre se adivinaba al final del camino, de espaldas, sentado sobre una roca; las miraba y las saludó.

—Ahí tienes a Georges —dijo Gela.

Las tres esbozaron una sonrisa, salvo Adriana, que se le acercó. Georges le tendía sus brazos. Solo la miraba a ella, como si se conocieran de algo más.

—Sister Anne os está esperando —les contestó.

Al llegar ante la moderna abadía, llamaron a la puerta. Una monja mayor, alta y delgada abrió con energía.

—¡Sister Anne! —exclamó Ida, que se echó a sus brazos nada más verla.

—¿Ida, eres tú? ¡Casi no te reconozco! Os estaba esperando con impaciencia. ¿Gela? Qué ilusión. Es raro que vuelvan aquí las estudiantes extranjeras… ¿Adriana? ¡Qué cambiada estás! ¿Y esta niña tan preciosa?

—Es Ruth.

Sister Anne la miró y le dijo:

—¡Por lo que veo, eres de las nuestras!

Sister Anne les indicó que pasaran por un pasillo pintado de color crema y de cuyas paredes colgaban reproducciones de cuadros impresionistas de lo más coloridas. «Está claro que, entre las benedictinas, no reina el buen gusto», pensó Adriana. Mientras avanzaban por ese pasillo se fijó en los andares y por un instante volvió a pensar en Patricia.

Llegaron a un pequeño salón acogedor donde se instalaron. A Sister Anne le temblaba el cuerpo, como si tuviese frío. ¿Estaba emocionada? Les trajo un té caliente y se sentó delante de ellas. Su falda negra, al sentarse, dejó al descubierto una parte de sus piernas, que Sister Anne cruzó una sobre la otra. Entonces Adriana lo descubrió. En el coche yendo a montar a caballo, cuando llamaba a las niñas al comedor, cuando se sentaba en la mesa para contarles una historia, cuando leía el libro de santa Hildegarda, su pasado argentino, sus orígenes franceses y su amor por Irlanda… siempre tuvo la impresión de que ya lo conocía. ¡Todo cobró sentido! Adriana la miró a los ojos y, antes de que nadie dijera una palabra, exclamó:

—¡Eres la hermana de Patricia!

Sister Anne la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Tanto se me nota? —le contestó.

—¡Te reconocí desde el principio, pero no supe verlo! —le dijo Adriana, que seguía sin poder creérselo.

—¿Cómo está? Hace por lo menos veinte años que no sé nada de ella.

—Ella me mandó aquí. Lo hizo por ti, ahora lo entiendo todo… —se dijo Adriana a sí misma, como si nadie la escuchase.

—Habría tanto que decir que a veces creo que, con los años, mi cabeza acaba mezclando ficción y realidad. Tenía prohibido decirte nada. Me escribió ese año para decirme que te cuidara como si fueras su propia hija. Me impactaron sus palabras, porque Patricia nunca habría podido tener hijos. Ella cree que ese año fui yo quien os puse en peligro al meteros en la iglesia. A partir de ahí, dejó de hablarme y, hasta hoy, no he vuelto a saber de ella.

—La verdad es que también perdimos su rastro. Hasta hace muy poco… —dijo Adriana, que empezaba a entender otra parte de la realidad.

—Ella fue la primera. La primera elegida por Demian y, probablemente por ser descendiente de Geraldine. Cuando estuvo a punto de morir, o de quedarse inmóvil, como luego les ocurrieron a Ida y a tantas otras, yo volví a Kylemore para acabar con la maldición. Con Patricia descubrí que en este extraño castillo existía un embrujo que impedía la realización del amor a todas esas niñas que acababan en el laberinto de Demian. Patricia dejó a tu padre por eso, lo tenía ya previsto, no podía seguir luchando contra el espíritu.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Ida.

—Tanto Patricia como yo vinimos a este colegio muy pequeñas. Éramos las hijas de Elizabeth, hija de Geraldine, y Jean Gisbert, un francés que hacía negocios en Estados Unidos, donde conoció a mi madre. Nuestros padres fallecieron en un accidente de coche y a nosotras nos educaron nuestros tíos. Al adoptarnos, y por un deseo expresado anteriormente por mi madre, nos mandaron ese año a Kylemore a estudiar en el castillo familiar. Por supuesto, ni mi madre ni mi tío Lorenzo, ni Florence, con la que tuvimos algo de trato, pues vivía en Dublín y venía a visitarnos algunas veces, quisieron

reconocer la presencia de Demian. Ni siquiera se acordaban de él. Es como si ese hombre hubiera desaparecido de Connemara y de la historia de este lugar. Yo llegué a Kylemore con diez años y Patricia con catorce. Mi hermana dormía en el cubículo veintidós. ¿Os suena? El mismo en el que años más tarde durmió Ida y también Clarean dos años después. Cuando llegamos al colegio, desde las primeras semanas Patricia cambió. A mí me contaba que tenía sueños extraños. Unos sueños que, a la larga, he visto repetirse en las historias de otras alumnas. Unos niños juegan cerca del lago. Al cabo de un tiempo, uno de ellos se ahoga. Lo raro es que no siempre es el mismo. A veces es el chico y otras, la chica. Uno de ellos va en silla de ruedas. No siempre en los sueños se oyen sus nombres…

—Yo también lo he soñado —confesó Ruth.

—Lo sé —contestó Sister Anne—. En realidad, Demian se cuela en el mundo onírico a través del lago. Allí se reencuentra con Geraldine. Cuanto más débiles son las niñas, más sueñan, más espacio tiene él para hacerse poderoso. Luego están las elegidas, las que, de alguna manera, tienen algo que ver con Geraldine. Son niñas débiles, ya que sus bajas defensas hacen que los espíritus puedan colarse en ellas. Esas jóvenes empezaban con molestias por el cuerpo. En el caso de Patricia, en las piernas. Un poco antes de Navidad. Lo sé porque no pudimos volver a Estados Unidos con mis tíos y pasamos esa primera Nochebuena en Dublín, en casa de Florence que era ya tan mayor que apenas se movía de la cama. El malestar de Patricia fue en aumento, nadie entendía nada. Al final del curso escolar, mis tíos nos llevaron de vuelta a Massachusetts a pasar el verano. Patricia apenas podía caminar y empezó a desplazarse en silla de ruedas. Era extraño, incomprensible, ver a una niña que había sido tan activa en un cuerpo que, sin ninguna razón aparente, iba deformándose por una enfermedad que no existía. Sin embargo, al final del verano sus dolores disminuyeron. El sol, el contacto con el

mar, el salitre, a saber… Fue cuando mis tíos se plantearon no mandarla de vuelta, la única explicación que pudieron encontrar fue que quizá padecía alguna alergia o que la humedad de Irlanda le sentaba mal.

—¿Y tú? ¿Por qué volviste? —preguntó Ida.

—Conmigo fue diferente, yo quise volver. Sabía que este lugar escondía una fuerza que se llevaba las almas. Veía su rostro en los espejos del baño. En el lago. Pero Demian no ha podido conmigo. Descubrí luego que el lago es su casa. Aquí, en Kylemore, veo su rostro en lugar del mío y me mira como si me dijera: «Tú y yo nos entendemos».

—¿Por eso te hiciste monja? —le preguntó Gela.

—Mi misión no se acabará hasta liberar de toda maldición la tierra de Kylemore, lugar de mis antepasados. Luego, muchos años más tarde, he llegado a la conclusión de que esta región es tan salvaje que no le pertenece a nadie, ni a nosotros. Aunque yo me sienta enraizada a este lugar como un árbol viejo.

—¿Por eso te apoyabas en el libro de santa Hildegarda? —le preguntó Adriana.

—¿Cómo lo recuerdas? Aquí tengo sus amuletos para protegerme —dijo Sister Anne y sacó de su bolsillo piedrecitas que parecían recogidas del campo.

—Hoy es el aniversario de la noche en que nos vimos obligadas a pactar —dijo Ida—. Es el momento de deshacer esta maldición que nos afecta a todas, incluso a Ruth.

—Lo sé —contestó Sister Anne—. Esta noche tendréis que volver a vivir el ritual, pero esta vez hay que acabar con él.

—Cuenta con nosotras —le contestó Gela.

—Georges os abrirá la puerta. Desde hace años, su misión es la mía. Yo quiero estar también presente, aunque no me dejen entrar. ¡Ah! Y se me olvidaba. Tomad esta bolsita de cuero. Dentro hay una piedra. Esta noche la hundís en el barro del lago antes de entrar en

la capilla y luego metéis la tierra que ha estado en contacto con ella dentro de la misma bolsita. Una vez en la iglesia, esparcís la tierra en círculo y os colocáis dentro de él. El círculo os protegerá.

—¿Qué piedra es? —preguntó Ruth.

—Un zafiro. Según santa Hildegarda, la piedra os protege a vosotras, a vuestra familia y a vuestros descendientes de cualquier espíritu maligno.

59

Martes, 13 de diciembre de 1994, doce de la noche

No sé ni por dónde empezar. Mi corazón late con tal fuerza que parece que retumba por todo el colegio. No he tenido tanto miedo en mi vida. El colegio está vacío, se han ido todas de excursión a Galway, ¿recuerdas? Bueno, no sé si te lo he contado. Da igual, no quiero borrar nada. Continúo.

Esta mañana Sister Anne nos ha despertado a las ocho para que terminásemos con la pesada limpieza de la iglesia, que era nuestro castigo. Después de desayunar hemos salido al jardín, cargando con bolsas y escobas. Hoy tocaba sacar el polvo y barrer la iglesia. Georges nos estaba esperando para abrirnos la puerta. Me pregunto si este hombre hace algo más que abrir y cerrar puertas… ¡Hacía un frío que ni te cuento!

Dentro de esta inhóspita capilla, nos hemos pasado horas sacando polvo, objetos rotos, trozos de maderos dispersos… como si allí hubiera habido un huracán. Ida, que no quería quedarse sola, a pesar de que se encontraba mal, ha venido con nosotras y por lo menos, entre las tres, nos lo hemos pasado bien hablando de nuestras cosas. A las doce ha aparecido Sister Anne para decirnos

que fuéramos a comer algo. Le hemos dicho que entrase a ver cómo lo habíamos dejado, pero nos ha mirado con una cara abrumada y nos ha explicado que no podía entrar. Resulta que ni ella ni Georges cruzan el umbral de la iglesia. ¡Qué raro!

Después de comer hemos tenido la tarde libre. Sister Anne nos ha dicho que aprovechásemos para descansar, pues luego, de noche, nos necesitaría para volver a la iglesia. Nos ha explicado que las tres íbamos a hacer «un rito». Gela se ha quedado boquiabierta.

—¿Un rito? —le ha preguntado para saber algo más.

La monja le ha dicho que ya nos lo contaría más adelante. Nos ha costado distraernos por la tarde. Descansar, ¡ni hablar! Las tres hemos estado pensando qué pasaba en la iglesia, en el colegio entero. ¡Aquí ocurren cosas incomprensibles! Cuando ha llegado Sister Anne a buscarnos, Gela la ha acribillado a preguntas.

—¿Por qué no pueden entrar en la capilla? ¿Por qué no nos explica qué pasa en vez de utilizarnos como chivos expiatorios?

Gela estaba bastante enfadada.

—Tienes razón y ahora lo entenderéis. Ni Georges ni yo podemos entrar en la iglesia y por eso os necesitamos. Es como si hubiera una pared invisible que nos bloquea la entrada. Ocurre con ciertas personas, incluso con alumnas. Nadie se atreve a acceder a la capilla desde hace años. Cuando hace unos meses supe que os habíais colado, ideé este plan con Georges para acabar con él. Es importante que el rito se haga dentro de la iglesia.

—¿Quién es él? —preguntó Ida.

—Demian. El que te causa los dolores. El que se mete en algunas alumnas y tiene esta tierra bajo su yugo —contestó Sister Anne.

—Pero eso no puede ser cierto —le dije yo, esperando que Sister Anne me contestara, como si todo esto no fuera más que una broma.

—Adriana, está noche voy a necesitar a tres niñas valientes. Ni Georges ni yo os dejaremos solas, pero no podremos entrar.

Utilizaréis una *ouija*. Seguiréis mis instrucciones y acabaremos con él. ¿Estáis conmigo?

Las tres nos callamos, asustadas.

Cuando ha caído la noche, hemos llevado velas a la iglesia y unas mantas para sentarnos en el suelo y no pasar frío. Además, Sister Anne nos ha entregado una piedra a cada una con el nombre de «jacinto» y nos ha dicho que nos la debíamos colocar en la boca de manera que tocase el paladar.

—Según santa Hildegarda, el jacinto ahuyenta los malos espíritus.

Debo reconocer que he pensado que esta monja no está en sus cabales y que debería decírselo a Sister Mary o a alguien de aquí… pero Gela está más que fascinada con todo esto.

Por tanto, a la hora convenida, tal y como nos había indicado Sister Anne, nos hemos sentado alrededor de la famosa *ouija*. Gela es la que sabe cómo funciona esto y ha empezado a «invocar» —utilizaba esa palabra— a Demian. Hemos estado un rato largo sin que pasase nada. Yo me he reído un poco, pero Gela se ha enfadado. Cuando ya pensábamos que ahí no iba a acudir nadie, de repente el vaso ha empezado a moverse, primero lento y luego cada vez más rápido. Al principio no entendíamos nada. Entonces me han dicho que anotase las letras para que no se me olvidaran. Iba de una a otra sin parar. Ida tenía una mirada de angustia absoluta hasta que, de repente, ha abierto la boca y, al hablarnos, ¡no era ella! Tenía la voz de un hombre. Parecía enfadado, ha dicho que debíamos entregarle nuestras almas. Yo he podido anotar las letras pese a que en ese momento el vaso iba a una velocidad supersónica.

H–a–s–t–a –q–u–e– n–o– m–e– l–a– d–e–v–o–l–v–á–i–s– n–o– v–i–v–i–r–é–i–s–a–m–o–r–v–e–r–d–a–d–e–r–o– s–i–n–o– l–a– m–u–e–r–t–e– y– l–a– e–n–f–e–r–m–e–d–a–d–

Casi me trago la piedra del miedo. Mi corazón latía a mil por hora. De verdad que he creído que nos moríamos. El viento soplaba fuertísimo dentro de la capilla y nos golpeaba la cara.

Menos mal que estaba Gela. Su seguridad, su mirada, su mano no ha dejado de sujetar el vaso en ningún momento y parecía que lo hubiera vivido mil veces. Hasta que el silencio y la calma han vuelto a la iglesia. Ida se ha caído al suelo, dormida. Parecía muerta. No se movía. Al final, ha abierto los ojos y ha dicho que estaba cansada.

Pero lo más increíble no ha sido eso, sino que Sister Anne, que se había quedado en la puerta junto a Georges y parecía observarnos, nos ha dicho que podíamos empezar. Aunque no te lo puedas creer, para Sister Anne y Georges no ha ocurrido nada. ¡No han visto nada! Gela ha mirado su reloj porque parecía que llevábamos horas allí. ¡Apenas habían pasado unos segundos! Seguían siendo las diez de la noche en punto. Como si el tiempo no hubiera transcurrido. Un tiempo que solo hemos vivido nosotras dentro de la iglesia. Nosotras y Demian.

¿Realmente ha pasado algo?

No entiendo nada.

60

Kylemore

Tras la noche de la operación de Demian, a raíz del trágico desenlace en el que la niña y su padre se expusieron al gélido viento nocturno para llevar el cuerpo hasta el lago, Geraldine contrajo una gripe derivada en pleuresía que la dejó varios meses en cama. Desde entonces ya no era la misma. Su vitalidad había desaparecido. Su cuerpo estaba debilitado. Su ánimo, decaído. Nunca más nadie volvió a pronunciar el nombre de Demian. Parecía que ese muchacho no hubiera existido jamás y hasta su familia aceptó con demasiada facilidad que el joven hubiera desaparecido.

Los años transcurrieron sin la menor ilusión para Geraldine. Contrariamente a los demás habitantes del castillo, en Kylemore cada rincón, cada piedra, cada planta del camino le recordaba la presencia de Demian. Esa niña que decidió no salir del umbral de su jardín el resto de su vida creció y se convirtió en una joven hermosa, pero rechazaba la mano de todos los pretendientes que le presentaba su padre. No le sería infiel a Demian, pensaba, hasta que un día apareció Edward. ¿Por qué él? Quizá por ser americano, Geraldine vio en él la posibilidad de alejarse para siempre de Connemara.

Unas semanas más tarde, la pareja se casó en Kylemore y esa misma noche embarcó hacia el nuevo continente. Su nuevo hogar.

Allí olvidó. En su pecho llevaba una foto de Demian que le había dado el reverendo cuando ella era todavía adolescente. En la imagen su amigo aparecía de espaldas, sentado en su silla frente a la biblioteca del cura.

Solo ella y su padre sabían que su cuerpo se deshacía en las aguas del lago.

En América, Geraldine y Edward tuvieron dos hijos, que murieron en sus brazos a los pocos días de nacer. Por alguna razón, Geraldine no lograba concebir vida. Transmitirla. Quizá esa joven esposa les pasaba su debilidad, su falta de ganas de vivir. ¿Una maldición? La muerte permanecía a su lado como un espíritu inquieto.

A los pocos años, nació Elizabeth. Por miedo a perderla en su primer aliento, Geraldine no se separaba de la criatura ni un instante. En septiembre, cuando la bebé cumplió los tres meses, la pareja se la llevó a Irlanda para que conociera a su abuelo y se pusiera fuerte con el aire irlandés.

A finales de verano llegaron a Connemara. Edward tuvo que regresar a América, pero Geraldine y su hija se quedaron un tiempo. El 21 de septiembre, y cuando la felicidad parecía haber vuelto a Kylemore, decidieron salir a pasear en carroza. Geraldine, que siempre había sido una magnífica amazona, dirigió al caballo mientras que la *nanny* y su querida hija estaban dentro de la carroza. El caballo iba a una buena velocidad cuando de repente, al cruzar el puente Derryinver, a cinco kilómetros del castillo, tropezó. Su pata cayó dentro de una tabla mal enganchada y Geraldine perdió las riendas. En unos segundos, las patas del animal se quebraron, la carroza volcó y la joven madre salió despedida hacia el lago. Como por arte de magia, su cabeza, solo su cabeza, fue a golpearse contra una roca. Por otro toque de varita mágica, la

pequeña Elizabeth y la asustada *nanny* sobrevivieron. El cuerpo de Geraldine, sin vida, yacía en las aguas del lago.

61

La iglesia gótica

En el salón de Sister Anne, y antes de despedirse de la monja hasta la noche, Gela había contado que el 13 de diciembre, día de Santa Lucía, era la noche más larga y negra del año, para la cual, en todas partes del mundo, eran necesarias candelas que alumbrasen la oscuridad.

Los ritos, había precisado, eran primordiales. El ser humano había dejado de entenderlos y, por eso, de practicarlos. Quizá muchas desdichas se hubieran evitado conociéndolos.

Al cabo de un rato, tuvieron que abandonar el castillo y volver a Galway a cenar y pasar las últimas horas de la tarde. Hacia las nueve de la noche, el grupo volvió a subirse al coche, con una mezcla de nerviosismo y buen humor. Para ellas, iban a acabar con una maldición, pero para Alberto no dejaba de ser una creencia con poco fundamento.

Avanzaron. Esta vez conocían el desvío. En cuanto las luces del coche alumbraron el cartel que anunciaba la abadía, Alberto aminoró la velocidad. Conducía el vehículo tan despacio que parecía no moverse. Ya en el camino de Kylemore, y justo antes de entrar en el aparcamiento, apagó el motor. Ida le indicó un lugar apartado bajo

las copas de unos árboles donde el coche estaría menos a la vista. Las visitas habían terminado. Tan solo el lago parecía percatarse de la intrusión de esos españoles que llegaban cuando el castillo ya estaba más que cerrado para los turistas. De repente Ruth sintió movimiento en el lago, hasta que vio que tan solo eran unos patos. Las aguas, cristalinas, reflejaban la sombra de la noche.

—Se ve más en el agua que fuera, ¿os dais cuenta? —dijo la niña, fascinada por la aventura.

En el lago las ramas de los árboles abrazaban la gran vivienda y era difícil distinguir la realidad de su imagen reflejada.

—Realmente, parece un castillo de Walt Disney —dijo Alberto.

Para llegar a la iglesia donde debían celebrar la boda, o el ritual, existían solo dos caminos, que contorneaban el lago. Ida, que recordaba el jardín mejor que nadie, explicó:

—Por la izquierda es más corto. Hay que pasar delante de la nueva casa de las benedictinas y luego del castillo. Nos arriesgamos a que alguna monja nos vea. Por la derecha, es más seguro. Caminamos a un lado de la carretera hasta meternos por la orilla que nos lleva de vuelta al castillo.

Se había levantado un viento que les cortaba la piel como pequeños filos de cuchillo.

—¡Qué frío hace! —exclamó Alberto.

El viento también traía ruidos extraños, palabras que las amigas trataban de escuchar.

—¿Os recuerda algo? —les dijo Gela, sabiendo que su pregunta iba solo dirigida a Ida y Adriana.

—Por supuesto, es como si Demian estuviera a nuestro lado —dijo Adriana.

—Es la silla de Ruth —precisó Ida, que ya empezaba a tener un poco de miedo.

—Si nos fijamos en los ruidos, vamos a ponernos nerviosos.

Como buen psiquiatra, Alberto trataba de calmarlas.

Sin embargo, era evidente que las acompañaba un sonido agudo de ruedas oxidadas y las de Ruth no lo estaban. Pero ninguna dijo nada. Alberto tenía razón. Aunque sentían a Demian a su alrededor, siguieron caminando sin hablar, haciendo caso omiso a los pasos sobre la tierra y el deslizar de las ruedas de Ruth. Pasaron diez minutos en silencio. Entre el frío y la oscuridad, la noche aplastaba a los caminantes. Por fin llegaron a la entrada de un sendero que ya pertenecía al dominio de Kylemore. Una cadena les impedía el paso, pero la levantaron y pasaron todas por debajo. Siguieron avanzando, esta vez rodeadas de un tupido bosque de árboles gigantescos que formaban una barrera a la poca luz que les llegaba desde el cielo.

Lentamente para no tropezarse con las ramas ni las raíces y encendiendo de vez en cuando la luz del móvil, se fueron acercando a la iglesia. Desde la distancia, aquel edificio puntiagudo parecía el mismísimo gigante McCool.

—¿Creéis que Sister Anne ha dejado luz? —preguntó Ruth.

—Eso parece —dijo Alberto. En efecto, desde las ventanas se descubría el resplandor.

Parándose a observar, fueron contorneando el cementerio de cruces blancas.

—Mirad, chicas, ¿os acordáis?

Ida apuntó con su móvil hacía la tumba de Ruthy.

Ruth se la quedó mirando.

—Mamá, ¿me has llamado Ruth por esa niña muerta? —le preguntó sorprendida.

—Esa niña fue importante para mí en este colegio —le contestó.

—¡Que no vean la luz, Ida! —le gritó Gela—. Volvamos a nuestro rito. ¿Os parece que entierre el zafiro justo aquí? La tierra está húmeda, como nos dijo Sister Anne.

Y sin esperar la respuesta de sus amigas, hundió la piedra y la restregó en el barro. Luego la metió dentro de la bolsa de cuero junto con toda la tierra que había tocado el zafiro.

Se aproximaron a la puerta. Alberto trató de abrirla.

—Está bloqueada. Hay demasiada tierra y hierba en la entrada. ¿Cómo lo hacemos?

—¿Georges? —dijeron las tres amigas.

Detrás de ellas, vieron una figura alta, junto a Georges, levantándose la falda para no tropezar. Con una pala, el jardinero arrancó la hierba en un momento y consiguió abrir la puerta.

—Pero ¿ cuánto hace que no usáis la iglesia? —preguntó Alberto.

—No tanto, pero aquí en Connemara, por la humedad, todo crece rápidamente —le contestó Sister Anne.

Al abrir la puerta el grupo se quedó atónito. Aquel año 1994 no se podía ni entrar en la iglesia gótica, ya que había más maderos y escombros por el suelo que en el propio campo. Pero parecía que las monjas le habían dado una nueva función y ahora la tenían más bella y majestuosa que nunca. La iglesia estaba impecable, como si cada día se celebrase misa en ella.

—Sister Anne, ¿habéis decorado la iglesia para nuestra boda? —preguntó Gela, cuya voz parecía realmente emocionada y a punto de llorar.

—Pues la verdad es que no —contestó Sister Anne, inquieta por lo que ocurría.

La iglesia llevaba meses sin abrirse y nadie, salvo ellas, conocía la celebración de esa noche.

Luz, flores blancas en cada extremo de los bancos, la iglesia parecía engalanada para la llegada de cientos de invitados a la boda de Gela y Alberto. Al fondo, el altar lucía un delicado mantel de lino con bordados. El olor a flores era tan intenso que Adriana estuvo a

punto de marearse. Unos candelabros altos alumbraban la iglesia entera, haciendo que el reflejo de la llama, con el viento, danzase en las paredes de piedra negra. Y de repente el órgano se puso a tocar tan fuerte que todas se llevaron un buen susto.

—¿Qué está pasando?

Georges miró a Sister Anne sin entender nada.

La intensidad de la música iba en aumento. Estaban extasiadas, sin atreverse ni a entrar en la capilla, cuando de repente Ruth exclamó:

—No es tu boda, Gela, es la de Demian y Geraldine. ¡No os creáis nada! ¡El espejismo del lago nos está engañando! ¡La iglesia está llena de polvo, los maderos siguen por el suelo, es todo mentira!

Gela fue la primera en despertar.

—¡Vamos! —dijo a sus amigas—. Es hora de hacer el círculo. Demian está a punto de llegar. ¡No hay tiempo que perder! ¡Todas adentro!

Corrieron dentro de la iglesia, pero como ya pasó años atrás de nuevo ni Georges ni Sister Anne pudieron entrar. Un muro transparente, como de cemento, les bloqueaba el paso.

—No estamos invitados —explicó Sister Anne—. Os dirigiremos desde el umbral de la puerta. Pero no entraremos ni tomaremos parte en el ritual.

Ante la sorpresa de todas, Ruth avanzaba serena en su silla. También Alberto pudo adentrarse. En el centro de la iglesia, y escoltados por esa música que las ensordecía, todas se dieron la mano, sujetándose fuertemente. En círculo y delante del altar, Gela echó al suelo el montón de tierra que había recogido.

—Meteos —gritó Sister Anne—. ¡El círculo os protegerá!

Gela abrió la mochila que había traído con ella y sacó, arrugado, un vestido de novia.

—¿Y eso? –preguntó Ida.

—Sigamos con el espejismo —dijo Gela con su habitual ironía.

—¡Es el traje de Geraldine! —dijo Sister Anne, asombrada.

—Sí. Saqué una foto de internet y mandé que lo copiaran en España. ¡Así de fácil! Ahora, claro, no tengo exactamente la esbeltez de esa chica…

—¡Estás guapísima te vistas como te vistas! —le dijo Alberto—. Pero date prisa, ¡que esto se pone raro!

—¡Tranquilo! Que aquí nadie se casa antes de que nos casemos nosotros.

De repente, Adriana e Ida lo entendieron.

—¿Estás simulando la boda de Demian y Geraldine? —le preguntaron a Gela al unísono mientras ella se iba colocando el traje.

—¡Al fin lo habéis entendido!

—¿Y nosotros? —dijo Alberto, algo preocupado.

—¡Nosotros los primeros, querido!

En el preciso momento en que Gela apareció con el vestido puesto, la iglesia empezó a temblar.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ida, que apretó las manos de sus amigas hasta hacerles daño.

Aunque no lo veían, el polvo de la iglesia se les metía por la boca, la nariz, se les adhería a la piel. ¿O era el frío? Se colaba una ligera brisa por la puerta, pero ni Georges ni Sister Anne parecían sentirla.

—¡Está desapareciendo!

La silueta de Sister Anne parpadeaba; en su lugar vieron aparecer a una niña delgadísima vestida de uniforme, con gruesas gafas negras.

—¡Ruthy! —dijo Ida, que ahora parecía extasiada.

—Vuelve a ser un espejismo, mamá —le contestó su hija, que, por alguna razón, era capaz de ver o adivinar mejor que nadie las dos escenas superpuestas.

En el umbral, Ruthy no se movía, pero su sombra se enmarcaba en el rellano. Asistía a la escena con sus ojos fijos en todas ellas. De

repente el órgano cesó y todas escucharon a tres niñas hablando y riéndose en lontananza.

Voces, parloteos, tres adolescentes cuyas palabras y frases tropezaban las unas con las otras. Había ruido de pájaros fuera y se oían las campanas de un colegio. Era 1994 y las voces eran las suyas, reconocieron sus palabras, las que pronunciaron aquella noche de hacía veinte años. Sí, eran las jóvenes internas en el colegio. Se veían a sí mismas de cuclillas en el suelo mientras la joven Gela sujetaba el vaso.

—¿Os veis? —dijo Alberto, fascinado.

—¡Está aquí! ¡Os digo que está aquí! —decía Gela.

—¡La piedra se mueve, chicas, se mueve sola! ¡Qué miedo! —respondía Adriana.

Ida empezó a toser, quería salir, pero la puerta de la capilla se le cerró, impidiéndoselo. De repente, habló una voz masculina que invadió la iglesia. Salía de la boca de Ida. Gela contestó:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Quiero a Geraldine a mi lado —dijo la voz.

—¡Pero nosotras no somos Geraldine! ¡Déjanos en paz! —dijo Adriana con voz enfadada.

—Sois las elegidas.

—¿Las elegidas para qué? —dijo Gela.

—Para darme a mi Geraldine. Para darme a mi Geraldine. Para darme a mi Geraldine…

—¡Pero nosotras no podemos hacer eso! —dijo Adriana.

—¡Hasta que no me la devolváis no viviréis amor verdadero, sino muerte y enfermedad!

El silencio volvió a apoderarse de la iglesia. La escena también desapareció al instante, dejándolas a todas atónitas.

—Era el hechizo, el que hay que deshacer esta misma noche —advirtió Gela—. Coged tierra y pasárosla por el cuerpo, ¡vamos! Ruth, ¡tú también! Y tú, Alberto, haz lo mismo. Y mientras lo hacéis, decid todas conmigo: «No soy yo Geraldine, no soy yo responsable de su muerte. No soy yo Demian, no soy yo responsable de su muerte».

Todas obedecieron sin entender bien qué estaba pasando mientras Gela seguía lanzando las frases como una letanía. Tan solo Sister Anne permanecía en otro tiempo, sin que nada de lo que vivía el grupo de la iglesia pareciera real. Gela miró a Georges y le indicó que había llegado su momento. Entonces, desde la distancia, el cura abrió un bocal de cristal lleno de agua bendita en el que hundió una especie de cuchara de metal y fue tirando gotas sobre todas ellas mientras decía en voz alta:

—Ego te absolvo maledictionem tuam, ego te absolvo maledictionem tuam, ego te absolvo maledictionem tuam…

Siguió haciéndolo hasta que indicó a Gela y Alberto que había llegado el momento de la ceremonia. Un viento atronador se levantó de nuevo dentro de la iglesia.

—¡Dese prisa, por favor! —gritó Ruthy desde la puerta, donde había permanecido quieta como una estatua.

—Tú, Gela y Alberto…

—¡¡No!! —se oyó a Ruth—. ¡Diga Geraldine y Demian!

Georges obedeció, viendo que la iglesia estaba volando en mil pedazos por el aire.

—Geraldine, ¿tomas a Demian por esposo? Demian, ¿tomas a Geraldine por esposa?

Y, al segundo, todo se calmó. Parecía que el tiempo, el momento, la escena, volvía a la normalidad. ¿Tan fácil? ¿Ya estaba? No era posible. Ruthy había desaparecido. Sister Anne, en la puerta, miraba sin haber visto nada. ¿Estaba ya, por fin, roto el hechizo? ¿Lo habían conseguido? El viento había cesado, la luz de las velas había vuelto,

la calma invadía la iglesia. Pero todo ese resplandor apenas duró unos segundos. En el centro empezó a formarse un remolino que hizo que el velo de Gela saliera volando y se dirigiese hacia la puerta. La iglesia, que en aquel tiempo había sufrido como un terremoto, empezó de nuevo a temblar; las piedras, a desprenderse de las paredes. Sister Anne les gritó que salieran todas lo antes posible.

—¡Sigamos al velo! —propuso Gela.

La tela blanca salió al jardín y por los aires se dirigía hacia el lago, cuyas aguas, a pesar del viento incesante que sentían, permanecían en calma. El velo fue a posarse sobre el lago, dejando una mancha grande y blanca sobre él.

—Hay que volver a hacer el ritual en el agua —dijo Ruth—. Hay que meterse. Buscar en sus profundidades y sacar lo que queda de Demian.

—Pero ¿qué locuras dices? —le contestó su madre—. ¡Tú quédate en la orilla!

—Ni soñarlo —le contestó Ruth mientras dirigía su silla hacia el lago.

La primera en adentrarse fue Gela, seguida por Alberto, que la cogió de la mano. El agua estaba fría, pero, contrariamente a lo esperado, no helada. Al meterse vestidos en ella, vieron que el lago no se rompía con sus pasos, sino que sus cuerpos se fundían con él. Adriana les gritó que tuvieran cuidado. Ellos, de la mano, contenían el miedo.

—No os preocupéis —les dijo Georges, que seguía lanzando sobre ellos agua bendita—. Estáis protegidos. No os va a pasar nada.

Hasta que, de repente, sobre las aguas vieron las figuras de dos jóvenes. Eran ellos, Geraldine y Demian. Las sombras de sus siluetas se aproximaban hacia Gela y Alberto. De la mano, al mirar a Alberto, Gela vio a Demian. Ya no eran ellos, sino dos rostros de niños que se

miraban y sonreían. Los dos, cogidos de las manos, estaban felices, dichosos.

—¡Mi pequeña Geraldine! Te dije que nos casaríamos algún día.

—¡Bailemos juntos como me prometiste!

Gela pidió a Alberto que cerrase los ojos y se dejase llevar.

Y entonces los dos enamorados se fundieron, fuertemente, en un abrazo que había tardado años, siglos, en llegar. Demian le susurró su amor, lloraba mientras la abrazaba, mientras la besaba, mientras le tocaba su rostro, su pelo, su ser. Y bailaron. Ya no daban miedo. Eran dos jóvenes que se amaban. La imagen se llenó de resplandor, iluminada por una luz que surgía de ellos mismos.

Mientras Gela representaba a Geraldine bailando, Ruth, en su mente, empezó a ver. Eran imágenes contenidas por el tiempo que luchaban por formarse en su cerebro y escapar. Vio desfilar a gran velocidad las imágenes de una infancia que no le pertenecía. Los padres de Demian, un cura de pelo blanco, la construcción del castillo, la biblioteca, Kylemore, una niña corriendo, bailando y jugando.

—Geraldine, Geraldine, ¿dónde estás?

—¡Estoy aquí, mi querido Demian! ¿Es que no vas a cogerme? Estás hecho un vago. Venga, vamos, levántate de la silla de una vez por todas. ¡Levántate y sal a caminar!

Ruth vio a Geraldine a cámara lenta, cómo la joven salía en carruaje tirado por un caballo. Geraldine era ya una mujer, madre, iba con un bebé, llegaron al puente que atraviesa una parte del lago, el carruaje se tambaleó, se enganchó en la madera, el caballo tropezó, se cayó, dio un brinco y, al instante, la madre fue arrojada al lago. La bebé. Una mujer que las acompañaba. Si bien estas dos se salvaron, parecía que Geraldine no levantaba la cabeza.

—¡Cayó allí! —gritó Ruth.

Y por primera vez, como sostenida por alguien, Ruth se levantó de la silla y se dirigió hacia las aguas.

—¡Ruth! —exclamó Ida.

La niña fue hacia Demian y Geraldine. En cuanto llegó a su altura, los abrazó. Entonces Gela cogió a Ruth en brazos para que no se cayese y se alejara de la imagen de los amantes en el centro del lago. La luz se hizo muy intensa e iluminó a la pareja, alzando sus cuerpos hacia el cielo.

—¡Se van! —dijo Gela—. ¡Elevad los brazos y cerrad los ojos! Tenemos que permitir que se vayan. Nosotros somos su anclaje y debemos dejarles marchar. —A continuación Gela gritó varias veces —: El amor que no han vivido en tierra que lo vivan en el cielo.

Y la luz subió sin cesar hasta convertirse en un solo punto lejano que acabó por desaparecer. La calma volvió al lago. También la oscuridad. Como si regresaran a su tiempo, ya no eran más que ellos, un grupo de amigos, en diciembre, mojados por el agua helada de un lago en Connemara.

Alberto rompió el silencio:

—Entiendo que ya se han marchado los espíritus y las visiones que teníais, ¿verdad? Si alguien os hubiera visto, pensaría que habéis perdido el juicio, chapoteando en diciembre en un lago helado en Irlanda. De hecho, sabes muy bien que quiero casarme contigo y que me gustas tal como eres, Gela, pero creo que me merezco una explicación, ¿no te parece?

Las amigas se miraron y sonrieron.

Reinaba el silencio, como de costumbre. La atmósfera era ligera. Cada una percibía su propia realidad. Hasta que, en lontananza, oyeron el ruido de un coche que se aproximaba. El coche llegó hasta la orilla del lago. No estaban asustadas. Ya no corrían peligro y con ellas estaba Sister Anne. El coche se paró a su lado. Se abrieron las puertas y aparecieron Patricia y Andrés.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Adriana, sin darse cuenta de que las dos hermanas se buscaban la una a la otra.

En cuanto se vieron, se abrazaron.

Pero aquella no fue la única sorpresa. Ida miraba a su hija con ojos atónitos. Ruth, alta y erguida, intentaba no perder el equilibrio ni caerse al lago.

—Dios mío, Ruth, estás de pie.

Unos meses después…

Kylemore quedó atrás. Esa parte de la tierra a la que cuesta tanto llegar volvió a ser un paisaje inamovible reflejado por un lago. Gela, Ida, Ruth, Sister Anne, Patricia, Andrés y, por qué no, también Alberto habían roto el espejismo y con él malentendidos, temas irresueltos, explicaciones sin sentido, bloqueos vitales.

Patricia había desafiado su miedo y vuelto con Andrés. A Kylemore fue a resolver su relación con su hermana, la única persona que le quedaba de su familia. Al volver a París, unas semanas más tarde, acompañó a Andrés a la FIAC, en el Grand Palais. Aquella fue, hasta la fecha, su mejor exposición, a la que el artista llamó *Reflejo* y en la que estuvo acompañado en todo momento también de Adriana…

A su vuelta a España, Gela y Alberto se volvieron a casar, pero esta vez en Galicia y con el resto de la familia. Allí acudieron de nuevo Ida, Ruth, Andrés, Patricia, Sister Anne y Adriana.

Ida unió la energía que había abandonado en su día, en Kylemore, con la absoluta felicidad al ver a Ruth empezar a caminar. Dejó de trabajar unos meses y acompañó a su hija diariamente a rehabilitación, donde, ante la gran sorpresa de los médicos que la habían atendido los últimos años, no dejaba de mejorar. Ruth aprendía a caminar con un nuevo sistema que le agarraba una pierna mientras la ayudaba con el movimiento de la otra. Si seguía progresando así —había dicho el especialista—, no se descartaba una rehabilitación casi total.

Sister Anne se quedó en Kylemore, su casa, su hogar, junto con Georges, que siguió cuidando del jardín, de la iglesia, apartando las hojas de las tumbas y ayudando a las monjas en el huerto.

Todas encontraron una fácil adaptación a una vida que había sido regida por unos pensamientos, unos hechos ciertamente poco esclarecidos hasta la fecha, una historia familiar de antepasados que se les había pegado al cuerpo.

Todas supieron seguir y empezar un nuevo ciclo.

Todas habían encontrado cierta normalidad, dejando poco a poco esos extraños acontecimientos atrás, todas menos Adriana. La vida era como un Lego que se construía con piezas y a ella le faltaba la principal. Kylemore, el internado, unos niños jugando a la orilla de un lago… Algo seguía bloqueando su cuerpo, algo que dolía y le impedía avanzar.

En su casa de París, Adriana retomó su rutina. Sin embargo, el proyecto literario de una familia en el siglo XIX que construían un castillo en Connemara por amor y al que llamaron Kylemore no terminaba de cuajar. Patricia leía con regularidad sus capítulos. Y tenía con ella conversaciones sobre la forma, el estilo, la estructura de la novela.

Hasta que una mañana, después de haber leído las páginas que le había entregado Adriana la noche anterior, cansada de la lectura, Patricia le comentó:

—Tengo la impresión de que escribes sin saber adónde vas.

A Adriana no le gustó su comentario y se puso a la defensiva:

—¡No es verdad! Demian, que empezó siendo un niño superdotado, hijo de los granjeros de Connemara, acabó hechizando el castillo como si fuera la encarnación del mal. Fue la sociedad de entonces la que lo convirtió en una persona así. No le dejaron estar con Geraldine, ir al colegio. Cuando se resolvió el enigma…

—¡Olvídate de su vida, Adriana! ¿Qué es Demian para ti? ¿No crees que en realidad representa los miedos de cada uno de tus personajes?

Adriana se quedó en silencio. Ya no entendía nada.

—No estás acabando tu novela porque lo que no has resuelto son tus propios miedos.

La garganta se le bloqueó y no pudo contener el llanto. Este brotó como una herida muy profunda para la cual no tenía palabras ni remedio.

—¿Cómo voy a escribir si no sé qué me pasa…? Sigo viendo a Demian, sus ojos me persiguen, se meten dentro de mi ser, me oprimen, me hieren, me hacen daño. Sangro. Creo que sangro, aunque luego me toco y no tengo nada.

—Tu cuerpo recuerda algo que tu mente quiere olvidar. Por eso te dije que en Kylemore escribieras un diario. ¿Recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Y lo hice.

—Pues ahí tienes la respuesta —le dijo Patricia.

Adriana llevaba meses junto a ese cuaderno escrito con catorce años, a la sombra de una ventana, en un colegio en Irlanda. El diario, que había sido la principal inspiración de su novela, estaba todo subrayado, había anotado en él todos esos nombres, anécdotas o leyendas para irlas incorporando a su novela… Y, sin embargo, no había sabido leer lo más importante. O quizá no había querido leerlo…

Sola en su casa, Adriana le daba vueltas a lo que le había dicho Patricia, algo se le escapaba. Decidió volver a coger el cuaderno una vez más. Se instaló cómodamente en el salón, donde entraba, por otra ventana, una luz intensa, casi teñida de blanco. Abrió el diario, pasaba las páginas una a una, las tocaba y le llegaba un olor a humedad. Sus ojos debían descubrir algo. Era evidente que algo se

le escapaba. Pero ¿qué? Lo había leído todo, pasó sus dedos por las páginas y sus letras se convirtieron en patas de araña puntiagudas que picaban la yema de sus dedos. Hasta que sintió una hoja diferente. De repente, se fijó en que, en lo escrito en las primeras semanas de diciembre de 1994, había una página más gruesa que las demás. Parecía estar pegada a la siguiente, como si ya en su momento hubiera querido ocultar algo. Olvidar un recuerdo. Esconder una pieza fundamental de ese rompecabezas que era su vida.

Levantó el cuaderno a contraluz y de nuevo, en el reflejo de la bruma blanca, descubrió otra página escrita pegada a la siguiente. Adriana intentó despegarla, sin éxito. No quería romperla. Entonces se fue al baño, abrió el grifo de agua caliente y, como por arte de magia, el vapor consiguió deshacer el pegamento.

Deshacer el error y volver a cambiar el pasado…

Si bien el cuerpo grababa, la memoria seleccionaba.

El objetivo había sido proteger.

¿Se protegía escondiendo?

La memoria pensaba que sí.

Por eso escribía.

En el fondo el ser humano desafiaba la mente.

62

Jueves, 1 de diciembre de 1994

Lo escribo porque no quiero ni puedo contárselo a nadie. No sabría cómo decir lo que ha pasado ni sé si aquello que me han hecho ha sido provocado por mí o me han forzado.

Todo ha ocurrido tan rápido que ahora soy yo la que no me puedo mover. Mi cuerpo me repugna, me gustaría rajarlo y borrar de mí las marcas de lo que acaba de ocurrir.

Escribo para no olvidar jamás.

Ya no soy yo.

Luego esconderé estas páginas para que mi mente no recuerde…

Hace apenas unas horas, mientras estaba —como ahora— escribiendo en esta mesa, he oído que alguien me llamaba desde fuera lanzando piedrecitas a mi ventana. El ruido era imperceptible, pensé que llovía, pero las he visto golpear de nuevo el cristal y caer de nuevo al suelo. Entonces me he asomado y he visto a Dash, que me indicaba con su brazo que bajara. Como no me lo esperaba, se me ha acelerado el corazón. ¿Estaba ilusionada? Un poco sí, claro.

He mirado el reloj, eran las once de la noche y dentro del colegio ya no se oía el menor ruido. He pensado: «¿Por qué no?». Aunque algo en mi interior me frenaba, no le he dado importancia. ¿Sería la emoción?

Tenía que bajar. No podía dejarlo esperando. No se hace. Aunque ahora me pregunto para qué sirve tanta buena educación…

He salido de mi cubículo sin hacer el menor ruido, acostumbrada a moverme por el colegio como un verdadero fantasma. Una vez en el piso de abajo, no he querido abrir la puerta, porque suele crujir cuando una menos se lo espera y el riesgo de que una monja se despierte podría acarrearme una buena reprimenda.

Ahora que sé lo ocurrido, hubiera dado todo por que una de ellas me hubiera castigado hasta el amanecer.

Pero no, a veces las cosas tienen que pasar y cuando miramos atrás nos damos cuenta de que llevamos meses esperando el tropiezo.

Conozco las ventanas que cierran y las que no. Conozco las aperturas en guillotina que son efectivas para controlar el frío, pero no para dejar a unas alumnas encerradas. Abrí, como quizá debió de haberlo hecho esa tal Geraldine para ver a su amado. Reconozco que no sé de dónde me vino ese pensamiento, pero lo tuve en ese preciso momento.

¿Sería este el trágico amor que el famoso triángulo nos predijo hace un tiempo a Gela, a Ida y a mí?

Fuera, Dash estaba fumando. Cuando lo vi, me dio un vuelco el corazón y me pareció más atractivo que nunca. Era la primera vez que le veía vestido sin su ropa de montar, se notaba que se había arreglado, peinado, olía bien, y al salir por la ventana me abrazó fuertemente antes de indicarme que le siguiera.

—Por fin estoy contigo… —me dijo al oído mientras respiraba el olor de mi pelo.

—Dash, no puedes estar aquí…

No me dio tiempo a terminar, me cogió por la cintura y me besó, como la primera vez, con verdadera pasión. Su firmeza al sujetarme no me permitía moverme. Conseguí separarme y decirle:

—¡No tan fuerte!

De nada sirvió, pero eso solo lo sé ahora.

—Lo siento. No volverá a ocurrir. Prometo comportarme, pero quédate un poco conmigo esta noche. Tengo una sorpresa para ti.

Mientras le miraba a los ojos, inquieta, vi en los suyos empeño, insistencia, voluntad y, en ese instante, debí retroceder. Pero Dash me agarró una mano, indicándome que le siguiera, y me llevó por un camino que hay detrás del colegio y que conduce a unos matorrales. Caminaba rápido, haciendo ruido como uno de esos animales nocturnos que creo oír cuando estoy despierta en la cama, apartando ramas, pisando hojas secas y hundiendo los zapatos en los charcos.

—¡Tengo frío! —le dije, intentando parar esa marcha que no controlaba y que se aceleraba.

—Ven, amor, te va a encantar.

—No quiero, Dash.

—Estamos a punto de llegar.

Me tiraba de la mano hacia delante. El trayecto me pareció interminable, me hacían daño las ramas en el suelo y a punto estuve varias veces de caerme, pero siempre Dash me agarraba de la mano para impedirlo. Hasta que, de repente, llegamos a un cambio de terreno.

—¡Aquí es!

Alumbró con el mechero. En medio de ese bosque, en la tierra, Dash había colocado unas mantas. Al verlas me imaginé el resto. A veces creo que acabaré siendo escritora porque anticipo el devenir de las historias. Algo en ese desenlace no me satisfacía en absoluto. Y sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo mientras pensaba en

cómo escapar de esa situación. Di media vuelta y lo miré con inquietud. Supe que era capaz de lo que fuera.

—Dash, voy a volver al colegio. No quiero que…

—No tengas miedo…

Entonces me tiró del brazo sin dejar de mirarme a los ojos con intensidad.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, le dije:

—Mejor nos vemos mañana, creo que Sister Anne tiene previsto ir a montar.

—Allí no podemos hacer nada. Quédate conmigo, ya eres una chica mayor, Adriana, te aseguro que te va a gustar.

¿Me sentí obligada? Dash me tiró hacia las mantas y esta vez caí. Era más fuerte que yo y no sabía cómo librarme de su fuerza, que me tenía dominada.

—¡Pero si eres una fierecilla! —decía mientras yo me debatía.

Su mirada me parecía extraña, enloquecida, y desde ese momento un asco absoluto se apoderó de mí. Como ya sentí en la cuadra el día en el que me arrancó el beso, Dash conseguía transformarse en un instante. Volverse duro como una roca. Me empezó a besar de nuevo. Al principio le seguí el juego pensando que así se calmaría, o que quizá conseguiría escaparme. Pero, en un segundo, dejé de reconocerlo. Empezó a arrancarme los botones del pijama. Me abrió la camisa y dejó mi pecho al descubierto. ¡Grité! Pero ¿quién podía oírme? ¡Nadie! En ese lugar tan lleno de seres extraños, seguí gritando.

No puedo dejar de llorar.

Dash se convirtió en un ser salvaje, me tumbó a la fuerza mientras sus ásperas manos me sobaban y me hacían daño, no podía soltarme de lo firme que me tenía agarrada, ni siquiera conseguía moverme. Dash se había vuelto de acero y su peso me

oprimía. No retenía ni su fuerza ni su deseo. Sentí cómo me abría las piernas con una sola mano y penetraba en mi cuerpo, haciéndome el mismo efecto que si introdujera un puño cerrado.

He querido llorar, pero las lágrimas no han brotado de mis ojos desesperados, sino que mi llanto se ha bloqueado en la garganta. Mi cuerpo se ha endurecido hasta que he visto que, si me resistía, iba a ser peor.

Cuando he sentido que me estaba muriendo de dolor bajo su peso, alguien lo ha parado al instante. Unas manos han agarrado su cuerpo por detrás, lo han tirado hacia atrás, apartándolo de mí, y han empezado a pegarle como un loco. Como un gigante, alguien vino a mi rescate.

Me acurruqué en el suelo y me creí muerta. Cuando miré lo que pasaba, vi a Georges delante de mí. Su mirada mostraba compasión. Sujetaba a Dash de rodillas y sus ojos no dejaban de observarme. Me ha pedido que esperase y se ha llevado a Dash lejos del colegio. Me he quedado en el suelo, como un ovillo, un rato largo, sin conseguir moverme, paralizada. Hasta que Georges ha vuelto. Me ha recogido, ha puesto una manta a mi alrededor y me ha llevado en brazos al colegio.

¿Cómo explicarle que yo no deseaba lo que había ocurrido? ¿Quién me hubiera creído, si ni siquiera estaba segura yo misma de no haberlo provocado? Entiendo que lo que escribo no tiene el menor sentido. ¿Qué es el deseo? ¿Y el amor? No quiero volver a ver al caballo ni montar más el resto de mi vida, ni por supuesto volver a ver a Dash. Me quiero marchar. Olvidar. Hundirme en esta tierra fangosa. Llorar hasta el último de mis días. Me quiero morir. Mamá… ¿Dónde estás, mamá?

En mí se ha roto algo que va a sangrar hasta mi muerte.

Epílogo

Adriana comprendió su vida cuando supo que, en vez de vivirla, la observaba. No solo la suya, sino las de los demás. Hasta que no se dio cuenta de que todo a su alrededor tenía su razón de ser, se vio separada de su propio mundo, como si viviera una vida que no era la suya y que no le correspondía.

De joven le llegaban mensajes que consiguió descifrar más adelante y que se resumían en «hasta que no lo vivas, no podrás escribir sobre ello». Y llegó a interrogarse sobre lo que era, lo que representaba ser escritor. ¿Es escritor todo aquel que escribe? ¿Basta con contar una historia o narrar un cuento para ser escritor? ¿Naces escritor o te conviertes en él?

Adriana se hizo escritora para no olvidar. Y la escritura le reveló dónde estaba la herida. Y la escritura la salvó de la herida.

Una vez curada, meses y meses más tarde, publicó su novela sobre Irlanda, la primera de una serie de libros que la llevaron, a lo largo de su vida, a recorrer el mundo en busca de recuerdos, de historias y de lecturas memorables.

Una noche que salía de su portal, antes o después de publicar esa novela, se encontró con Javier frente a su casa. No fue una casualidad. Llevaba flores en la mano y se las entregó. Lo que nunca

sabrá es si Javier, de tarde en tarde, la esperaba frente a su casa con rosas en la mano. Pero, de nuevo, poco importa.

En la mente de Adriana ahora sus recuerdos se vuelven tramas, sus personajes seres de papel y los paisajes y lugares decorados de una obra que, hasta la fecha, no hubiera reconocido.

En su pasado halla el germen de sus libros.

Ya no siente la sangre entre sus piernas. Cuando uno descubre la razón del sufrimiento, este vuela y desaparece.

Cuando uno se enfrenta a la verdad, la vida cobra sentido.

A veces Adriana piensa que ha nacido de un artista para definir lo que significa ser artista. Y a su vuelta de Irlanda también consiguió deshacer el cordón que la seguía amarrando a su padre.

Descubrió que la realidad era tan irreal que solo puede verse el reflejo.

En Kylemore aprendió a descifrar el reflejo del lago.

Un artista que no crea se ahoga en el lago.

El arte ofrece al mundo el reflejo de la realidad, de manera que este puede ayudar a los demás.

Por eso no hay arte negativo. El verdadero arte hace el bien a los demás.

Agradecimientos

Empecé a escribir la novela sobre Kylemore el año que pasé en ese internado irlandés en el que conocí a una de mis mejores amigas, Ana Rioja Zuazu. Para ella vuelan los mayores agradecimientos por su amistad, su constancia y su apoyo incondicional a lo largo de los años y a la hora de escribir esta obra.

También al resto de mis compañeras de ese año, y a esas amables monjas benedictinas que nos acogieron. Agradezco especialmente a aquellas alumnas y amigas que, antes o después, me apoyaron en la escritura de esta novela: Sharon Molloy, Kiki O'Farrill, Curra (Pilar) Echevarría, Pepa de Diego, Clara Gómez Mendizábal, Nati Moreno Riquelme, Susana de Diego, Raquel de Diego QEPD, Claudia Vázquez, Mónica Encinas QEPD, Andrea Pan de Soraluce, Mara e Isabel Valdecasas, Zaida Villarreal Snyder, Marina Zamora, Edith de los Ríos, María Silicia, Alicia Martínez y Macarena García Fuentes.

Dos libros me fueron de especial ayuda. El ensayo de Kathleen Villiers-Tuthill, *History of Kylemore, Castle and Abbey*, (Kylemore edition, 2002) que recoge todos los datos del castillo y de la familia Henry. Y la divertida novela *K-Girls*, de Lydia Little, publicada por Little Red Gate, en 2013.

De la misma manera, me gustaría agradecer a «mi grupo de escritores»: Lucía Montojo, María Teresa Rodríguez Castro y Eduardo Trillo, que supieron darme valiosos consejos durante las sesiones en las que nos leíamos nuestros proyectos.

Por supuesto, doy las gracias a mi marido Roger Ramos que sabe siempre encontrar el consejo que necesito para que siga escribiendo y con el que volví a Connemara aquel verano a recordar…

A mis hijas, Maya y Carolina, presentes en todo momento y dispuestas a escuchar las lecturas de su madre. A mis padres sin los cuales tampoco hubiera podido escribir esta novela.

De nuevo, reconozco el apoyo y confianza de mis editoras, Laia Salvat, Àngels Balaguer, Aurora Cuito y el de mi correctora, Carmen Aguilar. Sin ellas no hubiera podido llegar hasta la última página de esta historia.

Y, por último, agradecer a esa mujer irlandesa cuyo nombre nunca supe, que me consoló una tarde de añoranza en el internado de Kylemore, delante de la iglesia gótica…